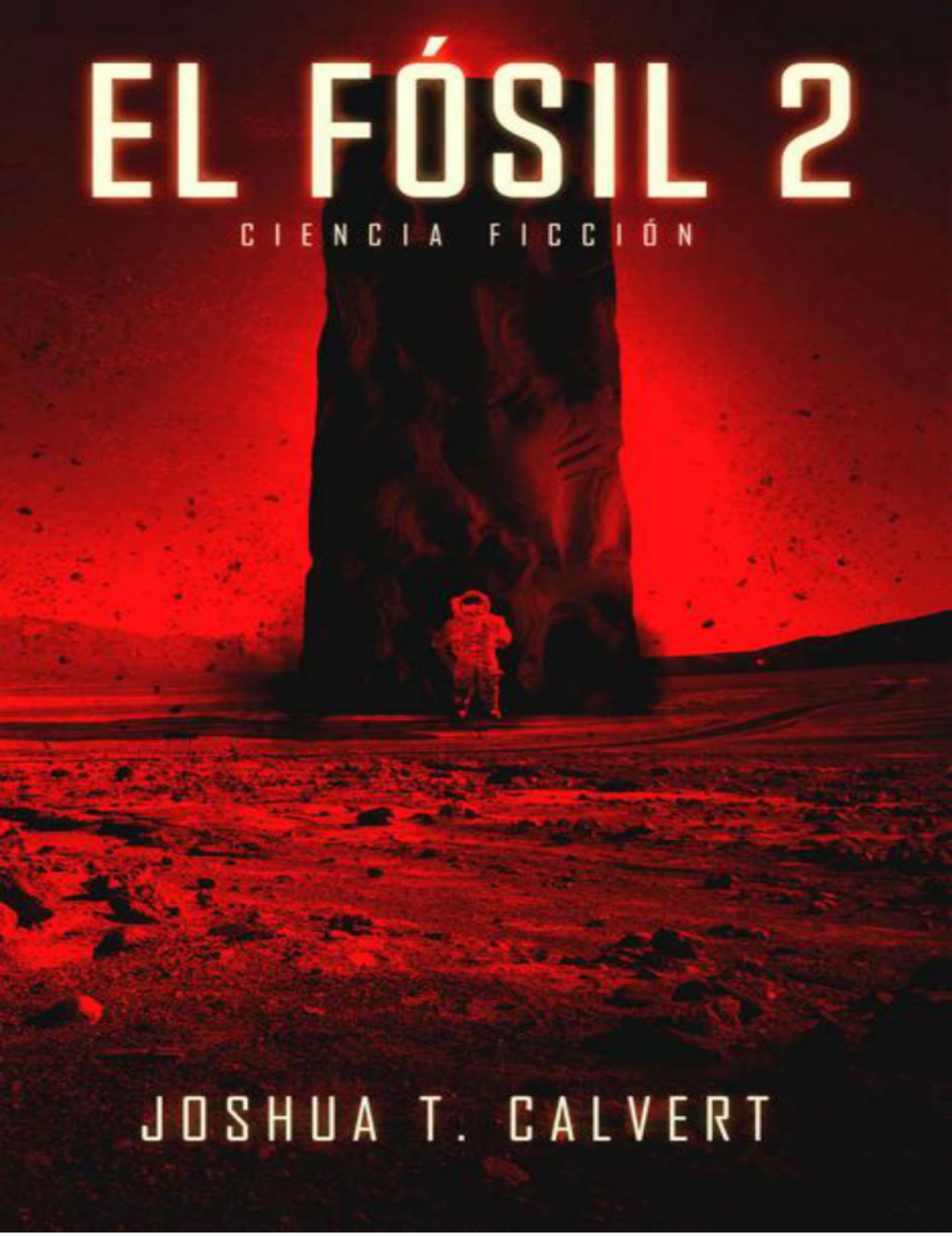
EL FÓSIL 2

CIENCIA FICCIÓN



JOSHUA T. CALVERT

EL FÓSIL 2

JOSHUA T. CALVERT

ÍNDICE

1. Filio Amorosa, 2042
2. Marte, 2039, Los Registros Robados De La Fundación Humana
3. Pano Hofer, 2042
4. Ágata Devenworth, 2042
5. Filio Amorosa, 2042
6. Marte, 2039
7. Ágata Devenworth, 2042
8. Filio Amorosa, 2042
9. Marte, 2039
10. Ágata Devenworth, 2042
11. Filio Amorosa, 2042
12. Marte, 2039
13. Ágata Devenworth, 2042
14. Filio Amorosa, 2042
15. Marte, 2039
16. Ágata Devenworth, 2042
17. Filio Amorosa, 2042
18. Marte, 2039
19. Ágata Devenworth, 2042
20. Filio Amorosa, 2042
21. Marte, 2039
22. Ágata Devenworth, 2042
23. Filio Amorosa, 2042
24. Marte, 2039
25. Ágata Devenworth, 2042
26. Filio Amorosa, 2042
27. Ágata Devenworth, 2042
28. Filio Amorosa, 2042
29. Filio Amorosa, 2042
30. Ágata Devenworth, 2042
31. Filio Amorosa, 2042
32. Epílogo: Filio, 2043
33. Epílogo: Ágata, 2050

Y para terminar
Índice De Personajes
Glosario

FILIO AMOROSA, 2042

Filio estaba en la cámara en ruinas, completamente sola. Los paramédicos y doctores habían desaparecido por la única entrada y la habían dejado con la caja de vidrio semi destruida, y los cuerpos de Gould y el hombre del traje negro.

En su mano, sostenía la diminuta esfera que había recuperado de la habitación, de debajo de la cámara de cristal. Simplemente había flotado en el aire como si hubiera estado esperando que Filio cayera por un agujero en el suelo, un agujero que ni siquiera había visto. No perdió el tiempo imaginando por qué había sucedido, o cómo fue posible. Le parecía estar soñando, confusa, pero extrañamente congruente, y con la vaga certeza de que pronto todo resultaría ser solo eso, un mero sueño.

Escuchó gritos en la distancia, gritos de enfado y ruido que no podía entender. Pero no escuchó más disparos.

Junto a ella, vio la maltrecha puerta blindada a la izquierda del agujero en la caja de cristal. Se volvió hacia un lado y miró al hombre del traje negro. El mango del cuchillo con el que Pano lo había matado sobresalía de su ojo izquierdo. Aparte de eso y de la sangre que cubría el lado izquierdo de su rostro, el extraño parecía ileso. Sus rasgos faciales parecían relajados y su traje prácticamente intacto.

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando desvió la mirada hacia Peter Gould, quien estaba apoyado en la pared, con el cuerpo contorsionado y la mirada vacía. Un silencio llenó su cabeza, como si, sin querer, hubiera borrado todo lo que sucedía a su alrededor. Como bajo una campana de cristal en la que el tiempo se detuvo, miró, uno tras otro, los dos cadáveres y los cuerpos de los guardias asesinados. Sus ojos, al fin permanecieron fijos en la sangre oscura en la caja de vidrio. Como atraída por un imán, miró el charco de sangre y empezó a respirar cada vez con mayor dificultad.

El conocimiento de que uno de los descubrimientos más increíbles de la humanidad, un ser de tal poder y sabiduría que había sobrevivido millones de años, podría haber sido asesinado a tiros, la dejó estupefacta. Si había ensamblado correctamente las piezas, Karlhammer y su Fundación Humana le debían el flujo constante de milagros que habían desarrollado en la lucha contra la pobreza, la enfermedad y el cambio climático a Xinth, quien había compartido su conocimiento con ellos. Aunque no sabía mucho, había algo que sí

sabía con certeza: la humanidad aún necesitaba la ayuda de este ser alienígena.

Con una imprecación en los labios, la burbuja en la que sentía aislada estalló, y todos los ruidos se precipitaron sobre ella como una tormenta furiosa. A pesar de su violencia, se levantó desafiante, una vez que recordó lo que Karlhammer le había prometido y lo que Xinth le había mostrado: tenía que ir a Marte. Nada había cambiado, y la Fundación Humana había encontrado una manera de llevarla allá en las próximas semanas. Pero solo sería posible si esta instalación no fuera infiltrada o destruida. Su propósito era claro.

—Soy Filio Amorosa —gruñó mientras se arremangaba las mangas teñidas de sangre y se tambaleaba por el estrecho pasillo—. Me he enfrentado a problemas peores.

Una vez en la caverna principal, con sus muchas secciones de trabajo, hizo un breve balance. Algunos de los tabiques habían sido destruidos, los cuerpos de los hombres uniformados de rojo estaban esparcidos entre las ruinas. En algunas zonas, hombres y mujeres discutían entre sí mientras otros se encogían debajo de sus mesas, sollozando. Cuatro guardias de seguridad estaban en cuclillas cerca del centro y se proporcionaban vendajes unos a otros. Sonidos de lamentos y gritos de dolor venían de todas direcciones.

De repente se desvió hacia la primera área de trabajo, un cuadrilátero separado que contenía cuatro largos bancos de trabajo, en los que aparentemente se habían fabricado algunos paneles con la ayuda de brazos robóticos. Debajo de la mesa de trabajo en el extremo izquierdo, cuatro figuras en monos rojos estaban agazapadas, con los brazos alrededor de las rodillas, mirándola con ansiedad.

—Arriba —ordenó. Como nadie se movió, repitió más fuerte—: ¡LEVANTAOS!

Dudaron brevemente, mirándose el uno al otro, y luego salieron de debajo de la mesa. Sin que ella tuviera que decir nada, se alinearon frente a ella y la miraron expectantes; evaluaban su ropa manchada de sangre.

Tal vez los esté asustando. *Bien*, pensó Filio.

—¿Alguien tiene una radio? —preguntó.

—Eh… sí, todos tenemos una —dijo un joven con el cabello encrespado, señalando un pequeño brazalete en su muñeca.

—Bien. Comunique que ya no hay ningún peligro inmediato, y... ¿hay una especie de Centro de Control o algo así por aquí?

—¡Sí, hay un Centro de Control! —dijo una joven, cuyos rizos rubios y sudorosos estaban pegados a su rostro. Señaló vagamente hacia el este.

—Bien. Enviad un mensaje de que el centro debe contar con personal de inmediato, si aún no lo tiene. La evacuación debe ser

abortada —ordenó Filio, señalando a la mujer que asintió obedientemente y comenzó a hablarle a su muñeca.

Se volvió hacia el hombre y continuó:

—Recoge todas las armas esparcidas, incluso las que están en la cámara de Xinth. No quiero que nadie se lastime o entre en pánico por ideas estúpidas. Tráelas aquí y ponlas en uno de los bancos de trabajo. Podríamos necesitarlas más tarde. ¿Entendido?

El hombre asintió y ella le indicó a él y a los otros dos que se dieran prisa.

—¡Adelante!

Una vez que salieron corriendo, la rubia asintió y Filio salió apresurada, de regreso al pasillo central. Corrió hacia los cuatro mercenarios, que rebuscaban en un botiquín de primeros auxilios.

Se aclaró la garganta.

—¿Cuál es su condición? —preguntó mientras señalaba al hombre que yacía tendido en el suelo y estaba siendo tratado por los demás. Al parecer, no estaban muy seguros de qué hacer.

Uno de ellos, un hombre de sienes grises y músculos marcados bajo la camisa, la miró con el ceño fruncido.

—¿Y tú quién eres?

—La que está a cargo aquí en este momento —espetó con brusquedad, silenciándolo con un gesto cuando estaba a punto de responder—. Y también soy médica, y este hombre recibió un disparo limpio en el hombro —dijo, señalando al hombre herido—. Desde aquí puedo ver que la bala ha pasado lejos de sus arterias coronarias, por lo que puede ser transportado. Dos de ustedes deben llevarlo a la enfermería lo antes posible.

Los otros dos miraron primero al hombre canoso, pero él seguía mirando a Filio, así que ella los apremió con señas.

—Rápido, ¿o queréis que vuestro camarada muera desangrado?

Después de una breve vacilación, dos de ellos levantaron al hombre herido y se lo llevaron, mientras el canoso se ponía de pie frente a ella.

—¿Quién eres tú?

—Doctora Amorosa —respondió. Luego negó con la cabeza y dijo —: Ya habrá tiempo para conocernos mejor. Tenemos problemas más apremiantes.

—No te conozco.

—No me importa. Como sin duda habrás notado, tenemos un problema de seguridad que debemos solucionar lo más rápido posible, y sé cómo podemos hacerlo. También sé que necesitamos restaurar algo de orden en el caos y, como puedo ver, no estás haciendo nada al respecto. Por supuesto, puede que estés en desacuerdo. Si sabes lo que estás haciendo, Karlhammer sin duda te ascenderá una vez que se

recupere. Si no...

El mercenario parecía querer responder con ira, pero su boca se abrió solo brevemente, luego se cerró de nuevo, dejando solo una expresión sombría. Probablemente nunca se harían amigos, pero eso no le preocupaba.

—Ahora que lo hemos aclarado, hagamos lo que hay que hacer. ¿Estás familiarizado con el sistema de interferencia?

—Sé que existe uno.

—Bien. ¿Sabes dónde están los ingenieros y el personal de mantenimiento responsables de ello? —preguntó.

El mercenario señaló una de las muchas áreas de trabajo. Una grúa se cernía sobre ella.

—Diles que uno de los transmisores ha sido desenterrado y destruido. Debe ser el que está en línea directa entre el acceso por donde entraron los dos agentes y el soldado, y McMurdo. Lo más importante en este momento es cerrar esa brecha en el campo de interferencia. ¿Entendido?

—Entendido —confirmó el mercenario. Se acomodó el chaleco blindado, que le quedaba ceñido a la piel sobre la camiseta, luego levantó el rifle del suelo y corrió hacia el área de ingeniería que acababa de señalar.

—Oye, soldado —le gritó ella. Se detuvo para volverse hacia ella.

—¿Sí?

—¿Cómo te llamas?

—Treuwald.

—Gracias, Treuwald.

Ella asintió por última vez y se apresuró al corredor este, donde casi tropieza con una mujer de cabello oscuro que acababa de salir a trompicones por una puerta cercana.

—Uy —dijo. Ambas mujeres pudieron extender los brazos y amortiguar el impacto en el último momento.

—¿Cómo llego al Centro de Control? —preguntó Filio.

La mujer frunció el ceño antes de señalar el pasillo.

—Tercera puerta a la izquierda.

—Gracias. —Sin más, continuó por el pasillo bajo el cálido resplandor de las luces del techo y contó las puertas. Se detuvo frente a la tercera y golpeó el frío metal blindado.

No pasó nada.

—¿Hay alguien ahí? —gritó, pero nadie respondió.

—¿Estas buscando a alguien? —preguntó una voz desde la derecha, y Filio miró a un joven con un mono negro. Parecía tener prisa mientras deslizaba una tarjeta de acceso por la ranura al lado de la puerta.

—Sí, esta habitación —dijo ella, abriendo la puerta y entrando

antes de que él protestara.

—¡Espera! —gritó, pero ella ya estaba en la habitación rectangular, desprovista de decoración. Las pantallas de visualización estaban alineadas en las paredes al igual que varios escritorios. Había una docena de sillas que podían operar dispositivos RA. Hombres y mujeres con monos negros estaban sentados en seis de ellas. Gesticulaban con frenesí.

—No tienes permiso para estar aquí —recriminó el hombre que involuntariamente le había abierto la puerta.

—Sí, por supuesto que sí. Estoy a cargo de la misión a Marte y Karlhammer se dirige a la enfermería.

—¿Qué?

—Karlhammer no hará ningún anuncio a corto plazo, pero tus colegas ya deberían saberlo —dijo, señalando las sillas ocupadas. —Hay mucho por hacer si no queremos que El Enemigo meta a más agentes de contrabando. Y no queremos eso, ¿verdad?

—¿El Enemigo? —preguntó el joven, tenía los ojos abiertos como platos como si acabara de ver al mismo diablo—. ¿Estuvo aquí?

—Sí. Trató de matar a Xinth, y es posible que lo haya logrado.

—¿Xinth? ¡Dios mío!

El mundo entero parecía derrumbarse ante los ojos del hombre, y ella debía tener cuidado de no alarmarlo demasiado si quería evitar que saliera corriendo.

—Lo arreglaremos. Ahora escucha... —Filio miró su placa de identificación, que lo identificaba como Jonathan Bateman—. Bateman. Debemos actuar con rapidez y decisión, ahora mismo. Podemos hacer el trabajo si colaboramos. ¿Lo haremos?

El joven operador asintió, sus labios temblaban. Sus ojos seguían en shock, pero parecía calmarse lentamente.

—Muy bien, Bateman —dijo, señalando una de las sillas libres—. ¡A por ello! ¿Puedes oírme cuando estás conectado?

—Ajá. —Bateman asintió con entusiasmo y se desplomó en uno de los asientos vacíos, luego cogió unas gafas de datos de un soporte que tenía delante y se las puso en la cabeza.

—¿Qué puedes controlar desde aquí? —preguntó, mirando las pantallas que cubrían todas las paredes. Todo tipo de imágenes de cámaras, diagramas y secuencias de números volaban de un lado a otro, tan rápido que uno solo podía captarlo todo con gafas de datos.

—Prácticamente todo —respondió Bateman, parecía mucho más concentrado ahora que usaba las gafas—. Cámaras, climatización y control atmosférico, todos los aparatos electrónicos que utiliza la plantilla. Escoge algo.

—¿Cuántos empleados hay?

—Ochocientos.

—¿Ochocientos? —espetó sorprendida—. ¿Tamaño de la instalación?

—Ciento cuarenta mil metros cuadrados, incluyendo todas las habitaciones en todos los niveles.

—¡Dios mío! —exhaló, tratando de imaginar los números increíbles. No podría hacerlo. Filio negó con la cabeza, como si se le estuviera aclarando, y apoyó una mano en el hombro de Bateman—. ¿Cuántas entradas a la pirámide?

—Dos que sepamos.

—¿Que sepáis?

Bateman se encogió de hombros.

—Karlhammer nunca estuvo seguro de si Xinth alguna vez nos lo contó todo. Desde el principio, solo nos lo confiaba poco a poco.

—Vale, entonces, llama por radio al personal de seguridad. Tendrán un supervisor que aún esté vivo, ¿no?

—Sí, el capitán Brown. Está a cargo de doscientas personas.

—Bien. Dile que coloque un tercio de su gente en cada una de las entradas. El último tercio se dividirá y colocará en los puntos más sensibles: la enfermería y el Centro de control.

—Y el Nivel Cero —sugirió Bateman.

—¿Nivel Cero?

—Dónde se aloja el Proyecto Marte.

«El Proyecto Marte» pensó Filio. Fue difícil para ella resistir el impulso de pedirle más información sobre ese nivel. Tenía que recordarse a sí misma que había cosas más importantes en este momento.

—Bien, entonces incluye el Nivel Cero. —Bateman empezó a gesticular, tirando y deslizando con sus delgados dedos—. También envía un equipo para que acompañe a Treuwald, uno de los hombres del capitán Brown. Irá al exterior con los técnicos para reparar un transmisor de interferencia. Como es un transmisor, asumo que desde aquí no puedes ver cuál está averiado. —Batman negó con la cabeza —. Muy bien. Luego, necesitamos un equipo que identifique e informe quién está muerto. Todos ellos deben ser recogidos y colocados en una zona central. Tú sabes mejor que yo dónde debería estar. Todo el personal médico que no esté ya en la enfermería debe acudir allí. Seguramente debe haber algunos miembros del personal que hayan sido especialmente capacitados para desastres como un incendio, ¿verdad? Pues contacta con ellos. Deben asegurarse de que todos los heridos sean llevados a la enfermería. El personal con formación en primeros auxilios también debe acompañarlos.

—Entendido —dijo Bateman, sus gestos se volvieron más enfáticos.

—¿Tenemos contacto con el exterior?

—Sí, vía satélite.

—¿Ya se envió una solicitud de refuerzos? —preguntó ella.

—Sí, la orden de evacuación informó automáticamente a la sede.

—Bueno, diles que necesitamos tanta potencia de fuego como sea posible. Supongo que tienes más de estos mercenarios en la nómina, ¿verdad?

—Eso es correcto. Pero tomará tiempo. Los contingentes más grandes están en Sudáfrica e Indonesia.

—¿Cuánto tiempo?

—Es difícil saberlo. Para las fuerzas móviles de intervención, al menos quince horas.

—Es mucho tiempo —se lamentó, frotándose la frente con una mano fría—. Pero tendrá que bastar. Los ingenieros deben encontrar una manera de bloquear las entradas tan pronto como el equipo arregle el dispositivo de interferencia. A continuación, debemos garantizar un suministro adecuado de alimentos y agua potable. El capitán Brown supervisará la distribución. —Filio miró al joven y suspiró—. ¿Puedes conectarme a toda la base mediante un sistema de altavoces para que me escuchen en todas partes?

—Sí, eso no es un problema —dijo Bateman distraídamente, continuando con sus gestos. —Puedes hablar.

—Habla Filio Amorosa. Me encuentro en el Centro de Control. La orden de evacuación ha sido cancelada. Un intruso intentó matar al Constructor. El intruso fue eliminado, pero Luther Karlhammer y el Constructor están en la enfermería, y los médicos luchan por la vida de ambos. Vuestra seguridad no corre ningún peligro grave en este momento.

»En cuanto a cuestiones de seguridad, debéis seguir y cumplir cualquier orden dada por el capitán Brown y su personal. Se están haciendo esfuerzos para brindaros atención médica. Mantened la calma y la profesionalidad. —Filio hizo una pausa. Lo que diría a continuación era arriesgado, pero tenía que improvisar—. Sois lo mejor de lo mejor, por eso habéis sido seleccionados para este proyecto. El señor Karlhammer espera que demostréis esa profesionalidad, ahora. Nuestra misión aún no ha terminado y no permitiremos que El Enemigo nos impida alcanzar nuestras metas e ideales. Recibiréis órdenes desde el Centro de Control. Manteneos en contacto con al menos otra persona en todo momento y seguid todas las indicaciones con prontitud. Amorosa, fuera.

Palmeó a Bateman, quien finalizó la conexión.

—¿Qué opinas?— le preguntó al operador, meditativa.

—Creo que es un golpe de suerte que estés aquí. Quienquiera que sea el sustituto de Gould, ha sufrido un ataque de pánico o ha sido víctima del Enemigo —dijo Bateman, sin pausar sus gestos. Le parecía estar hablando con un robot.

—¿No sabes quién es el número dos aquí?

—No. No es que nos enviaran los organigramas cada vez que alguien asumía sus funciones. Todo es tan secreto que tuvimos que proporcionar miles de firmas, y cada llamada de larga distancia con la familia es monitoreada. Además, el señor Karlhammer no es muy conocido por delegar autoridad en nadie, a menos que sea absolutamente necesario.

—Ya que estamos hablando de Karlhammer... me pidió que mirara algunos de los registros que, según me ha dicho, interceptó de la misión *Mars One*.

Bateman giró la cabeza lentamente hacia ella y, con una mano, se levantó las gafas lo suficiente para poder mirarla. Ella percibió que sus dedos temblaban ligeramente.

Cuando sus ojos se encontraron, el joven hizo una mueca.

—No lo sé...

—Por supuesto que no sabes nada —acusó Filio—. ¿Podemos prescindir de la farsa? Necesito saber qué pasó allí. Además, no sabría que existen si Karlhammer no me hubiera dicho nada, ¿verdad? ¡Piénsalo!

Justo cuando Bateman estaba a punto de abrir la boca de nuevo, ella lo señaló con el dedo.

—Hablé con Xinth... justo antes de que perdiera el conocimiento, y lo que me mostró tiene que compararse con los datos que tenemos de *Mars One*. ¡Así que, muéstramelos!

Hubo un golpe en la puerta antes de que el operador pudiera responder, y ella lo miró con apremio. Él hizo un gesto y una imagen nítida de cámara apareció en un área rectangular de la pared que mostraba a un cansado Pano Hofer de pie en la puerta, mirando con impaciencia a la cámara.

—Es el Capitano Hofer —dijo—. Déjalo entrar y muéstrame los malditos datos.

Tengo que saberlo, pensaba una y otra vez; una frase que se repetía mentalmente como un mantra.

MARTE, 2039, LOS REGISTROS ROBADOS DE LA FUNDACIÓN HUMANA

—Oye, Javier —llamó Filio a su camarada que luchaba con el panel de mantenimiento. Su color rojo contrastaba con el cilindro blanco del reactor nuclear que se elevaba frente al astronauta español como una pequeña columna publicitaria. Ya estaba siendo cubierto por los primeros montones de arena.

—¿Eh?

—¿Cuánto tiempo más necesitas?

Filio miró hacia su róver. El techo de celdas solares brillaba a la luz del sol, dando la falsa impresión de que la atmósfera fuera de sus trajes podría ser cálida.

—No querrás presionarme mientras me las apaño con un reactor nuclear, ¿verdad? —preguntó Javier por la radio.

Retiró la placa frontal y comenzó a teclear comandos en la pequeña pantalla.

—Oh, pero si es solo un pequeño e inofensivo minirreactorcito —respondió Filio alegremente, justo cuando fue interrumpida por otra señal.

—Aquí Timothy. La tormenta de arena del este ha amainado mucho más rápido de lo esperado. Tendremos un clima medianamente decente en la próxima hora.

—Entendido, comandante —dijo Filio según el protocolo, viendo a Javier cerrar el panel.

—Todo aquí funciona según lo programado —informó Javier—. Creo que podemos reducir los intervalos de inspección.

—No, mantendremos el protocolo —insistió ella—. Tan pronto desatendamos una cosa, comenzaremos a descuidar otras, y eso nunca termina bien.

—Lo que digas. ¿Regresamos?

En lugar de responder, Filio le indicó con la mano que se dirigiera al róver, al que ella ya había llegado y levantó la puerta de la cabina. Una vez que hubieron tomado asiento y acallado el aullido del viento frío, partieron en dirección oeste.

—Echa un vistazo a los datos de navegación de EDI. Asegúrate de que la tormenta no siga causando interferencias en la red —pidió Javier.

Estaba al volante y condujo sobre la superficie pedregosa de Marte hacia el campamento base, ubicado a unos tres kilómetros de la cueva de basalto. De vez en cuando, rocas más grandes bloqueaban su camino, lo que le obligaba a rodearlas y ralentizaba su avance.

—Hmm, parece que EDI está recibiendo una señal del este.

—¿De uno de nosotros? —preguntó el español.

—No lo creo. Está a cuarenta kilómetros de distancia —respondió ella—. Comando, aquí Róver Uno. ¿Veis la señal que indica EDI?

—Aquí Timothy. Sí, nosotros también la vemos y ya hemos intentado comunicarnos con Control de Misión, pero no podemos establecer una conexión. La interferencia atmosférica causada por la tormenta aparentemente aún es demasiado fuerte.

—¿Podría ser de nuestra gente?

—Negativo. Sois los últimos que quedan fuera. El resto ya ha regresado a la base.

—¿Tal vez un satélite que se estrelló? —sugirió Javier.

—¿O tal vez uno de nuestros drones de reconocimiento ha caído?

—La señal no coincide con los códigos del transpondedor del dron, pero no puedo descartarlo —respondió Timothy, su voz fluctuó brevemente por un estallido de ruido estático.

—¿Deberíamos echar un vistazo? —sugirió Filio—. Nuestro sistema a bordo estima que tomará alrededor de dos horas de viaje llegar al sitio, y nuestras baterías están completamente cargadas, energía más que suficiente para esto. Dado que la fuente de la señal se encuentra debajo de un alto acantilado, estamos en el lugar correcto para llegar a ella sin desvíos.

—Estoy mirando las últimas imágenes de satélite. La señal no se puede localizar con precisión en el medidor ya que aún no podemos establecer contacto en vivo con la órbita, pero a menos que me equivoque por completo, se encuentra cerca del monolito.

—¿Te refieres a la roca rectangular que cayó del acantilado?

—En teoría... Sí. Dado que la última fotografía tomada por la Mars Reconnaissance Orbiter data de 2005, es difícil saberlo —respondió Timothy—. Sea como fuere, una vez que hayáis encontrado la fuente de la señal, también podéis tomar algunas fotos elegantes de ese monolito, para que podamos hacer felices a los intelectuales.

—Entendido —respondió ella, luego terminó la conexión.

Javier viró el róver, esquivando una gran piedra marrón. Regresaron al este a gran velocidad. La tormenta de polvo era visible en el horizonte oriental. Parecía una especie de pared negra y granulada, parpadeando por los constantes relámpagos. Afortunadamente, no era una de las temidas súper tormentas globales que a veces cubrían la mitad de la superficie marciana. Durante estas tormentas, el polvo fino del Planeta Rojo lijaba todo y se introducía

aún en los dispositivos más herméticamente cerrados, lo que hacía que las operaciones de campo fueran casi imposibles. La visibilidad también se reducía prácticamente a cero: los objetos no podían identificarse a más de unos pocos metros de distancia.

Los relámpagos también eran mucho más severos que en la Tierra. En la tormenta actual, cuyo extremo final ahora veían, se podían detectar cientos de relámpagos simultáneamente desde la órbita.

El viaje los llevó más allá de una larga cadena de colinas. Detrás de ellas, aún podían ver la parte superior del *Mars One* en los espejos retrovisores. Estaba de pie, como lo estaría para el despegue, solitario. Desde que se mudaron a la base del módulo en las cuevas volcánicas para protegerse mejor de la violenta radiación, solo se había utilizado como centro de trabajo e investigación.

Todo el personal de la misión participaba meticulosamente en el cuidado de su nave espacial porque era su única forma de regresar a la Tierra, que desde aquí no se diferenciaba de las muchas estrellas en el cielo. Brillaba un poco más que las demás, pero eso era todo.

—La señal se envía en todas las bandas de frecuencia —explicó Filio.

Cada palabra que decía se transmitía automáticamente a EDI en la base, y desde allí a los satélites en órbita como respaldo.

—Eso indicaría un satélite estrellado. Las barcas de recuperación integrada hacen eso, ¿no? —preguntó Javier. La transmisión crepitaba.

—Es posible —dijo Filio, relajada.

—Vayamos a ver. Un viaje corto no nos hará daño, y tal vez podamos librarnos de preparar la cena.

—Mierda, es nuestro turno hoy.

—Oh, sí, así es —interrumpió Timothy desde la base.

—Nos alegrará esperaros. De todos modos, no tenemos tanta hambre. ¿Verdad, compañeros?

Podían escuchar risas y comentarios en voz alta en el fondo. Sin embargo, sus transmisiones de voz interferían entre sí, causando ruido estático.

—Qué amable de vuestra parte. Pero vamos a examinar la fuente de la señal con mucho cuidado —amenazó Filio en broma, y la transmisión de la base se apagó nuevamente.

—¿Por qué crees que ya no recibimos nada de los satélites? Ahora que la tormenta ha amainado, deberían estar respondiendo, ¿no es así? —preguntó Javier mientras conducía a través de un campo de piedras de regolito del tamaño de un puño, haciendo temblar los paneles de instrumentos.

—Es difícil saberlo. ¿Quizás las capas superiores de la atmósfera siguen demasiado cargadas?

—Mmm. No lo sé. Pero también hubo una tormenta el día después de nuestro aterrizaje. Hubo alguna interferencia, pero no se perdió el contacto. Además, EDI sigue emitiendo y ya ha fijado sus posiciones por láser. Están allá arriba.

—Bueno, obviamente uno de ellos no —respondió ella.

—Obviamente.

Continuaron sobre la llanura marrón rojiza de sedimentos sueltos, que arremolinaba el viento ligero. Una especie de neblina polvorienta de medio metro de altura se arremolinaba hacia el este. Parecía niebla sucia en el suelo, absorbida por el frente de tormenta en movimiento. Desde la órbita, parecía que la superficie marciana se arrastraba tras la tormenta.

Llegaron al acantilado unas dos horas después. Se elevaba a unos 400 metros frente a ellos, al noreste del Monte Olimpo, cerca de donde se encontraba su estación bajo la superficie del planeta. Formaba una especie de escarpa muy pronunciada sobre la llanura. Grandes trozos de roca se habían desprendido y yacían como gigantescos menhires al pie de las alturas.

El monolito dominaba su vista. Se alzaba allí, imponente, sus bordes de longitud eran perfectamente uniformes. No necesitaron una segunda mirada para darse cuenta de que la estructura no era algo natural, como se supuso cuando la Mars Reconnaissance Orbiter transmitió imágenes de ella en 2005. En ese momento, la resolución de la imagen, tomada desde más de 300 kilómetros en el espacio, era demasiado pobre para brindar certeza. Pero este monolito era tan simétrico, y sus bordes tan perfilados, que ahora no cabía duda alguna.

Javier aparcó el róver a unos diez metros de distancia y salieron lentamente, casi con torpeza.

—Dios mío —exclamó Filio por radio, sin aliento. Su casco provocaba que su voz hiciera eco, lo que, en la transmisión, daba un sonido fantasmal.

Con cuidado, se acercaron al monolito, que tenía unos seis metros de alto y dos de ancho. Mientras Javier levantaba un dispositivo y leía los valores de la pantalla de su casco, Filio se acercó un paso y colocó una mano sobre la superficie de color antracita.

—Oye, ¿por qué las mujeres siempre quieren tocarlo todo? —preguntó Javier, alcanzándola.

—No tocamos todo —replicó—. Solo cosas interesantes. Es por eso por lo que hay tantos hombres solteros.

—¡Qué graciosa! Por cierto, la cosa irradia, pero solo son unas docenas de *miliSieverts*, que no es muy diferente de los valores generales de radiación aquí. ¡Joder!, esta cosa está realmente aquí, ¿no?

—Sí —suspiró Filio, apenas audible por la radio—. Está realmente aquí. —Trató de limpiar la superficie—. No hay polvo. Nada.

—¿Una superficie nanónica?

—No lo sé. En cualquier caso, debe ser extremadamente lisa si ni siquiera el polvo marciano se adhiere a ella —dijo, dándose palmaditas en el brazo izquierdo y presenciando una pequeña nube que se levantaba de la capa de suciedad marrón en su traje. Un momento después, el área blanca de su traje espacial se volvió beige nuevamente cuando el polvo se volvió a acumular.

Su cabeza se volvió hacia el material sin juntas, algo que no debería existir aquí.

—No puedo creerlo —insistió Javier emocionado mientras rodeaban el objeto y lo inspeccionaban desde todos lados—. Tenemos que llevar esto al laboratorio para realizar pruebas.

—*Naaah* —rechazó Filio—. Protocolos de misión. No podemos llevar nada con nosotros que pueda representar un peligro para la estación.

—¿Cómo podría esto representar algún peligro? Es un monolito, y muy plano, además.

—En sí mismo, es un peligro porque obviamente es de origen extraterrestre. Y si mis instrumentos no fallan, se encuentra a exactamente menos ciento treinta y tres grados Celsius, así que la temperatura ambiente…

—Eso no lo sabemos, Filio —la interrumpió Javier, mirando hacia la parte superior del monolito desde donde el sol brillaba sobre ellos.

—Sí, eso es lo que dice aquí.

Le mostró la pequeña pantalla, aunque sabía lo que le quería decir. Mientras él negaba con la cabeza, ella suspiró.

—¿Quién pudo haber colocado algo como esto aquí, sino extraterrestres?

—¿Los chinos, tal vez? Cuando sucede algo improbable, la explicación más probable suele ser la verdadera. Chinos o extraterrestres, ¿qué te parece más lógico, eh?

—¿Te refieres a los chinos que organizaron en secreto una misión a Marte antes que nosotros y sin que el mundo lo supiera? —Filio se giró hacia el róver, que permanecía estoico ante el ligero viento, aparentemente indiferente a la niebla de polvo. El contraste entre el vehículo —con sus numerosos componentes sensores y las innumerables inscripciones de diferentes consorcios, autoridades y fabricantes—, y el monolito completamente liso, perfectamente simétrico y de colores uniformes, no podría haber sido mayor. Y, sin embargo, compartían un rasgo esencial: ambos parecían artificiales. Cualquiera podría decir a primera vista que ambos eran extraños a este lugar.

—Filio a comandante, hemos encontrado el monolito, pero... esta no es una roca rectangular —dijo por radio a la base.

La transmisión silbó y crepitó brevemente, luego Timothy respondió:

—¿Qué quieres decir? ¿Entonces qué es?

—Yo... No lo sé. Pero definitivamente es artificial.

—¿Puedes enviarnos una foto?

—Sí, un momento —dijo, levantando su brazo un poco. Emitió un pitido, luego preguntó—: ¿La recibiste?

—Sí... Eh... Sí, Filio, la estamos viendo ahora mismo. Los otros están detrás de mí. ¿Qué carajo es eso? —preguntó Timothy, vacilante.

—Parece salido de los libros de Arthur C. Clarke —gritó alguien más en la radio.

—¿Qué se supone que debemos hacer con eso? —preguntó Javier.

—Tenemos que llevarlo a la base —dijo Timothy sin dudarlo.

—Pero el protocolo... —objetó Filio.

El piloto la interrumpió.

—¿Protocolo? Tienes que estar bromeando. Esta cosa no debería existir, y estamos en una misión de investigación —argumentó Strickland. La voz de la jefa de investigación de la misión sonó clara a través de la radio, lo que significaba que había apartado a Timothy del micrófono. Parecía emocionada, apenas capaz de ocultar el hecho de que tenía problemas para mantener el control de sí misma.

—Es una sensación. ¡Dios mío! ¿Un artefacto? ¿Qué es eso? ¿Hay una junta, un botón, un hueco... algo?

—Nada que podamos ver. Javier dijo que está emitiendo una cantidad baja de radioactividad —respondió Filio—. No puedo permitirlo. Los protocolos de la misión…

—Filio. —Strickland intervino de inmediato y suspiró como si no estuviera a casi 50 kilómetros de distancia sino de pie junto a ella—. Esto es algo que no podemos ignorar. Los protocolos de la misión nunca fueron formulados para este tipo de escenario, el descubrimiento de tal... ¡artefacto! No podemos dejarlo ahí.

—Pero no podemos transportarlo —intervino Javier, volviéndose hacia Filio. Estaban allí, entre el róver y el monolito, como dos diminutas figuras blancas de juguete.

—Por favor, Filio. Necesitamos examinar eso —dijo Strickland, ahora con un poco más de control sobre sí misma.

Hubo una pausa bastante larga, durante la cual solo se oía el leve ruido del viento crepitando en la radio.

—Muy bien, tienes razón —concedió.

—Traed el róver de carga pesada, el que tiene la grúa. Aún tenemos seis horas de luz diurna, por lo que las celdas solares

proporcionarán energía. Traed baterías de repuesto. No sabemos si es muy pesado.

La charla emocionada de la base era audible por la radio.

—Estamos en camino —gritó Strickland tan fuerte que Filio involuntariamente giró la cabeza a un lado, antes de volverse y mirar de nuevo al monolito oscuro que proyectaba una amplia sombra sobre ella y Javier.

—¿Qué eres? —susurró.

Dos horas más tarde, el róver de carga llegó al sitio. Strickland y Timothy saltaron y corrieron hacia Filio y Javier con el típico paso elástico que la baja gravedad marciana hacía posible. Desde la órbita, parecía que cuatro hombrecitos blancos con trajes inflados con helio corrían en medio del desierto rojo.

—Eso es… —comenzó Timothy.

—Fantástico —concluyó Strickland, y admiró en silencio el monolito.

—Sé que esto es asombroso, tal vez incluso inquietante. —Filio señaló el rectángulo negro y luego el vehículo de carga con sus dos grúas retraídas—. Sin embargo, tenemos que llevarlo a la base lo antes posible antes de que oscurezca y nuestros róveres se queden sin energía.

—Nos encargaremos de eso —dijo Strickland de inmediato, corriendo de regreso al astromóvil como si temiera que Filio pudiera cambiar de opinión. Como Timothy se quedó quieto, mirando el objeto sin emoción, Filio lo agarró por el hombro.

—¡Hazlo, Timothy!

Acercaron un poco más el róver de carga. Al mismo tiempo, Javier condujo el segundo róver hacia el oeste y puso cierta distancia entre los dos.

Filio se paró a unos metros de distancia y observó a Timothy activar el control de la grúa. Los dos brazos de sujeción parecían extremadamente delgados, frágiles, pero podían soportar muchas veces su propio peso, al igual que el marco reforzado y la enorme estructura del techo del róver de carga, que parecía una oruga blindada.

Cuatro soportes se extendieron lateralmente y perforaron la capa de regolito. Luego, los brazos de sujeción mecánicos agarraron el monolito por dos lados, precisamente en el centro del objeto. Parecía un acto extraño y brutal a la luz de un descubrimiento tan importante, como si los dos fueran completamente incongruentes. Todo en esta situación era de alguna manera irreal y francamente ilógica, como si

algo tuviera que ser drásticamente diferente para que todo pareciera concebible.

Cuando vio que la grúa luchaba por mover el monolito, Filio se acercó al otro róver. Regresó con un dispositivo de mano.

—Analizaré la superficie con el escáner láser —anunció por radio.

—Sí, tómate tu tiempo —dijo Timothy desde la cabina del conductor del róver de carga.

—La cosa no se mueve ni un milímetro. Ya estoy al ochenta por ciento de potencia.

—Ten mucho cuidado. No dañes la grúa —ordenó Strickland.

Estaba a un lado, a unos metros de distancia. Gesticulaba, presionando sus palmas hacia abajo como si tratara de calmar al objeto.

—Atención. ¡Hay una junta! —Filio miró su dispositivo y le indicó a Timothy que dejara de operar los brazos. A través de su conexión de radio, podía oír disminuir el aullido de los servomotores.

—¿Dónde?

—En el lado plano. Es diminuta, por lo que no pudimos verla a simple vista, pero tiene una grieta.

—Hay más que eso —dijo Javier.

Filio y Strickland tuvieron que voltear hasta que lo vieron al otro lado del monolito. Acababa de levantarse de su posición agachada y sostenía una pala plegable en la mano. Los demás se acercaron y miraron el pequeño agujero que había cavado en el suelo.

—Puedes retraer los brazos de sujeción —le indicó Filio por radio a Timothy.

—¿Por qué? ¿Qué encontrasteis?

—El monolito... El... Parece como si continuara bajo la superficie, a su costado.

—¿Eso significa que no es ningún monolito?

—No lo sé —admitió Filio—, pero tal como está, la parte que sobresale de la capa de regolito no es todo. Necesitamos más equipo y más tiempo para exponer este objeto, y también un detector de muones. Sea lo que sea, creo que es mucho más grande de lo que pensábamos.

PANO HOFER, 2042

Filio se quitó las gafas de datos de la cabeza y respiró hondo.

—¿Y bien? —preguntó Pano.

Estaba junto a ella, mirando con interés la amplia pantalla en la pared frente a ellos. Allí se podía ver a vista de pájaro la imagen satelital de los cuatro astronautas frente al monolito. La imagen estaba tan cerca que parecía como si la cámara estuviera colgando sobre sus cabezas. La resolución era un poco granulosa pero sorprendentemente nítida.

—Es inconcebible —dijo Filio, frotándose los cansados ojos.

—Supongo que no te refieres al monolito.

—Me veo y sé que es una grabación original, pero no recuerdo haber estado allí y haber dicho todo eso —susurró distraídamente.

—Es raro —dijo Pano, levantando el mentón para rascarse la barba. De perfil, el grueso vendaje blanco que le cubría la oreja derecha parecía brillar junto a las oscuras ojeras.

—Todos estos datos satelitales y las grabaciones de radio han estado aquí durante tres años, y nadie lo sabía.

—Él destruyó mi vida, engendró toda una generación de cazadores de tesoros, el noventa por ciento de los cuales han desperdiciado sus vidas en busca de un sueño. Los Estados y las organizaciones se han enfrascado en pequeñas guerras para adquirir escombros solo porque no lo sabían.

—Debe haber tenido una razón —respondió Pano con cautela, lanzándole una mirada de soslayo que ella pareció ignorar.

—Por supuesto que tenía una razón —refunfuñó Filio—. Su gente debió hackear los satélites antes de la misión para poder controlarlos con solo tocar un botón. Si esto hubiera salido a la luz, la división de satélites de la Fundación se hubiera ido a tomar por saco.

—¿Los satélites que orbitan Marte provienen de la Fundación Humana? —preguntó Pano, sorprendido.

—Sí. En los años 30, lanzaron una nueva generación de sistemas de cámaras satelitales de alta resolución que podían usar las imágenes para crear hologramas RA complejos. Gracias a la tecnología de compresión que desarrollaron para los datos, los paquetes eran lo suficientemente pequeños como para enviarlos a la Tierra con el retardo correspondiente. ¿O debería decir que desarrolló Xinth?

—Dado que parece haber sido una tecnología completamente

nueva, debió ser fácil instalar una puerta trasera. —Pano asintió para sí mismo y entrecerró los ojos mientras miraba la imagen fija del monolito—. Xinth te habló del accidente. Tal vez también le contó a Karlhammer, y él, a su vez, puso la señal allí para que pudieras encontrar el monolito.

—Así parece. Xinth obviamente no sabía bien qué encontraríamos allí. La nave de Hortat, sí, pero no adónde conduciría ese hallazgo.

—¿Crees que el monolito es parte de la nave?

—Sí —asintió Filio—, creo que millones de años de cambios en los sedimentos han enterrado la mayor parte de la nave bajo la capa de regolito. De cualquier modo, es un milagro que aún esté allí.

—¿Por qué?

—Volcanes, terremotos, tormentas, elige lo que quieras. Marte, como la mayoría de los planetas rocosos, está en constante movimiento. Incluso en un período de sesenta millones de años, que es bastante modesto según los estándares cósmicos, esperaría que la nave fuera destruida por la erosión, el desplazamiento de las capas de roca o la descomposición de los materiales. Pero lo que más me sorprende es que el monolito yacía expuesto. —Filio señaló la imagen congelada —. Me pregunto qué podría ser esto.

—¿Una aleta de popa?

—Una nave espacial no tiene que ser aerodinámica, por lo que no necesita una.

—¿Por qué no revisas los datos? —preguntó Pano mientras tocaba las gafas de datos que ella tenía en la mano.

—Los datos han sido destruidos por la interferencia. El siguiente paquete intacto es de varias horas después. Veré los datos del análisis, pero necesito un breve descanso —suspiró, colocó las gafas en el pequeño escritorio frente a ella y se frotó las sienes palpitantes. Después de un largo suspiro, miró a Pano, que seguía mirando la foto, como si le revelara más de lo que podía ver a simple vista—. ¿Cómo está Ágata?

Pano apartó la mirada de los tres astronautas y el monolito y miró a Filio a los ojos. Luchaba para no mostrar preocupación, pero era difícil.

—Se pondrá bien —dijo al fin, más para sí mismo que para ella. Era como si tuviera que convencerse de que tenía razón. —Se recuperará.

—La operación...

—Duró seis horas y le tomará un tiempo salir de la anestesia. Han pasado... —Pano pensó brevemente—, unas doce horas, y el médico dijo que para entonces podremos ver si puede recibir un implante generador de plaquetas. Eres médica. ¿Es muy difícil?

—Bueno, una operación siempre genera gran tensión en todo el

sistema orgánico —dijo evasivamente—. Si hubiera estado lo suficientemente estable, ya le habrían puesto el implante durante la operación. Había suficientes cirujanos disponibles. Esto significa que prefirieron la opción segura: esperar y ver cómo se recupera del primer procedimiento. Si su estado lo permite, procederán con las plaquetas. Después estará fuera de peligro en poco tiempo.

—Espero que tengas razón.

Pano buscó pistas en el rostro de la astronauta, pero no vio nada más que honestidad. En todo caso, dudaba que fuera capaz de expresarse sin ser muy técnica o correcta. Le parecía una mujer que no tenía paciencia para andarse con rodeos, y obviamente eso también aplicaba en su forma de hablar, aunque no parecía ser tan brusca y descortés como Ágata.

—Yo también lo espero.

—¿Estás segura de que es una buena idea quedarte aquí por ahora?

—Sí, porque no hay alternativas —respondió Filio de inmediato—. Hay demasiada gente aquí para que los saquemos con solo tres helicópteros. Además, no sabemos qué sucede en McMurdo.

—¿Y los bloqueadores? ¿Están funcionando de nuevo?

—Al menos eso es lo que me han dicho. Lo comprobaré de inmediato, pero primero revisaré el resto de los datos.

Filio volvió a coger las gafas y las miró, con una mueca de disgusto. Pano la miró a los ojos. Parecía como si estuviera en conflicto, como si la curiosidad y el deseo de huir estuvieran enfrascados en una lucha por la supremacía.

—Vale. Iré con Ágata y Karlhammer y…. con él... y veré cuál es el estado actual —proclamó, dándole a la alemana una amistosa palmadita en el hombro. Aunque hacía menos de 24 horas que la conocía, sentía que los increíbles eventos de ese día los habían acercado mucho más de lo que la mayoría de la gente podría lograr en varias vidas. Era un sentimiento muy irreal, pero nadie había dicho nunca que las emociones tienen que ser realistas. Él en particular nunca lo había expresado.

Filio asintió y se acomodó las gafas. Un momento después, ya estaba moviendo sus manos con fluidez en el aire y operando los paneles de control virtual de su simulación.

La mirada de Pano se posó por un momento en ella mientras trataba de imaginar qué pasaba por su cabeza mientras continuaba revisando los datos, sin la menor pista en su memoria que pudiera confirmar su propia participación. ¿Cómo se sentía tener que confiar en un satélite porque ya no creías en tu propio cerebro?

Dio media vuelta y salió de la pequeña sala de control donde las paredes estaban cubiertas con pantallas. Una docena de empleados de la Fundación Humana uniformados de rojo estaban sentados junto a

ellos, trabajando en silencio, absortos en sus realidades virtuales. Parecía una escena de una película muda.

Pano avanzó por un pasillo y llegó a la Caverna Uno, el enorme salón con el techo alto, donde había oído que Jackson encontró al Constructor. Más tarde, el Constructor, por alguna razón, había sido llevado a su cámara, a la caja de cristal. Otro pasillo lo llevó a un amplio corredor que daba acceso a seis habitaciones. Las puertas de metal instaladas en las entradas eran muy diferentes a la roca, lo que formaba un extraño contraste.

Las primeras cuatro habitaciones estaban reservadas para los pacientes de la sala del hospital improvisado, las dos posteriores eran una sala para intervenciones quirúrgicas y otra para almacenamiento.

Karlhammer estaba en la primera habitación a la izquierda. Por lo que Pano sabía, lo mantenían en coma artificial. En la primera habitación a la derecha yacía el Constructor. Frente a esa puerta, al igual que ante la del sudafricano, dos hombres armados estaban de pie y miraban sombríamente al frente.

—¿El médico ya ha estado con ella? —preguntó a uno de ellos. El hombre asintió—. Gracias. —Pano aún tenía que acostumbrarse a escuchar exclusivamente con su oído dañado a pesar de que estaba usando su audífono nuevamente. La decisión de sacrificar su oído sano para dispararle al hombre del traje negro no fue difícil para él. Ni siquiera lo había pensado en ese momento, ni se arrepentía. Afortunadamente, vivía en una época en la que había soluciones médicas para este problema, aunque nunca más volvería a escuchar como un ser humano. Sin embargo, tendría tiempo para pensar en eso más tarde.

Llamó a la tercera puerta a la izquierda, identificada como "Habitación 3" y abrió la puerta con cuidado.

Ágata estaba en una de cuatro camas. Las otras tres estaban vacías. Las paredes estaban cubiertas con paneles blancos que albergaban todo tipo de palancas y manijas. Unos cuantos monitores emitían pitidos detrás de su cabeza a intervalos prolongados, emitiendo el ruido de fondo típico de los hospitales, aquel que hace que la gente quiera salir corriendo.

—Oye —carraspeó Ágata con cansancio.

Pano se acercó, sorprendido.

—No me di cuenta de que estabas despierta.

—Eso es probablemente porque... probablemente porque apenas abro los ojos —dijo débilmente.

Se sintió algo incómodo al verla tan indefensa. Siempre parecía tan dura e imperturbable. Pano sentía que estaba mirando una falla en el universo que hizo real con el mero hecho de notarlo.

—¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera pegado un tiro en el bazo.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—Ah, sí, eres tú.

—Debido a que estoy acostada aquí y no estoy muerta, asumo que acabaste con el tipo del traje negro.

—Puedes apostar tu vida.

—Supongo que lo hice —dijo con una pequeña sonrisa.

Él correspondió con un guiño mientras se sentaba al borde de su cama.

—No te echaré.

—¿Eh? —preguntó, confundido.

—De mi cama.

Levantó la mano izquierda débilmente. El dorso estaba cubierto con un parche del que salían tubos que llegaban hasta varias bolsas de líquidos que colgaban sobre ella.

—Sin embargo, es solo debido a mi condición, no dejes volar tu imaginación.

—Creo que salvé al mundo, así que pensaba en quedarme, al menos, con la princesa como recompensa. Así es como termina todo buen cuento de hadas —bromeó.

—No creo que esta sea una muy buena historia —dijo lentamente —. En una buena historia, yo seguiría teniendo bazo, tú seguirías teniendo oído derecho, mi cerebro tendría más respuestas que preguntas y… bueno, una ventana tampoco nos vendría mal.

—Si hay un formulario de satisfacción del cliente por aquí, me aseguraré de escribirlo todo —prometió, ofreciéndole una taza sellada, con una pajita.

Con cuidado, la llevó a sus labios resecos.

—Despacio.

Ágata chupó con avidez el agua tibia y asintió. Cuando retiró la taza, cerró los ojos agradecida y suspiró.

—Así está mejor. El médico dijo que me iba a doler la garganta por la intubación. Fue un eufemismo. Siento como si la hubiera tallado con papel de lija.

—Probablemente se deba a la aspereza de las palabras que fuerzas a salir través de tu tráquea todo el tiempo.

—Literalmente estás rogando por ellas —respondió, y se miraron en silencio por un momento antes de comenzar a reír.

Después de temblar durante unos segundos, Ágata levantó las manos a la defensiva, lo que pareció costarle mucho esfuerzo.

—Reír... no es una buena idea —gimió con voz ronca y tomó otro sorbo de la taza cuando él se la acercó a los labios.

—¿Qué pasó? ¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

—Doce horas —dijo sin dudarlo.

Ágata agrandó los ojos antes de que la debilidad los cerrara otra vez.

—Filio Amorosa de alguna manera tomó el mando, creo —le informó.

—¿La astronauta de mirada angustiada?

—Sí. Karlhammer está a una habitación de distancia. Ese... extraterrestre, o lo que sea, está en la habitación de enfrente. Gould, quien obviamente era el director de esta institución, no lo logró. Ella comenzó a decir lo que hay que hacer, y la gente ha estado obedeciendo. —Pano se encogió de hombros.

—¿No deberíamos salir de aquí?

—Eso no es posible. Si entendí bien, hay un dispositivo milagroso en el sótano que estaba a punto de encenderse hasta que lo arruinamos todo.

—Introdujimos de contrabando a ese asesino sin darnos cuenta. —Ágata suspiró con frustración.

—Sí. Afortunadamente, parece que nadie lo sabe, excepto aquellos que estaban en la cámara del Constructor cuando se descubrió, y todos están muertos o inconscientes.

—¿Cómo pudimos caer en la trampa? —preguntó Ágata y luego se frotó los labios resecos. Pano pensó que se veía muy sexy, pero se obligó a mirarla a los ojos para que ella no se diera cuenta.

—En mi opinión, el extraño jugó sucio.

Él hizo un gesto desdeñoso.

—De todos modos, está muerto ahora.

—¿Cómo lo hizo?

La mirada de Ágata pareció desviarse a lo lejos, como si viera algo que nadie más podía ver.

—Ni idea, pero era...

—Terrorífico.

—Sí. Hice o dejé de hacer exactamente lo que dijo sin siquiera pensarlo. Era como si estuviera viendo a alguien más hacer lo que hacía. Creo que nunca me había sentido tan terrible.

—Es bueno que el tipo no supiera que eras sordo de un oído —dijo Ágata, mirando su grueso vendaje—. ¿Cómo estás?

—Ni la mitad de mal de lo que parece —mintió. El dolor que padecía era culpa suya. Después de su tratamiento rudimentario, había insistido en tomar solo un analgésico. Quería mantener la mente despejada. Tenía la firme convicción de que lo necesitaría.

—Sin ti, no lo hubiéramos logrado.

—Oh, bueno...

—Deja la modestia. No te va.

Una sonrisa apenas perceptible apareció en su boca. Luego desapareció.

—¿Qué piensas? ¿Era El Enemigo?

—No lo creo. —Negó con la cabeza—. Probablemente uno de sus agentes.

—Si uno de sus agentes puede hacer algo como esto por su cuenta, no quiero saber cuántos de ellos hay.

—Lo hemos derrotado. Podemos hacerlo de nuevo.

Ágata lo miró con atención. Parecía deprimida, una expresión facial que nunca antes le había visto.

—Estuvo pisándonos los talones todo el tiempo. Eliminó a esos secuestradores del servicio secreto sudafricano cuando salimos del hangar en Malmesbury. También fue quien de alguna manera nos siguió hasta McMurdo y provocó que nos desmayáramos durante seis horas. También creo que fue él quien mató a la esposa de Jackson para incitarnos.

—Éramos como perros rastreadores que olfateaban a Karlhammer y su pequeño secreto para él —asintió Pano con un gruñido.

Detestaba sentirse utilizado, una circunstancia que ya le había causado muchos problemas en la Europol, porque la mayoría de los jefes de departamento y directores no eran más que políticos con poder ejecutivo.

—Sí —gruñó Ágata antes de rechazar otro sorbo de agua—. Es vergonzoso y al mismo tiempo aterrador lo fácil que fue para él.

—¿Qué esperabas? Tal como está, los extraterrestres, las grandes organizaciones y los gobiernos de los estados poderosos son las piezas principales del tablero. Es un milagro que hayamos llegado hasta aquí como meros peones.

—Creo que el hombre del traje negro se aseguró de eso. La única vez que las cosas se pusieron críticas, él intervino y sacó a nuestros supuestos oponentes del camino. ¿Quién sabe dónde más nos ayudó sin que lo supiéramos? —preguntó ella.

—En retrospectiva, parece como si hubiéramos estado tirando de alguien detrás de nosotros, como si fuéramos un buey que no sabe que el carro…

—Ha sido uncido —dijo Ágata, completando su frase antes de levantar la vista.

—¿Eh?

—¿Y si no solo nos seguía El Enemigo, quien se aseguró de que pudiéramos llevar a cabo nuestra investigación sin obstáculos? ¿Y si alguien más nos unció su carro? —preguntó ella, entrecerrando los ojos con complicidad.

—Pero eso no tiene sentido —dijo él con un resoplido.

—Si alguien nos hubiera instado en esa dirección, esa persona ya debía saber que hay algo aquí, y difícilmente habría necesitado enviarnos con anticipación.

—O alguien sabía que debía haber algo aquí y nos puso en camino para averiguar qué era —murmuró Ágata con tristeza. El brillo en sus ojos no dejaba dudas de lo que pensaba si sus temores fueran reales.

Por un momento, Pano escuchó los pitidos hipnóticos del aparato de vigilancia médica al que estaba conectada y reflexionó. El resultado fue una mezcla malsana de dudas, miedos y teorías de conspiración. Habría preferido no considerarlo, pero nunca se había sentido cómodo escondiéndose de los hechos.

Al fin preguntó:

—¿Crees que El Enemigo estaba detrás de esto?

—Es posible. El director Miller nos envió tras Jackson. Soy su mejor investigadora y él lo sabe. En retrospectiva, es extraño que se me acercara con algo que a primera vista parecía tan poco importante, como la muerte de la esposa sobreviviente de Jackson.

—¿Crees que él sabía todo esto y nos puso en el camino como ratones para olfatear el queso? —preguntó, levantando una ceja.

—Parece lógico, ¿no? Pensándolo bien, también me sorprende que nos haya dejado volar tan rápida y fácilmente sobre la frontera sudafricana hasta la base naval en Namibia. Créeme, si hubiera pasado por los canales del Pentágono, habría tomado mucho tiempo y requerido oficiales de enlace de la CIA. La cantidad de políticos involucrados te marearía. No, creo que Miller llamó y habló con un contacto personal, y eso significa que su influencia llega mucho más lejos de lo que hubiera creído posible.

—Lo cual, *per se*, no lo vuelve sospechoso —dijo él.

—No *per se* —coincidió, chasqueando la lengua—. Pero sumado al hecho de que aceptó mi solicitud sin hacer muchas preguntas antes o después, me hace dudar. Conozco al director como un fanático de las normas y del protocolo a quien nada le disgusta más que saltárselas o tener que justificarse ante los comités. Por su comportamiento en este caso, seguramente tendrá que defender sus acciones ante algún comité, si no ante la misma secretaria.

—Confío en tu juicio —dijo Pano, asintiendo. Era cierto. Ella a veces podía comportarse como un robot humano, pero al menos no se sabía que los robots se empantanaran en teorías de conspiración y fantasías sin fundamento.

La puerta se abrió y sus cabezas giraron en un movimiento aparentemente ensayado, guiados por un reflejo de sospecha, hacia la persona que ahora entraba. Era un enfermero de bata blanca que llevaba un terminal DIN A4 bajo el brazo. Por un momento pareció aterrorizado por los ojos fijos en él.

—Eh, hola, soy Tim, tu enfermero.

El joven de cabello castaño alborotado señaló a Ágata, quien le indicó que avanzara. Pero el enfermero no se movió. En vez de eso,

continuó:

—El señor Karlhammer está despierto y ha solicitado vuestra presencia.

—¿Karlhammer? —preguntaron Pano y Ágata al mismo tiempo, mirándose sorprendidos.

—Sí. Las dos primeras operaciones fueron exitosas. Pronto lo colocarán en coma artificial, pero primero quería hablar con ustedes.

El enfermero se quedó de pie con la espalda contra el marco de la puerta, de modo que la puerta quedó libre, mostrando el pasillo exterior.

—¿Puedes caminar? —le preguntó Pano a Ágata, mirándola con ansiedad.

—Creo que sí. Alguien me ayudó a caminar hacia y desde el baño antes de que llegaras.

—Tu circulación es relativamente estable, pero aun así sugiero que uses una silla de ruedas.

El enfermero señaló detrás de la cama y Pano tuvo que inclinarse un poco hacia un lado para ver la silla de ruedas eléctrica.

—Sufrió un tiro en el estómago —protestó.

—Todo ha sido cosido, la terapia con micrófagos ya está en marcha y en unos días tu colega estará lista para la acción —explicó Tim, poniendo los ojos en blanco mientras Pano lo miraba boquiabierto. El enfermero se apartó del marco de la puerta y se acercó a Ágata y Pano, luego rodeó la cama y comenzó a acercar la silla de ruedas.

—¿En unos días? Debería llevar al menos una semana... y ¿qué es la terapia con micrófagos, por favor, dime? —Pano frunció el ceño y se puso de pie rápidamente cuando el enfermero estaba a punto de tropezar con él con la silla de ruedas.

—Ayúdame —le pidió el enfermero, y juntos levantaron a Ágata, que parecía bastante incómoda, vestida solo con una bata blanca de quirófano, y la pusieron de pie. La ayudaron a subir a la silla de ruedas, que tenía reposabrazos acolchados con pequeñas palancas de control en los extremos. Verla tan indefensa irritó a Pano, por lo que miró fijamente al enfermero, que la estaba amarrando a la silla.

—¿Y bien?

—¿Eh?

—¿Los micrófagos? ¿Dijiste que volverá al trabajo en unos días? ¿Cómo se supone que funciona? —preguntó con impaciencia.

—Debe estar claro para ti que la mayoría de los inventos de la Fundación Humana se originaron aquí, en este lugar, ¿verdad? Inventos que el señor Karlhammer adapta para nosotros los humanos, con la ayuda de Xinth. La terapia con micrófagos es una de ellas —explicó Tim de mala gana.

Dio un paso atrás y abrió un panel de pared, sacando una manta de

microfibra de color blanco. Regresó con ella y cubrió las piernas de Ágata, que estaban expuestas por debajo del borde de la bata y cubiertas con medias de compresión desde las rodillas hasta los pies. Parecían tan blancas como el mármol.

—Los micrófagos son células inteligentes y programables que actualmente se multiplican dentro de tu colega y construyen un nuevo bazo para ella, mientras que otros se encargan de los productos de desecho: sangre, líquido tisular, etcétera. Si quieres saber más al respecto, bueno, la verdad solo soy un enfermero y solo entiendo lo esencial.

El joven se colocó detrás de la silla de ruedas, agarró las manijas y la empujó hacia adelante después de que Ágata gruñera de frustración: las palancas de control de la silla aparentemente no funcionaban.

—Al señor Karlhammer no le gusta esperar.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

Ágata detestaba sentirse desnuda y vulnerable. El enfermero estaba tan impaciente que el reposapiés derecho de su silla de ruedas casi choca con el marco de la puerta de la habitación. Si lo hubiera hecho, sin duda habría sido catapultada de su asiento y habría necesitado otra operación. Se imaginó a sí misma en el suelo, indefensa, tirando de la bata de hospital sobre su espalda, con las nalgas desnudas. Quiso borrar la imagen de su cabeza, pero persistió y se alimentó inútilmente con la sensación de ser una mujer vieja e indefensa que estaba siendo empujada hacia una especie de público. Entonces recordó las ataduras que Tim le había puesto. Es probable que también se volviera a lesionar si la lanzaban contra ellas.

Al menos no sentía dolor. Lo que sea que le hubieran inyectado, funcionaba de maravilla. Al mismo tiempo, no le gustaba la idea de llevar algunos microorganismos dentro que habían sido programados por alguien para practicarle la medicina por su cuenta.

¿Qué cosas extrañas nos esperan aquí? se preguntó mientras el enfermero la empujaba por el pasillo hasta la siguiente puerta a la izquierda. Pano la alcanzó y se adelantó para mantenerle abierta la puerta.

Está siendo tan considerado como lo sería con una persona discapacitada.

—¿Todo bien? —preguntó mientras ella pasaba junto a él.

—No —dijo con sinceridad, luego luchó por sonreír mientras se reprendía para no ser tan hosca con él. Le había salvado la vida, y no era tan mal tipo.

La habitación en la que entraron no era más espaciosa que la suya e incluso parecía más estrecha. En la pared derecha, un gran tubo de vidrio era sostenido por un enorme pedestal. Su mitad superior había sido abierta. Una fina neblina se arremolinaba en su interior, lo que dificultaba distinguir la camilla blanca que había dentro. Había cajas de gran tamaño en los extremos del tubo, y grandes pantallas en los costados. Todo tipo de botones parpadeaban en ellas.

En el lado izquierdo de la habitación, Luther Karlhammer yacía en una cama de hospital que era exactamente igual a la de ella. Estaba cubierto hasta las caderas y tenía el torso desnudo. Para su edad —había superado los sesenta—, estaba asombrosamente bien tonificado, aunque su piel parecía un poco pálida.

Dos médicos con batas blancas y gafas RA sobre sus frentes estaban parados detrás de su cama. Se aclararon la garganta y asintieron en dirección a Ágata mientras era empujada. Ella frunció el ceño cuando vio a la astronauta Filio Amorosa. La científica parecía agotada y las bolsas debajo de sus ojos parecían tan pesadas como para lastimarle la espalda. Su figura parecía encorvada como si acabara de quitarse un yugo de los hombros y aún no se hubiera tomado el tiempo de estirar la espalda.

Pero no sus ojos, se reprendió Ágata. *Aún están parpadeando tan activa e implacablemente como siempre.*

—Ah —dijo Karlhammer, sonriendo débilmente después de girar la cabeza para mirarla. De la mitad de su frente brotaba una especie de tela blanca, hinchada como un globo, y se estiraba alrededor de su cráneo, cubriendo la parte superior de su cabeza. El cabello había sido afeitado a los lados y en la parte posterior. Sintió náuseas cuando se dio cuenta del propósito de la gorra blanca.

—Ahí están.

—Mi bazo perdido no me permitía venir antes —dijo Ágata, encogiéndose de hombros, que tiraron desagradablemente de su abdomen.

—Alégrese de no tener que permanecer acostada con el cráneo abierto —dijo Karlhammer, guiñándole un ojo a alguien detrás de ella. Poco después, Tim trajo dos sillas y las colocó a un lado de Ágata. Después de un breve gesto del sudafricano, Pano y Filio se sentaron uno al lado del otro y miraron a Luther con curiosidad.

—Bueno, sería aún más feliz si estuviera completamente sano, pero supongo que podría haber sido peor.

—Oh, sí —coincidió Karlhammer, tratando de asentir, lo que interrumpió cuando el dolor distorsionó su rostro. Después de cerrar los ojos, los abrió de nuevo y dejó escapar un largo suspiro—. Estoy en deuda con todos ustedes. Especialmente con usted, Capitano. —Fijó la mirada en el oficial de policía de Tirol del Sur.

—¿Por qué? —preguntó Pano mientras fingía que buscaba a tientas su audífono porque su oído, antes sano, estaba oculto bajo un grueso vendaje.

Karlhammer sonrió débilmente.

—Lo digo en serio. Vino por respuestas y, en vez de eso, salvó a esta institución del Enemigo. Así que, lo mínimo que le debo son las respuestas a las preguntas que planteó. —Se volvió hacia Filio, moviendo la cabeza con mucho cuidado—. Construimos un dispositivo en un búnker secreto debajo de esta instalación usando las especificaciones de Xinth. La llevará a usted y a su tripulación a Marte.

—¿Qué? —exclamó la astronauta. Abrió los ojos

desmesuradamente y con voz estridente continuó—: No lo entiendo.

—La verdad es que nosotros tampoco lo entendemos mucho. Es una especie de cápsula de transporte que hemos construido siguiendo las instrucciones del Constructor, sin comprender realmente lo que estábamos haciendo. Xinth se ha negado a proporcionarnos detalles sobre cómo funciona. Pero el hecho es que consume mucha energía. Nuestros ingenieros tuvieron que instalar un total de sesenta y seis reactores FHR antes de poder alcanzar el nivel de rendimiento que pidió Xinth.

Pano levantó la mano e interpretó la mirada inquisitiva de Karlhammer como una invitación a hablar.

—¿Reactores FHR?

—Son pequeños reactores nucleares de torio enfriados con sal líquida —explicó Filio con impaciencia, haciendo un gesto al sudafricano para que continuara. Sus manos cogieron la pequeña barandilla de metal al pie de la cama como si necesitara agarrarse a algo para no caerse.

—Hay dos asientos en la cápsula y ningún accesorio. Suponemos que podría tratarse de una especie de generador de agujeros de gusano, aunque el rendimiento de los reactores instalados no nos parezca suficiente. Pero como nunca hemos observado físicamente un agujero de gusano, no podemos decir nada al respecto. De lo único que estoy muy seguro es de que funcionará.

—¿De verdad? —preguntó Ágata sorprendida.

—Xinth no fue tan generoso en términos de su conocimiento de la tecnología como podrías pensar. Logramos la mayoría de nuestros avances porque nos brindó algo de apoyo y elementos de reflexión; el resto lo lograron mis empleados y, en una modesta medida, yo mismo —explicó Karlhammer, no sin orgullo—. Algunas sugerencias para aumentar la eficiencia aquí, una pista útil allí cuando no estábamos progresando y un nivel asombroso de experiencia en la evaluación de la percepción pública. Sin embargo, la construcción del módulo de transporte, como lo llamamos, fue un asunto completamente diferente. Se necesitaron cinco años para construir todo de tal manera que Xinth finalmente lo aprobara, y eso sucedió ayer. Todo en el módulo indica que estamos ante un avanzado nivel de tecnología que está tan lejos de nuestro conocimiento que no podríamos construir ni siquiera una réplica por nuestra cuenta. La traje aquí para que fuera la primera en usarlo. —Karlhammer fijó su mirada en Filio, quien asintió de inmediato—. Sin embargo, debe ser consciente del riesgo. No sabemos qué hará el módulo y si, o cómo, funciona. Xinth no quiso decirnos nada de eso.

—Creo que tiene algo que ver con el Espacio Dodecadimensional —agregó Filio, pensativa.

—¿Con qué? —Karlhammer entrecerró los ojos y miró a sus médicos, quienes se encogieron de hombros al unísono.

—El Constructor... Él... Me mostró una especie de visión o recuerdo antes de perder el conocimiento. En ella, vi a sus semejantes, o compañeros extraterrestres, partir de la Tierra. En naves espaciales. Dijo que habían viajado en el Espacio Dodecadimensional o algo por el estilo. Ni yo misma lo entendí, y él no reveló nada excepto la posición de la nave que Hortat, El Enemigo, estrelló en Marte porque Xinth la había saboteado. Si este diseño es un módulo de transporte, como él dice, entonces tal vez tenga alguna relación con eso.

—Tal vez —dijo Karlhammer. Parecía estar asimilándolo. Luego lo entendió, levantó un dedo y dijo—: Por mucho que me gustaría escuchar más sobre esta visión, tengo poco tiempo antes de que estos caballeros me metan en el tubo de Auto-Med —dijo mientras señalaba a los médicos

Ágata miró el tubo de vidrio abierto y se preguntó si sería uno de esos prototipos que la Fundación Humana había anunciado como un avance médico para la feria interna de este año en Johannesburgo.

Karlhammer continuó:

—El Enemigo esperará un tiempo a que regrese su agente, el intruso. Dado que aquí estamos fuera del alcance de las redes móviles o cualquier otra cosa, ese lapso podría ser bastante generoso, pero no podemos confiarnos. No sabemos hasta dónde ha penetrado El Enemigo en los gobiernos de la Tierra, pero la reacción que aún está por venir nos dirá dónde se encuentra el centro de su poder. Por eso no tenemos mucho tiempo. Me han dicho que nuestros refuerzos están en camino y nos atrincheraremos aquí lo mejor que podamos. Sin embargo, si el ejército de los Estados Unidos, las fuerzas armadas de la UE o los chinos vienen hacia nosotros, el futuro no parece muy halagüeño y nuestra oportunidad se reducirá a casi nada. Sugiero que usted, Filio, aborde el módulo de transporte lo antes posible y viaje a Marte. Ustedes dos, salgan de aquí —dijo Karlhammer, mirando a Ágata y Pano—. Dos pilotos los llevarán a McMurdo en uno de nuestros helicópteros. Volarán de regreso a los Estados Unidos, o donde sospechen que está El Enemigo.

—¿Dónde sospechemos que está El Enemigo? —preguntó Ágata, desconcertada—. Acabamos de enterarnos por usted de que existe, y si no hubiera visto con mis propios ojos lo que podía hacer el asesino que nos siguió, aún no lo creería.

—Pero ahora lo cree —insistió Karlhammer, exhausto—. Eso es lo único que importa. Encuentren al Enemigo y deténganlo antes de que sea demasiado tarde y destruya esta instalación. Es quizás el instrumento más importante que aún tenemos en nuestro infinitamente pequeño arsenal para la supervivencia de la humanidad.

—¿Cómo? —intervino Pano, inclinándose. Sopló en sus manos cruzadas, que sostenía frente a su boca como si estuviera rezando—. ¿Cómo se supone que vamos a encontrarlo? Si lo que dice es cierto, lleva tres años moviendo hilos entre bastidores sin que nadie sea capaz de descubrirlo. E incluso si lo localizamos, es posible que disponga de más asesinos que nos dificulten la vida.

—Tendrá que salir de su madriguera, como nosotros, aunque no era nuestra intención. El Enemigo sabe ahora, o lo sabrá muy pronto, que sabemos que está al tanto de este lugar. Así que deberá actuar, porque puede adivinar que nosotros también lo haremos. Los pondré en contacto con Workai Dalam. Sin duda, pondrá a su disposición los nada despreciables recursos de los Hijos de Terra. También he ordenado al consejo de la Fundación que coopere con ustedes.

—Muy bien —dijo Ágata, desdeñando la mirada irritada de Pano —. Lo haremos. He visto cosas que no hubiera creído, sin importar quién me las dijera, y he visto cómo ese asesino nos embaucó. Aun si no nos hubiera pedido que lo hiciéramos, que me parta un rayo si me siento a observar lo que sucede a continuación. No me gusta que nadie se meta conmigo.

—Puedo confirmarlo —agregó Pano.

—Gracias —dijo Karlhammer. Un largo suspiro escapó de su garganta, como el acorde de una guitarra desafinada—. Ya he dado todas las instrucciones necesarias. Mi ayudante, Cho Wayan, estará aquí y les dirá todo lo que necesiten. Él tomará el mando aquí abajo y hablará por mí. Según los médicos, mi procedimiento de Auto-Med para eliminar un coágulo de sangre llevará al menos diez horas. Les deseo a todos buena suerte.

—Debimos comenzar el procedimiento hace mucho tiempo — recriminó uno de los dos grandes médicos, levantando una ceja crítica, sin dejar dudas sobre lo que pensaba de la conversación.

Karlhammer hizo un gesto desdeñoso y puso los ojos en blanco.

—Sí, sí, tomo nota de vuestras preocupaciones.

Aparentemente, los médicos tomaron esto como una invitación y comenzaron a plegar los costados de la cama. Inmediatamente después, Tim también se puso en movimiento y comenzó a ahuyentar a Filio y luego a Pano. Hasta que el enfermero se ocupó de ella y aflojó los frenos de su silla de ruedas, vio cómo acercaban la cama de Karlhammer al tubo y la levantaban eléctricamente, para después meter su cuerpo en él mediante la camilla automática. Mientras Tim la sacaba de la habitación, torció el cuello para ver más, pero solo pudo ver la tapa cerrarse y dos brazos robóticos en el interior que se extendían desde las dos cajas en los extremos del tubo. Después estuvo de vuelta en el pasillo, y la puerta se cerró detrás de ella. La cerradura magnética se activó con una breve vibración audible.

—La llevaré desde aquí —dijo Pano al enfermero, quien se encogió de hombros, se hizo a un lado y desapareció en una de las habitaciones de enfrente. Filio se quedó con ellos por un momento, parecía querer decir algo, pero luego se dio la vuelta.

Ágata se aclaró la garganta en voz alta, lo que provocó que Filio se detuviera.

—¿Sí? —preguntó la astronauta mientras se giraba para mirarla. Ágata volvió a quedar impresionada por su físico delicado y ojos inquietos.

—Admiro tu valentía —dijo Ágata, señalando con un dedo hacia abajo para indicar el nivel inferior mientras Filio fruncía el ceño con irritación por la interrupción.

—Tengo que ir a Marte —respondió, y su cuerpo enfatizó la palabra "tengo". Parecía tan tensa que el estado de contracción de sus músculos habría bastado para mantenerla erguida.

—¿Qué es lo que te impulsa con tanta intensidad?

—No me gusta estar en la oscuridad, y alguien apagó la luz con la que mi antiguo equipo y yo queríamos cambiar el mundo. No lo acepto. Pase lo que pase, volveré a encender la luz y descubriré quién fue —explicó Filio.

—Entonces, te deseo a ti y a todos nosotros buena suerte. Tengo la sensación de que necesitaremos que hagas lo correcto allá arriba, doctora —dijo Ágata, buscando cualquier rasgo perturbador en el rostro de la astronauta. No pudo encontrar uno, lo que la alarmó aún más que si lo hubiera encontrado. Por lo general, en casi todos encontraba señales de defectos de carácter o bombas de tiempo intrínsecas al acecho en sus personalidades. Pero no en Filio Amorosa. Eso podría significar que esta mujer era excelente para engañar a la gente, o que no tenía otra cosa en mente que descubrir un misterio que se había convertido en su némesis personal.

La astronauta pareció sentirse incómoda bajo la mirada escrutadora de Ágata, y Filio respiró hondo antes de sonreír y asentir.

—Os deseo a ambos todo el éxito. Detened al Enemigo. —Dirigiéndose a Pano, agregó—: Y gracias de nuevo.

—Fue un placer —dijo, y Filio volteó y se apresuró hacia el pasillo del que también había venido antes.

—Está ansiosa por meterse en esa cosa del sótano —resopló Ágata.

Negó con la cabeza, lo que precipitó una sensación de dolor.

—Diez caballos no podrían arrastrarme a esa cosa —dijo Pano desde su posición detrás de su silla de ruedas. Empezó a empujarla hacia su habitación—. ¿Una maravilla tecnológica de la cabeza de un ser de sesenta millones de años que no creyó necesario explicar cómo funciona tal cosa? No, gracias.

—Entonces, ¿preferirías dejar el lugar más secreto de la tierra para

rastrear a un extraterrestre que puede haberse infiltrado en el gobierno más poderoso del mundo para someterlo a su voluntad y, eh, derrotarlo?

—Hmm —dijo, empujándola a través de la puerta y de regreso a su cama—. La verdad, prefiero acostarme aquí contigo, compartir el desayuno en la cama y comenzar el domingo con una botella de cerveza en la mano. Y antes de que preguntes... Sí, es domingo.

—Qué amable de tu parte por hacerme recordar el espléndido análisis de tu carácter en nuestro primer encuentro —dijo ella, guiñándole un ojo mientras él la ayudaba a salir de la silla de ruedas y acostarse.

—¿Cómo podría olvidar las primeras palabras encantadoras que me dijiste? Especialmente ahora, viéndote tan bien vestida. Me falta la fuerza de carácter para resistir tus avances.

—No tolero cerveza ni machismo en mi cama. Desafortunadamente, eso te elimina.

—¡Por favor! Admítelo, eso es precisamente lo que te excita —bromeó Pano, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eso es tan excitante como mis medias de trombosis.

—Son... —Miró sus blancas piernas y asintió—. Son especímenes bastante notables.

—Ahora, solo para que no tengamos que hablar más de mis medias, sugiero que hables con mi médico y averigües cuándo podré moverme lo suficiente como para salir de aquí. Tal vez esos micrófagos puedan terminar su trabajo mientras estamos en un helicóptero o un avión.

—¿Por qué tienes tanta prisa? ¿Tienes alguna idea de por dónde podemos empezar a buscar? —preguntó Pano, metiéndole las piernas debajo de la manta y tirando de las sábanas hasta su pecho.

FILIO AMOROSA, 2042

Filio no perdió el tiempo. Se reunió con el asistente de Karlhammer, Cho Wayan, en el Centro de Control, que había dejado media hora antes en respuesta a la convocatoria del sudafricano.

Wayan era un hombre delgado de estatura media con rasgos del sudeste asiático, posiblemente de Indonesia o Filipinas. Llevaba el pelo corto y elegantemente peinado y el traje impecablemente planchado. Filio se preguntó si había llegado tarde porque necesitaba tiempo para arreglarse y vestirse.

—¿Usted es el señor Wayan? —preguntó, mientras cerraba la puerta blindada detrás de ella.

—Usted debe ser la señorita Amorosa.

Wayan sonrió y giró en su dirección, mientras los operadores detrás de él gesticulaban en el aire y se hacían cargo de toda la organización de esta colmena piramidal.

—Doctora Amorosa, sí —lo corrigió, y al mismo tiempo se preguntó por qué lo había hecho. Tal vez lo prolijo de su apariencia había desencadenado en ella una especie de alergia profesional que no había sentido en mucho tiempo. Tal vez fueron los años que había pasado en alta mar entre cazadores de tesoros lo que le había hecho olvidar por completo cuánto le desagradaban las personas con traje.

—Por favor, disculpe, Doctora.

La expresión facial de Wayan denotaba más diversión que arrepentimiento honesto. Difícilmente podía culparlo.

—Tengo que ir al módulo de transporte —dijo ella. La idea de que un dispositivo construido por Xinth y que la llevaría a Marte podría estar ubicado muy por debajo de donde ahora se encontraba la pasmaba. Para su sorpresa, Wayan asintió de inmediato y adoptó una expresión más seria.

—Sígame, Doctora Amorosa. Bateman, controle las cosas aquí y manténgame informado si algo cambia. Ordene a los pilotos que vayan al Helipuerto Dos tan pronto como el Doctor Meinhard le haya dado permiso para viajar a la agente especial Devenworth.

El asistente de Karlhammer se volvió hacia Filio y señaló la puerta. Como no se movió, él pasó delante de ella con una sonrisa.

—No es un tipo de persona fácil, ¿verdad?

—Eso depende de a quién le pregunte —dijo Filio mientras seguía a Cho Wayan por el pasillo y luego a través de una de las cavernas

gigantes que, desde abajo, parecían barcos volcados. Hombres y mujeres con uniformes rojos y negros caminaban por todas partes, algunos transportaban heridos en camillas mientras otros estaban ocupados con las reparaciones. Filio apenas podía imaginar que un solo hombre hubiera hecho tanto daño.

No, ese no era un hombre, se corrigió, y se estremeció al recordar al siniestro agente del Enemigo.

—Bueno, si le pregunto al señor Karlhammer, probablemente expresará una gran admiración por usted. De lo contrario, no me habrían indicado que la llevara al módulo de transporte —dijo Wayan, levantando una ceja en su dirección. Sus ojos tenían cierto brillo, aunque parecía cansado, y su voz revelaba un dejo de crítica.

Filio estaba segura de que cada matiz en los gestos, las expresiones faciales y el lenguaje de este cliché de trepador estaba bien elegido, pero no tenía tiempo ni ganas de descifrarlo todo. Después de todo, lo mejor de su carrera como astronauta fue que no tenía carrera que seguir. En vez de eso, había soportado uno de los procesos de selección más estrictos del mundo y luego obtuvo el trabajo. Si hubiera tenido que involucrarse en una lucha constante en la ESA para ascender en la escala salarial, o para protegerse de los competidores que siempre intentaban desacreditarla para su propio beneficio, se habría vuelto loca. En cierto modo, respetaba al asistente de Karlhammer.

—Probablemente —dijo con aire distraído, dejando espacio para un escuadrón de mercenarios que pasaron junto a ellos con ropa blindada y armados con rifles de asalto. Esperaba que el grupo de aspecto sombrío estuviera de camino a la entrada y salida para protegerlos de más intrusos.

—¿Supongo que no está de acuerdo con su decisión?

—No me corresponde a mí cuestionar al señor Karlhammer.

—Muy diplomático. ¿Quién lo hubiera esperado? —dijo Filio lacónicamente—. ¿Puede ser honesto?

—Si quiere.

—Eso es lo que quiero.

—Bueno —Wayan le lanzó otra mirada de soslayo mientras giraba hacia uno de los muchos corredores al final de la caverna—, yo estuve en contra.

—¿Por qué?

—Porque habíamos elegido a un hombre excelente para la misión, y ahora debe quedar relegado.

Filio suspiró. Ya había usurpado la posición de otra persona.

—Al menos salvó indirectamente la vida de la última astronauta a la que reemplazó —dijo Wayan como si leyera sus pensamientos.

—Si entiendo correctamente al señor Karlhammer, esta misión me

permitirá salvar la vida de todos —agregó Filio. Un momento después, entraron en una habitación rectangular con paredes cubiertas de vidrio y cruzaron a la izquierda de dos puertas de ascensor. No había panel de control, pero un indicador en lo alto mostraba que la cabina se dirigía hacia ellos.

—¿Eso no te pone bajo una cantidad extrema de presión? —preguntó el asistente mientras miraban el indicador.

—No —dijo Filio, negando con la cabeza—, no tengo tiempo para presiones. Sé muy bien que debo ir a Marte, y si supiera lo que he sacrificado y vivido durante los últimos años, sabría que preferiría morir antes que perder la oportunidad de lograr el mejor resultado posible.

—La creo. Probablemente, la cuestión implica más lo que considera el mejor resultado posible. ¿Llegar al fondo de la fallida misión *Mars One*? ¿Una acción *in memoriam* de sus camaradas fallecidos? ¿Venganza por el hecho de que nadie quiso creerle?

—No estoy más interesada en la venganza de lo que estoy en la opinión pública —dijo Filio, dando golpecitos con el pie con impaciencia mientras la pantalla del ascensor se acercaba cada vez más al pequeño cero—. Estoy interesada en El Enemigo, en lo que nos ha hecho... y en lo que pretende hacer.

—He oído que Xinth se ha estado comunicando telepáticamente con usted…

Luego, Wayan se interrumpió abruptamente y señaló la cabina del ascensor cuando las puertas frente a ellos se abrieron. Apenas estuvieron dentro dijo:

—Nivel T, código de autorización Z-22-Alfa-89 Cho Wayan.

El ascensor empezó a moverse, llevándolos hacia abajo. Un ruido silencioso acompañó su descenso, como una melodía de fondo sonoro que tenía algo de siniestro.

—Lo hizo —dijo Filio, retomando donde Wayan se había interrumpido—. ¿Ha hecho eso muchas veces?

—Solo una vez que yo sepa.

—¿Oh?

—Cuando encontramos a Xinth, había matado a tres de los primeros miembros de la expedición que aparentemente habían tratado de matarlo porque le tenían miedo. Pensaron que era una especie de monstruo. Eso fue poco después de que Dan Jackson desapareciera, y lo buscaran aquí.

»Karlhammer se trasladó en avión inmediatamente después de que le llegaran las imágenes de la cámara de vigilancia. Fue el primero en comunicarse con Xinth cuando entró desarmado en la Caverna Uno para enfrentarse a él. No me permitieron entrar, pero pude ver cómo el Constructor agarraba la cabeza de Karlhammer. Los guardias de

seguridad querían irrumpir para salvarlo, pero los contuve según sus instrucciones. Después de unos minutos, Xinth lo soltó y el señor Karlhammer nos dijo que la conciencia de Jackson se había fusionado de alguna manera con la del Constructor.

—Eso parece... increíble.

—Sí, pero fue una buena explicación para que Xinth pudiera hablar inglés de inmediato, como si siempre hubiera podido —dijo Wayan, con desdén—. Bueno, parecía ser la única explicación. En cualquier caso, el Constructor se mostró muy cooperativo a partir de ese momento y pasó mucho tiempo con el señor Karlhammer. Ya conoce el resultado de esas reuniones.

Filio no respondió y continuaron su camino hacia abajo en silencio. Después de unos minutos, el ascensor frenó y las puertas se abrieron.

Frente a ellos había un pasillo escasamente iluminado de paredes de hormigón, que conducía a una puerta redonda con un volante en el medio. Al mismo tiempo, cuatro compuertas cuadradas se abrieron en el techo de arriba y en el suelo frente a la puerta de la bóveda. Los sistemas de disparo automático con gruesas cargadores salieron disparados de los huecos y les apuntaron. Las luces rojas destellaron amenazadoras en pequeñas cámaras en la parte superior de los cañones, y un siniestro zumbido electrónico llenó la habitación.

—Cho Wayan y Filio Amorosa —dijo el asistente, sin mover nada, ni siquiera el dedo meñique.

Durante un tiempo no pasó nada, luego los sistemas de disparo automático se retrajeron detrás de sus compartimentos tan repentinamente como habían aparecido.

—Dios mío —dijo Filio, mientras seguía con cautela a Wayan, quien se movía con sorprendente calma hacia la puerta blindada. Se abrió frente a ellos como si una mano fantasmal estuviera girando el volante.

—Nuestra gente desconoce lo que construyó para Xinth —comentó el asistente—. Pero están relativamente seguros de que el módulo de transporte es explosivo. Un acto de sabotaje aquí abajo, por improbable que fuera, sería devastador. No quieren saber cuántos miles de millones ha desviado la Fundación para construir este dispositivo y la instalación, sin mencionar el tiempo y los costes de personal. ¿Sabe lo difícil que es hacer desaparecer a unas mil personas de tal manera que nadie piense en buscarlas?

—Sí —respondió Filio sin rodeos, y Wayan la miró brevemente antes de señalar la abertura circular.

Ella cruzó y entró en una habitación igualmente redonda del tamaño de una cancha de tenis. Había mucha actividad. Hombres y mujeres con batas blancas iban de un lado a otro como abejas en una

colmena, con mascarillas y equipos analíticos. En el centro de la cámara —sus suelos y paredes completamente blancos recordaban el interior de un OVNI de ciencia ficción popular—, se encontraba una plataforma con dos asientos.

—¿Ese es? ¿El módulo de transporte? —preguntó ella, atónita. El dispositivo parecía como si alguien hubiera soldado los asientos de una montaña rusa a una plataforma de acero.

—Le aseguro, Doctora Amorosa, que las cualidades intrínsecas que posee este módulo la emocionarían —dijo alguien parado a su lado. Filio se volvió hacia la fuente de la voz y vio a un hombre un poco más pequeño con cabello escaso y el vientre de un hombre alegre. Sostenía un portapapeles anticuado apretado a su pecho y sonreía.

—Soy Cassidy Morhaine, director de la instalación experimental y copiloto. Si puedes llamarlo así —dijo a modo de presentación. Se dieron la mano.

—¿Usted? —preguntó Filio sorprendida antes de recuperar el control.

Cassidy rio jovialmente y señaló su generosa barriga.

—No es el aspecto típico de un astronauta, ¿a que no? Pero creo que somos caminantes planetarios. Y caminar sí que puedo.

—Espero que pueda hacer más que eso —dijo, sonriendo para que sus palabras sonaran menos ásperas.

—Bueno, trataron de equiparme con cierta cantidad de inteligencia —respondió Cassidy con una sonrisa, señalando la pequeña plataforma redonda en el centro de la habitación. En su base trabajaban varios técnicos vestidos con monos azules y portaherramientas—. ¿Podemos?

—Con mucho gusto.

—Debe tener mil preguntas.

—No creo que mil preguntas sean suficientes para resolver todos los interrogantes en mi cabeza —dijo, lo que provocó que Cassidy se riera una vez más cuando llegaron a la plataforma. Los dos asientos estaban hechos de un material negro brillante que se parecía un poco a una microfibra lisa.

—He estado a cargo del proyecto desde el principio y sé de esto más que nadie en el planeta. —Señaló la plataforma o, pensó ella, posiblemente debajo de ella—. Pero eso no significa que sepa mucho. Lo construimos de acuerdo con el diseño de Xinth y descubrimos un nuevo material compuesto que es incluso más fuerte que los nanotubos de carbono y puede usarse como superconductor sin ninguna pérdida medible. Además, ha multiplicado la eficiencia en nuestras bobinas magnéticas por varias cifras. Una asombrosa cantidad de fuerza de campo fue creada por la combinación de...

—¿Funcionará? —dijo ella, interrumpiendo al científico, quien

aparentemente solo daba rodeos.

Su sonrisa se borró.

—Bueno, eso espero. De otra manera, muchas horas de mi vida habrán sido en vano.

—No lo sabe, ¿verdad? —preguntó Filio, mirando con atención al hombre fornido. Sus pobladas cejas bailaban cómicamente con cada palabra, y su boca llena parecía estar en constante movimiento.

—¿Qué quiere decir?

—¡Me refiero a lo que pasó allá arriba!

—Por supuesto que lo sé. Hubo un intento de robo o algo así. Estuvimos encerrados durante unas horas después de que se suponía que debíamos ser evacuados. Pero ahora se ha levantado el confinamiento —dijo Cassidy con ingenuidad.

—Un agente enemigo ingresó a las instalaciones e intentó matar a Xinth; él, me refiero a Xinth, está siendo operado, al igual que Karlhammer.

Los ojos de su futuro camarada se abrían más con cada palabra que decía, de tal manera que Filio temió que se les salieran de las órbitas en cualquier momento.

Alguien dijo:

—¡Ejem! —y ella volteó.

Cho Wayan se había acercado a ella y proyectaba una mirada sombría, aunque no tanto como la de Cassidy: el científico miraba con furia al asistente de Karlhammer.

—Antes de que digas algo —dijo Wayan, levantando sus manos suaves—, me gustaría señalar que el propio señor Karlhammer formuló los protocolos de emergencia, incluido que las áreas de trabajo vitales que tienen sus propios mecanismos de protección no deben ser informadas de la causa de cualquier emergencia antes de lo necesario si pudiera causar pánico.

—¿Pánico? ¡Seguramente no creerás que nos asustaríamos tanto como para volar todo esto! —vociferó el científico, obviamente cada vez más agitado. A Filio le parecía una personificación de carne y hueso de Rumpelstiltskin.

—Bueno, creo que podéis arreglároslas sin mí a partir de ahora —dijo Wayan con una sonrisa atribulada. —Me necesitan en el Centro de Control.

Filio asintió con tristeza y se volvió hacia su copiloto.

—¿Cuándo comenzamos?

—No puede esperar, ¿eh? —preguntó Cassidy, pensativo mientras miraba con furia al asistente de Karlhammer que se retiraba.

—No. Yo... el Constructor... me mostró algo.

—¿Xinth? —Cassidy dejó su portapapeles y la agarró por los hombros, girándola hacia él con una fuerza extraordinaria y

obligándola a mirarlo a los ojos.

—¿Es cierto? ¿Qué le mostró? ¿Cómo funciona este aparato?

—No. —Filio negó con la cabeza—. Me mostró que El Enemigo se estrelló en Marte después de que él saboteara su nave para neutralizar la amenaza que representaba. Sé lo que tenemos que buscar.

El científico logró asentir, pareciendo simultáneamente perplejo y comprensivo.

—Entonces, ¿puede dirigir el módulo de transporte al lugar correcto?

—¿Eh? ¡No! No sabía que este módulo de transporte existía. Lo único que me dijeron fue que había una forma de llegar a Marte.

—Oh. —Cassidy dejó que sus hombros se hundieran por la decepción. De repente pareció agotado—. Entonces habrá que esperar que Xinth haya preparado todo como debe ser. Hemos confiado ciegamente en él estos últimos años y, después de todo, la cosa podría ser una bomba.

No mencionó que lo decía en serio, aunque ella supo por una mirada breve y penetrante que ambos estaban pensando lo mismo.

—¿Sabe algo más que pueda ayudarnos? —le preguntó ella.

—No lo creo. Eché un vistazo rápido a algunas de las imágenes de satélite, incluidas todas las grabaciones de audio del descubrimiento del monolito, o las escuché, debería decir. —Cassidy hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Las he visto. Siempre se detienen tan pronto como regresan a la base... sin el monolito.

—Ni siquiera sabía que estábamos en el monolito. Siempre creí que era la imagen de pobre resolución de una roca casi simétrica tomada por el Curiosity en 2005.

—¿Cree que el módulo de transporte nos llevará allí?

—La verdad, esperaba que me dijera algo sobre cómo funciona esta máquina —admitió ella, mordiéndose el labio inferior mientras examinaba la discreta plataforma con sus dos asientos. Era difícil imaginar cómo llegarían a Marte o a cualquier otro lugar con esto.

—¿Cree que es un generador de agujeros de gusano o algo así?

—No. —Cassidy agitó el dedo índice apuntando hacia la plataforma—. Un agujero de gusano tendría que ser estabilizado y luego mantenido. Si estuviera sentada en medio de la terminal emergente, las fuerzas que actuaran en ella podrían hacerla pedazos.

—Soy consciente de ese punto de vista de nuestro conocimiento científico actual, pero una tecnología que está tan lejos de la nuestra... ¿quién sabe qué podrían hacer los Constructores que nos pareciera pura magia?

—Tiene razón. A pesar de eso, lo dudo. Aun así, hasta que sepamos más, asumiré que ciertas leyes elementales se aplican ahora y siempre, sin importar qué tan avanzado sea el nivel de tecnología.

—Eso reduciría la probabilidad de un medio de transporte más rápido que la luz a casi cero.

—Las velocidades relativistas serían suficientes para mí —murmuró Cassidy—. Podríamos llegar a nuestro destino en veinte minutos o media hora.

Para Filio no pasó desapercibido que sus manos temblaban levemente y brillaban con sudor mientras las frotaba frente a su pecho como un panadero amasando.

—Ya veremos —dijo ella—. Xinth me dio algo más. Una llave.

—¿Una llave?

—Sí.

Metió la mano en el bolsillo izquierdo de su chaqueta y le tendió el puño cerrado. Cuando él la miró con el ceño fruncido, volteó el puño y lo abrió. En medio de su palma yacía la pequeña canica negra, que brillaba como obsidiana.

—¿Puede hacer algo con esto?

—¿Que si puedo hacer algo con esto? —preguntó de una manera que ella no pudo interpretar. Entonces estiró la mano y ella la retiró a la velocidad del rayo.

Cassidy gruñó con desaprobación y le indicó que lo siguiera. Juntos subieron a la plataforma después de que el científico ahuyentara a un técnico que había estado entreteniéndose con uno de los asientos. No hubo sonido cuando las botas de Filio tocaron el metal puro.

—¡Allí! ¿Lo ve? Conozco cada detalle de esta cosa y que me parta un rayo si esa esfera no encaja exactamente en este hueco —dijo Cassidy, señalando una pequeña caja que descansaba sobre un puntal de metal que surgía entre los dos asientos, justo debajo de donde terminaban ambos reposabrazos. Filio tuvo que mirar dos veces para ver la hendidura en forma de un pequeño hemisferio. El material blanco le dificultaba reconocer los contornos—. ¿Puedo ahora? —preguntó su compañero con un brillo desafiante en los ojos. Como vaciló, él continuó: —Será mejor que empiece a confiar en mí. Usaremos esta cosa juntos, le guste o no. Yo vivo según el principio de confiar en todos hasta que él o ella me convenza de lo contrario. Creo que es una forma más cómoda y alentadora de vivir. Si ha perdido su visión positiva de la vida en algún lugar del camino hacia este sótano en el fin del mundo, espero que la encuentre pronto, porque estoy seguro de que la necesitaremos.

Filio buscó alguna señal de burla o algo sospechoso en su rostro. Lo intentó, buscando patrones en su expresión facial que pudieran recordarle a alguien que una vez la había engañado o defraudado. Sin embargo, sabía que él tenía razón. Nunca había sido una persona así, aunque su traición a Romain y a la tripulación del *Ocean's Bitch* le

había hecho perder precisamente esa actitud positiva de la que hablaba Cassidy. Su consejo era acertado. Era como si sus palabras hubieran declarado una verdad que había estado tratando de ignorar. Cuanto más pensaba en ello, más comprendía que no solo había hecho que su antiguo equipo fuera incapaz de confiar, sino que había menoscabado su propia confianza.

Aunque todo en ella quería negarse, le entregó la esfera a Cassidy y se sintió aliviada cuando él la cogió de inmediato. Había temido cambiar de opinión y retirarla en cualquier momento. Ahora que el pequeño globo se había ido, parecía como si le hubieran quitado una tonelada, y la alegría honesta reflejada en los ojos del científico encendió una pequeña luz dentro de ella que ahora se daba cuenta, había perdido.

—Gracias —dijo él, y estaba a punto de colocar la canica en el hueco cuando Filio extendió una mano y lo detuvo.

—¿Qué?

—¿Es una buena idea? ¿No deberíamos sentarnos primero... en los asientos?

—Hmm —dijo, mirando la habitación en forma de dona. Todos los ojos estaban puestos en ellos. Había unas 50 personas abajo. Todos parecían cansados, como si no hubieran visto la luz del día en mucho tiempo, lo cual probablemente era el caso—. Tiene razón —dijo al fin Cassidy, enderezándose.

Filio hizo lo mismo, y bajaron de la pequeña plataforma que solo era lo suficientemente grande para los dos asientos.

Tan pronto como tuvieron el suelo de frío cemento bajo sus pies, el científico señaló a una joven de bata blanca, que parecía haberse quedado de piedra.

—Comienza con los preparativos para el inicio. Nos pondremos en marcha.

—¿Ahora mismo? —preguntó la mujer, mirando a ambos como si hubieran perdido la cabeza.

—¡Por supuesto, ahora mismo! —insistió Cassidy y le hizo un gesto con impaciencia para que se fuera. Dirigiéndose a Filio, continuó—: Después de tanto tiempo, probablemente a mi gente le parezca casi irreal que vayamos a usar esta cosa, no solo en un punto indefinido en el futuro, sino ahora mismo.

Ahora mismo, repitió ella mentalmente, y notó un hormigueo intrusivo que subió desde las plantas de los pies hasta la coronilla. Era el mismo hormigueo que sintió en el lanzamiento del *Mars One* y, sin embargo, ahora recordó las imágenes del *Mars Two* explotando justo antes del lanzamiento, que la perseguían como un atisbo del infierno.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Cassidy ansiosamente, y Filio tuvo que sacudir la cabeza para traer sus pensamientos al presente.

—Sí. Empecemos. Y tuteémonos a partir de ahora, será más cómodo.

MARTE, 2039

—No creo que los satélites vayan a recibir algo más. No importa que les impidió enviarnos alguna señal o conectarse con la tierra porque esta nueva tormenta paralizará todo —dijo Javier con un gruñido tan pronto como regresaron a la base.

—¿Significa que ahora estamos tan ciegos como el Control de la Misión? —preguntó Filio casualmente.

Sabía que su ingeniero de mantenimiento quería cambiar de tema y optó por concederle la breve pausa que aparentemente necesitaba para ordenar sus pensamientos.

Timothy y Strickland, por otro lado, no parecían dispuestos a ser tan amables, o bien eran ajenos al estado de ánimo de Javier.

—¡Qué momento más inoportuno para que esto suceda! ¡Tenemos que salir de nuevo! —espetó Timothy y Strickland asintió.

—¡Hay un maldito objeto debajo de la capa de regolito, algo que es más grande que nuestra base, si nuestros escaneos no mienten!

—*Si* —enfatizó Filio.

—No creerás que debemos ignorar eso, ¿verdad?

—No. —Negó con la cabeza y señaló vagamente hacia arriba mientras se quitaba el traje—. Pero no iremos a ninguna parte con esa tormenta.

—La velocidad del viento es de apenas cuarenta kilómetros por hora. Es más una brisa tibia —interrumpió Timothy, haciendo un gesto desdeñoso con la mano que catapultó su guante izquierdo contra uno de los casilleros.

—¿Y cómo quieres resolver el problema de la falta de luz solar? ¿Vas a dar un paseo por allí? —preguntó Javier, refunfuñando. Su 'r' marcada parecía amenazante, a pesar de que era un tipo bastante amable, según había descubierto Filio. Durante su entrenamiento y preparación, lo habían apodado cariñosamente su “osito”. Sin embargo, este encuentro con algo imprevisto e inexplicable pareció, por primera vez en su experiencia, haberlo sacado de su habitual temperamento apacible.

—Podríamos llevar una de las baterías de radionúclidos —sugirió Timothy, pero Javier puso los ojos en blanco antes de que el piloto pudiera siquiera terminar la frase.

—Por supuesto, Timothy el ingeniero ya tiene una solución. Simplemente conecta una fuente de energía completamente diferente

a un sistema estándar. Las relaciones de voltaje y los niveles de energía no son asuntos esenciales hoy en día. Construiré un convertidor con piezas de Lego y podremos partir de inmediato —se burló el español, con la voz llena de sarcasmo.

—¡Oye! —Timothy parecía enfadado, listo para comenzar una discusión.

Filio se le adelantó.

—Silencio —ordenó con impaciencia—. Observaremos los datos vez en cuando y luego decidiremos cómo proceder. No podemos ignorar este descubrimiento. Es quizás lo más importante que podamos encontrar aquí. Sin embargo, no significa que vayamos a actuar de manera imprudente. Obviamente, esta cosa ha estado aquí durante mucho, mucho tiempo, y seguirá allí si esperamos unos días. Lo más estúpido sería actuar precipitadamente ahora y cometer errores, aunque no estemos bajo ninguna presión de tiempo. Entiendo que tengáis curiosidad, yo también. Pero la prisa no nos ayudará. ¿Está claro?

—Muy claro —murmuró Timothy, y Strickland hizo lo mismo, suspirando sonoramente. Javier al fin asintió y permitió que su frente arrugada se relajara.

—Bien. Nos reuniremos en diez minutos en operaciones. —Filio ahuyentó a sus camaradas como si fueran gallinas que hubieran escapado de su gallinero, luego suspiró mientras se sentaba en el pequeño banco de plástico frente a los casilleros. Lo habían fabricado con la impresora 3D después de votar sobre el uso de los recursos disponibles. Había decidido desde el principio permitir la votación en algunos asuntos porque siempre había rechazado las jerarquías demasiado estrictas. En su opinión, un buen liderazgo comenzaba con un oído atento, y creía que uno no solo debía escuchar lo que otros piensan, sino también implementarlo cuando correspondía.

El banco había contribuido mucho a su comodidad, ya que las conversaciones más críticas a menudo tenían lugar en el vestuario junto a la esclusa de aire, como pronto descubrieron. Podía ser porque, siguiendo estrictamente el protocolo, solo salían en parejas y por tanto volvían en parejas. Dado que su tráfico de radio siempre era grabado y almacenado, el vestuario era el único espacio donde estaban libres de dispositivos de escucha. Como resultado, después de cada excursión, podían discutir todo en privado y sin tener en cuenta el protocolo, además de sentirse libres de hacer preguntas. Esto había demostrado ser extremadamente valioso para el equipo.

Algunos de los mejores cambios que se produjeron tras las solicitudes enviadas a Control de Misión en Darmstadt se concibieron en el vestuario. Mientras tanto, ese espacio, aunque estaba abarrotado y, de hecho, era todo menos acogedor, servía como una especie de

oasis de relajación en la base. No era una sorpresa para Filio la cantidad de tensión que causaba saber que siempre había alguien escuchando, incluso cuando estabas roncando en la cama. La privacidad era algo tan esencial para la salud mental de una persona que sugeriría repensar la vigilancia permanente para la próxima misión.

Por supuesto, la planificación de la misión había dictado este enfoque, porque servía para su seguridad si las personas inteligentes en casa pudieran monitorear los signos vitales de todos los miembros de la misión y también podrían ver si había sucedido algo. Solo imaginar que ella o uno de sus compañeros de tripulación resbalara en el módulo de lavado, especialmente en la celda húmeda donde se tenían que quitar las conexiones para las almohadillas de signos vitales. Minutos, incluso segundos, podían ser cruciales para sobrevivir o morir aquí, y todos y cada uno de ellos eran insustituibles.

Sin embargo, ducharse con una cámara apuntando a la espalda no resultaba nada relajante. Aunque solo pocos miembros del personal los veían desde Darmstadt, a diferencia de los muchos programas voyeur en la televisión, le parecía estar en Gran Hermano y esa era una sensación muy desagradable.

Filio usó los preciosos minutos de soledad para permitirse un hábito demasiado humano: inclinó los hombros, suspiró profundamente y hundió la cara entre las manos. El descubrimiento de ese extraño monolito la había impactado más de lo que estaba dispuesta a admitir. Se sentía mucho más cómoda con los hechos que con la ficción, y los hechos le decían que la estructura no era un objeto natural.

Pero ¿qué debía hacer con un hecho que no encajaba con ninguna otra realidad de su cosmos científico personal? ¿Había llegado a un punto en el que lo más improbable había sucedido y se había convertido en realidad? Un artefacto de origen extraterrestre, en un planeta que lindaba directamente con la Tierra, y en el único planeta además de la Tierra que los humanos habían pisado, ¿cuál era la probabilidad de tal evento?

El hecho de que estuviera haciendo todo lo posible por mantener la calma y no salir precipitadamente a examinar el objeto, no solo se debía a la moderada tormenta de polvo, que resultó ser muy conveniente. También quería ganar algo de tiempo. No había registro de tal evento, y había ganado confianza con respecto a esta misión por el hecho de que había reglas e instrucciones de comportamiento para cada situación.

¿O el problema específico era tan simple como el miedo a lo que pudieran descubrir? A lo largo de su vida había sacado fuerzas de los

planes que había dirigido a cualquier obstáculo en su camino. Este enfoque la había llevado de la calle a la primera nave espacial tripulada a Marte, y a llevar una estrella sobre su placa de identificación.

«Pero ¿cuál es mi plan para esto?» se preguntó a sí misma, suspirando de nuevo. Se frotó la cara por última vez y luego se levantó, se ató las mangas del mono alrededor de las caderas y se dirigió al centro de operaciones.

Timothy, Strickland, Javier, Heinrich y Dimitri ya estaban esperando, sentados frente al largo escritorio que estaba equipado con todo tipo de elementos táctiles, y debajo de la pantalla de visualización de cuatro metros de ancho que cubría toda la pared detrás de él. El comandante de la misión, a quien Filio servía como sustituta, acababa de regresar de una misión de reconocimiento que había emprendido con el geofísico alemán en los túneles de basalto más profundos. Sus caras estaban empapadas de sudor y su hedor llegaba hasta la puerta cuando ella entró.

De repente se hizo el silencio y cinco sillas giratorias se volvieron hacia ella.

—¿Es verdad? —preguntó Dimitri Vlachenko de inmediato, mirando a Filio como si acabara de ver un fantasma.

—Hemos encontrado un objeto antinatural donde...

—Es un maldito artefacto alienígena —la interrumpió Timothy con entusiasmo, golpeando un puño en su palma abierta—. Y eso es solo el comienzo.

Dimitri hizo un gesto de impaciencia para que se callara, y el piloto gruñó de frustración. Luego, el ruso la miró y le indicó que continuara.

—Por favor, Filio.

—Tal vez sea extraterrestre, tal vez no. Javier me señaló correctamente que solo se tiene certeza cuando se ha establecido su autenticidad.

Strickland y Timothy continuaron agitados, mientras que Javier permaneció en silencio. Heinrich solo la miró como si acabara de darse cuenta de que la película que estaba viendo no era para la que había comprado una entrada.

—Desde el comienzo de la exploración de Marte, tres satélites se han estrellado en su superficie, cuatro cápsulas de aterrizaje han sufrido accidentes y varios róveres han quedado inoperables debido a la falta de batería —dijo, provocando más protestas de Strickland y Timothy, ante quienes trató de defenderse levantando ambas manos en señal de apaciguamiento.

—¿Parecía un róver? —preguntó Timothy, resoplando de frustración.

—¿Un satélite estrellado? ¿Precisamente en el lugar donde se fotografió el monolito en 2005? ¡Chorradas! —Strickland se unió a la ola de frustración.

—Lo único que quiero decir es que aún no sabemos lo suficiente —dijo Filio en voz alta, y continuó hablando un poco más bajo una vez que se calmaron—. Necesitamos recopilar más datos. Se dio la vuelta y miró a su superior antes de continuar—. El objeto se ve extraño y su forma es demasiado uniforme para ser de origen natural. Sin embargo, también está bastante lejos y no irá a ninguna parte. Por lo tanto, debemos proceder con cautela.

—¿Tratasteis de recuperarlo? —preguntó Dimitri retóricamente, cruzando sus poderosas manos frente a su boca como si estuviera viendo una película llena de suspense.

—Sí, en vano. No parece ser un monolito, sino simplemente la continuación rectangular de una estructura más grande debajo de la capa superior de regolito.

—¿Entonces qué sugieres? —preguntó, lanzando la mirada que había temido: una combinación de súplica y expectativa.

El comandante ruso era carismático, un rasgo que ella envidiaba, y podía delegar rápida y eficientemente. Eso lo convertía en el mejor comandante, como le habían dicho cuando se asignaron los roles para la misión. Después de muchos meses de trabajo conjunto, primero en *Mars One* y ahora en la superficie, había llegado a estar de acuerdo con esa evaluación. Era más importante tener a alguien con autoridad que supiera elegir correctamente su herramienta que dejar que la mejor herramienta decidiera que es, de hecho, la mejor herramienta. Para un martillo todo era un clavo, así como para un taladro todo era una pared que podía tolerar un agujero más. No había sufrido mucho y se había visto obligada a admitir que la jerarquía de la misión se había establecido sabiamente. También estaba complacida de que Dimitri hubiera reconocido su talento desde el principio y, a menudo, le pidiera consejo. Un primer oficial no podría desear nada mejor.

Hasta hoy, se confesó y cuadró los hombros en lugar de seguir su primer impulso de dejarlos caer. *Ya pensarás en algo*, se reprendió a sí misma, *siempre piensas en algo*.

—Los ingenieros tendrán que volver a sacar las castañas del fuego —bromeó, señalando a Javier, quien tarareó a modo de afirmación. De hecho, solo estaba tratando de ganar tiempo para pensar.

Nadie más se rio o le dedicó una sonrisa cansada, así que comenzó a charlar. Si no tenía tiempo para resolver algo, podía decir lo que estaba pensando en ese momento.

—Bueno, repasemos lo que sabemos. El objeto emite radiación ionizante, pero en un grado mínimo. Su superficie es tan lisa que ni el polvo marciano se adhiere a ella, y tiene la misma temperatura que el

ambiente. ¿A qué recuerda?

—Tal vez a un superconductor hecho de cerámica —propuso Heinrich, frotándose las sienes. Al parecer, ella no era la única que se sentía abrumada por los recientes acontecimientos.

—Exacto —coincidió Filio—. La cerámica puede volverse superconductora a partir de unos ciento treinta grados bajo cero. Si se trata de un objeto celeste artificial, una superficie superconductora podría proteger de los picos de energía.

—¿Los superconductores no consumen una cantidad extremadamente alta de energía? Solo soy bióloga —dijo Strickland—, pero mi conocimiento de física basta para saber eso. Significaría que hay suficiente energía en el objeto para enfriar el revestimiento.

—Recuerda la temperatura ambiente. La parte del objeto que sobresale de la superficie como un monolito podría transferir el frío del ambiente a la parte de abajo.

—Los superconductores son más conocidos por conducir la electricidad que la temperatura —refutó Javier.

—Si alguien logró crear un objeto aquí que sobrevive al tiempo y es suave como el trasero de un bebé a escala atómica, también lograría distribuir bajas temperaturas —argumentó ella.

—Si ha estado aquí por mucho tiempo. ¿Y si solo lleva algunas décadas? —preguntó Javier.

—La cantidad de sedimento que lo cubre indica lo contrario —argumentó Timothy.

—Alguien con tal tecnología ciertamente podría enterrarse —insistió el español, sus ojos brillantes desafiaban al piloto.

Antes de que Timothy pudiera responder, Dimitri se aclaró la garganta y los silenció con una mirada, luego se volvió hacia Filio nuevamente.

—Pero ¿qué papel desempeña la emisión radiactiva? —preguntó con irritación—. Mencionaste la radiación ionizante, ¿no?

—Lo hice, pero no sé cómo encaja —admitió, encogiéndose de hombros—. Es lo máximo que puedo aportar. ¿Quizás algo está decayendo debajo de la superficie? ¿Daño? ¿Un defecto? ¿Un accidente? ¿Algún tipo de depósito? Ni siquiera sabemos qué es la cosa, y mucho menos quién la puso allí.

—Me gusta tu forma de pensar, Dima —participó Heinrich de nuevo y asintió con cuidado. El alemán, normalmente tranquilo, respiró hondo y se demoró un momento hasta que todos los ojos se posaron en él.

—Si fuera una nave espacial, un superconductor encajaría en términos de la capacidad defensiva que sugeriste. Y podría estar conectado a la red de a bordo, lo que a su vez significaría que podríamos alterar el nivel de energía y…

—¿Alterar el nivel de energía? —interrumpió Strickland, confundida.

—Conectas un cable, inyectas electricidad —resumió Javier con impaciencia.

—Exacto. Tal vez podamos iniciar algún proceso de esa manera, como cuando usas un desfibrilador, para usar una ilustración simple —dijo Heinrich, asintiendo de nuevo como si la idea le resultara cada vez más atractiva.

—Sí, podríamos iniciar una secuencia de destrucción —dijo Strickland—. No creo que sea una buena idea.

Dimitri miró a Filio, quien asintió apenas perceptiblemente en dirección al alemán, y luego se aclaró la garganta de nuevo y se puso de pie.

—Así es como procederemos. De todos modos, no podemos desenterrarla con los medios a nuestra disposición, y si la cosa ha aguantado tanto tiempo aquí, una pequeña descarga eléctrica ciertamente no la dañará. Después de todo, uno de los innumerables rayos en este tormentoso Planeta Rojo ya la habrá impactado.

—A menos que un rayo sea el responsable de que el objeto esté tan muerto como parece —dijo Strickland, pero Dimitri no pareció prestar atención a su comentario.

—Filio, tú y Javier juntaréis todo lo que necesitáis. —Se volvió hacia Strickland—. Ellen, tú te quedas aquí y te haces cargo de las operaciones. Timothy, prepara el vehículo de carga. Creo que necesitaremos el espacio. Heinrich y yo nos encargaremos de los trajes y el oxígeno. En seis horas, nos reuniremos aquí nuevamente y discutiremos nuestro procedimiento. Espero que volvamos a estar en contacto con nuestros satélites para entonces y podamos obtener un informe meteorológico, o ponernos en contacto con la Tierra. Siempre se puede soñar.

Después de que todos los demás se fueran sin decir una palabra, desapareciendo a través del módulo de conexión en diferentes direcciones, Javier la sujetó de la manga.

—¿De verdad crees que esto es una buena idea?

—No —admitió con franqueza—. Pero es la única idea que tenemos.

—¿Es bueno comenzar con lo primero que se nos ocurre?

Aunque estaban solos en el umbral entre el módulo de conexión en forma de estrella y, detrás de ellos, la sala de operaciones, donde Strickland estaba sentada y ahora poniéndose un par de gafas de datos, susurró y miró a su alrededor con cuidado.

—No, pero eso es lo que quiere Dimitri, y él es el jefe.

—¿Así de simple?

—Así de simple —dijo ella, levantando la barbilla.

—No lo esperaba de ti. —Javier la miró como si la viera por primera vez.

—¿Seguir sus instrucciones nos ha lastimado hasta ahora?

—No, pero...

—Mira. En esta ocasión se trata de un objeto extraño del que apenas sabemos algo, y será difícil recopilar nueva información sobre él sin cambiar su naturaleza. Según los pocos datos que tenemos, la idea de Heinrich es la mejor para lo que podemos hacer con él. La alternativa sería dejar el objeto en paz y contactar a Darmstadt para que muchas personas que son más inteligentes que nosotros puedan pensar en un curso de acción. Sin embargo, hace tiempo que no tenemos ningún contacto desde casa, y debemos suponer que el problema es más grave de lo que nos gustaría admitir. Así que, hagamos algo ahora.

»Me hubiera gustado esperar unos días o semanas más, pero bueno —dijo con una sonrisa compungida—, al menos no moriremos de curiosidad o inquietud como Timothy o Strickland, si damos el primer paso.

—Espero que tengas razón —murmuró el español, rascándose la barbilla sin afeitar y provocando un sonido áspero que a Filio le pareció desagradable.

—Yo también lo espero —admitió—. Pero míralo positivamente. Es un problema de ingeniería, lo que significa que se nos permite jugar, y el jefe simplemente nos envió al armario de los juguetes y dijo que tomemos todo lo que queramos. Si eso no te suena bien, no sé qué lo hará.

Javier esbozó una leve sonrisa en su rostro. De hecho, sus ojos marrones recuperaron un toque de su suave brillo, uno que habría causado que muchas damas se derritieran en la Tierra.

—Bueno, entonces, resolvamos un problema —dijo al fin.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

Los rotores del espacioso helicóptero C-2 Moonhopper atronaron en la noche. Ágata miró la pirámide a través de la ventana blindada. Estaba iluminada por una luz de luna tan tenue que parecía más una huella temporal en sus retinas que un objeto sólido. Desde aquí arriba, se podían ver las gigantescas dimensiones de la estructura creada por los Constructores. También se podía notar que la pirámide no tenía lados y bordes uniformes. Posiblemente se había depositado demasiado sedimento durante millones de años.

A la marina de los Estados Unidos le tomaría unos cinco días estar dentro del alcance de sus aviones de combate, lo que ella y Pano esperaban que fuera tiempo suficiente para desaparecer de allí. En la imaginación de Ágata, una gran cantidad de helicópteros y jets aparecieron repentinamente, llenando el espacio aéreo a su alrededor con explosiones y nubes de plasma, mientras que, en el suelo, muy por debajo de ellos, rastros luminosos de munición atravesaban la noche. Tenían que evitar a toda costa que esa pesadilla se hiciera realidad. Las apuestas eran demasiado altas.

—¿Qué piensas? —preguntó Pano por la radio. Estaba sentado frente a ella ya que no había otros pasajeros en el lujoso helicóptero privado. Su espaciosa cabina contenía solo cuatro sillones de cuero ridículamente grandes que podían convertirse en un entorno completo de RA y RV. A Luther Karlhammer no le gustaba perder el tiempo. Ágata recordó haber leído una entrevista en la que se había quejado con el universo por castigar a las personas con la necesidad de perder el tiempo comiendo. Probablemente nunca había disfrutado de la comodidad de este palacio volador, prefería pasar su tiempo a bordo en salas de conferencias virtuales.

Los humanos eran peculiares, notó Ágata.

—Creo que tendremos más éxito con nuestra nueva misión —suspiró, mirando hacia afuera.

Pano siguió su mirada y asintió.

—¡Jubilemos al Enemigo! Ya hemos tenido trabajos que eran más difíciles.

—¿Hemos? ¿De verdad? —preguntó sorprendida.

—No, pero pensé que me guardaría el pesimismo para más tarde, cuando la cosa se ponga fea.

—No hubiera esperado otra cosa de ti.

Pano cambió bruscamente de tema.

—¿Cómo te sientes?

—Oh, el italiano quiere hablar de sentimientos. ¡Qué cliché!

—Soy surtirolés —la corrigió con una sonrisa. —Somos más parecidos a los alemanes, solo que más guapos y con acceso a un mar donde no hay excusas para no bañarse.

—¿Alemania tiene acceso al mar?

Pano la miró con una ceja levantada hasta que ella suspiró de frustración.

—Oye, fue una broma —dijo. —No todos los estadounidenses son tan incultos e ignorantes como crees.

—Que bueno que lo digas. Recuerdo...

—Todos recuerdan una historia así —lo interrumpió, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. Oye, cuando estaba en los Estados Unidos todos pensaban que aún íbamos a caballo al trabajo —dijo ella en una mala imitación de una voz adolescente. Continuó—: En los Estados Unidos pensaban que Bélgica era una provincia de Francia. —Su voz volvió a la normalidad—. Pero probablemente solo sean aquellos que viven entre los Apalaches en el este y las Montañas Rocosas en el oeste y pasan su tiempo libre disparando a los peluches con escopetas o quejándose de los demócratas.

—¡Bueno, parece que has vuelto a ser la misma de antes! —dijo Pano con alegría, aplaudiendo—. Te pregunto por tus sentimientos y te quejas de la gente.

—Esto de los micrófagos parece funcionar bastante bien —dijo ella después de una breve pausa—. Me pregunto cuánto tiempo hace que Karlhammer conoce esta tecnología. Apenas dos días y ya puedo correr de nuevo. Vale, tengo que comer como una salvaje —y señaló la gran caja de cartón en el sillón a su lado—, pero supongo que las cosas podrían ser mucho peores después de recibir un disparo en el bazo.

—¿Y cómo lo llevas? Después de todo, un asesino poseído por un extraterrestre te obligó a pegarte un tiro.

—¿Quieres decir, cómo me las arreglo mentalmente? —preguntó Ágata.

—Eh... Sí. Supongo que sí.

—Ese idiota no fue el primero en tratar de matarme. No me importa lo que me hiciera —mintió, mirando de nuevo por la ventana para que su compañero no pudiera examinarla en busca de pistas de que estaba mintiendo. La verdad era que, además del obstinado temblor en su mano izquierda, también había en ella una sensación de impotencia que no había sentido desde su infancia.

Se preguntó si solo había sido capaz de reprimirla durante su carrera y, como resultado creía que no sería capaz de volver a

experimentar ese sentimiento. La experiencia de alguien forzando su propio cuerpo a actuar en contra de su voluntad, bloqueándola efectivamente, no solo fue la cosa más horrible que jamás había experimentado, sino que ahora se había instalado en la parte posterior de su cabeza como un miedo profundamente arraigado.

En sus sueños, seguía viendo repeticiones del hombre del traje negro, escuchándolo ordenarle que apretara el gatillo. Era como si todo estuviera sucediendo una y otra vez, en vivo. A menudo se había convencido a sí misma de que tenía su vida bajo control, incluidas sus emociones y pensamientos, al aprender a concentrarse como cuando se usa una lupa para quemar una hormiga o una hoja de papel.

El asesino a sueldo alienígena del Enemigo había destrozado esa lupa con sus trucos de magia. ¿En qué otra cosa podría uno creer si alguien pudiera simplemente ignorar todas las suposiciones científicas fundamentales, o si aparentemente no se aplicaran a él?

—Te gusta la imagen de ser una chica fuerte, ¿verdad? —preguntó Pano mientras la miraba con una mezcla de admiración y preocupación.

Ágata no estaba segura de si debía encontrarlo molesto o encantador.

—Sí, tienes toda la razón —respondió al fin, sonriendo cuando sus ojos se abrieron con asombro.

—Tienes que trabajar en tu sentido del humor.

—¿Por qué? ¿Para que pueda asimilar mejor tus pésimos chistes? —preguntó ella.

—Eso sería un comienzo. —Asintió con una sonrisa.

—Ya hemos hablado sobre el director Miller —dijo ella—. Sugiero que concertemos una reunión con él y lo presionemos.

—No creo que vaya a ser tan fácil.

—Oh no, nunca es fácil, pero no fui entrenada para lo fácil.

—Estoy seguro de que has sido entrenada para lo difícil —respondió con ambigüedad—. Pero no debemos derribar puertas cuando podemos abrirlas. Sería mejor pincharlo aquí y allá alimentándolo con desinformación para ver cómo responde. A veces, provocar una reacción es más efectivo que una confrontación directa.

—Muy sabio. ¿Aprendiste eso en la prisión juvenil?

—Salí al poco tiempo, sin tener que masturbar a mi oficial de libertad condicional. Y eso significa algo, considerando de dónde vengo.

—Parece un gran lugar, Tirol del Sur —murmuró Ágata.

—Así es —dijo Pano, exhalando un largo suspiro, mientras sus ojos adquirían una expresión soñadora—. Lo que daría por estar allí ahora y no saber nada de todo este asunto.

—¿Preferirías estar sentado en un pueblo de montaña,

completamente ignorante, que ser una de las pocas personas que conocen la existencia de extraterrestres que gobernaron la Tierra hace mucho tiempo? —preguntó Ágata con incredulidad.

—Sí, sería mucho mejor. ¿Cómo nos beneficia este conocimiento? Todo es como una película de ciencia ficción, solo que no podemos apagarla después de los créditos. La película continúa, con un desenlace incierto.

—Pero estás teniendo un impacto en la historia, al menos hasta cierto punto —dijo.

—Sí, pero el precio de eso es probablemente no poder volver a tener una noche de sueño tranquilo. Cada vez que vea el cielo estrellado, ya no veré el gran misterio bajo cuya inmensidad me siento infinitamente pequeño e insignificante. En vez de eso, veré a Xinth y a enormes humanos-alienígenas. Ya no podré ver un documental sobre las pirámides sin pensar en excavaciones encubiertas.

»No podré ver un traje negro sin pensar en ese asesino psicópata. No podré reunirme con ningún representante del gobierno sin pensar que puede haber sido infiltrado por un extraterrestre. Ni siquiera podré reírme de esas personas que lanzan extrañas teorías de conspiración por temor a que puedan ser ciertas. ¿Vale la pena?

—No tengo vida fuera del trabajo —admitió Ágata con un deje de franqueza, deteniéndose a pensar por un momento—. Todo esto hace que mi trabajo sea aún más satisfactorio, a veces de una manera muy aterradora, tengo que admitirlo. Pero nada odio más que no tener control sobre lo que sucede a mi alrededor. No podría vivir como una oveja ignorante, satisfecha con solo comer la hierba que me rodea mientras los lobos aullan en la distancia.

—¿Qué hay bajo nuestro control? —preguntó Pano—. Estamos sujetos a las mareas del cosmos, el amanecer y el atardecer. El clima, nuestro género, nuestra apariencia, nuestros talentos e inclinaciones nativos. Ni siquiera nuestros pensamientos o nuestra respiración están bajo nuestro control. Ambos van y vienen.

—Es posible. Pero aun si tuviéramos que vivir en un universo determinista, seguiría siendo yo... una fanática del control, como dirías tú. Por lo tanto, no tengo problemas para rendirme al determinismo. Quizás mi camino está predeterminado de tal manera que controlo todo, o al menos esa es mi impresión.

—¿Tienes un plan sobre cómo controlar la situación en la que estamos? —preguntó Pano.

Ágata buscó una pizca de sarcasmo en su voz, pero no pudo encontrar nada. Se volvió para mirar por la ventana y se detuvo a pensar mientras la omnipresente oscuridad parecía fluir más allá de ellos y la desnuda capa de hielo gris brillaba debajo.

Se volvió hacia Pano.

—Volaremos a Australia e informaremos el éxito de la investigación al Director. A juzgar por su reacción, podremos ver si contaba con eso o no. En cualquier caso, la flota de mi país ya está en marcha, lo que significa que el Departamento de Defensa ha reaccionado.

»Por lo general, no harían eso sin una orden del presidente en turno pues se trata de un grupo de ataque de portaaviones completo. Tal movimiento de flota es visto con recelo por todo el mundo. Eso no significa que el presidente conozca los detalles. Algunas pistas de su Estado Mayor Conjunto suelen ser suficientes para persuadirlo de firmar órdenes, siempre que no haya temor de complicaciones diplomáticas.

»Lo mismo podría aplicarse a Miller. Si no sabe nada del asunto y solo ha actuado siguiendo instrucciones, entonces nuestras sospechas son infundadas. Si le decimos ahora que hemos descubierto información sensible, o hará todo lo posible para recuperarnos lo más rápido posible, o no asignará ningún recurso adicional porque ya sabe sobre el asunto y ha tomado todas las medidas necesarias.

—O —dijo Pano—, no se dejará engañar por esta lógica y actuará en consecuencia.

—Sí. No hay garantías en este asunto.

—¿Tal vez deberíamos ponernos en contacto con los Hijos de Terra y pedir su apoyo?

—No trabajo con terroristas —respondió de inmediato, negando con la cabeza con decisión.

—Terroristas que siempre tuvieron razón.

—Ahora repetirás el adagio de que el terrorista de un hombre es el luchador por la libertad de otro. —Ágata puso los ojos en blanco para dejar en claro su postura.

—Pero en este caso así es —insistió—. Advirtieron del peligro y nadie les creyó. Así que comenzaron a usar la fuerza contra El Enemigo y sus títeres.

—¿Sabes qué es el terrorismo?

—Dime —suspiró, mesándose los cabellos. Sus enormes auriculares insonorizados lo hacían parecer una rana.

—Ineficiente. El terrorismo es la herramienta de la guerra asimétrica. Los terroristas pertenecen a una minoría que no posee el material y los medios para involucrar a su adversario en un conflicto convencional. Entonces, eligen un arma que es mucho más poderosa: el miedo. En los últimos diez años, menos de mil personas al año han muerto como resultado de ataques terroristas, mientras que millones han muerto por accidentes, diabetes, cáncer y enfermedades cardiovasculares. La comida rápida es más peligrosa que un terrorista si miras los números. Sin embargo, la vida política y mediática

cotidiana gira en gran medida en torno al problema del terrorismo, que ha sido proclamado ampliamente como la problemática del siglo.

»El miedo vende bien y es una buena herramienta para usar en campañas electorales. Pero este miedo es ilógico, por eso nos sienta tan bien a los seres humanos. La probabilidad de morir por consumir azúcar en exceso es miles de veces mayor que ser volado por un terrorista suicida o ser atropellado por un camión secuestrado. Pero los terroristas trabajan con imágenes poderosas que a los medios de comunicación les encanta usar. Estas imágenes perduran, mientras que un terrón de azúcar parece bastante inofensivo, ¿no crees?

—Bueno, ¿qué estás tratando de decir? —preguntó Pano.

—Los Hijos de Terra siembran el miedo, no trabajan para lograr sus objetivos de manera eficiente. Sería mucho más efectivo participar en operaciones encubiertas y apuntar a aquellos a quienes consideran agentes del Enemigo. En vez de eso, llevan a cabo acciones como la destrucción mediática de la nave espacial *Mars Two* en Cabo Cañaveral.

»También podrían haber saboteado la cadena de suministro de antemano. Eso seguramente habría sido más barato y habría generado menos publicidad y, por lo tanto, menos presión para cazarlos. ¿Por qué eligen el camino del alarmismo público cuando solo les preocupa eliminar al Enemigo? En cualquier caso, esa no es la forma de ganar el apoyo de la gente común.

—Hmm… —Pano se rascó la amplia barbilla, teñida de oscuro por una barba hirsuta de tres días—. Estás viendo una contradicción, supongo.

—Creo que no entiendo lo que están haciendo. Parecen tener objetivos claros que se relacionan con una amenaza genuina, pero con un perfil público bajo —dijo Ágata, masajeando sus manos como si estuviera trabajando en la piedra de preocupación que había dejado en el cajón superior de su escritorio. A veces se había pasado noches enteras frotando la piedra al analizar un caso.

—¿Crees que los antecedentes de Workai Dalam como chatarrero tienen algo que ver con eso?

—Podría apostar la vida —le aseguró—. Fue el primer chatarrero en encontrar algo, y aparentemente ese algo lo llevó a fundar una organización comprometida en la lucha contra un extraterrestre.

—Tal vez vio al mismísimo Enemigo allá abajo en las profundidades —sugirió Pano.

—Tal vez.

—Creo que Miller es un buen lugar para comenzar. Si eso crea problemas, o si ya no podemos usar los recursos de Interpol o CTD para rastrear al Enemigo porque las autoridades han sido infiltradas, entonces deberíamos acudir a Workai Dalam. Obtuve su número de

contacto del asistente de Karlhammer: Wayan. —Pano sacó su terminal del bolsillo de su elegante chaqueta de cuero y la agitó.

—Cuando llegue el momento, aprovecharemos todas las oportunidades que nos ayuden a atrapar al Enemigo —asintió ella, pensando en el hombre del traje negro y en cómo la había escrutado con esa mirada penetrante y luego la había obligado a pegarse un tiro.

Pano pareció interpretar correctamente su expresión facial melancólica y no continuó la conversación.

El vuelo a McMurdo duró poco más de una hora, lo que a Ágata le pareció una broma de mal gusto en comparación con su interminable viaje en motonieve por el desierto helado. Cuando llegaron al espacio aéreo sobre la base que había sido abandonada en su última visita, ya no estaba desierta. Dos enormes barcos de transporte yacían frente a la costa rocosa, y un flujo constante de pequeños botes iba y venía entre ellos y el muro del muelle de McMurdo.

Montañas de cajas estaban apiladas allí, y las personas a su alrededor parecían hormigas desde el aire. Pesados carros de combate rodaban con cadenas para la nieve sobre los caminos sin pavimentar entre las casas, seguidos por orugas de transporte y helicópteros en remolques. Ágata calculó que varios miles de soldados y cientos de vehículos se preparaban afanosamente para partir hacia la pirámide.

—Dios mío, parece una zona de guerra —comentó sobre el escenario irreal debajo de ellos, mientras los pilotos, hundidos en su cabina RA, viraban el helicóptero hacia el este hacia el área de aterrizaje.

—Pronto será una zona de guerra —dijo Pano con certeza, inclinándose sobre el brazo de su silla para mirar hacia abajo—. Esos tanques allá abajo están equipados con cañones antiaéreos, y los contenedores de transporte sin duda contienen las últimas baterías Chin-Feng chinas que pueden derribar a tus muchachos de la marina.

—Esperemos que podamos encontrar rápidamente una solución a nuestro problema alienígena antes de que ensayen para el fin del mundo. De acuerdo con el Tratado Antártico, ningún equipo militar se puede traer aquí, a menos que me equivoque.

—Así es. Solo espero que los chinos no reaccionen de inmediato y envíen una flota, ya sea por rivalidad con los estadounidenses o simplemente por curiosidad, que es exactamente lo que podría haberlos llevado a dar este paso. Un paso, por cierto, que sin duda se mencionará en el Consejo de Seguridad —agregó Pano, recostándose en su sillón de lujo mientras su helicóptero trazaba un círculo y perdía altitud.

Poco después, aterrizaron en la pista, detrás de la máquina turbohélice que los había traído desde Namibia. Un escalofrío recorrió la espalda de Ágata al recordar su último encuentro con el avión

militar y las seis horas que inexplicablemente había perdido. Ahora esperaba con la rampa tendida. Cuatro soldados hablaban con dos pilotos en monos grises. Las hélices ya estaban girando a un ritmo pausado.

El ruido de los rotores sobre ellos disminuyó lentamente y luego el anuncio del copiloto llegó a través de sus auriculares:

—Todo despejado, agentes, pueden salir. ¡Buen viaje y suerte!

—Gracias, teniente —respondió por radio, asintiendo para agradecer a Pano cuando él abrió la puerta. Antes de descender por la escalera de tijera, cogió su almuerzo de gran tamaño de la silla contigua. Lo aseguró en un brazo, descendió y luego salió corriendo hacia el frío penetrante. El flujo de aire de los rotores bajó la temperatura diez grados más y le hizo pensar que sus pulmones se congelarían en cualquier momento.

Agachó la cabeza y sirviéndose del almuerzo para abrazar su chaqueta con fuerza, corrió hacia la rampa del C-220 Albatross, tratando de ignorar la sensación de ardor en su rostro. Sentía como si alguien estuviera rociándola con pedacitos de hielo.

—Buenos días, agente especial —dijo uno de los dos pilotos vestido con un mono forrado de una pieza, mientras la saludaba con un apretón de manos.

—Soy el mayor Greynert y esta es mi copiloto, la teniente Sue Tse.

Greynert se giró para darle la mano a Pano.

Ágata y Pano también estrecharon la mano de la joven china.

El mayor se volvió hacia los cuatro soldados vestidos con camuflaje de invierno. Todos llevaban el logo de la Fundación Humana en sus trajes de combate, así como la insignia de la compañía mercenaria B12. De algún modo, parecían más grandes de lo natural, por lo que Ágata supuso que llevaban exoesqueletos militares debajo de la ropa. Sus cascos de cobertura total tenían visores redondos que brillaban como el cromo y los hacían parecer —irónicamente—, como extraterrestres.

—Eso es todo. Cuidad bien de nuestra gente allá afuera.

—Sí, mayor. Será un juego de niños contra esos moja camas de la marina —respondió una voz áspera por los altavoces del casco, y los cuatro mercenarios se dieron la vuelta como uno solo y se alejaron con pasos largos y constantes.

—Muy bien, agentes, subid a bordo. Podemos empezar de inmediato.

Ágata y Pano, temblando y agitando los brazos, accedieron de buena gana a la invitación y siguieron a los dos pilotos al interior bien iluminado del turbopropulsor. Cuando ambos se dirigieron hacia la pequeña puerta de la cabina, Ágata se quedó helada.

Delante de la puerta y a su derecha estaban sentados los dos

pilotos de la armada que los habían llevado desde África. Tenían las manos atadas con cables, unidos a las correas de sujeción de los paracaídas.

—Se han despertado —dijo en voz alta, con respecto a los dos. Parecían cansados y agotados, pero por lo demás gozaban de buena salud.

—Sí, señora —respondió el mayor Greynert, mirando a los prisioneros. Fue solo ahora que Ágata se dio cuenta de que también estaban amordazados—. Los encontramos en un estado de sopor, pero según sus manguitos médicos, están sanos.

—¿Qué piensa hacer con ellos? —preguntó Pano.

El Capitano parecía cualquier cosa menos contento con la situación que enfrentaban los dos pilotos que los habían traído aquí.

—Hasta que lleguemos al aeropuerto de la Fundación al norte de Melbourne, las órdenes establecen que deben permanecer en silencio. Una vez allí, los dejaremos volver a la cabina para que puedan volar a casa.

—¿Así como así? —preguntó Pano con suspicacia.

—Así como así —dijo el mayor, asintiendo—. ¿Qué piensa? ¿Que los vamos a asesinar y esconder en alguna parte? —Greynert soltó una risita, pero Pano no sonrió.

—Escuche —continuó el mayor—, no somos monstruos. Somos una fundación ambiciosa y no tenemos ningún interés en un conflicto con el ejército de los Estados Unidos.

—Pero se están preparando. —Pano hizo un vago gesto hacia la rampa que acababa de cerrarse.

—No. Nos estamos preparando para defender nuestra propiedad —discrepó el mayor.

—No hay propiedad en la Antártida —rebatió Ágata.

—Por supuesto que sí. Todos pueden establecer estaciones de investigación aquí. Si no hubiera propiedades, difícilmente habríamos podido comprar McMurdo a los estadounidenses, ¿verdad?

—Buen punto.

—Además, nos enviaron a su asesino, y eso es un ataque en sí mismo.

—Pensé que no tenía interés en un conflicto con los Estados Unidos —dijo Pano. Se sentó en el banco izquierdo y abrochó el cinturón de tres puntos.

—No lo tenemos, pero lucharemos si nos obligan a hacerlo. Pero no seremos nosotros quienes iniciemos una guerra, por lo que devolveremos el avión, pilotos incluidos —dijo Greynert.

—Eso suena a política —suspiró el surtirolés. Se ofreció a ayudar a Ágata mientras intentaba abrocharse el cinturón. Ella se negó con un movimiento de cabeza.

—Por supuesto que lo es. Uno de los mayores donantes de la Fundación Humana es el Partido Comunista de Pekín. Necesitaremos su apoyo político, diplomático y militar si la Marina de los Estados Unidos nos ataca —dijo Greynert, su expresión se volvió sombría—. Eso también es peligroso, porque China, como nueva superpotencia económica y militar, ha estado esperando durante mucho tiempo la oportunidad de mostrarle al mundo que Estados Unidos ya no es el número uno.

—Eso es jugar con fuego —dijo Ágata, frunciendo la boca. —Odio la política.

—Bueno, trabaja para los políticos.

—No sé si puede decir eso —disintió ella, y Greynert sonrió mientras la examinaba.

—Espero que tenga razón.

—¿No confía en mí?

—Karlhammer confía en usted. Eso es suficiente para mí —dijo el mayor, esbozando un saludo. Dio media vuelta y siguió a su copiloto a la cabina. La puerta se cerró con un clic y quedaron solos con los dos silenciosos pilotos de la marina y el creciente retumbar de las hélices.

Después de comenzar a volar, gradualmente se hizo más cálido. La temperatura pronto alcanzó un nivel agradable, lo que hizo que Ágata se sintiera aletargada. Antes de darse cuenta, se había quedado dormida.

FILIO AMOROSA, 2042

Cuando Cassidy dijo que comenzarían a prepararse para el arranque, Filio había asumido que comenzaría de inmediato. Contrariamente a los clichés habituales de Hollywood, los preparativos del lanzamiento no solían consistir en técnicos frenéticos, manecillas de reloj corriendo y lapsos de tiempo designados para cada actividad. Por el contrario, los lanzamientos de cohetes eran aburridos, porque había poco que hacer. La mayor parte del tiempo se dedicaba a la preparación a largo plazo que conducía al día tan esperado.

Este también había sido el caso con el *Mars One*: los astronautas habían sido llevados al cohete, ingresaron a la cápsula de la tripulación y esperaron tres horas para que todos los sistemas pudieran verificarse y confirmarse varias veces. Luego vino el lanzamiento y unas pocas horas más hasta el encuentro con los paquetes de combustible y el vehículo espacial principal en órbita.

Filio había asumido que sería igual de sencillo con el extraño módulo de transporte en el corazón de la pirámide, porque no había sistemas que monitorear. Pero obviamente estaba equivocada. Primero, ella, Cassidy y varios científicos vestidos de blanco fueron conducidos a un pasillo anular alrededor de la habitación en forma de rosquilla que contenía el módulo. Los pasillos tenían puertas a la izquierda. Una estaba destinada a ellos. Conducía a un espacioso vestuario, donde sus trajes rojiblancos estaban listos y esperando.

Su apariencia era muy diferente a los de la Agencia Espacial Internacional. Todo parecía mucho más delgado y la superficie estaba ligeramente ondulada, como cinta adhesiva. Todas las superficies disponibles, incluso las más pequeñas, tenían el logotipo "FH" de la Fundación Humana con su globo azul en el fondo. Los cascos también eran delgados, pero al mismo tiempo se veían más grandes porque los trajes parecían muy pequeños.

—¿Qué tipo de material es ese? —preguntó, mientras un enjambre de ayudantes la ayudaba a ella y a Cassidy a ponerse los trajes tipo elastano.

—Son polímeros de rutenio que son muy densos y albergan en su interior micrófagos inteligentes, que le dan al material una especie de función de memoria —explicó entusiasmado el científico—. Cuando obtuvimos las fórmulas moleculares estábamos completamente extasiados, porque en realidad pudimos fabricar todo esto bajo

dirección. Sin embargo, solo quedan tres ejemplares, cada uno de los cuales es un prototipo que ha devorado millones de dólares. Llevarlos nos brindará protección contra micro impactos, desgarros u otros daños. Eso es porque el material se puede reorganizar y sellar usando micrófagos.

—¿Y cómo se regula la presión?

—Con presión. —Cassidy sonrió y aceptó agradecido su casco de manos de un ayudante—. La presión de contacto variable del propio traje garantiza que la presión se mantenga estable.

—Como los primeros experimentos del MIT con su Bio Suit —respondió Filio, asintiendo y luego agradeciendo al técnico que le tendió su casco—. Eso fue en la década de 1950, ¿no?

—Sí, solo que esta vez funciona.

A continuación, fueron a la sala de control de la misión, que resultó ser muy pequeña. Solo había dos estaciones de trabajo sin pantallas ni dispositivos de entrada. Dos mujeres estaban sentadas con gafas de datos, inmersas en su trabajo.

Justo cuando Filio quería preguntar qué estaban haciendo allí, una de ellas levantó la mano y Filio sintió que Cassidy la empujaba hacia el pasillo anular y hacia la puerta de al lado, donde la esperaban los exámenes médicos. Se colocaron en dos sillas reclinables y conectaron cable tras cable hasta que parecieron cajas de distribución anticuadas.

Resultó que los trajes tenían que calibrarse correctamente y compararse con datos médicos anteriores para que pudieran proporcionar resultados precisos tan pronto como estuvieran en Marte. Un perfusor de membrana servía para bombear a su torrente sanguíneo todo lo que necesitaba a partir de un arsenal de medicamentos y sustancias vitales, en cualquier momento, y la sangre era monitoreada permanentemente a través de una sonda inyectada.

—¿Podemos controlar estos procedimientos necesarios mediante nuestros cascos? —le preguntó a Cassidy después estar conectados a los dispositivos por más de tres horas y seguir calibrando.

—No, se hace automáticamente. Las principales intervenciones son controladas por personal de tierra.

—No tiene sentido. Hay más de veinte minutos de retardo en las comunicaciones entre la Tierra y Marte —protestó Filio.

—Esas son las reglas. Aparentemente Xinth lo quería de esa manera.

—Bueno —murmuró con un gesto desdeñoso.

Pasaron otras dos horas antes de que los dos médicos regresaran y los liberaran de los cables. Sin embargo, su sensación de placer fue prematura. Tuvieron que soportar cerca de otra hora en otra habitación mientras la transmisión de la señal inalámbrica se ponía a prueba bajo las más variadas condiciones de radiación e interferencia.

Solo entonces se les permitió mirar con gafas de datos mientras se energizaba el módulo de transporte en el Centro de Control. Para evitar problemas imprevistos en el flujo de electricidad o, si fuera necesario, para permitir correcciones rápidas, cada uno de los 66 reactores de torio, que estaban ubicados a 20 metros de profundidad en el espacio del reactor, se conectó individualmente. Solo este proceso, que fue monitoreado y registrado paso a paso, tomó otra hora.

Cuando al fin regresaron a la sala principal para sentarse en los asientos, Filio estaba cansadísima y se quedó dormida después de asegurarse al cinturón de tres puntos. Cuando se despertó, primero pensó que alguien la había despertado, pero se dio cuenta de que aparentemente había salido del sueño sola.

Un vistazo a la pantalla de tiempo en su reposabrazos derecho mostró que habían pasado dos horas.

—Oh, no —murmuró—. Esto dura una eternidad.

—Tienes que entender que se han invertido varios años e incontables horas extras en la construcción de este singular objeto. No tenemos una copia de seguridad o un Plan B si esto sale mal —dijo Cassidy, disculpándose. Aún estaba despierto, y sus ojos irradiaban confianza pura—. Preferimos asegurarnos.

—Ya me he dado cuenta.

Un joven con bata blanca se le acercó por la izquierda y le entregó un terminal.

—¿Mmm?

—Del señor Wayan para usted, señora.

—¿Wayan? —Asombrada, cogió el dispositivo y se lo acercó a la oreja—. ¿Hola?

—Habla Cho Wayan. Me gustaría informarla que el señor Karlhammer ha sobrevivido con éxito a su segunda cirugía y podrá levantarse de la cama en aproximadamente una semana.

—Oh, esas son buenas noticias. ¿Y Xinth?

—Él también se encuentra estable, pero los médicos lo han puesto en coma inducido hasta que entiendan mejor su anatomía —dijo el asistente de Karlhammer, tenso—. Hasta que no hayan recopilado más datos sobre su fisiología, no quieren arriesgar nada.

—Supongo que son buenas noticias dadas las circunstancias.

—Sí, supongo que sí.

Wayan hizo una pausa y Filio sintió que esperaba algo de ella.

—¿Eso es todo?

—No. Según nuestros informantes, el Séptimo Grupo de Ataque con Portaaviones de la Marina acaba de levar anclas y ha puesto rumbo al Océano Antártico.

—Es decir, los estadounidenses, ¿no? El Enemigo se ha infiltrado

en el gobierno de los Estados Unidos.

—Al menos es lo que parece. Los grupos de portaaviones no operan en el Océano Antártico. A menos que se trate de un acontecimiento excepcional, y si mantienen su rumbo actual, estarán en McMurdo en unos cinco días.

Nada en la voz de Wayan traicionó sus sentimientos mientras hablaba, pero Filio imaginó que estaba nervioso.

—Y le gustaría señalarme una vez más que no debemos perder el tiempo en encontrar una solución antes de que llegue esa flota, ¿verdad? —preguntó en voz alta.

—Algo así, sí.

—Estamos esforzándonos al máximo.

—Gracias. ¿Puedo hablar con el Doctor Morhaine?

—Por supuesto. —Le entregó a Cassidy el terminal transparente con un asentimiento—. El señor Wayan quiere hablar contigo.

—Gracias. Hola, señor —dijo su vecino de asiento, y luego comenzó a asentir y a negar con la cabeza alternativamente.

—Sí, señor... No, señor... Ajá... Por supuesto, señor... Ya he pensado en eso... Sí... Naturalmente... Resistirá... Encontraremos una solución... Sí... Muchas gracias.

Al fin le devolvió el terminal al joven y se tensó un poco.

—Ha dado luz verde —anunció con una sonrisa.

Se ajustó el casco y revisó por última vez los enchufes que conectaban con la mochila plana de plástico que contenía aire, agua y alimentos.

—¿Eso significa que nos iremos en otras diez horas? —preguntó ella, y a Cassidy se le borró la sonrisa.

—No, tenemos cuenta regresiva. ¡Sube el volumen!

Una voz femenina resonó en la habitación, que ahora estaba vacía, y comenzó a contar desde 30 hacia atrás. Filio no se había dado cuenta de que todo el personal había desaparecido repentinamente y la puerta principal estaba cerrada. Como no había ventanas ni aberturas visibles, de repente se sintió muy sola y aislada, como si estuviera sentada directamente sobre una bomba justo antes de una prueba atómica.

—Entonces, es hora de irnos —respiró, poniéndose el casco, lo que redujo la cuenta regresiva a un nivel apenas audible y le dio a su respiración un eco agudo. La pantalla del casco indicaba verde para un sello seguro, y le hizo una seña a Cassidy con el pulgar hacia arriba. Él respondió al gesto apuntando el dedo índice a la oreja.

—Activar radio —dijo ella, escuchando su propio eco.

—Muy bien —dijo el científico por radio, y también levantó el pulgar. Después, revisaron manualmente los sellos de sus cascos en los cuellos de sus trajes y luego se reclinaron.

Filio miró la canica negra, la clave de datos del Constructor, que ahora se encontraba como un cuerpo extraño amenazante en medio del artefacto en forma de columna blanca, y sintió que el sudor frío comenzaba a empapar su casco. Llevó una de sus manos enguantadas frente a su cara y la vio temblar.

Una mezcla conflictiva de emociones luchaba intensamente por la supremacía en sus entrañas. Un miedo desconocido surgió de su interior, uno que se alimentaba de dos cosas: el recuerdo demasiado fresco de la explosión del *Mars Two* justo antes del comienzo, y la incertidumbre causada por el hecho de que ella había sobrevivido de alguna manera a la explosión del *Mars One*, aunque no podía recordar nada al respecto. No sabía qué era lo que le daba más miedo. ¿Y si el tercer intento salía mal? Después de todo, era un prototipo diseñado por un extraterrestre. No, no por un extraterrestre de otra parte del universo, sino por un extraterrestre de otra época en la Tierra.

Filio negó con la cabeza y respiró pesadamente. Las implicaciones sugeridas por estos pensamientos la marearon. Hasta ahora, no se había permitido ningún descanso. Había priorizado asegurar su supervivencia y la de sus compañeros humanos. Sin embargo, ahora que estaba tan cerca de su objetivo principal, sus rodillas temblaban por primera vez. Estaba tan cerca de regresar a Marte, un planeta que no le había dejado ni el más mínimo recuerdo de haber estado allí antes.

Si no hubiera conservado ningún recuerdo de aquel vuelo, es posible que no creyera a nadie que le dijera que había sido miembro de la primera misión a Marte. Ahora estaba sentada aquí, en las profundidades de la Antártida, en una pirámide construida hace decenas de millones de años por una especie precursora de la humanidad, y se suponía que llegaría a Marte en un simple asiento atornillado sobre una plataforma. Como si eso no sonara lo suficientemente absurdo, la máquina era un dispositivo que ni siquiera sus ingenieros entendían.

—Así es como se debe haber sentido Laika —dijo por radio, justo cuando la cuenta regresiva llegaba a 12.

—¿Laika? —preguntó Cassidy.

Podía escuchar claramente la tensión en su voz.

—El primer perro que viajó al espacio. Los soviéticos la pusieron en órbita con el Sputnik 2 —explicó Filio—. Debe haberse sentido igual que nosotros ahora. No tenía idea de cómo funcionaba la cápsula ni lo que le sucedería.

—Creo que tienes razón. Murió, ¿no?

—Sí, el calor la mató durante el vuelo a la órbita.

—¿Qué es lo que estás frotando entre tus dedos?

—¿Esto? —Filio miró la pieza de cerámica que sujetaba. La había

recuperado de los escombros de popa del *Mars One*. Era apenas más grande que una moneda y servía como evidencia de sus recuerdos.

—Una pieza del *Mars One*. Un pequeño pedazo de escombro, por así decirlo.

—Muy alentador —murmuró Cassidy.

—¡Quedan tres segundos!

Filio consideró cerrar los ojos, como había hecho cuando se lanzó el *Mars One*, pero decidió no hacerlo. Tenía demasiada curiosidad por lo que sucedería a continuación.

La voz de cuenta regresiva entonó "Cero". No pasó nada. Esperó unos segundos hasta que miró a Cassidy, quien respondió a su mirada y se encogió de hombros.

Luego, el fondo se volvió negro y Filio giró la cabeza. Estaba negro por todas partes, aunque las mismas condiciones de iluminación que antes seguían existiendo a su alrededor. Estaban encerrados en una esfera enorme que contenía un espacio que comenzaba con la plataforma bajo sus pies y se extendía hasta aproximadamente un metro por encima de sus cabezas.

—¿Qué es eso? —preguntó, pero Cassidy no le respondió, y ella no lograba apartar la mirada de la esfera negra como el carbón. Parecía una versión de gran tamaño de la canica en el hueco entre sus asientos.

Nada se movía. No hubo vibraciones, ni zumbidos ni silbidos, como los que había oído venir de algún lugar debajo de ella durante la cuenta regresiva. Estaba tan silencioso como un cementerio, y la esfera en la que estaban sentados simplemente estaba allí, como si siempre lo hubiera estado.

Miró a lo largo de la superficie inmaculada de la esfera, buscando alguna desviación en la suave negrura, pero no pudo encontrar ninguna.

—¿Cassidy? —Al fin, logró desviar la mirada de la esfera y miró a su compañero, quien tenía la cabeza inclinada hacia atrás, mirando a su alrededor con asombro—. ¿Cassidy? —repitió.

—Eh... ¿Sí? —Se volvió hacia ella con los ojos muy abiertos—. Esto es... fascinante.

—¿Qué? ¿Qué se supone que es esto?

—No tengo idea —admitió él con franqueza, apenas negando con la cabeza—. Pero parece ser una especie de campo de energía, no algo material.

—¿Estás seguro?

—No.

—Mmm. ¿Hay algo en los sensores? —preguntó ella.

—No. Tampoco tengo más contacto con Control de Misión —dijo, inclinándose como para asegurarse de que sus pies en la plataforma

aún estuvieran dentro de la esfera y no hubieran desaparecido.

—Entonces, ¿aún podríamos estar debajo de la pirámide?

—Para ser completamente honesto —respondió, volviendo a ponerse de pie y mirándola directamente—, considero que todo es posible en este momento.

—Ciertamente no estamos en Marte donde deberíamos estar —dijo frustrada, tratando de respirar contra el latido rebelde de su corazón simulando un ritmo tranquilo de inhalación y exhalación profundas.

Permanecieron en silencio durante un tiempo que parecía estirarse como un chicle, pero no pasó nada excepto que los sensores de su traje le indicaron que el contenido de oxígeno dentro de la esfera estaba disminuyendo constantemente.

—Y, ¿cómo es estar en Marte? —preguntó Cassidy después de un rato, tratando de conversar a pesar de que un ligero temblor en su voz delataba su tensión.

—No lo sé —admitió, permitiendo que su mirada se perdiera en el negro impenetrable de la esfera—. No lo recuerdo.

—¿Cómo era Marte en la visión?

—¿Mmm?

—¡En la visión que te mostró Xinth!

—Oh... Bueno, era verde y sustentaba la vida.

—¿Qué otra cosa viste? Venga, no puedo soportar esperar en silencio por más tiempo —la instó Cassidy, y después de mirar hacia un lado, vio que su sonrisa había desaparecido.

—Bueno, me mostró una nave espacial de forma elíptica, que tenía una especie de aleta caudal y era de color antracita. Los restos del accidente estaban relativamente bien conservados y se encontraban debajo de un acantilado alto que parecía bastante árido y accidentado —rememoró en voz alta, tratando de recordar los detalles de la visión ahora que se dio cuenta de que la distracción de sus propias preocupaciones y miedos le estaba haciendo bien. —Si imagino la misma escena reemplazada por las imágenes del Planeta Rojo disponibles en la actualidad, sería un lugar bastante aburrido y sombrío, lleno de arena y piedras.

—Ah, casi como un viaje a Marte —bromeó Cassidy.

Su tono casual sonaba forzado pero ansioso, así que ella siguió adelante y asintió. Filio imaginó la escena de la visión sin hierba ni árboles mientras cerraba los ojos y trataba de visualizarlo todo con más detalle para distraerse más.

En un momento, sintió una suave presión en su brazo derecho y abrió los ojos. La mano de Cassidy yacía allí y la presionaba ligeramente.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, mirando su rostro a través del visor, que parecía haberse convertido en piedra. De repente notó que el área

detrás de su cabeza ya no era negra, sino gris brillante. Estaba oscuro y brillante al mismo tiempo hasta que vio que las lámparas de su casco estaban activas y brillaban sobre Cassidy.

—¿Qué narices? —murmuró, mirando alrededor en cámara lenta. Aún estaban en la plataforma, solo que ahora parecía polvorienta y quebradiza, como si hubiera envejecido miles de años en solo unos instantes. Además, ya no tenía una estructura estriada. A su alrededor había cuatro paredes en las que podía ver innumerables recovecos y asideros.

—¿Dónde estamos? —preguntó Cassidy.

Filio no pudo responder. En vez de eso, se desabrochó el cinturón y se puso de pie, algo rígida.

Cassidy siguió su ejemplo y fue a su lado.

—¿Qué es todo esto? No me siento muy bien.

—Te sientes un poco mareado y tienes problemas para coordinar tus movimientos, ¿verdad?

Cassidy asintió, desconcertado como si acabara de confesar algo digno de culpa.

—Eso se debe a la gravedad de Marte. Es alrededor de un tercio del estándar de la Tierra —explicó, drenando el aliento de sus pulmones con un siseo.

—Eso significa...

—Sí. Estamos en Marte —confirmó Filio, terminando su pensamiento—. La temperatura de menos cien grados también lo prueba —agregó, buscando en las paredes una puerta, que al fin encontró. Formaba un pasaje de gran tamaño ubicado en un hueco rectangular—. La verdad, no tengo muy claro donde estamos.

—¿Puede ser que estemos en una estructura que alguna vez perteneció al Constructor? —aventuró Cassidy mientras alcanzaba su brazo.

Ella miró su mano y permitió el toque. Difícilmente podría culparlo por sentir miedo, aunque ella no lo tuviera.

—Creo que es probable —dijo, mirando hacia atrás a la plataforma y los dos asientos, que parecían mucho más grandes y desgastados que aquellos en los que se habían sentado en la Tierra—. Apuesto a que este era un vehículo de transporte de dos vías, y salimos por el otro lado. Estos asientos no fueron hechos para personas, sino para seres gigantes como Xinth.

—Pero si esto fue construido por los Constructores y han desaparecido durante muchos millones de años, entonces…

—Entonces es muy probable que estemos muy por debajo de la superficie —concluyó ella, mientras los conos de luz emitidos por sus cascos se deslizaron hacia el techo. Finos granos de polvo caían, realizando una danza ingrávida entre los fotones.

—¡Joder!

MARTE, 2039

Filio miraba la tormenta de polvo a través del parabrisas del róver y trataba de entender cómo era que Javier podía maniobrar alrededor de las piedras más pequeñas en estas condiciones de visibilidad. Las rocas aparecían en el radar, pero tenía que ver las rocas más pequeñas con sus propios ojos para evitar dañar accidentalmente la parte inferior de la carrocería. Ella no veía nada más que neblina marrón frente a ellos.

El polvo en Marte era tan fino y omnipresente que durante una tormenta parecía niebla, a pesar de que las velocidades del viento de 40 a 50 kilómetros por hora eran bastante moderadas. Una tormenta abrasadora de 100 a 200 kilómetros por hora, por otro lado, se veía bastante diferente y podría raspar más que solo la pintura del casco si permanecías en sus garras por mucho tiempo.

Remolcaban tras ellos dos enormes baterías de repuesto conectadas al motor eléctrico de su vehículo, junto con ocho cajas de plástico que contenían equipamiento. Detrás de los grandes cilindros en los que se ubicaban los módulos de batería en fila, los contenedores parecían pequeños, pero eran lo suficientemente pesados como para convertirlos en un verdadero problema para el alcance del róver, incluso en el tercio de gravedad que prevalecía aquí. Por eso habían decidido viajar con ambos vehículos, aunque tuvieran que dejar a Timothy y Strickland sin uno.

Sin embargo, esto significaba que no podían contar con ningún rescate o apoyo de los dos en caso de emergencia. Pero no quedó otra solución que llevar seis baterías adicionales para el viaje de vuelta, además de las cuatro baterías de radionúclidos, por lo que se habían llevado todas las baterías que tenían a su disposición. Según los cálculos de Dimitri, debían ser suficientes, y eso era lo único que importaba ahora.

—Será un gran placer retozar por ahí —se quejó Javier.

A Filio le recordó a su abuelo español, quien había adoptado un tono de lamentación similar cuando ella lo localizó en un hogar de ancianos en su adolescencia. Con un tubo de oxígeno en la nariz, le había contado la historia de su vida, cubriendo prácticamente todo el espectro emocional desde el más profundo valle de lágrimas hasta las alturas del triunfo.

—Así son los españoles —había dicho en ese momento—.

¡Tenemos fuego en las venas! ¡Y tú también lo tienes!

Filio nunca lo había vuelto a ver, ni había sentido el deseo. Siempre tuvo que recordar que él era el padre de su madre, quien había preferido pasar su tiempo en la estación de tren inyectándose heroína en lugar de cuidar que otros drogadictos no abusaran de su hija. Quizás por eso no valoraba las emociones exuberantes. Podrían quebrantarla.

—Puedes relajarte y dejar que una ingeniera de verdad se haga cargo —sugirió sonriendo, mientras él la miraba de soslayo con el ceño fruncido—. Señor Ingeniero de Mantenimiento. Luego puedes hacer lo que mejor sabes y mirar los paneles de instrumentos con una taza de café y esperar a que cualquier bombilla se ponga roja para poder desenroscar una cubierta y volver a soldar un cable.

—Te odio —dijo Javier con frialdad, aunque con una risita.

—Gracias, significa mucho para mí.

El viaje se prolongó durante varias horas, ya que los pocos metros de visibilidad no permitían mayores velocidades. Filio se sentía como si fueran una cuchara removiendo una sopa marrón en cámara lenta sin ningún propósito en particular. Si no revisara los instrumentos, habría pensado que estaban conduciendo en círculos. Todo fuera del parabrisas parecía idéntico. Había la misma imagen de suelo marciano rojo, rocas marrones y cantos rodados que pasaban de vez en cuando, a paso de tortuga. Nada cambiaba, ni el entorno ni la omnipresente arena agitada por el viento que parecía más bien polvo fino.

—Ahí está —dijo ella cuando un objeto masivo apareció en el radar. Según las coordenadas, solo podía ser el monolito.

—Bueno, por fin —dijo Javier con un suspiro, inclinándose un poco sobre los controles como si tratara de ver el cielo.

Filio echó un vistazo a los sensores atmosféricos y señaló el mapa 3D simulado en la consola central, que usaba todos los sensores integrados para crear una representación en tiempo real del entorno.

—Sería mejor aparcar a la derecha del objeto. Así tendremos refugio del viento para poder trabajar.

—Entendido —confirmó el español, presionando un botón en su unidad de control—. Chicos, marcaré un lugar para estacionar, es mejor que os situéis detrás de nosotros lo más cerca posible, para que podamos crear un refugio decente contra el viento.

—Aquí Dima; copiado —fue la respuesta vía radio. Les llegó acompañada por estática, pero las palabras eran comprensibles. No habían tenido contacto con Strickland y Timothy durante una hora, lo que esperaban.

Cuando al fin se detuvieron, el zumbido subliminal de su motor eléctrico fue reemplazado por el suave ruido del polvo que soplaba contra el róver. Filio señaló la puerta del conductor y Javier asintió

antes de quitar el casco del soporte sobre la consola central y ponérselo. Cuando ella hizo lo mismo, y los diodos emisores de luz en su collar indicaron que el anillo del collar estaba sellado correctamente, levantó el pulgar y él abrió la puerta del conductor. El polvo entró en la cabina de inmediato, y ella se apresuró a trepar hasta su asiento y luego salir, cerrando la puerta de nuevo.

El monolito se alzaba sobre ellos, a menos de tres pasos de distancia: una sombra oscura que no había sido tocada por las franjas de polvo marrón que tiraban de él.

—Mierda —dijo Dimitri por radio. Acababa de acercarse a ella e iluminaba el objeto extraño con las lámparas de su casco—. Vi las grabaciones, pero de alguna manera no podía o no quería creer que esto realmente existiera.

—Conozco la sensación —dijo Filio, asintiendo, lo cual, naturalmente, él no podía ver—. Aunque yo ya lo había visto con mis propios ojos.

—¿Qué pasa con la estructura de abajo?

—Excavamos un poco y vimos que todo parecía continuar hacia abajo. Detectamos algunas anomalías, entre otras cosas, usando los sensores de ondas sónicas del róver. Luego, el ordenador a bordo construyó una imagen aproximada, imperfecta, pero reconocible a partir de las lecturas. Aparentemente, el rectángulo plano frente a nosotros es una especie de continuación de una estructura mucho más grande.

Heinrich acababa de llegar a su lado.

—¿Muy grande? —preguntó.

—Viste los datos. Varios cientos de metros de diámetro.

—Mmm. Tengo curiosidad por ver qué pueden hacer cuatro baterías de radionúclidos —dijo el geofísico alemán.

El polvo omnipresente hizo que la bandera que estaba bordada en su manga y que también adornaba sus trajes pareciera tan descolorida e irreal como todo lo demás.

Filio tuvo que recomponerse para evitar mirar continuamente las paredes arremolinadas de partículas que los envolvían a solo unos metros de distancia. Le parecía como estar debajo de una campana de cristal en la que alguien había echado humo de cigarrillo. El monolito amenazante y el crepúsculo sombrío creado por la atmósfera espeluznante le hicieron imaginar que algo podría surgir de la neblina en cualquier momento sin darle tiempo a reaccionar.

—Debemos mantener contacto visual entre nosotros en todo momento —sugirió. Dimitri y Heinrich la miraron brevemente antes de asentir. Filio pudo ver por sus rostros tensos que habían estado pensando lo mismo.

—¿Qué tal si alguien me echa una mano? —gritó Javier.

Se dieron la vuelta al mismo tiempo. Acababa de abrir la puerta lateral del primer róver y señalaba las cajas de transporte dentro del contenedor del que habían retirado los bancos en la base.

—Coge las cajas. Heinrich y yo sacaremos las RTG del róver de carga —ordenó Dimitri, y se separaron.

Les tomó casi un cuarto de hora sacar las seis cajas, ya que tuvieron que descansar varias veces debido a su peso. Sin embargo, al fin, dispusieron un pequeño semicírculo con las cajas delante del monolito, mientras Heinrich y Dimitri anclaban las baterías de radionúclidos al suelo con pernos de retención.

La baja visibilidad hacía que los cilindros del tamaño de un niño parecieran los hermanos menores del monolito. El monolito separaba a ella y a Javier de los otros dos miembros del equipo. Las baterías de isótopos eran, en principio, tecnología bastante antigua. Un átomo inestable, que se denomina "núclido" debido al número específico de protones y neutrones en su núcleo atómico, se desintegra dentro de la batería y el calor radiactivo resultante genera energía eléctrica.

Este principio, que ya se había utilizado durante las misiones Apolo en la década de 1970, les permitía obtener energía fiable durante décadas. También carecía de mantenimiento y no sufría ningún daño por la radiación, como lo harían las celdas solares, tarde o temprano, en la superficie de Marte. Hoy, por supuesto, eran mucho más eficientes y entregaban una mayor producción de energía, por lo que Filio esperaba que fuera suficiente para... uff, ¿para lograr qué? ¿Qué podría pasar? *¿Qué pasaría si sobrecargáramos el Mars One con electricidad? Tal vez la cerradura de emergencia se activaría y algunos relés se quemarían*, pensó, mirando las cajas que se interponían entre ella y Javier.

—No tenemos una idea mejor —pensó en voz alta.

—¿Eh? —preguntó Javier.

Filio negó con la cabeza.

—Bueno, comencemos —dijo, inclinándose para abrir la primera caja.

Comenzaron a instalar los transformadores y convertidores de energía, a conectarlos entre sí y tender los cables correspondientes, que parecían espaguetis del ancho de un dedo. Serpenteaban entre las baterías de radionúclidos, las pequeñas cajas de transformadores y las conexiones en forma de tenazas que habían sujetado a los lados derecho e izquierdo del monolito. El objeto era lo suficientemente estrecho.

Luego fijaron los cables al suelo con bandas de acero y pernos largos para que el viento, un miembro del equipo descuidado o piedras rodantes no arrancaran un cable y destruyeran su proyecto en el momento más inoportuno. Los módulos de seguridad que habían

instalado en la transición de las baterías de radionúclidos a los transformadores tenían una prioridad alta, para que no dañaran accidentalmente su fuente de energía radiactiva e impusieran más estrés en la protección contra la radiación de sus trajes del que recibían de la superficie de Marte.

Les tomó más de una hora verificar dos veces todos los tornillos, abrazaderas, pernos y dispositivos electrónicos de vigilancia, y revisar las listas de verificación que recorrían las pantallas de sus cascos hasta que Filio asintió con satisfacción. Parecía como si alguien hubiera saqueado un estudio de un programa de ciencia infantil y esparcido todo al azar.

—Ves orden en el caos, ¿no? —preguntó Dimitri con algo de duda, con los brazos en jarras.

—Sí, no te preocupes —le aseguró Filio a su líder—. Y si algo sale mal, será culpa de Heinrich, porque todo fue idea suya.

—Por supuesto —dijo el geofísico, levantando las manos en señal de rendición—. Si los ingenieros no pueden hacer ningún progreso con su capacitación en bloques de construcción, entonces se debe culpar a aquellos que tuvieron las buenas ideas.

—Al menos creamos algo, mientras vosotros, físicos de piedrecillas, teorizáis sobre la composición de la corteza terrestre —respondió Filio, señalando con una especie de "*voilá*" el trabajo que habían logrado ella y Javier, que ciertamente no se veía muy impresionante.

—Podéis cerrar la boca ambos. Como físico, soy el único científico real aquí —dijo Dimitri con su marcado acento ruso, haciendo un gesto desdeñoso con la mano antes de sonreírles a cada uno de ellos—. Así que sé a quién se debe elogiar o culpar. Además, también soy el jefe, así que siempre tengo razón.

—Espera, ¿no es el jefe el que tiene que asumir la responsabilidad cuando algo sale muy, pero que muy mal? —preguntó Javier, guiñando un ojo inocentemente cuando Dimitri lo miró.

—Para eso, al menos uno de vosotros, inútiles de pacotilla, tendría que establecer contacto con los satélites —respondió, y todos rieron. Era la risa típica de cuatro astronautas nerviosos que se enfrentaban a un problema que no entendían y que estaban a punto de resolver con algo que entendían. Eso no era una contradicción, e incluso se podría argumentar que precisamente este tipo de enfoque era acorde con la idea central de la ciencia, pero dado el alcance de su descubrimiento y las posibles consecuencias si fallaban, era una situación más que desfavorable.

—Bien. —El ruso agitó la mano en dirección a Filio—. ¡Teletranspórtanos, Scotty!

—Prefiero Star Wars —dijo ella con una mueca de tedio.

—Mis condolencias —entonaron sus tres colegas masculinos, casi a

coro.

—¿Qué? Al menos cuatro de las películas fueron geniales. En cuanto a Star Trek, tendría que pensar detenidamente cuál de ellas, si es que alguna, llegó a ser ligeramente buena —continuó con la broma amistosa.

—Solo recuerdo a Jar Jar Bing —dijo Dimitri, señalando la pequeña pantalla multifunción en su muñeca.

—Binks —lo corrigió Filio con una risita.

Hora de terminar con las bromas nerviosas, pensó, mirando el botón verde que destellaba intrusivamente en la pantalla y casi parecía saltar hacia ella.

Lo presionó.

El procedimiento de transferencia de energía no fue espectacular, y la situación solo cambió porque los cuatro astronautas vestidos de blanco y rojo permanecieron de pie frente a un montón de espaguetis de cable y mirando en silencio al monolito en medio del viento cargado de polvo, en lugar de aliviar su nerviosismo con una pequeña charla.

Filio echó un vistazo a las lecturas en la pantalla de su muñeca y sacó la tableta laminada del bolsillo de su pernera. Con un gesto de deslizamiento, envió los datos a la pantalla mucho más grande y la sostuvo cerca de su visor. No le gustaba usar la pantalla proyectada en su visor para ver análisis de datos y lecturas complejas, porque todo se superponía a su vista externa y la confundía.

—Todos los valores son estables hasta ahora —anunció por radio.

—Transmisión de energía al veinte por ciento. Lentamente aumentando la intensidad ahora.

—Está bien, poco a poco —pidió Dimitri casi con reverencia.

—¿Cómo se supone que debo aumentar poco a poco la intensidad de la transmisión? —preguntó con un resoplido, entornando los ojos mientras activaba la siguiente fase programada.

—¡Bueno, solo ten cuidado!

—Claro, jefe. Presioné el botón con “mucho cuidado” y ahora la energía entra “poco a poco” —dijo con sarcasmo, mirando el monolito como hechizada cuando la salida de las RTG alcanzó el 80 %. Por supuesto, ningún rayo brilló sobre su superficie, ni el aire crepitó ni el suelo vibró, como podría haber sido el caso en una película de Hollywood.

Pero estaban aquí para provocar una reacción, por lo que su tensión estaba justificada. Intentaban resucitar lo que sospechaban que era una máquina y, después de todo, cualquier médico competente mantendría los ojos abiertos para ver si el paciente se despertaba, al menos en una película. Como ella misma era médica, sabía que eso era una tontería. La RCP tenía como objetivo hacer que

el corazón latiera lo suficiente como para que llegara el médico de emergencia y realizara los verdaderos procedimientos para salvar la vida. Un paciente que sufre un paro cardíaco ciertamente no abriría los ojos repentinamente y comenzaría a respirar por sí mismo durante la reanimación cardiopulmonar.

Con suerte, este paciente tampoco, pensó, y miró los datos en su delgadísima tableta.

—Cien por cien. Oh.

—¿Qué quieres decir con "oh"? —dijo Dimitri alarmado. Se acercó a ella para mirar la pantalla.

—Las baterías de radionúclidos están perdiendo energía más rápido de lo esperado.

—¿Cómo es eso posible? —Quiso saber Heinrich y se acercó por el otro lado. Javier también quería echar un vistazo a la lectura y ocupó el único espacio libre que quedaba frente a ella. Ahora formaban un pequeño círculo. Sus cascos, inclinados hacia adelante casi se tocaban.

—Ni idea. Parece que les están chupando la energía —conjeturó Filio.

—Pero esto es un material radiactivo en decaimiento... —objetó Heinrich.

—Soy consciente de eso —lo interrumpió lacónicamente Filio—, pero ahora está decayendo mucho más rápido y generando mucho más calor en menos tiempo. Si continúa este ritmo, las baterías se descargarán por completo en quince minutos.

—¿En quince minutos? —preguntó Dimitri, atónito, casi gritando.

Filio hizo una mueca ante el volumen extremo que penetró en su oído. Demasiado tarde, su sistema contrarrestó el aumento de volumen.

—¡Eso es lo que parece!

Como para proporcionar una prueba, tocó la lectura apropiada con el dedo índice enguantado de su mano derecha e inclinó un poco la cabeza para mirar hacia el monolito.

—La superficie del objeto también se ha vuelto dos grados más cálida. Esto podría deberse a la fluctuación natural del superconductor, pero no creo en las coincidencias.

Javier retrocedió un poco para volver a formar un semicírculo frente al objeto.

—Absorbe energía —repitió Heinrich, atónito.

—¿Estás segura de que no es un mal funcionamiento de la batería o del sensor?

—En lo que respecta a los errores en los sistemas técnicos, nunca puedes estar cien por cien seguro —dijo Filio, sin apartar la mirada del monolito—. Pero esta sería la primera vez en casi un siglo de generadores de radioisótopos que sucede algo así, por lo que considero

que es muy poco probable.

—Eso significa que algo ha respondido a lo que estamos haciendo —concluyó Dimitri, mirando el objeto como si estuviera mirando una especie de maravilla del nuevo mundo, solo que en otro planeta. El coloso rectangular, barrido por el polvo marrón, parecía más amenazador que nunca, las partículas de regolito se arremolinaban a su alrededor como un torbellino. Si mirabas hacia arriba, daba la impresión de que estabas siendo succionado hacia allá.

—O podría ser un sistema automatizado —respondió ella—. O tiene algo que ver con la naturaleza del objeto mismo. Oh.

—¿Qué? —preguntó Dimitri de inmediato—. ¿Podrías dejar de decir "oh" todo el tiempo? Casi me haces mojar los pantalones.

—Las baterías ahora están vacías.

—¿Ya? —preguntaron él y Heinrich al unísono, mientras Javier continuaba mirando el monolito como si su mirada fuera mágicamente atraída por él.

—Sí. Están vacías. Completamente vacías. Ya no registro ninguna salida de energía, y lo único que aún parece emitir algo es el blindaje del generador —confirmó, tratando de suprimir el ligero temblor en su voz.

Entonces, de repente algo sucedió. Comenzó con ligeras vibraciones que comenzaron en el suelo, continuaron más allá de sus botas y causaron que sus rodillas temblaran como un repentino ataque de escalofríos.

—¡Oh, *bljad*! —maldijo Dimitri en ruso, pero a diferencia de Heinrich y Javier, quienes dieron un paso atrás, permaneció al lado de Filio.

Las vibraciones duraron unos segundos y luego cesaron. La calma volvió.

—¿Tus sensores detectan algo?

—Negativo —dijo ella, desplazándose a través de los datos—. Nada que corra a través de los cables o interactúe con los transformadores y convertidores. En cuanto a lo que está pasando en el objeto, no podemos detectar absolutamente nada.

—Creo que solo necesitamos nuestros ojos —dijo Dimitri, y cuando ella lo miró, él señaló hacia adelante.

Filio miró el monolito, que comenzaba a abrirse en abanico a cámara lenta en su base justo encima de la superficie marciana, hasta que, dividido en dos rectángulos, formó una especie de triángulo, como si alguien hubiera desplegado dos naipes de gran tamaño uno al lado del otro. Con cuidado, ella y Dimitri se movieron hacia los lados para ver más allá del lado frente a ellos y se detuvieron asombrados cuando vieron un agujero redondo entre los lados separados del objeto, en el que reinaba una total oscuridad y que, aparentemente

conducía a las profundidades.

—La madre que me parió —murmuró Heinrich por la radio tras aparecer con Javier al otro lado de la abertura para inclinarse con cuidado y hacer que los reflectores de su casco iluminaran una especie de tubo descendente.

—Pues ya tenemos nuestra reacción —dijo Dimitri siniestramente, y por un momento, la radio se quedó en silencio. Solo el silbido apenas perceptible de la interferencia rompía el silencio opresivo, y Filio imaginó que la tormenta acababa de ganar una fuerza considerable, aullando ligeramente a través de las junturas de su casco.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

Su llegada a Melbourne fue tan poco espectacular que Ágata creyó estar en la película equivocada. Después de atravesar un poderoso tifón al sur de Tasmania y ser sacudidos violentamente, el aterrizaje al norte de las afueras de Melbourne fue tan suave como la seda.

Cuando la rampa se abrió, un equipo de médicos con trajes blancos ya estaba disponible y entró para ocuparse de los dos pilotos de la Armada y determinar su valía para el vuelo.

El mayor Greynert y su copiloto escoltaron a Ágata y Pano y les señalaron un pequeño avión comercial G-8 que estaba estacionado en una posición de espera fijado a uno de los remolques de extracción. Había una pequeña escalera. Frente a ella se encontraban dos gorilas con trajes negros y gafas de sol, con las manos cruzadas frente a sus estómagos.

—Ese es su medio de transporte a Nueva York —rugió el mayor para hacerse escuchar bajo el ruido de las hélices que seguían girando, señalando el G-8 antes de cogerla del antebrazo y atraerla hacia él.

Ágata esperó a que pasara el ruido de un camión cisterna. El mayor la acercó aún más y la tocó suavemente en la cadera.

Ella lo miró irritada, sin saber si la había tocado indecentemente o si solo quería estar seguro de que ella estaba fuera del camino del vehículo, a pesar de que se había mantenido a unos metros de distancia de ellos. Sin embargo, como él no sonrió sugestivamente, como tanto les gustaba hacer a los hombres, ni se aferró a ella por más tiempo, decidió ignorar el asunto.

Obviamente, Pano no pudo hacerlo porque miró al mayor con tanta furia que ella temió que fuera a insultar al piloto.

—¿Hay un teléfono a bordo? —gritó ella, protegiéndose los ojos del sol despiadado del continente rojo.

—¡Por supuesto! —gritó Greynert mientras la ahuyentaba a ella y a Pano hacia el pequeño avión. Luego, él y su copiloto abordaron un carro autónomo que los esperaba y los llevó hacia el pequeño edificio de la terminal, a unos cientos de metros de distancia frente a un pequeño bosque.

Todo el complejo parecía una calva circular dentro de un colosal bosque de eucaliptos, desde el cual podrían estar reverberando los más exóticos chillidos de pájaros y gritos de animales. Ágata había oído hablar de la incomparable biodiversidad de Australia, lograda a través

de una estricta protección contra las especies no autóctonas y del medio ambiente en general, mientras la extinción de la fauna se extendía por todo el mundo.

Para cuando habían recorrido los casi 200 metros hasta el G-8, su frente ya estaba cubierta de sudor, y se alegró cuando pudo quitarse la chaqueta y entregársela a uno de los dos gorilas. El hombre, que lucía un corte a cepillo, la miró desconcertado, pero ella ya había subido los cinco escalones y había atravesado la estrecha abertura de la cabina antes de que él pudiera decir nada.

Una piloto asiática que vestía un elegante traje pantalón y una gorra de vuelo la saludó con una sonrisa profesional y le estrechó la mano. —Soy la Capitán Jackie Dong Won, bienvenida a bordo.

—Agente especial Devenworth. Muchas gracias.

—¿Cuánto durará el vuelo? —preguntó Pano mientras Ágata avanzaba, dejándose caer en uno de los seis amplios asientos de cuero color crema.

—Casi cinco horas —respondió la piloto, sonriendo—. Tenemos autorización para partir de inmediato. Cada asiento tiene su propio minibar en el lateral. Solo tirad del cajón. Aquí… —abrió un armarito detrás de ella, junto a la puerta del baño, y sacó un teléfono satelital con una antena del grosor de un dedo—, hay un teléfono satelital. Debe mantener presionado el asterisco y esperar el tono de conexión, luego puede marcar. Si tiene alguna pregunta durante el vuelo, solo presione el ícono del altavoz en su reposabrazos derecho.

Dong Won se dio la vuelta y estaba a punto de desaparecer en la cabina cuando los dos hombres musculosos también entraron en el avión.

Ágata se levantó al instante.

—¿Capitán?

—¿Mmm?

La piloto se dio la vuelta y mostró su ensayada sonrisa comercial de pasta de dientes.

—No deben venir.

—De acuerdo con los requisitos, cada uno de los aviones privados del señor Karlhammer debe estar acompañado por dos de sus guardaespaldas —explicó pacientemente.

—Me alegro por sus requisitos, pero nosotros volamos solos —insistió Ágata, ignorando los ojos entrecerrados de los dos hombres.

La sonrisa de la piloto se mantuvo firme mientras sopesaba la situación.

—O podemos llamar al señor Karlhammer y perder el tiempo —agregó Ágata—. No creo que sus guardaespaldas sean necesarios, en especial porque él no está a bordo.

La mujer al fin asintió y les indicó a los dos hombres que

abandonaran el avión. Se encogieron de hombros y salieron. La piloto los siguió hasta la salida y rápidamente pulsó varias veces en una pantalla táctil junto a la combinación de escalera y puerta, que a continuación se plegaron y cerraron. La capitana desapareció en la cabina.

—Este lujo es un poco repugnante —dijo Pano, comentando sobre su entorno, y en realidad parecía sentirse muy incómodo. Sus manos jugueteaban con los reposabrazos de cuero como si estuvieran cubiertos con polvos picapica.

—¿Por qué? —preguntó Ágata con un toque de sarcasmo—. Porque... ¿de doce mil millones de personas, cinco mil millones viven por debajo del umbral de la pobreza, y la mitad de la población en los países ricos vive con la renta básica del estado?

—¿Por qué Karlhammer pone en marcha todos estos proyectos para reducir la pobreza y las enfermedades cuando desperdicia dinero en algo como esto?

—Es un visionario y un adicto al trabajo —dijo ella, señalando su asiento, en el que cabrían dos adultos de su tamaño sin ningún problema—. ¿Volarías en clase turista, si estuvieras en su posición, y tratarías de trabajar allí?

—Probablemente no. Sin embargo, de alguna manera es ofensivo permitirse tal lujo cuando la mitad de la humanidad es considerada como un excedente inútil que tiene que hacer una peregrinación mensual a las oficinas emisoras y…

—Pásame el teléfono satelital ofensivamente lujoso —interrumpió Ágata, y extendió una mano abierta. El pasillo entre ellos no era muy ancho.

—Vale —dijo Pano, poniendo el teléfono del tamaño de un control remoto en su mano—. ¿Y los dos adictos a los esteroides?

—Espionaje no deseado.

—Todo esto te está volviendo paranoica, ¿no?

—O tal vez todo esto no te esté volviendo lo suficientemente paranoico —respondió mientras marcaba el número del director Miller.

Su avión ya estaba rodando hacia la pista cuando escuchó los ruidos de marcación entrecortados.

—Qué chatarra tan antigua —murmuró, al esperar que los satélites enviaran su señal al cuartel general en Nueva York.

—Puedes intentar a través de los canales normales y dejar que todo el mundo escuche —dijo Pano burlonamente y Ágata solo resopló a modo de respuesta.

—¡Miller! —La voz del director retumbó en su oído derecho. Aparentemente, no había perdido nada de su vigor.

—Habla Ágata.

—¿Devenworth? ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¡Pensé que te habías congelado hasta morir!

—Casi lo hago —dijo, levantando el pulgar hacia Pano mientras él miraba.

—¿Y? ¿Descubriste lo que le pasó a Jackson?

—Estoy bastante bien, muchas gracias.

—No juegues a hacerte la víctima. —La reprendió Miller, y ella no pudo resistir la insinuación de una sonrisa—. No te va.

—Sabemos lo que le pasó a Jackson.

—¿Y bien? Estoy ansioso por escuchar. No me digas que la Fundación Humana está detrás de esto.

Ágata miró a Pano y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó él en voz baja.

—¿Por qué dice eso, señor?

—Porque Washington está de cabeza en este momento. Los republicanos que apoyan al senador Danes han logrado persuadir a la presidenta para que envíe el USS Barack Obama y su flota de escolta a la Antártida —dijo Miller, y su tono revelaba su disgusto.

—¿Cómo? —preguntó Ágata, fingiendo ignorancia.

—Porque el contacto con el avión que te llevó a ti y al Capitano a McMurdo ha estado fuera de radar durante más de dos días.

—¡No puedes hablar en serio! Podrían haber enviado un maldito avión de reconocimiento o reposicionado un satélite.

—Todos los que tienen algo de sentido común en la Casa Blanca han dicho eso, pero obviamente es una maniobra puramente política —dijo—. Sin embargo, por extraño que parezca, la mayoría de los jefes de personal del Pentágono también votaron a favor de esta medida, lo que me sorprende. Espera un momento —dijo Miller. Lo escuchó gritarle a alguien a través del transmisor cubierto. Hubo un breve susurro—. Ya estoy de vuelta. En cualquier caso, la presidenta Harris…

—¿Elisabeth Harris ya prestó juramento? —preguntó Ágata, sorprendida.

—Desde la semana pasada. La próxima vez, deberías leer las noticias antes de desaparecer en las profundidades del Polo Sur.

—Por supuesto.

—Como iba diciendo, después de vacilar, accedió, siempre que la flota no eche anclas, sino que simplemente muestre su presencia. Se rumorea que le está haciendo este favor al Senador Danes y su círculo, para que él tenga la sensación de haber impuesto limitaciones a la Fundación Humana y, por lo tanto, pueda ganar puntos con sus votantes más fieles. Al mismo tiempo, probablemente se puede suponer que recibirá la aprobación de Danes para la reforma del seguro de salud. —Miller hizo una pausa y estornudó—. Lo siento.

Política, ya sabes. Ya que es la temporada, mi alergia está en su peor momento. No quiero saber cuánto le está costando al contribuyente esta horrible partida de ajedrez.

—La mitad de la gente no paga ningún impuesto —dijo Ágata con poco entusiasmo, reflexionando sobre lo que acababa de revelarle. Aparentemente, El Enemigo había contagiado a los mejores contactos en el Pentágono y a ciertos senadores. O ya había puesto a la presidenta bajo su influencia, y ella estaba manejando el asunto a través de las peligrosas corrientes políticas de la capital con la suficiente astucia para no ser demasiado obvia.

—Parece que no hay mucho que hacer —dijo Miller con su típico gruñido—. ¿Dónde estás ahora?

—Estamos en camino.

—¿De dónde? ¿Cómo?

—En uno de los aviones privados de Luther Karlhammer —respondió con franqueza, ignorando las expresiones de Pano, primero de alarma, luego de advertencia.

—Espero que estés bromeando —dijo el director.

—Yo no haría eso.

—Genial, justo lo que necesitaba. La Casa Blanca manda un mensaje pecaminosamente caro a la Fundación Humana porque puede que haya acabado con un avión militar y sus dos pilotos, y tú no tienes nada mejor que hacer que presentarte en un avión de su Director. No me lo estás poniendo fácil.

—¿Cómo crees que logramos salir de McMurdo? —preguntó Ágata, poniendo los ojos en blanco—. El Albatross debería, en cualquier momento, estar en camino a la base naval más cercana que tenga un campo de aterrizaje adecuado.

—Mmm. Solo regresad. Si estáis listos para que os recojan en algún lugar, enviaré un vehículo. Sin desvíos, ¿entendido? Quiero escuchar un informe tan pronto como haya suelo estadounidense bajo vuestros pies —ordenó Miller, poniendo fin a la conexión.

—No creo que él sepa algo —dijo, alejando el teléfono satelital y presionando el símbolo rojo de "colgar". Luego se lo arrojó a Pano, quien lo atrapó y lo dejó caer descuidadamente sobre su regazo.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—Él considera que la reubicación del portaaviones es una estratagema puramente política.

—Tal vez lo dijo solo para que pensaras eso.

—No, no habría tenido que mencionar el tema. No tiene sentido.

Ágata negó con la cabeza y levantó el cajón del lado del pasillo de su silla para sacar una botella de agua. Hizo una mueca cuando el líquido gaseoso se vertió en su boca y garganta. Aparentemente, Karlhammer tenía debilidad por la carbonatación.

—No creo que esa sea una razón muy sólida para exonerarlo de complicidad —dijo Pano. A través de la gran ventana a su lado, pudieron ver que estaban perforando una fina capa de nubes.

—Definitivamente no podemos excluirlo, pero es poco probable —coincidió ella.

—Esperemos un poco más antes de sacar conclusiones.

—¿Sabes lo que me molesta?

—¿El hecho de que sea tan apuesto y encantador que constantemente te hago sonrojar?

—Estoy mucho más fascinada por tu imaginación floreciente que por tu encanto —dijo, mirando su terminal, aparentemente para comprobar la hora, pero, de hecho, era para evitar su mirada.

—Bueno, ¿qué te molesta?

—El tipo del traje negro. ¿Cómo lo hacía?

—¿Ese control de pensamiento? —preguntó Pano, levantando los hombros y las manos en un gesto típico italiano mientras hacía una mueca—. Ni idea.

—Tiene que haber una explicación. ¿Quizás algún tipo de feromona, como con las hormigas? Esas cosas pueden alterar completamente el metabolismo del cerebro. ¿Por qué no debería funcionar en humanos?

—El tipo era un extraterrestre. Esa es una explicación tan buena como cualquier otra.

—¿Te parecía un extraterrestre? —preguntó Ágata, negando con la cabeza—. No lo creo.

—Tal vez puedan cambiar de forma o algo así.

—No lo dices en serio, ¿verdad?

Pano levantó ambas manos a la defensiva.

—Oye, ya hemos estado frente a un enorme extraterrestre con piel de color bronce.

—¡Touché! —Ágata suspiró con frustración y reflexionó—. ¿Tal vez es algo así como un virus que se transmite por el aliento exhalado?

—Tal vez son ondas psíquicas...

—¡Pano, lo digo en serio! —le dijo con impaciencia.

—Oye, dijiste Pano. —Sonrió y ella sintió ganas de darle un puñetazo. Cuando él vio su reacción de enfado, se aclaró la garganta y rápidamente agregó—: Un virus no tendría un efecto tan inmediato. Tendría que propagarse por el aire, lo que puede llevar bastante tiempo, y luego atacar y afectar las células del cuerpo. Pero, por supuesto, no soy biólogo ni médico.

—Tienes razón en ambas cosas. Tal vez deberíamos abordar esto desde otra dirección. ¿Cómo pudo El Enemigo otorgar tales poderes a alguien tan humano? ¿Y cómo se lleva a cabo esta infiltración, de la

que los Hijos de Terra advierten constantemente? ¿Visita a políticos, directores de empresas y Dios sabe quién más, y luego les muestra su folleto alienígena? No lo creo.

—Tal vez los infecta con algo, les lava el cerebro, les implanta un chip... La lista de métodos posibles es interminable y, al final, probablemente sea algo en lo que no hayamos pensado —comentó Pano mientras volaban a través de algunas turbulencias y todo comenzaba a temblar.

—Prefiero creer que las soluciones a las preguntas difíciles suelen ser mucho más simples que las preguntas mismas —dijo ella, abrochándose el cinturón.

—¿Por qué no llamas a Workai Dalam y le preguntas cuál es su teoría? Después de todo, podría ser la única persona en la Tierra que haya visto al Enemigo. Él fue quien encontró los primeros restos del *Mars One*, ¿no?

—Sí, pero...

—Además, su teoría sobre El Enemigo aparentemente era correcta. No es irrazonable suponer que él sabe más que nosotros. No, incluso es muy probable que sepa mucho más —continuó el surtirolés, señalando la terminal, que aún sostenía en su mano derecha.

—Buen punto. —Frente a su terminal, dijo—: Muestra el número de contacto de Workai Dalam.

El número apareció en la pantalla transparente. Con su mano libre, lo ingresó en el teléfono satelital que Pano le había arrojado sobre el regazo y comparó los números nuevamente antes de presionar el botón verde del auricular y acercar la unidad a su oído.

Una vez más, soportó los desagradables ruidos de marcación antes de que una voz electrónica anunciara: "En este momento, todas las líneas están ocupadas, deje su nombre y su número de teléfono y le devolveremos la llamada. Muchas gracias". Siguió un pitido.

—Patroklus Perhanidis, siete-dos-uno-uno-tres-cuatro-tres —dijo, siguiendo las instrucciones de Karlhammer, y desconectó.

—¿Y?

—Ahora solo esperamos. Veamos si Karlhammer es tan importante… —No pudo continuar porque el teléfono satelital timbró —. No sabía que podías devolver la llamada a estas cosas —se preguntó, presionando el botón verde—. ¿Sí?

—Mmm. Tú no eres Karlhammer —dijo una profunda voz masculina.

—No, pero me pidió que hablara contigo.

—¡Ajá! ¿Y tú eres...?

—Agente especial Ágata Devenworth.

—Ah, sí. Señorita Devenworth —dijo Dalam con la voz ronroneante de un hombre extremadamente arrogante, muchos de los

cuales había conocido durante su carrera—. Me alegro de que hayas escapado de la Antártida.

Ágata hizo una breve pausa. Karlhammer le había asegurado durante su última y breve conversación que el líder terrorista desconocía la pirámide y las operaciones realizadas por la Fundación Humana. ¿Los había estado siguiendo?

—¿Te sorprende que esté informado de tus movimientos? —Una risa ronca asaltó su oído—. Hemos estado siguiendo al hombre del traje negro durante mucho tiempo, y su rastro terminó en un avión militar de los Estados Unidos en la base de Namibia... contigo a bordo.

—¿Un transmisor de rastreo? —preguntó ella, asombrada.

Era lo único que tenía sentido. Ciertamente no habían introducido de contrabando a ningún soldado, y las cabinas de los aviones militares estaban protegidas de la mayoría de las señales.

—Así es. ¿Qué descubriste allá?

—Buen intento.

—Uno hace lo que puede si el objetivo es proteger a la humanidad de poderes hostiles.

—¿Qué sabes sobre el hombre del traje negro? —preguntó sin dudar.

—En su vida anterior, se llamaba Mikwart Dornwald, un ciudadano sueco. Trabajó como perfilador para el Servicio Secreto y estuvo involucrado en casos de secuestro. Se le consideraba muy carismático, pero fue despedido de manera deshonrosa y declarado culpable de dos cargos de asesinato antes de que pudiera escapar de la prisión y nunca más se le volvió a ver —respondió Dalam con sorprendente franqueza—. Además, probablemente era la persona más peligrosa del planeta, considerando el poder que le otorgó El Enemigo. Es responsable de la muerte de más de cuarenta agentes que envié tras él.

—¿Tienes un archivo sobre él?

—Sí.

—¿Me lo puedes enviar?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no confío en ti, por eso. Como el terrorista más buscado en la tierra, uno vive cerca del peligro y desarrolla cierta...

—¿Paranoia?

—Precaución —dijo Dalam, aclarándose la garganta—. Debido a que había tres de ustedes en el avión y al menos tú sobreviviste, supongo que de alguna manera lograste eliminarlo.

—Tienes razón.

—¿Cómo lo hiciste?

—No te lo voy a decir —dijo Ágata con frialdad.

Dalam rio con amargura y la transmisión se interrumpió bajo esa avalancha de tonos agudos.

—Muy bien, muy bien. En cualquier caso, me alegro de que lo hayas conseguido. Un activo menos disponible para El Enemigo.

—Vamos de camino a Nueva York.

—¿Acaso porque me crees a mí y a mi organización?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó, y Ágata luchó consigo misma. Al fin eligió la opción más segura.

—Porque vi lo que el hombre del traje negro era capaz de hacer. Debe haber algún poder en juego que es ajeno a este mundo.

—¿Qué intentas hacer?

—Quiero recopilar la mayor cantidad de información posible sobre las agencias gubernamentales que pueden haber sido infiltradas y compartir esa información con vosotros para que podáis hacer algo al respecto. Cualquier ayuda sería importante y apreciada —explicó, mirando a Pano, quien levantó la palma de la mano inquisitivamente. Ágata levantó su mano libre y la agitó brevemente, haciéndole una señal de, "aún no lo sé".

—¿En qué tipo de ayuda estás pensando?

—Alguna pista sobre qué buscar. ¿Sabes algo sobre cómo el hombre del traje negro... cómo fue capaz de hacer lo que hizo?

—No lo sabemos. Hasta ahora, solo tenemos especulaciones, y no muy buenas.

—¿Y qué pasa con aquellos que fueron influenciados por El Enemigo? —preguntó Ágata—. Debes tener al menos una buena teoría sobre a quién culpar.

—Bueno, seguimos al hombre del traje negro durante mucho tiempo y llevamos un registro de sus reuniones. También parece que infecta a sus víctimas con un tipo de virus que se manifiesta unos días después de la infección. Podría ser este virus el que porta la voluntad del Enemigo —respondió Dalam—. Sabemos que está ahí, pero no tenemos idea de cómo se ve porque no se puede probar una vez que ha pasado demasiado tiempo. Pudimos eliminar a tres personas que estaban infectadas y observamos la infección, pero no pudimos identificar el virus. Parece disolverse después de la muerte o cambiar de tal manera que ya no podemos verificar su existencia, ni siquiera describirlo.

—Hmm, eso no es de mucha ayuda —murmuró Ágata pensativa, recordando lo cerca que estuvo Pano de esta misma conclusión.

—No, pero es todo lo que tenemos. Te deseo buena suerte. Si puedes identificar a alguna persona específica, comunícate conmigo nuevamente. Transferiré suficientes recursos a Nueva York y Washington para estar listo en caso de que surja la ocasión.

—¿Así de fácil? —preguntó, sorprendida.

—Tienes una reputación, Ágata Devenworth, y estoy familiarizado con tu archivo. Si señalas con el dedo a alguien, al menos tendré un oído atento.

—Bueno, sin un poco más de información sobre lo que hay que buscar, esto será...

De repente escuchó que la línea se cortó.

—Estúpido —gruñó Ágata mientras le arrojaba el teléfono a Pano con frustración.

—¿Qué dijo? ¿Algo útil? —Pulsó el botón de "finalizar llamada".

—Es posible —dijo ella, con más calma, mirando por la ventana hacia la puesta de sol detrás de las nubes—. Es posible.

FILIO AMOROSA, 2042

—Mantén la calma —le aconsejó Cassidy, aunque nada en su fisonomía demostraba que estuviera siguiendo su propio consejo. Movía constantemente los labios, como si estuviera murmurando para sí mismo. Fuera lo que fuera, era amortiguado por su casco sellado y el umbral de volumen era insuficiente para activar su radio. También parpadeaba a un ritmo que le habría secado por completo los ojos.

—Estoy tranquila —le aseguró Filio a su fornido compañero, alejándose brevemente. Aún le parecía irreal haber viajado a Marte con este hombre al que conocía desde hacía menos de 24 horas. Luther Karlhammer los había reunido como un equipo, descartando al compañero de equipo original de Cassidy porque creyó que ella era la mejor opción.

Aunque tenía que estar de acuerdo con Karlhammer, era extraño ir a una misión que afectaría el destino de la humanidad con alguien a quien no conocía y nunca había visto en una situación difícil. Normalmente ella habría insistido en medio año de extenso entrenamiento con él. Sin embargo, ahora, solo tenía que esperar que la intuición de Karlhammer hubiera dado en el blanco y que él supiera lo que estaba haciendo.

—¿Tienes miedo de que pierda la cabeza? —preguntó Cassidy, mirándola a los ojos. Filio ni siquiera se había dado cuenta de que seguía mirando al científico.

—No estoy segura. Creo que es arriesgado enviar a dos personas a una misión cuando no se conocen.

—Gracias por tu honestidad. Normalmente estaría de acuerdo contigo, pero desafortunadamente, nada es normal en esta misión. Cada respiro que tomamos podría ser arriesgado. Entonces, ¿por qué no ir a por ello? —preguntó él, intentando una sonrisa aparentemente despreocupada, que ella intento corresponder—. Además, el Constructor parece haberte elegido. De lo contrario, no te habría mostrado la visión.

—Creo que lo hizo porque estaba con él antes de que perdiera el conocimiento —dijo.

—Tal vez. Pero no creerás que Luther te eligió para esta misión sin consultarlo, ¿verdad?

—Tienes razón otra vez.

—¿Alguna idea de cómo salimos de aquí?

—No, pero debe haber una manera. De lo contrario, Xinth no nos habría enviado aquí.

Dio un paso hacia la puerta para buscar el marco con sus reflectores. En su parte inferior, donde se encontraba con el suelo de color antracita, había montones de arena del tamaño de melones. Llamó a la enorme puerta como si la probara. No había botones, ni huecos, ni siquiera manijas. Sus golpes apenas devolvieron un sonido, a pesar de que había configurado la sensibilidad de sus sensores de audio al máximo.

—Bueno, aparentemente esa no es la forma más obvia.

—Eres ingeniera, ¿no? —preguntó Cassidy, quien se había puesto a su lado y miraba los dos montones de arena.

—Ahora vas a empezar conmigo, esperas que una ingeniera sea capaz de resolver cualquier dilema. Ese cliché incluye al menos un soldador, un destornillador y un par de alicates. No tenemos nada de eso.

—No, desafortunadamente; la instrucción de Xinth fue clara de que no se pueden traer objetos metálicos, lo que probablemente tenga algo que ver con los campos magnéticos generados. —Su compañero le tocó el hombro y lo masajeó brevemente—. Es por eso por lo que todos los componentes de nuestros nuevos trajes Space Walker están hechos de plástico. Pero... — Cassidy agitó sus dedos cortos frente a su visor, como si imitara a una mariposa—, ... hemos preparado algo.

Señaló la plataforma y le hizo señas para que lo siguiera.

Resultó que había dos cajones angostos debajo de los asientos, cada uno de los cuales contenía un estuche delgado con la inscripción "Fundación humana". En uno de ellos había toda clase de herramientas, de color gris mate y mangos de color rojo. En el otro había convertidores, cables y conectores universales.

—¿Cuál es tu campo de especialización? —le preguntó a Cassidy, mientras se agachaban en el suelo polvoriento junto a la plataforma y revisaban las herramientas y los materiales para hacer un inventario, que almacenaron en los ordenadores de sus cascos mediante entradas de voz.

—Soy físico y químico. Obviamente, elegí pasar suficientes años en un puesto de investigación oscuro y mal pagado para poder obtener dos doctorados —dijo Cassidy, encogiéndose de hombros. Mientras se sentaba frente a ella con las piernas cruzadas, parecía un Buda con una cabeza excesivamente grande. Estaba sorprendida de cuánta flexibilidad permitía estos nuevos trajes.

—Bueno, ahora tienes un trabajo oscuro y no remunerado —dijo con un guiño, haciendo un gesto que recorrió toda la habitación, antes de coger la abrazadera del cable con la mano derecha y señalar con el pulgar la plataforma junto a ellos.

—¿Qué puedes decirme sobre lo que hay debajo de la máquina?

—Ooooh, no mucho —admitió Cassidy—. No entendemos mucho al respecto, excepto que hemos instalado una gran cantidad de superconductores que no necesitamos enfriar. —Filio levantó una ceja con incredulidad—. Lo sé, lo sé —dijo, algo a la defensiva—. Además, hemos instalado dos potentes electroimanes que se pueden alimentar de forma variable con energía eléctrica. Xinth especificó direcciones de flujo opuestas en los planos, por lo que asumimos que es una especie de cámara de contención magnética.

»Sin embargo, nunca entendimos lo que se suponía que tenía que pasar dentro, en especial porque no se nos había permitido probar el módulo. Ciertamente puedes imaginar lo nerviosos que nos puso eso, junto con el hecho de que nuestras simulaciones por ordenador no pudieron proporcionar ningún resultado a pesar del software de inteligencia artificial más moderno.

—¿Dos electroimanes? —preguntó Filio. Se llevó los dedos a la barbilla como para frotarla. Sin embargo, su visor se interpuso, por lo que los bajó de nuevo.

—Con la dirección de flujo opuesta, exacto.

—¿Y las direcciones de flujo son adaptables?

—Sí, al menos eso supongo porque tenemos dos puntos de entrada en el... oh, espera, espera, espera —dijo Cassidy, moviendo las cejas como un tío bondadoso, antes de lamerse ligeramente los labios carnosos—. Creo que entiendo a lo que te refieres.

—La placa debajo de las sillas está hecha de metal, ¿no?

—Sí, al igual que los asientos. —El físico asintió y sonrió por sus siguientes palabras.

—¿Cuál es tu estimación del campo magnético?

—Ahora, a juzgar por su tamaño puramente físico y los sesenta y seis reactores de torio necesarios para suministrarle electricidad...

—Convengamos en que es obscenamente fuerte —sugirió ella, y él asintió con una sonrisa antes de que ambos levantaran los ojos al techo, del cual aún caía polvo.

—Parece poroso, el techo —observó él.

—Ajá. Y, dado que el polvo se está filtrando, la capa sobre nosotros ciertamente consiste en regolito.

—Suelto y poroso.

—Exacto. ¿Crees que eres capaz de realizar un procedimiento quirúrgico en una máquina extraterrestre que no entendemos? —preguntó ella, inspirada por la perspectiva de tener una estrategia que pudiera resolver su problema. Eso era más de lo que se habría atrevido a esperar.

—Por supuesto —sonrió él, y se levantaron juntos—. Esta cosa debe tener algo de energía. De lo contrario, no habríamos llegado

hasta aquí.

—Tiene sentido. La única pregunta es si podemos detectar y manipular la fuente de energía y el flujo —dijo ella, examinando el pedestal circular como un rompecabezas complejo.

«Con suerte, está hecho de metal como lo conocemos» pensó para sí misma y olió inconscientemente.

—Al menos sé exactamente dónde estaba la fuente de alimentación en nuestro modelo y debería poder encontrarla de inmediato.

Cassidy no parecía muy preocupado y señaló el espacio entre la plataforma y el suelo, de casi 20 centímetros de altura, que rodeaba el módulo como un anillo de antracita.

—Tenemos que abrirlo, con el cortador de fisión. Mantente cerca de donde se unen la parte inferior y el panel para que no cortes accidentalmente nada detrás de él.

Filio asintió y se puso a trabajar mientras Cassidy cambiaba su visor al modo de realidad aumentada y procesaba los planos almacenados del módulo de transporte para crear una cuadrícula simulada de tamaño completo a partir de los dibujos técnicos. Superpuso la cuadrícula sobre la máquina frente a ellos, con la esperanza de tener una construcción idéntica que les proporcionara una guía precisa.

Les tomó más de 30 minutos cortar todo el panel lateral, que consistía en un material asombrosamente flexible que no pudieron clasificar de inmediato. Posiblemente era una especie de fibra de carbono.

Con cuidado, ella introdujo un destornillador en el hueco resultante, cortó el panel de arriba abajo en el punto indicado por Cassidy y luego quitó con cuidado todo el revestimiento hasta que apareció la máquina.

Para sorpresa de Filio, lo que pudo ver allí no parecía muy extraño. Distinguió alambres y cables y algo que parecían condensadores en miniatura. Veinte centímetros no proporcionaban mucho espacio para trabajar, pero era suficiente para asir varios conductores de calor que salían de un anillo masivo, probablemente el electroimán superior, hacia el exterior en forma de estrella y desaparecían de la vista.

—Los puntos de acceso están debajo del disco magnético superior donde se encuentran los dos condensadores cilíndricos. Parecen latas de refresco alargadas. ¿Hay un cable allí? —preguntó Cassidy, mirando con curiosidad por encima del hombro, lo que provocó que las luces de su casco se balancearan torpemente de un lado a otro, lo que la confundió.

—¡Quédate quieto!

—Lo siento. ¿Ves algo?

—Creo que veo las partes superiores de los condensadores. El resto

de ellos son demasiado profundos, el ángulo no es suficiente para ver nada —explicó, luego se tumbó boca abajo y metió su brazo derecho en el espacio. Con el codo en ángulo, dejó que la mano se deslizara hacia abajo y buscó a tientas el condensador izquierdo, luego siguió adelante y rodeó con los dedos algo que en realidad parecía un cable —. Tengo algo.

—¡Muy bien! ¿El cable conduce al disco superior? —preguntó Cassidy. Estaba tan emocionado que ella lo imaginaba dando saltos detrás de ella.

—Sí, creo que sí.

—Ahora debes desconectar el cable y luego conectarlo a la placa de abajo mediante un puerto de conexión idéntico —continuó—. No es una solución óptima, pero mientras no tengamos una interfaz con la que reprogramar la máquina, esa es la única forma que se me ocurre de invertir la dirección del flujo. Un poco bárbaro, pero no se me ocurre nada mejor.

Filio asintió en silencio y sacó sus pinzas antes de detenerse de un tirón.

—Un momento, aún está energizado, ¿no?

—No, quité la canica negra de la armadura. La clave de datos.

—¿Eso activa la fuente de alimentación? —preguntó, sorprendida.

—Sí.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —Filio retiró su mano y se volvió boca arriba para mirar directamente a Cassidy. Él ahora parecía estar un poco inquieto y se movía de un pie al otro.

—Solo lo sé —dijo con cierta desgana.

—Estamos en Marte.

Cassidy exhaló un largo suspiro y luego asintió.

—Lo estamos. ¡Si alguna vez volvemos, tienes que prometerme que no hablarás con nadie sobre esto!

—Lo prometo —dijo ella, agitando la mano con impaciencia.

—Una vez, después de que el módulo de transporte estuvo terminado, traté de ponerlo en marcha porque no pude contener mi curiosidad. Hice que todo pareciera un mal funcionamiento en el acoplamiento de energía.

El físico aparentemente se sintió muy incómodo con esta revelación y evadió su mirada.

—Probablemente hubiera querido hacer lo mismo —admitió Filio —. Construir algo completamente nuevo sin que te digan cómo funciona tu propia creación después de invertir varios años de vida en su construcción, es difícil. Sobre todo, para lo curiosos que somos los científicos por naturaleza. ¿Y qué pasó?

—Nada —respondió Cassidy de inmediato—. Absolutamente nada. La electricidad fluía, pero la máquina no hizo absolutamente nada.

Entonces, deduje que Xinth había pensado en algo como esto. Por eso estaba tan obsesionado con poner mis manos en esa canica cuando la sacaste de tu bolsillo.

—Comprendo. Pero eso no es prueba de que, de hecho, esta ominosa clave de datos sea la que activa la fuente de alimentación.

—No, pero es evidencia circunstancial. Eso es probablemente todo lo que podemos esperar. Después de todo, manipulamos un dispositivo extraterrestre que está siglos o incluso milenios por delante de nuestra tecnología. No habrá soluciones simples —dijo Cassidy, sin mover la cabeza. Probablemente quería asegurarse de que su vista RA del plano permaneciera alineada con precisión con la máquina frente a ellos.

—Si fueran tus manos las que estuvieran metidas aquí, la evidencia circunstancial también bastaría para mí —dijo ella con una mirada tensa en el rostro antes de volverse boca abajo—. ¿Qué carajo? No podemos pensar en una solución mejor.

—Mmm. Probablemente no. Pero tal vez debiéramos… —Justo en ese momento, ella cortó el cable. No pasó nada—... pensarlo una vez más y considerar cuáles son nuestras opciones. Después de todo, estamos hablando de cantidades de energía que…

—Cassidy, ya lo corté.

—Oh —dijo, y luego más fuerte—, ¡Oh!

—Sí, todo está bien. Envíame la visualización RA para que pueda ubicar el puerto inferior correctamente. Intentaré soldar y aislar todo.

—Espero que funcione.

—¡Ojalá! —dijo Filio.

Se puso a trabajar después de que la cuadrícula azul de la pantalla de su casco se superpusiera sobre su campo de visión, haciendo que pareciera que realmente veía el cable frente a ella.

—Va a funcionar. —Cassidy cambió audiblemente su estado de ánimo y logró que su voz sonara firme—. Tecnología es tecnología. Por supuesto, la del Constructor es más avanzada, pero tienes que conducir la electricidad a alguna parte, y los cables son cables.

—¿Puedo recordarte que nuestros terminales se cargan sin contacto?

—Puedes, pero este es un asunto completamente diferente —dijo el físico en cierto tono.

—Bien.

Filio no estaba muy convencida, pero fue el único argumento que de alguna manera ayudaba. En lugar de aburrirse aquí abajo y esperar a que se le acabara el suministro de oxígeno, prefería correr algún riesgo.

—Quiero decir, después de todo, Xinth nos dio el modelo de construcción. Si su gente no hubiera usado cables, difícilmente los habría integrado en el plan —continuó Cassidy, aparentemente

creyendo que le vendría bien una charla alentadora para calmarla, otra señal de que no se conocían nada.

—Ya me siento mucho más segura —dijo con un resoplido, y se puso a trabajar para conectar el cable al puerto de conexión inferior después de haber cortado también esa línea. Le tomó más de media hora, incluso con el apoyo de Realidad Aumentada, hasta que estuvo satisfecha con el resultado. Hizo lo mismo con el puerto superior hasta que hubo intercambiado ambos cables y, por lo tanto, la dirección del flujo de la corriente.

Después de más de una hora, volvió a rodar sobre su espalda y se sentó. La cubierta de su cabeza estaba empapada, y podía ver gotas individuales de sudor en su nariz donde presionaban inexorablemente a través de sus poros. El sistema de filtrado de su casco estaba muy ocupado.

—¿Todo bien? —preguntó Cassidy mientras le daba ambas manos y la ponía de pie.

—Ahora solo tenemos que esperar a que tu teoría sobre la canica sea correcta —respondió Filio.

Se paró junto a él para que ambos pudieran mirar la plataforma, cuya base ahora le recordaba a un pollo desplumado. Trató de no pensar en el hecho de que estaban en una habitación rodeada por una capa de regolito que podía tener 5, 10 o incluso 100 metros de espesor. Lo que ahora pretendían hacer habría sido descartado como una completa locura en cualquier otra circunstancia, pero ahora era su única esperanza.

—¿Estará suelto el regolito? —preguntó Cassidy, las luces de su casco apuntaban hacia el techo.

Ella siguió su mirada y se encogió de hombros.

—Es difícil saberlo. No tan suelto como la arena. Si tienes miedo de que llene esta habitación y nos asfixie, probablemente pueda tranquilizarte.

—Pretendemos disparar una plataforma de metal hacia el techo, ¿no? —Su compañero de tripulación trataba de asegurarse de no estar soñando.

Filio apenas asintió.

—Sí, probablemente. Aún debemos quitar los asientos. El desequilibrio podría causar cierta rotación después del impacto, lo que podría alterar el agujero y tener un efecto desfavorable —sugirió. Levantó el cortador de fisión, que parecía un pequeño taladro, del suelo.

—De acuerdo.

Tras diez minutos más, desprendieron un asiento tras otro y los arrojaron hacia la puerta. La plataforma ahora era casi lisa, excepto por los feos bordes cortados que habían dejado con las prisas y la

esbelta armadura central, con su barra apuntando hacia arriba y que contenía el hueco para la canica.

—Si tienes razón —dijo ella, señalando la plataforma—, la corriente fluirá de inmediato y la placa de metal saldrá disparada. No me gustaría estar sobre ella cuando eso suceda.

—Podríamos probar con el hilo del *kit* de reparación —sugirió Cassidy, sacando un pequeño estuche del bolsillo de su muslo. Con cuidado, sacó una pequeña ampolla, luego parches de sellado y finalmente un juego de aguja e hilo.

—¿Aguja e hilo? ¿En serio?

—Insisto. Los parches son para microagujeros y grietas, pero ¿y si la grieta es demasiado grande? Con demasiada frecuencia, las cosas importantes fallan por falta de las cosas más pequeñas y simples, y no requería ningún espacio adicional.

—Pero una pieza del traje remendada con aguja e hilo no será hermética —dijo ella, mirando con escepticismo su mano abierta.

—Para eso está la espuma programable.

Agitó el pequeño frasco y luego lo volvió a guardar, junto con el estuche, en el bolsillo del muslo, que volvió a cerrar concienzudamente.

A Filio le gustaba la manera tan tranquila y diligente con la que realizaba hasta la actividad más pequeña.

—La ataré con un nudo de red y espero que el grosor del hilo sea lo suficientemente marginal como para que la canica aún pueda hacer contacto, con lo que sea. Luego la insertamos en el hueco con el otro extremo del hilo, y eso es todo.

—Suena más fácil de lo que será.

—Sí, pero como no tenemos nada mejor que hacer, podemos intentarlo hasta que funcione.

Al final fueron 231 intentos, en cuatro turnos, mientras se acusaban mutuamente de tener el peor talento para lanzar que un ser humano podría tener. Fue Cassidy quien al fin dio en el blanco, lo que provocó un fuerte aullido de triunfo, que se convirtió en gritos de pánico y dolor un segundo después.

Tan pronto como la canica cayó en el hueco, la base de la plataforma se disparó tan rápido que cercenó el brazo de Cassidy justo debajo del codo. La sangre oscura salpicó el visor de Filio, casi cegándola. Notó que la arena y las rocas volaban a su alrededor cuando el físico cayó en sus brazos.

Sus gritos crepitaban en la radio como los chillidos distorsionados de un fantasma mientras ella, respirando pesadamente, descendía a una posición en cuclillas y trataba de sostenerlo. Por el rabillo del ojo, vio la luz del día brillando en el techo, como si alguien hubiera encendido una bombilla.

—¡Calma, calma! —Se obligó a hablar en voz baja pero enfática a su compañero de tripulación, aunque ya no estaba segura de si no estaba hablando consigo misma mientras intentaba limpiar la sangre de su visor para poder ver algo.

Desesperada e impulsada por los gritos de Cassidy, metió la mano en el bolsillo del muslo y sacó el estuche. Mientras sus manos temblorosas buscaban a tientas los parches de sellado, su torpeza provocó que los soltara. Maldiciendo, cogió tres de ellos, los abrió y los presionó contra el muñón del brazo de Cassidy.

—¡Quédate quieto! —ordenó con severidad, casi gritando para comunicarse con él. Pareció funcionar, ya que sus gritos se convirtieron en un gemido lastimero y dejó de retorcerse.

Con una mano aplicó la fuerza necesaria para activar los tres parches y con la otra trató de abrir el pequeño tapón del vial que contenía la espuma programable. Cuando al fin tuvo éxito, apretó el frasco de plástico blando y esparció el gel en los bordes. El gel tardó solo unos segundos en fluir como mercurio sobre la tela de plástico. Luego endureció, sin perder su flexibilidad, y se volvió blanco. *Blanco como la espuma*, pensó distraídamente.

Mientras tanto, Cassidy lloraba sin control y no parecía creer sus aseveraciones de que la herida había sido tratada, así que hizo lo único que se le ocurrió. Se sentó detrás de él y lo rodeó con sus brazos para que su casco descansara sobre su pecho.

—Todo está bien —le dijo con voz tranquila—. Todo está bien ahora. ¡Lo logramos! Lo lograste. ¡Lo lograste!

MARTE, 2039

Filio, Dimitri, Heinrich y Javier se pararon alrededor del agujero y miraron hacia las profundidades hasta donde las luces combinadas de sus cascos podían iluminar. Como la boca abierta de un depredador voraz, la oscuridad parecía saltar hacia ellos.

—Desciende por lo menos diez metros —dijo Javier, con un torrente de maldiciones en español.

—Eso parece —coincidió Filio, y configuró los sensores de su casco en modo de *zoom* automático para inspeccionar el suelo rojizo y polvoriento en la parte inferior del tubo vertical. Parecía como si la abertura condujera a una habitación, o tal vez a un pasaje hacia las profundidades.

—No veo ninguna escalera —murmuró Heinrich.

—Y puedo ver la piel de gallina a través de mi maldito traje —dijo Dimitri con su acento marcado.

—No solo activamos algo, sino que nos abrió la puerta de entrada.

—Pero queríamos que algo así sucediera, ¿no? —preguntó Filio.

—Sí, pero… oh, no lo sé. Ya no me siento bien con esto. ¿Un agujero en la oscuridad? —preguntó el ruso con un siseo exhalado.

—Queríamos saber qué hay ahí abajo. Ahora tenemos la oportunidad de averiguarlo —insistió ella, aunque casi se le revolvió el estómago. Si no fuera por la curiosidad que la impulsaba despiadadamente a continuar, habría preferido correr hacia el róver y regresar a la base.

—Pero no hay escalera —repitió Heinrich, y Filio le dirigió una mirada mordaz.

—*Sei jetzt kein Schisser* —le reprochó en alemán.

No seas cobarde.

Javier y Dimitri levantaron los ojos con irritación.

—*¿Schisser?* —replicó Heinrich.

—No metas el rabo entre las piernas. No vamos a detenernos aquí solo porque —señaló con ambas manos la abertura y luego las mitades desplegadas del monolito— quien haya hecho eso no te construyó una escalera para que puedas hacer tu trabajo ¿verdad?

—Solo quiero decir que, según mis sensores, esto tiene 9,8 metros de profundidad, y da la casualidad de que no trajimos a Charles Bronson con nosotros —replicó airado.

—¿Charles Bronson? —preguntaron Javier y Dimitri a coro.

—Él siempre lleva una cuerda consigo —respondieron Filio y Heinrich juntos, sin romper el contacto visual entre ellos.

—La gravedad aquí equivale a un tercio de la terrestre —dijo, señalando el agujero—. Eso significa que no caeremos tan fuerte como lo haríamos en la Tierra.

—Pero es demasiado profundo. —Heinrich negó con la cabeza.

—Si tres de nosotros agarramos a uno de nosotros por las manos y lo bajamos, solo será una caída de unos ocho metros. —Filio miró cuidadosamente hacia el agujero—. Además, hay mucha arena fina allí abajo, que parece haberse depositado cuando se abrió esta cosa. Debería amortiguar bastante la caída.

—¿Y quieres confiar en eso? —preguntó Dimitri, resoplando de una manera que no dejaba dudas sobre lo que pensaba de su plan.

—Podría extender los brazos y las piernas para presionar las paredes —continuó ella.

—¿Y correr el riesgo de romper el traje? Definitivamente no.

—¿Por qué insistes en que vaya él? ¿No quieres ir tú misma? —preguntó Javier en un tono desafiante.

—Si ninguno de los portadores del cromosoma Y se atreve a dar el paso…

—Muchachos —Heinrich los interrumpió y señaló detrás de él—, ya debería ser obvio para todos que podemos usar el cable de remolque de un róver, ¿verdad?

Siguió un silencio embarazoso. Heinrich se dio la vuelta y regresó poco tiempo después sosteniendo un gancho que arrastraba un cable delgado.

—Esta cosa está hecha de nanotubos de carbono que podrían bajar incluso un tanque sin romperse. También tenemos una manera fácil de izar a alguien de nuevo, en caso de que sea atacado por cualquier hombrecillo verde —dijo.

Nadie se rio.

—Yo iré primero —dijo Filio, levantando la barbilla cuando Dimitri hizo ademán de objetar.

El comandante vio su mirada y se abstuvo de decir algo.

—Bueno. Yo iré detrás, entonces —dijo.

—No, iré yo —disintió Heinrich, aplastando el pequeño controlador del cabrestante en el pecho de Dimity. El ruso se aferró a él con asombro como si una bala lo hubiera impactado—. Si algo sucede allá abajo, debes permanecer aquí como nuestro comandante para poder sacarnos. Javier debe quedarse, para que todos estemos emparejados. Esta maldita tormenta me está inquietando.

Cuando Dimitri tomó aliento para decir algo, Heinrich levantó una mano.

—Olvídalo.

—Nadie hace caso al jefe, eso es obvio —refunfuñó el ruso, colocando sus anchas manos sobre los hombros de Filio—. Ten cuidado ahí abajo. Colocad un repetidor de radio allí y regresad de inmediato si hay algún problema con la comunicación, ¿está claro?

—Claro —prometió cada uno.

—No quiero que corráis ningún riesgo. Ni el más pequeño. Eso es una orden, ¿entendido?

Filio y Heinrich intercambiaron una mirada rápida.

—¡Los ojos aquí! —ordenó su comandante, y pareció atraer sus ojos hacia él con un breve gesto—. ¿Lo entendéis?

—Sí —prometieron obedientemente.

Poco después, Heinrich comenzó a sujetarse a la cuerda de remolque metiéndose en la soga anudada y pasándosela debajo de las nalgas. Luego cogió la cuerda en sus manos.

—Voy a bajar —dijo, sentándose con cuidado en el borde.

Javier y Dimitri se acercaron y tiraron de la cuerda para crear tensión antes de ayudar al alemán a deslizarse por el agujero, que ofrecía mucho espacio. Si hubieran empleado dos cuerdas, la abertura habría proporcionado espacio más que suficiente para Filio.

Poco antes de que Javier activara el sistema hidráulico para bajarlo, Heinrich los miró.

—Estaré bien —dijo, sonriendo con valentía, a pesar de que gotas de sudor habían emergido de debajo de su casco y rodaban por su frente. Sus labios temblaban levemente, pero sus ojos estaban alerta y su mirada era firme.

—Iré justo detrás de ti —prometió ella.

El geofísico se deslizó lentamente hacia abajo. Pareció durar una eternidad ya que la luz de su casco parecía volverse más y más pequeña, a pesar de que la distancia no era demasiado grande. De repente se detuvo y luego reanudó su movimiento tan rápido que ella se estremeció porque creyó que algo había pasado o que él había visto algo. Pero aparentemente, solo tenía prisa por deshacerse de la cuerda.

Impaciente porque la estaban recuperando muy lentamente, ella agarró la cuerda y tiró con la mano. Sus dos compañeros querían ayudarla, pero ella los apartó, hizo un lazo por donde pasó las manos y apoyó la bota derecha en el gancho. Luego se sentó en el borde y esperó a que la cuerda ganara tensión.

—Listo —proclamó, y Javier presionó el botón del cabrestante nuevamente.

Descendió por el tubo negro como en cámara lenta. Miró las paredes lisas a su alrededor. Los colores antracita parecían fulgurar por las luces de su casco. Al mismo tiempo, parecían tan muertas como lápidas pulidas, enviando un escalofrío por su espalda que

terminó en una sensación de hormigueo en los dedos de los pies.

—Suave, suave —gritó Heinrich por la radio desde abajo, y luego ella sintió sus manos sobre sus hombros tan repentinamente que se sobresaltó—. ¡Te tengo!

Filio puso ambos pies en el suelo arenoso y soltó la cuerda. Los montones de arena desiguales debajo de sus botas la hicieron sentir que el suelo era inestable y que estaba perdiendo el equilibrio, por lo que pisó un trozo de suelo oscuro, liso y pulido frente a ella.

Cuando levantó la mirada, el haz de su casco fluyó directamente hacia un gran pasaje que caía en diagonal hacia abajo. El abovedado techo cónico se elevaba al menos dos metros por encima de ella, y era lo suficientemente ancho como para que cuatro personas pudieran caminar juntas. Cuando miró hacia atrás, la luz cayó sobre una pared justo detrás de la abertura, que conducía hacia arriba.

—Parece que solo hay un camino a seguir —dijo Heinrich, quien acababa de soltar el gancho de la cuerda de remolque, que inmediatamente desapareció de su vista.

Mientras permanecían juntos frente al pasaje inclinado y miraban la oscuridad, se miraron rápidamente y luego comenzaron a descender.

Durante los primeros metros no dijeron nada, observando en silencio cómo los conos proyectados por las luces de sus cascos luchaban contra la oscuridad. Las sombras parecían adherirse a las paredes y solo se retiraban a regañadientes de la fría tormenta de fotones que les dirigían. Tan pronto como cambiaban su mirada en otra dirección, la oscuridad volvía a caer sobre ellas como un enjambre de gárgolas hambrientas. El saber que estaban debajo de la superficie del planeta, atrapados no solo por una estructura extraterrestre sino también por millones de metros cúbicos de regolito, no servía precisamente para aliviar su ansiedad.

—Esto está sucediendo en este momento, ¿no? —preguntó Heinrich. La voz del bávaro, por lo general fanfarrona, era débil.

—Me temo que sí. No sé si salir corriendo o tocar y mirar todo —dijo ella, susurrando como si el mínimo exceso de volumen pudiera despertar algo en las sombras que sería mejor dejar dormido.

—Si tan solo no supiera que algo nos abrió la puerta para nosotros, y que probablemente también sepa que estamos aquí…

—Sí, creo que preferiría estar explorando algo completamente muerto.

—Bueno, le dimos vida. Eso puede ser bueno para nosotros o malo. Podría considerar que la descarga eléctrica que le dimos es hostil.

—Todo esto supone que realmente hay alguien o algo aquí abajo. Si suministras electricidad a una tableta, también verás un saludo amistoso en la pantalla de inicio. Eso no quiere decir que esté viva —

dijo ella, tratando de convencer no solo a su camarada, sino sobre todo a sí misma. Estaba ansiosa por disipar el miedo que se asentaba en sus entrañas, o al menos reducirlo un poco. Se habría conformado con eso.

—No me parece una tableta —respondió.

Se detuvieron bruscamente cuando una curva apareció en el pasaje y, de acuerdo con las pantallas de sus muñecas, comenzaban a avanzar horizontalmente.

—¿Qué es eso? —preguntó, asombrada, mientras las luces en el lado derecho e izquierdo de su visor iluminaban el largo pasillo. Las paredes se veían diferentes, lejos de ser artificiales, más bien parecían túneles de lava que se ramificaban desde la cavidad principal. Nada era liso como en el pasaje anterior. En vez de eso, parecía como si el material negro hubiera burbujeado y hubiera sido rayado en muchos lugares.

—¿Es esto un túnel de lava? —preguntó Heinrich, alzando la voz.

—No lo creo —dijo ella, mirando la transición del pasaje inclinado al túnel horizontal por el que ahora miraban. No era una transición suave y natural, sino un borde delineado con precisión entre lo liso y lo áspero—. Una vez leí en alguna parte que a la naturaleza no le gusta la simetría, y esto es simétrico. Además, deberíamos estar en medio de la estructura que escaneamos y que era autocontenida.

—¿Tus sensores muestran algo? —preguntó perplejo mientras miraba la pantalla de su muñeca.

—Negativo. Tengo una advertencia de radiación, pero el nivel es más bajo que en la superficie y es exactamente el valor en *miliSieverts* que medimos para el objeto.

—Vamos… —Heinrich se interrumpió cuando las luces de ambos cascos fallaron a la vez, dejándolos en completa oscuridad.

—¡Mierda! —espetó Filio con voz chillona, e instintivamente retrocedió un paso.

—¿Qué pasó? —preguntó Heinrich con voz ronca.

—No tengo idea, mis pantallas también se han apagado, tanto mi visor como mi pantalla de muñeca.

—¡No me gusta esto, Filio!

—Yo tampoco, pero tenemos que mantener la calma —dijo, aunque no tenía idea de cómo hacerlo. En cualquier caso, no podía respirar con calma. De hecho, su corazón latía tan fuerte en su pecho que parecía como si estuviera corriendo un maratón.

—¡Debemos salir de aquí, ahora mismo!

—¡Pero no podemos ver nada! —respondió ella.

—Solo damos la vuelta y nos aseguramos de que estamos en una pendiente ascendente. ¡Veremos la luz al final del foso!

—¿Ves alguna luz? —preguntó ella. Su voz estaba tensa.

—No... Pero...

—Eso significa que el maldito foso debe estar cerrado. De lo contrario, podríamos ver al menos un rayo de luz detrás de nosotros —explicó con frustración. Giró en círculos varias veces, buscando el más mínimo destello de luz. No encontró nada.

—¡Mierda, tienes razón! ¿Pero por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué los sistemas de nuestros trajes están desactivados?

—Porque alguien o algo los desactivó.

—¿Qué? —preguntó Heinrich bruscamente.

—No nos movimos antes de que todo fallara. En otras palabras, no nos hemos movido hacia algún campo de interferencia o algo por el estilo.

—A menos que el campo de interferencia se ampliara —respondió Heinrich.

—En tal caso habría sido un acto deliberado —insistió ella en tensión—. Algo sabe que estamos aquí y no quiere que lo veamos.

—Pero nuestra radio sigue funcionando.

—Mierda —exclamó Filio, y una descarga de adrenalina la recorrió —. No instalamos el repetidor de radio.

—¡Lo olvidé por completo!

—Yo también, y ahora la puerta está cerrada. ¡Dimitri y Javier deben estar desesperados allá arriba!

—Pero nuestra radio funciona —dijo Heinrich, y Filio de repente sintió su mano bajando por su brazo hasta que sus manos se tocaron. Ella sostuvo sus dedos y decidió no soltarlos hasta que volviera la luz.

Si alguna vez lo hacía.

—Eso es... extraño —admitió, y ordenó a su casco—, ¡Reiniciar sistema!

No pasó nada.

«Habría sido demasiado bueno para ser verdad» pensó para sí misma con un suspiro, cuando de repente un pequeño punto de luz comenzó a brillar en algún lugar, delicado y diminuto al principio, como una luciérnaga distante borrosa por la niebla matutina. Luego, el resplandor se hizo más brillante y palpitaba a un ritmo uniforme.

—¿Qué es eso? —preguntó, mirando hacia el lado donde podía distinguir los contornos del casco de Heinrich. La suave luz se reflejaba en su visor como si estuviera mirando una fogata lejana, distante.

—No lo sé —dijo él, apretando su mano con un poco más de firmeza.

Filio volvió a mirar la fuente de luz pulsante y contuvo la respiración. Como podía volver a discernir los contornos individuales, comprendió rápidamente que el fenómeno tenía que estar muy lejos

en el pasaje, que parecía uno de esos túneles de lava que socavan la superficie marciana.

—No pensarás en ir allí ahora, ¿verdad? —preguntó Heinrich mientras Filio daba un paso adelante. La retuvo con la mano.

—¿Tienes una mejor idea? Es la única fuente de luz por aquí. Estamos completamente perdidos sin ella.

—¡Pero eso es exactamente lo que quiere!

—*¿Quiere?*

—¡Lo que sea que nos atrajo aquí y luego nos encerró y nos dejó a ciegas!

—Aún no lo sabemos con certeza —discrepó, aunque no se convencía a sí misma.

—Eso es lo que dijiste en la base cuando Timothy insistió en que debía ser un artefacto extraterrestre —dijo Heinrich—. ¿Y ahora qué?

—Solo digo que no debemos apresurarnos a sacar conclusiones. Tal vez algo nos haya atraído, tal vez sea solo un automatismo.

—Bueno, ciertamente no es una coincidencia —dijo él, al fin intentando seguirla. Filio sentía como si estuviera tirando de un perro reacio detrás de ella, pero al menos se movía y no la detenía.

—Estamos de acuerdo en eso.

La luz crecía continuamente a medida que avanzaban. Luchó por no mirar las paredes espeluznantemente irregulares y las sombras distorsionadas que proyectaban y que se alargaban a medida que se acercaban a la fuente de luz. Una vez, se dio la vuelta y quedó aterrorizada al ver su propia sombra, que se veía tan alargada y espeluznante que primero pensó que estaba mirando a un extraterrestre parado detrás de ella.

Con cada paso que daba, su boca se volvía más seca y sus labios más quebradizos.

—Vamos como polillas a la llama —dijo Heinrich con tristeza—. Y sabemos lo que sucede.

—Seremos iluminados.

—Si no tuviera que contener la respiración todo el tiempo, habría sonreído. ¿Qué es?

—Parece un trozo gigantesco de ámbar —dijo Filio, deteniéndose para examinar la extraña estructura frente a ellos. La fuente de luz no era una especie de lámpara, era una burbuja marrón en medio de una habitación circular. El lugar habría sido más o menos esférico si no fuera por el suelo antracita nivelado. La burbuja, ante una inspección más cercana, parecía una pieza de ámbar perfectamente pulida del tamaño de un pequeño automóvil. De su interior parduzco brillaba la cálida luz que los había atraído.

Pero eso no era todo: en medio de la burbuja, la luz revelaba los restos fosilizados de un humano de gran tamaño. Ella saltó hacia atrás,

casi tropezando.

—Eso es... eso es imposible —tartamudeó con voz ronca.

—¡*Mein Gott*! ¿Es un ser humano?

—Creo que sí.

Con cuidado, se movió hacia la izquierda y miró el fósil con mayor detenimiento. Los huesos del brazo y la pierna se veían casi como en sus libros de texto de anatomía, pero en una inspección más cercana, el cráneo era demasiado grande, los huesos demasiado largos y había algunas extensiones óseas de aspecto extraño. Pero, dejando a un lado estas desviaciones, estaba segura de que tenía que ser un esqueleto humano. Pero ¿cómo era posible? ¿Aquí en Marte?

—¿Tal vez todas esas historias de secuestros de ovnis son ciertas, y esta es una nave espacial de extraterrestres que secuestraron personas y luego las preservaron? —aventuró Heinrich en voz tan baja que ella apenas lo entendió por la radio. Se escuchó un crepitar en la transmisión que no había estado allí antes.

—No creo que...

Sí, ¿qué creía? ¿Que tenía razón? ¿Que había tales cosas? ¿Cómo podía estar segura después de ver esto?

De repente, algo se movió, y en el techo, justo encima de la burbuja ámbar, se abrió un agujero como si lo hubiera hecho una mano invisible. De la oscuridad surgió un brazo robótico. El estrecho brazo de metal gris constaba de tres articulaciones y terminaba en una aguja muy larga. Mientras seguían mirando, boquiabiertos, después de haber retrocedido alarmados, el brazo hundió la aguja en la burbuja de ámbar, y el efecto de refracción hizo que pareciera que se había doblado. Siguió penetrando y al fin apuñaló el gran hueso del cráneo antes de retirarse de inmediato. El brazo robótico luego se abalanzó hacia la derecha.

Filio, siguiendo el movimiento del brazo como si estuviera en trance, se dio cuenta por primera vez de que había paneles separados en las paredes de la habitación redonda. Podía ver un pequeño punto negro en el tercio superior de cada panel. La aguja del brazo robótico desapareció en uno de estos puntos negros. La aguja le recordó una de esas prótesis controlables que se usan en las fábricas modernas. Permaneció atascada en el punto negro, que aparentemente era una pequeña abertura. No pasó nada más.

—¿Qué acabamos de ver? —preguntó Heinrich, tirando de Filio y de él mismo hacia atrás un poco hasta que tropezaron con la pared detrás de ellos. Ambos dieron un respingo.

—No tengo la menor idea —dijo.

Tragó saliva cuando algo silbó, tan fuerte que pudo escuchar el sonido a través de su casco a pesar de que sus sensores no funcionaban. El brazo robótico sacó la aguja de la abertura y se retiró

al agujero en el techo, que luego se cerró como si hubiera sido obra de la misma mano invisible que lo había abierto.

El panel no parecía ser un panel. El área rectangular con sus bordes suaves de repente se sacudió hacia adelante, y desde detrás de él salió un vapor blanco en todas direcciones.

Luego, la cubierta se dobló completamente hacia un lado y dejó entrever una cámara detrás de ella, que estaba llena de vapor.

Cuando el vapor disminuyó, Filio perdió el control. Gritó.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

Ágata durmió el resto del vuelo a Nueva York. Había estado trabajando al máximo y ya no podía resistir la fatiga de su cuerpo. Había absorbido tres paquetes de proteínas, que estaban enriquecidos con todo tipo de vitaminas y minerales, y se sintió saciada durante unas horas. Los médicos le habían advertido que el micrófago consumiría mucha energía mientras construía su nuevo órgano y protegía su cuerpo de infecciones.

Solo se despertó cuando Pano le tocó el antebrazo y luego lo presionó suavemente para despertarla.

—¿Mmm? —gimió somnolienta y se frotó los ojos. Al principio los sentía como goma de mascar, masticada durante demasiado tiempo, y luego se convirtieron en bolas de fuego incandescente cuando miró por la ventana y se enfrentó a luces brillantes que aparentemente pertenecían al aeropuerto John F. Kennedy de Nueva York. El avión ya estaba rodando hacia una pequeña terminal de aviones privados. A la derecha se alzaba una de las terminales más grandes del aeropuerto público. Todo estaba iluminado por las luces de las máquinas rodantes, los pequeños alimentadores, los autobuses eléctricos y los carros del personal de tierra.

—¿Ya hemos aterrizado?

—Sí, dormiste profundamente —le dijo Pano, y a juzgar por su poderoso bostezo, había mucha envidia en su declaración.

—Normalmente no duermo bien.

Ágata pensó en su consumo de píldoras para dormir. ¡Diez años ya! Dado que por lo general solo tenía unas seis horas al día para dormir, no había tenido problemas para depender de la medicación adecuada. Prefería depender de las tabletas en lugar de estar despierta durante esas seis horas, cuando necesitaba pensar con claridad y funcionar al día siguiente. La alternativa la habría impedido en el desempeño de sus investigaciones, y eso no solo estaba fuera de discusión, sino que era inviable.

Ágata sacó su terminal, esperó a que apareciera el icono de conexión en la esquina superior derecha y envió un mensaje al director Miller.

Aunque eran las cuatro de la mañana, la respuesta no tardó en llegar, "ETA 20 minutos. DM".

Detestaba cuando él abreviaba Director Miller con "DM" como si

fuera algo así como una marca muy prominente.

—Nos recogerán en veinte minutos —le dijo a Pano, desabrochándose el cinturón cuando el G-8 se detuvo. Con el ceño fruncido, miró la densa lluvia que parecía hollín industrial. Probablemente lo era.

El procedimiento de seguridad de llegada en la pequeña terminal para personas muy acaudaladas no tomó mucho tiempo. Consistió únicamente en una revisión de sus mochilas, pasaportes y la visa de Pano. Además, estaba el obligado paso por el escáner corporal, que de inmediato emitió una alerta porque llevaba en el bolsillo trasero derecho el generador de ruido blanco de Pano. Habían decidido antes de la inspección que ella lo llevaría durante el procedimiento de entrada, porque los inspectores probablemente le harían menos preguntas. Tenían razón. El dispositivo, del tamaño de una pelota de goma, fue inspeccionado brevemente por un empleado de seguridad, luego escanearon nuevamente su tarjeta de servicio, le devolvieron el dispositivo y pudieron irse.

Justo afuera de la salida se encontraba un SUV GMC E-Falcon de la flota CTD, con las ventanas polarizadas. Un agente con traje negro la saludó con la mano.

—¿Agente Devenworth?

—Encantada de conocerte —respondió ella, estrechándole la mano.

—Bienvenida de nuevo a Nueva York. Soy el agente Matthews. El director me envió para llevarte a ti y al Capitano Hofer al cuartel general.

—Muy amable de tu parte —dijo Ágata distraídamente, y se subió a la parte trasera del vehículo gigante, algo que ella consideraba una especie de memorial de la decadencia estadounidense.

Pano se estremeció cuando se sentó junto a ella y cerró la puerta de golpe detrás de él.

—Me gustaba más Australia —murmuró él, pasándose los dedos por el cabello mojado.

—No me gusta el sol.

—Es una broma, ¿no?

—Algunas personas se toman en serio el riesgo de un melanoma —dijo ella, sonriendo mientras él la miraba con asombro y perplejidad —. La lluvia me ayuda a concentrarme. Supongo que mantiene el mal humor constante del que me acusas.

—Me gusta cuando estás de mal humor.

—Estoy seguro de que tendrás más de lo que puedes manejar muy pronto porque ya no me gusta esta investigación. Odio la política.

—¡Oh! —Pano hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Odiar la política es un deporte popular. No tienes un derecho exclusivo sobre él.

—Adelante, niégame mis placeres simples.

—La noche es más oscura justo antes del amanecer, ¿es así como dice el dicho?

—Eso es tan ingenioso como decir "un vaso tiene que estar vacío antes de que puedas llenarlo con algo nuevo". Por supuesto, algo tiene que ser peor para mejorar, esa es una observación puramente lógica, no hay sabiduría en ella. En mi opinión...

—Te estás volviendo muy locuaz —se preguntó Pano, sonriéndole —. ¿Esta investigación te está poniendo tan tensa?

Ágata hizo una mueca y asintió en silencio hacia su conductor, el agente Matthews, quien estaba monitoreando los instrumentos del piloto automático frente a él mientras estaba ocupado con su terminal. Pano hizo una mueca que podría significar algo así como "probablemente no confías en nadie" o "eres la persona más paranoica que conozco".

El tráfico era, por lo general, manejable. La revolución del transporte de la década de 2020 había reducido a más de la mitad la cantidad de vehículos privados. Todos los ciudadanos que vivían de la renta básica del Estado por ser considerados desempleados en el siempre cambiante mundo del trabajo hacían uso de los servicios estatales de *carsharing*, que consistían en una flota de taxis que se podían solicitar a través de una terminal y no requerían conductores.

El sistema de control de tráfico era monitoreado por algoritmos que eran tan eficientes que apenas había autos estacionados y el tráfico se redujo bastante. Los atascos eran en su mayoría cosa del pasado, y la cantidad de accidentes también se había reducido en más del 90% una vez que un factor de riesgo en particular, el conductor humano, se había eliminado detrás del volante. Los automóviles con conductor eran utilizados casi exclusivamente por las autoridades policiales y militares, ya que siempre tenían que poder burlar el sistema de control de las normas de tránsito en caso de emergencia.

Ágata recordó el Manhattan abarrotado de su infancia y las interminables búsquedas de estacionamiento, así como el aire horrible y el estrés que todo eso había causado.

Después de cerca de media hora, durante la cual apoyó pensativa la cabeza contra la ventana y vio pasar las luces hipnóticas de la noche como puntos o largas rayas, llegaron al edificio de la División Antiterrorismo. Era un feo complejo de oficinas al estilo de la década de 1970 que recordaba a la sede del FBI en el edificio J. Edgar Hoover en Washington, D.C. Antes de entrar al estacionamiento subterráneo, dos soldados fuertemente armados con equipo de combate los detuvieron, escanearon sus identificaciones una por una y verificaron sus muestras de ADN usando sensores de aliento. Luego, los bolardos se retrajeron al suelo y pudieron entrar.

—El director os está esperando en su oficina —dijo Matthews, asintiendo antes de dirigirse a los ascensores.

—Creo que primero deberíamos ir al forense —sugirió Ágata, mientras se dirigían más despacio hacia los ascensores—. ¿Aún traes tu generador de ruido blanco en el bolsillo?

—Sí. ¿Al forense? —preguntó Pano con el ceño fruncido.

—Sí, ahí es donde están todos los médicos, incluidos los médicos de la División.

—¿Estás pensando en la historia del virus que te contó Workai Dalam?

—Por supuesto. Si su teoría es correcta -y es nuestra primera y única pista-, quiero saber quién de los que trabajan en mi agencia podría estar afectado —dijo, presionando "4" mientras estaban parados en uno de los ascensores acristalados.

—¿Afectado? ¿Te refieres a poseído... por El Enemigo?

—Como quieras llamarlo. Me gustaría saber cuántos tiburones nadan en mi piscina antes de saltar a dar unos largos.

—¿No crees que sacaremos a estos tiburones de su escondite si seguimos adelante y agitamos sus aguas de inmediato? —preguntó Pano, presionando el botón de detener. El ascensor se detuvo y las puertas permanecieron cerradas.

Ágata gruñó de ira y se volvió hacia él.

—No son ni las seis de la mañana. En otras palabras, solo hay un mínimo de personal en este turno, tal vez ni siquiera un médico o bioquímico en el lugar. Aquí el personal no disminuye, por lo que en este momento las probabilidades de toparnos con alguien que trabaja para El Enemigo son menores, aunque no podemos eliminar todos los riesgos —explicó, presionando para reactivar el 4. El ascensor empezó a moverse de nuevo.

—Muy bien. Pero debemos darnos prisa para que Miller no comience a preguntarse adónde hemos ido —dijo el italiano, haciéndole un gesto para que procediera cuando se abrieron las puertas.

El cuarto piso, que albergaba todo el sector médico, estaba dominado por paredes de un blanco frío y tenía un largo corredor con puertas verdes que conducían a los diversos laboratorios y salas de tratamiento. Una desagradable luz blanca brillaba desde las lámparas del techo, haciendo que los dos se vieran tan pálidos como vampiros.

—La oficina de guardia está ahí, la primera puerta a la derecha —dijo, señalando la puerta correspondiente. Junto a ella había un escáner de aliento de ADN y un botón de timbre. Presionó el botón y le susurró a Pano—: Guarda el generador de ruido blanco en el bolsillo de tu chaqueta y actívalo tan pronto como entremos.

—Entendido.

—Ah, Ágata. —Fueron recibidos por una joven ayudante de laboratorio pelirroja. Llevaba un abrigo verde y parecía que acababa de levantarse.

—Hannah —dijo Ágata con alegría genuina. Conocía bien a la mujer, había buscado en bases de datos con ella varias veces y siempre la había tenido por una persona excepcionalmente sencilla, un rasgo que Ágata valoraba—. Necesitamos tu ayuda.

Hannah miró su reloj de pulsera y sonrió.

—La misma Ágata de siempre, ya veo. ¿Quién es el apuesto joven?

Con curiosidad, se inclinó hacia un lado para mirar más allá de Ágata a Pano.

El Capitano se presentó con una sonrisa.

—Este viejo agotado se llama Pano —dijo, empujando a Ágata para estrechar la mano de la asistente de laboratorio y mirarla a los ojos.

—Bien —intervino Ágata, aclarándose la garganta—. No tenemos mucho tiempo, necesitamos tu ayuda.

—Por supuesto —respondió Hannah, tomándose un momento antes de alejarse de Pano con una sonrisa y pedirles que pasaran. La sala de servicio era larga y rectangular y constaba de una zona de asientos con sillas de aluminio de aspecto incómodo y seis estaciones de trabajo con habitáculos RA, así como una terminal de datos con una pantalla de pared. La luz aquí era un poco más cálida y acogedora.

—¿Qué tenéis en mente a las seis de la mañana? —preguntó Hannah, dejándose caer en el taburete con ruedas frente a la terminal de datos antes de hacer temblar sus dedos, fingiendo miedo—. Definitivamente algo tan secreto que podría costarme mi trabajo. Entonces pides ese único favor que aún te debo. Y luego digo: "Ágata, si Miller se entera, estoy acabada". Y luego dices: "Nunca te traicionaría". Y cosas por el estilo. Al final, confío en ti, me involucro en la solución de un escándalo interno muy candente y aparezco mencionada en los créditos en un papel secundario. ¿Algo así?

Pano le lanzó a Ágata una mirada medio confundida, medio divertida.

—Eh, sí, más o menos —dijo al fin Ágata, asintiendo—. Solo que excluimos la palabra "escándalo". Solo necesito información sobre algunos datos médicos.

—Ya veo —dijo la asistente de laboratorio, sonriendo divertida—. Entonces, ¿no necesitarás nombres de pacientes, grados de servicio, direcciones o departamentos?

—Bueno, para ser honesta...

—Vale, vale. Dilo.

—¿Ha habido un extraño aumento de infecciones virales en los últimos dos años? —preguntó Ágata sin rodeos.

—¿Quieres decir, desviaciones importantes? —Hannah se pasó los dedos por su corto cabello rojo y se acercó al borde de la terminal RA, cogió las gafas de datos del escritorio y se las puso—. Vamos a ver.

La pantalla de la pared cobró vida cuando ella comenzó a gesticular con tanta precisión y rapidez como solo un analista de datos experimentado podría hacerlo. Los registros y estadísticas de los pacientes se alternaban a un ritmo acelerado con imágenes de calendario e historiales médicos.

—Ha habido algunos casos con bastante frecuencia, pero nunca una ola de casos especialmente alta en un período limitado —dijo al fin.

—¿Puedes filtrar aquellos casos en los que se asumió una infección viral sin que se identificara el virus en sí? —preguntó Pano.

—Y aquellos que no fueron identificados a un ritmo superior al promedio —agregó Ágata rápidamente, mirando la tabla con los números de casos y las temporadas correspondientes que permanecían en la pantalla.

—Por supuesto. Básicamente, una infección viral puede detectarse mediante el aumento de la temperatura corporal hasta unos treinta y ocho grados. Una de las pocas excepciones son las infecciones similares a la gripe. Además, hay dolor y molestias en todo el cuerpo, no localizados, así como una disminución de los síntomas algo más rápida, normalmente también sin tratar. El tiempo de curación es estadísticamente entre tres y diez días. Ahora he recuperado todos los casos que no proporcionaron evidencia de un valor de PCR elevado en tres días o menos.

—Bien, actuaré voluntariamente como un idiota. ¿Qué es un valor PCR? —preguntó Pano, poniendo los brazos en jarras.

—Proteína C reactiva. Un valor que se dispara muy rápido en caso de inflamación, pero que también cae con la misma rapidez cuando la inflamación desaparece. Un título estándar —dijo Hannah, señalando la pantalla de la pared, que mostraba ciento ochenta archivos de personal distribuidos en abanico como naipes para que solo pudieras ver una pequeña parte de cada uno—. Estos son los casos correspondientes de los últimos dos años en los que no se pudo detectar un aumento de PCR después de dos o tres días.

—¿Ciento ochenta? —preguntó Ágata, poniéndose al lado de la asistente de laboratorio como si eso le permitiera ver mejor la imagen en la pantalla gigante para asegurarse de que no era un error—. Ochocientos funcionarios trabajan en la sede, por lo que definitivamente no está en el rango estadístico normal.

—Desde luego que no —asintió Hannah, luego hizo dos gestos más, lo que provocó que un número parpadeara en la pantalla: uno coma cuatro—. Esta es estadísticamente la cantidad de casos de

infecciones virales reportadas que, en tres días o menos, ya no tenían ningún valor de PCR elevado y se curaron.

—Así que, la tasa en los últimos dos años es veintidós coma cinco. Parece que no se ajusta al promedio estadístico. —Ágata miró a Pano, quien emitió un silbido y miró al techo con cuidado.

—Eso es realmente extremo y.… extraño —coincidió Hannah, arrugando la frente—. ¿Quieres contarme lo que está pasando?

—Me pregunto por qué esto no se ha informado. Esto es algo que debería ser de vital interés para el departamento de salud, porque señala claramente el peligro que representa un patógeno desconocido que sugiere una contaminación total, ¿verdad?

—Por supuesto. Los datos deben haber sido recopilados hace mucho tiempo, pero aparentemente nadie ha almacenado la información en las bases de datos. —Hannah empezó a gesticular de nuevo y a apartar objetos imaginarios—. Nada. No hay rastros de datos.

—¿Quién tendría la oportunidad de modificar la base de datos de esa manera? —preguntó Pano.

—Todos los empleados con autorización C-1.

—¿Eso significa?

—Cualquier persona con un título universitario y que haya trabajado en este departamento durante más de cinco años.

—¿Es muy grande ese grupo de personas?

—Son ocho personas —dijo Hannah, colocándose las gafas de datos en la frente—. ¿Quieres decirme ahora qué significa todo esto?

—¿Puedes enviarme todos los archivos de personal de los empleados afectados y las ocho personas de tu departamento a mi terminal?

—Ahora viene la parte en la que te digo que esto viola algunas leyes de protección de datos y regulaciones internas de la agencia…

—Y entonces yo digo que solo necesito este favor, y prometo devolverlo —rebatió Ágata.

Hannah resopló.

—Me debes una —dijo con una elección de palabras enfáticamente precisa—. Y por supuesto, no harás preguntas cuando te pida el favor.

—Lo prometo.

Hannah se deslizó hacia adelante en su taburete y exhaló largamente en un pequeño sensor de barra que estaba sobre la mesa antes de que pareciera agarrar algo invisible con su mano derecha y arrojarlo a la terminal de Ágata. La terminal emitió un pitido.

—Gracias.

—No hay problema. Ahora puedo alterar los datos de la cámara y falsificar el registro de visitantes. Alégrate de que sea tan temprano y me aburra muchísimo —dijo la asistente en un murmullo bajo.

—Gracias, Hannah —dijo Ágata, poniendo una mano en el hombro de la joven—. En serio.

—¿Me dirás de qué se trata?

—Sí, pero aún no.

—Déjame adivinar, este conocimiento me pondría en peligro, ¿verdad? —resopló Hannah.

—Correcto.

—Es un cliché tal que no lo creería si no lo hubiera escuchado de ti.

—Tal vez tus películas favoritas son muy realistas —bromeó Ágata, aunque tenía una sensación muy desagradable en el estómago.

—Por supuesto. Ahora, salid de aquí. —Hannah se levantó y los ahuyentó con ambas manos hacia la puerta antes de señalar a Pano—. Dame tu número privado. Si no respondes, te delataré.

Por primera vez desde que Ágata lo conocía, el italiano parecía atónito y ni siquiera era capaz de recuperar su sonrisa habitual.

—Eh, por supuesto —dijo al fin, mirando a modo de disculpa a Ágata mientras sostenía su terminal hacia el dispositivo de la joven hasta que emitió un pitido.

Ágata gruñó y miró su propia terminal para buscar al Director Miller en los datos de los pacientes que acababa de recibir.

En la pantalla apareció "Sin resultados" y exhaló con alivio.

—¿Y? —preguntó Pano cuando estuvieron de nuevo en el pasillo y la puerta detrás se cerró audiblemente.

Ella simplemente negó con la cabeza en respuesta y señaló los ascensores.

—No deberíamos perder el tiempo.

Mientras viajaba en el ascensor, envió un mensaje a través de una conexión encriptada, que había recibido antes de salir de la Pirámide, de Cho Wayan.

Señor Karlhammer,

Hemos descubierto algunos datos que nos preocupan. El CTD puede haber sido infiltrado, al menos en parte, por El Enemigo. El director Miller no parece estar afectado. Si pudiera poner a uno de sus piratas informáticos en los datos de su seguro de salud privado, ayudaría. Estamos buscando un tipo inexplicable de infección viral en los últimos dos años, que se cura de forma anormalmente rápida y en la que no se pudo detectar PCR después de dos o tres días. Cada empleado de CTD por lo general es tratado exclusivamente por los médicos de la agencia, pero Miller tendría la oportunidad y los recursos para ser tratado discretamente en un hospital privado y así evitar aparecer en nuestros datos. Envíeme la respuesta lo antes posible, tenemos prisa.

Ágata

Configuró su terminal en modo vibración y lo deslizó en el bolsillo

de su chaqueta. Los hogares privados ahora eran los últimos lugares en el primer mundo que no estaban monitoreados por cámaras y algoritmos, y no había forma de evadir a estos, en especial en instalaciones públicas como hospitales, asociados con el sistema de salud controlado por el estado. Todo era registrado y almacenado para formar parte del vasto cosmos Big Data que dominaba a los Estados Unidos.

Miller podía asegurarse de que sus datos no estuvieran asociados con el departamento de ninguna manera ya que el tratamiento fuera del CTD no violaba la ley, pero no podía hacerlos desaparecer. Cualquier intervención no oficial en la esfera de los datos estaba sujeta a prisión, ya que incluso las brechas más pequeñas podían confundir los resultados de los algoritmos cuyos cálculos controlaban la mayor parte de la vida pública. Ágata esperaba que Karlhammer reaccionara lo suficientemente rápido y pusiera a sus magos de datos tras la pista lo antes posible.

—¿Todo bien? —preguntó Pano sin desviar la mirada de la doble puerta plateada frente a ellos.

—Espero que pronto podamos decirlo.

—Suponiendo que nuestras conclusiones sean correctas hasta ahora —dijo él, vagamente, mientras evitaba mirar las bandas de sensores sobre sus cabezas.

—Si solo hay una conclusión, es mejor confiar en ella —dijo—. De lo contrario, será como nadar sin rumbo, y nadar en alta mar es bastante peligroso. Si ves un salvavidas solitario por ahí, seguramente te aferrarás a él y no te preocupará demasiado si puede soportar tu peso o si te arrastrará hacia abajo.

—Los salvavidas son rojos y atraen a los tiburones.

—No necesitamos atraerlos, ya estamos nadando en el centro de la política y la burocracia.

Pano forzó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Muy alentador.

—Míralo positivamente.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé —dijo—, pero si encuentras algo, compártelo conmigo.

Pano la miró, al principio sin entender, luego con diversión.

—¿Por qué nuestras perspectivas tienen que volverse tan oscuras para que muestres algo de humor?

—No fue una broma.

El camino a la oficina de Miller los llevó al último piso, justo encima de la oficina de agentes de campo que Ágata había estado dirigiendo durante algún tiempo. Todos los demás niveles pertenecían a la gran cantidad de analistas y expertos en datos que trabajaban con

los algoritmos que participaban en todas las operaciones de aplicación de la ley. La renuencia del público a usar robots implicaba que aún se necesitaran agentes de campo como ellos para salir a buscar y detener a los perpetradores. Pero ¿quién podría decir cuánto tiempo permanecería así una opinión pública notoriamente voluble?

Al llegar al último piso, se mantuvieron a la derecha y mientras caminaban, los tacones resonaban por el piso de mármol pulido del pasillo. En sus paredes colgaban los retratos de expresidentes estadounidenses modelados como viejos óleos. A derecha e izquierda estaban las oficinas de los asistentes y adjuntos de Miller, y justo enfrente estaba la suya. Su pesada puerta de madera estaba entreabierta.

Ágata la abrió y asomó la cabeza. La antesala de sus secretarias estaba vacía excepto por los escritorios vacíos a la derecha e izquierda de la puerta de vidrio de la oficina de Miller.

—Aparentemente aún no hay nadie aquí —dijo.

Ambos avanzaron justo cuando la puerta de vidrio se abrió y Miller apareció detrás de ella.

—Al fin estáis aquí —dijo, señalándolos con impaciencia—. Liza y Betty no empiezan hasta las nueve, así que tendréis que prescindir de su encanto.

Cuando entraron, el director señaló las dos sillas frente a su espartano escritorio de aluminio, que contenía una gran pantalla, gafas RA y dos tabletas. Por lo demás, estaba vacío y no había otros muebles en la gran sala, excepto el paragüero junto a la puerta. Se podía ver el horizonte de Manhattan a la distancia a través de la ventana detrás del escritorio. Los primeros indicios del sol naciente asomaban como un brillo rojo entre los rascacielos. La escasa luz diurna era suficiente para hacer visible el denso tráfico de drones, incluso bajo la lluvia. Desde su posición, parecía como si Dios hubiera dibujado una maraña de líneas finas en el cielo con un lápiz.

—Y bien, ¿qué me habéis traído? —preguntó Miller mientras se dejaba caer en su silla de aspecto incómodo. Como siempre, su rostro velludo no mostraba señales de fatiga, y su traje gris le quedaba perfectamente ajustado y drapeado.

Ágata y Pano se sentaron.

—Descubrimos que alguien arrasó la estación McMurdo —dijo Ágata.

—¿Arrasó?

—Unos doscientos investigadores de la Fundación Humana fueron asesinados allí.

—¿Asesinados? ¿Cómo? Y más importante, ¿por qué? —Miller abrió su chaqueta como si de repente tuviera demasiado calor.

—Desafortunadamente, no tenemos respuestas a estas preguntas.

Encontramos la estación vacía y descubrimos algunos cuerpos más lejos.

—¿A qué distancia?

—Bueno, eso es difícil de decir —dijo, fingiendo pensar.

Deliberadamente se tomó su tiempo mientras mantenía parte de su atención en su cadera derecha, donde su terminal descansaba en el bolsillo de su chaqueta. Ganar tiempo era difícil para ella. No era el tipo de persona que se anda con rodeos. Miller lo sabía demasiado bien porque había sido el mismo tipo de agente, razón por la cual tenían una relación tan buena y profesional.

—¿Tal vez unos cientos de metros?

Por supuesto, había sido mucho más, tal vez incluso de cinco a diez kilómetros.

—¿Qué dices, Capitano?

—No lo sé. Todo allí abajo es blanco y se ve igual. Y estaba medio congelado y ocupado conduciendo esa moto de nieve.

—El hecho es que los cadáveres que encontramos no mostraban señales de asesinato —continuó Ágata, manteniendo la mirada en la mesa brillante—. Salieron a pie y parecían haberse congelado hasta morir. En circunstancias normales, diría que es un suicidio, pero ¿quién elegiría caminar sobre ese terreno helado?

—Ciertamente yo no lo haría —dijo Pano con firmeza, negando con la cabeza.

—Yo tampoco —coincidió Ágata, y rápidamente continuó mientras el semblante de Miller se volvía sombrío—. Buscamos pistas en toda la estación. Nos dimos cuenta de que no salía ninguna señal, por lo que todos los satélites que habían cubierto el sitio tuvieron que ser reposicionados. Esto, a su vez, sugiere que algo grande está en marcha que requiere muchos recursos y poder.

Pano volvió a expresar su acuerdo con ella y siguió hablando de forma exuberante, mientras ella esperaba con impaciencia las noticias de Karlhammer. Tenían que aplicar el truco de proporcionar a Miller información que no dijera mucho y, al mismo tiempo, no pareciera banal, porque él se daría cuenta de inmediato. Así que ella omitió al hombre del traje negro, lo cual era un riesgo calculado. Si él estuviera aliado con El Enemigo, bien podría estar al tanto del asesino y su desaparición. La pregunta era si él también se daría cuenta de que ella y Pano sabían de él. Estaban sobre una fina capa de hielo que podía ceder en cualquier momento bajo el peso de una palabra irreflexiva, de más o de menos, para hundirlos en las profundidades.

«Vamos, Karlhammer» pensó con impaciencia y se sorprendió tocándose el exterior del bolsillo de la chaqueta con la mano derecha, así que rápidamente apartó la mano.

Cuando Pano dejó de hablar, inmediatamente retomó la historia

para que Miller no tuviera tiempo de intervenir. Podría hacer otra pregunta.

—También notamos que la estación había sido abandonada apresuradamente, como si hubieran huido. Descubrimos café tibio y sándwiches a medio comer adentro. —Miller se revolvió y abrió la boca, pero Ágata se le adelantó—. Antes de que digas algo, ¡sí, tenemos una idea!

El rostro del director se volvió sombrío, pero hizo un gesto desdeñoso.

—¡Un agente neurotóxico! —Ahora no era solo Miller quien la miraba con irritación, sino también Pano—. Un agente neurotóxico podría provocar tendencias suicidas, hasta donde yo sé.

—¿Es por eso por lo que estuviste en el forense? —preguntó el director con un resoplido.

—Sí —dijo ella con celeridad, contenta por la buena excusa que se había proporcionado sin pretenderlo—. Y de hecho es posible que...

Miller levantó ambas manos, luego se levantó y se inclinó para apoyar los puños sobre la mesa. Se alzaba sobre la pantalla como un gigante amenazador y los miraba con furia, sobre todo a ella.

—¿Has terminado?

—¿Terminado, señor? —preguntó inocentemente.

—¡Con esta maldita farsa! —dijo enfadado mientras su cuello y luego su rostro se ponían rojos.

—¡Si no me dices pronto qué clase chorradas te estás inventando, mañana puedes inscribirte en la beneficencia publica porque estarás despedida!

¡Joder, Karlhammer! maldijo para sus adentros, masajeando sus dedos.

—Entonces, ¿qué tienes que decir? Podrías haber contado toda esa basura desde el avión. Así podría haberme ahorrado el tener que sufrir personalmente tu vergonzosa conducta, conducta que, por cierto, considero un insulto personal. ¡De parte de ambos! No soy un viejo senil y no llegué a esta oficina de mierda por casualidad.

—Por supuesto que no, señor. Lo siento, señor —dijo Ágata nerviosa.

Sin embargo, no era la voz furiosa y temblorosa de su superior lo que la afectaba, sino el hecho de que su terminal aún no había vibrado.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —tronó Miller.

—Yo...

—Ustedes dos, salgan. ¡De inmediato! —El director enseñó los dientes, levantó un brazo y señaló la puerta—. No permito que mi propio personal me tome por estúpido, y ciertamente no dejaré que nadie me oculte los hallazgos de la investigación.

Ágata tragó saliva y se levantó. En ese momento, el bolsillo de su chaqueta vibró. Sacó el terminal y lo desbloqueó.

—No hablabas en serio, ¿verdad? —preguntó Miller mientras ella escaneaba el mensaje de dos líneas de Karlhammer a la velocidad del rayo. Justo cuando aparentemente su jefe estaba a punto de estallar con un rugido, ella lo detuvo con una mano levantada y le hizo una señal a Pano. Él metió la mano derecha en el bolsillo de su propia chaqueta y activó el pequeño generador de ruido blanco, que transformaba cualquier señal en un silbido irritante.

—Encontramos a Luther Karlhammer, al igual que los... los restos de Dan Jackson. Descubrimos una operación secreta efectuada por la Fundación Humana y evidencia de que los Hijos de Terra tienen razón al afirmar que al menos las autoridades, el ejército y la política de nuestro país están siendo infiltrados por un extraterrestre.

Las palabras se atropellaban tan rápido que casi lo echa a perder. Con cada palabra que salía de su boca, el rostro de Miller se transformaba gradualmente, de la ira a la irritación, luego a la incredulidad y finalmente a la incomprensión.

—¿Qué estás diciendo?

El director ya no sonaba como un volcán en erupción, sino más como un géiser que suspira mientras se dejaba caer en su silla.

—No te enfermaste de la cabeza en el camino, ¿verdad?

—No, señor. Trajimos pruebas —Pano agitó su terminal—. Acabo de activar un disruptor de señal para que no nos escuchen.

—Esta oficina está mejor protegida que un búnker de la Armada.

—Es posible, pero aquellos que brindan esa protección pueden no ser tus amigos —dijo Ágata, y Miller comenzó a frotarse las sienes.

—Si ese es el caso, alguien habrá notado tu escudo disruptor. Voy a tener que hacer una llamada para que un equipo de seguridad no venga en cualquier momento. —Miller estaba a punto de presionar un botón en su escritorio cuando notó la expresión facial de Ágata y se detuvo—. De todos modos, si no confías en mí ahora, es demasiado tarde.

Ella asintió y él apretó el botón.

—Aquí Miller —espetó—. Estoy probando un nuevo dispositivo del departamento de tecnología y no quiero que me molesten. Sí. Gracias. No. Adiós.

El director quitó el dedo del botón y se reclinó.

—Liza y Betty estarán aquí en una hora y media. ¡Os sugiero que uséis ese tiempo para contarme todo sobre vuestra investigación y para proporcionarme la evidencia de la que habéis estado hablando!

FILIO AMOROSA, 2042

El botiquín de emergencias médicas que había colocado en el cuello de Cassidy brillaba con un verde constante, lo cual era tranquilizador.

El físico seguía reclinado en su pecho mientras ella se apoyaba en la puerta y observaba el polvo que bailaba sobre el campo magnético. El botiquín de emergencia consistía en una pequeña caja y una hebilla que ella le había colocado alrededor del cuello. Desde la caja, la IA médica inyectaba todo tipo de medicamentos en el conector del perfusor que había en el cuello de Cassidy. Los medicamentos ya comenzaban a hacer efecto y se encontraba estable. Eso era lo único que importaba.

Su situación le había planteado un verdadero desafío aún como médica: no podía quitarle el casco ni tenía equipo médico a mano además del manguito. El hecho era que él había sufrido una conmoción y había caído en el correspondiente estado de rigidez después de haber comprendido el alcance de su lesión: la centralización somática. Así que, ella le había dado instrucciones al dispositivo para que le proporcionara adrenalina y anticoagulantes y agregara una buena dosis de benzodiazepinas para asegurar un flujo sanguíneo adecuado, calmarlo y contrarrestar el estrechamiento vascular causado por el shock.

Ahora tenía que agregar lorazepam, porque la adrenalina obviamente no era buena para él psicológicamente y había comenzado a volverse hiperactivo. De hecho, necesitaba fluidos intravenosos debido al volumen de pérdida de sangre, pero ella no estaba equipada para hacerlo.

—He perdido... la mano —dijo por décima vez.

—La verdad, pronto será la mitad de tu brazo —dijo ella, y una risita inducida por el lorazepam sacudió su cuerpo, contagiándola.

—No eres lo que se dice una médica compasiva.

—Una risa, o una sonrisa, es más saludable que un lloriqueo —dijo con la típica franqueza que le había causado algunos problemas durante sus estudios. El hecho de que hubiera elegido una carrera de ingeniería probablemente era algo bueno, porque las máquinas actuaban de acuerdo con las ecuaciones que tenían instaladas. Sin embargo, los pacientes eran irracionales, escuchaban a su médico solo cuando las recetas se ajustaban a sus propios hábitos poco saludables y, por lo demás, hacían muy poco más que tender la mano cuando se

trataba de obtener algún medicamento. Nunca había querido ser degradada a dispensadora de píldoras.

—Creo que tienes razón.

—No te preocupes. El lorazepam aliviará el dolor y recuperarás tu brazo y tu mano cuando regresemos a la Tierra.

Si volvemos, añadió en su pensamiento.

—Sí, supongo que sí. ¡Pero no duele! La verdad es que casi ni me importa.

—El lorazepam —respondió ella, asintiendo para sí misma antes de proyectar las pantallas de oxígeno en su visor—. Aún tenemos poco más de seis horas de oxígeno. Sugiero que intentemos salir de aquí. ¿Qué opinas?

—No me importa —fue la respuesta de su compañero inducida por las drogas, algo que ella había estado esperando.

—Bueno. No creo que tengamos una cuerda con un gancho que podamos lanzar, ¿eh?

—No.

—¿Puedes levantarte, Cassidy?

—¿Tengo que hacerlo?

—Sí, por favor.

—De acuerdo.

El físico se puso de lado con un suspiro y se puso en cuclillas antes de ponerse de pie y estirarse. Sostuvo el muñón de su brazo sellado frente a su pecho como una gema preciosa y lo cubrió con su brazo sano.

Filio aprovechó su recién ganada libertad para levantarse y estirarse por completo. Su torso estaba medio entumecido porque había soportado el peso nada despreciable de Cassidy durante bastante tiempo. Luego se pasó las manos por el traje para deshacerse del fino polvo marciano que soplaba en velos cada vez más densos a través de la abertura redonda del techo.

En solo unos pasos, llegó al borde donde una vez estuvo la plataforma, plataforma que ahora estaba en algún lugar de la superficie marciana. Había un agujero en el suelo, debajo del cual se podía ver una placa redonda. Todo tipo de cables y tuberías emergían de sus bordes y desaparecían en el suelo.

Con cuidado, volvió la cabeza hacia arriba y miró a través de la abertura que habían hecho a la fuerza en el techo.

Al menos 50 metros los separaban de la superficie. Los lados verticales del túnel eran lisos, como si el túnel hubiera sido perforado con un taladro láser, lo que ya proporcionaba una buena idea de la fuerza del campo magnético dirigido que habían generado.

La mirada de Filio primero se deslizó hacia Cassidy, quien miraba distraídamente a su alrededor, luego a los dos asientos que habían

cortado de la plataforma antes de realizar su pequeño truco. Estaban apoyados en la puerta.

Una pieza de metal del tamaño adecuado podría servir para levantarlos y sacarlos, pero podría implicar algún peligro. Si la pieza era demasiado grande, serían disparados violentamente hacia arriba. Si era demasiado pequeña y ellos demasiado pesados, no lograría nada más que deslizarse y posiblemente cortarles los guantes. Volvió a mirar a Cassidy. En su estado letárgico, no se hacía ilusiones de que fuera de la más mínima ayuda.

—Bueno, veamos —murmuró, recogiendo el cortador de fisión del suelo donde lo había tirado descuidadamente junto a la caja de herramientas, y se puso a trabajar. Primero, cortó parte del reposacabezas y quitó todo el cojín. Luego separó fácilmente la malla funcional sobre la espuma programable y metió una pieza de metal del tamaño de una mano debajo de ella. La tapicería de los cojines no era muy pesada, sin embargo, fue el único lastre que pudo encontrar. Al final, agarró el enorme paquete y caminó hacia el agujero.

Tomó tres respiraciones y luego lo arrojó hacia adelante. El campo magnético proyectó el cojín con la pequeña pieza de metal al aire. No se movió tan rápido como la placa del pedestal, pero lo suficiente como para que el movimiento se volviera difuso frente a sus ojos, y se sorprendió de que la pieza no atravesara la malla de fibra. Aparentemente, los investigadores de materiales de la Fundación Humana sabían lo que hacían.

A continuación, Filio cortó un minúsculo trozo de metal e hizo lo mismo con el cojín del otro asiento. El resultado fue que esta vez la pieza metálica atravesó la malla protectora tan rápido que ella ni siquiera lo notó. Solo entendió lo que había sucedido porque el cojín volvió a caer sobre el disco de la placa magnética superior.

—Genial —se quejó con frustración, pero superó su pesimismo y volvió a agarrar su cortador de fisión. La siguiente pieza que cortó era del tamaño de tres dedos. La puso en el reposabrazos y la golpeó con el martillo de la caja de herramientas hasta que los bordes se doblaron. Siguió trabajando en ella con unos alicates hasta que creó una especie de rollo pequeño, que sujetó con dos abrazaderas antes de envolverlo generosamente con cinta adhesiva—. No hay nada que no se pueda resolver con cinta adhesiva —comentó, mirando su trabajo con satisfacción y girando la pieza con forma de salchicha en su guante varias veces antes de asentir con complacencia.

«Lo único que queda es esperar que la proporción sea más o menos correcta» pensó. Le dio un codazo a Cassidy, quien estaba agachado junto a ella y murmurando para sí mismo.

—Oye, ¿puedes hacer algo? —preguntó.

Su cabeza se volvió hacia ella con agonizante lentitud.

—Por supuesto.

—Saldremos de aquí ahora, ¿de acuerdo? Quiero que te subas a mi espalda y te sujetes como un mono a un árbol, ¿entendido?

—Como un mono —repitió somnoliento, asintiendo como en cámara lenta.

—Es importante que te agarres lo más fuerte que puedas. ¿Lo entiendes?

—Sí. No soy estúpido.

—Pero tu cabeza está llena de lorazepam. Sé lo bueno que es ese sentimiento de "me importa una mierda", Cassidy, pero debes tomar esto en serio. —Agarró al físico, que era casi tan alto como ella, por ambos lados del casco y lo obligó a mirarla directamente a los ojos.

Sus visores se tocaron y ella sintió como si estuviera de pie con él en una pequeña habitación, aislada del ambiente hostil que los rodeaba. Marte tenía muy poco oxígeno, la temperatura era inferior a los menos 100 grados y no tenía protección adecuada contra la implacable radiación solar que llegaba a su superficie. Pero aquí y ahora, solo eran conscientes de sus caras.

—Entiendo —dijo con seriedad y le devolvió una mirada firme.

—Bien.

—¿No seré demasiado pesado para ti?

—No. Estoy en forma, y tu peso corporal es solo un tercio de lo que pesa en la Tierra, ¿o ya lo has olvidado?

—Bien. —Cassidy se colocó detrás de ella y Filio se puso en cuclillas para que él pudiera envolver su brazo izquierdo sano alrededor de su cuello y poner sus piernas por encima de sus caderas.

Ella apretó los labios, se puso de pie y se sorprendió de lo pesado que se sentía.

—Como una mochila demasiado llena —se animó a sí misma.

—¿Perdona?

—Nada, todo está bien. Agárrate fuerte.

Sostuvo el pequeño tubo de metal recubierto con cinta en su puño derecho, y lo apretó contra su pecho con su mano izquierda.

—¿Listo? —preguntó ella, y el físico asintió.

Filio respiró hondo varias veces y trató de ignorar la mancha de sangre que yacía entre el suelo color antracita y el electroimán. Finalmente dio un pequeño salto hacia adelante.

El bulto de metal que sujetaba desesperadamente con sus manos la lanzó hacia arriba con tanta fuerza que sintió como si le arrancaran las articulaciones de los hombros. Pero esa fuerza duró solo una fracción de segundo, y luego todo su peso combinado colgó de la pieza metálica y se deslizaron hacia arriba a un ritmo pausado.

Ver la física en acción a menudo era como ver un acto de magia, y así es precisamente como se comportaba la física ahora. La diminuta

pieza de metal, de la que ahora colgaban sus brazos extendidos, tiraba de ellos como una mano invisible, mientras era empujada hacia arriba por el imán de abajo.

—Esto es una locura —murmuró Cassidy por la radio, y solo pudo asentir en silencio cuando entraron en el pasadizo que conducía hacia arriba y parecieron volar rodeados de regolito marrón.

Lo que para un observador externo parecería un suave planeo, era un tormento para Filio. El peso combinado de ella y Cassidy literalmente colgaba de sus dedos, que se sentían como si estuviera cargando una bolsa de plástico llena de plomo, y sus asas se clavaran profundamente en sus articulaciones.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, activada por un instinto de supervivencia después de mirar hacia las profundidades, se obligó a soportar el dolor. Les tomó un tiempo agonizante abrirse paso y quedar cegados por el brillo en la superficie del planeta.

En el último momento, reaccionó a un destello de inspiración y pateó con un pie la pared de regolito comprimida hasta que la punta de su bota quedó atrapada brevemente en ella, y luego soltó la pieza metálica. Con el mismo pie, se empujó a sí misma y a Cassidy en dirección opuesta y se estrelló en el borde del agujero.

Gritó involuntariamente cuando todo el aire fue expulsado de sus pulmones. Cassidy dio volteretas sobre ella en el arenoso suelo marciano y gimió en voz alta. Ella trató de agarrar algo sustancial para evitar resbalar hacia atrás, pero sus dedos no encontraron nada más grande que una canica.

Sin siquiera ser capaz de gritar de miedo, porque sus pulmones aún estaban comprimidos como trapos escurridos, resbaló lentamente y se deslizó hacia las profundidades, antes de colgar repentinamente por debajo del borde como una muñeca indefensa. Instintivamente, dejó de mover brazos y piernas.

—Te tengo —gruñó Cassidy por la radio. Su voz vibró por el esfuerzo. —¿Puedes agarrar el borde?

—Yo... —carraspeó ella y jadeó por el precioso aire, lo que hizo que su atormentada tráquea ardiera—, Creo que sí.

Con cuidado, levantó los brazos y no se atrevió a parpadear mientras buscaba a tientas la transición entre el agujero y la superficie marciana. Cada movimiento de sus dedos era un acto de búsqueda, casi una súplica, de supervivencia, que no dejaba lugar para el pensamiento racional.

—¡Te tengo! —repitió el físico, y emitió un grito salvaje mientras tiraba de ella con una fuerza asombrosa, la suficiente como para que ella pudiera, con su ayuda, ponerse a salvo y dejarse caer sobre la arena roja que la rodeaba.

Le hubiera encantado llorar de alegría, de alivio, de miedo o de

todas las emociones al mismo tiempo, pero luchó contra el impulso de hiperventilar y se obligó a calmarse.

—Gracias —murmuró con voz ronca, girando la cabeza hacia Cassidy, quien también se había vuelto boca arriba junto a ella.

—Fue un placer.

Parpadeó ante la brillante luz del sol y lentamente maniobró sobre sus pies sin retirar el muñón de su pecho.

Filio hizo lo mismo, hasta que se paró sobre sus miembros temblorosos.

—Oscurece la pantalla.

El sistema del casco reaccionó y reguló la transmisión de luz a un nivel mucho más agradable.

—Cuadrícula de navegación del proyecto.

Una especie de campo de luz de trazos verdosos se superpuso a su campo de visión para indicar coordenadas conocidas y posiciones correspondientes a los mapas satelitales más recientes.

—Insertar marcador de posición uno.

Un punto rojo en el oeste comenzó a parpadear intrusivamente.

—¡Ahí está! —dijo emocionada, apuntando en la dirección indicada, y luego ordenó a sus sensores que amplificaran. Vio el monolito negro, que reconoció por la visión de Xinth como una especie de popa perteneciente a la nave espacial de Hortat.

—¿A qué distancia se encuentra? —preguntó Cassidy.

—Mil doscientos metros —dijo ella, empujando ligeramente la parte superior de su brazo—. Vamos, no debemos perder el tiempo. Solo nos quedan unas pocas horas de aire.

—¿Y si no encontramos aire respirable en la nave?

—Ya nos devanaremos los sesos —dijo ella—. Un problema a la vez.

—A propósito de problemas —dijo él, cogiéndola gentilmente del brazo.

Filio hizo una pausa y levantó una ceja en su dirección—. La canica negra, la clave de datos —continuó, y ella sintió como si alguien le hubiera dado una descarga eléctrica.

—¡Joder!

—Sí. Dijiste que Xinth te la dio para obtener acceso a la IA a bordo de la nave, ¿no?

—Sí —dijo Filio con una respiración profunda.

Empezó a mirar a su alrededor frenéticamente, pero no pudo encontrar la placa base del módulo de transporte por ninguna parte. Sintió una mano en su hombro, se volvió hacia Cassidy, quien negaba con su cara regordeta, que parecía un poco hinchada detrás de la visera del casco.

—Olvídalo —dijo, señalando vagamente el desierto rocoso que los

rodeaba en todas direcciones como un mar de polvo y piedras.

—La canica no está hecha de metal, y ciertamente ya no estará en su zócalo. Aun si encontramos la placa con el accesorio, que ciertamente fue destruido, aplastado por el impacto contra el techo, nunca encontraremos la clave de datos.

De mala gana, se vio obligada a reconocer que tenía razón.

—No antes de que se nos acabe el oxígeno —respondió, bajando la cabeza. La clave de datos obviamente había sido crítica para Xinth, y difícilmente creía que fuera solo para arrancar el módulo de transporte.

—Vamos —dijo Cassidy con compasión, como si tuviera que consolarla, y tiró de ella ligeramente por el brazo cuando ella no se movió. A regañadientes, detuvo su búsqueda de la placa base y apartó la mirada del paisaje uniforme que los rodeaba.

Partieron juntos, y cuanto más caminaban sobre la grava marrón rojiza, menos le temblaban las rodillas a Filio.

Los sistemas del traje le proporcionaban aire fresco. El contenido de oxígeno se ajustó a su frecuencia respiratoria, lo que inicialmente la salvó de los problemas que habrían resultado de la hiperventilación que había amenazado con agobiarla. Tomaba una respiración profunda mientras ponía un pie delante del otro, contenta por la baja gravedad del Planeta Rojo.

Trató de no pensar en la canica negra, que había visto como una especie de garantía de que todo lo que el Constructor le había mostrado en la visión que había compartido con ella era real. Para Filio, el extraño artefacto sirvió para anclar firmemente lo increíble en la realidad y, por lo tanto, fue algo que había podido calmar sus temores desde entonces. Esa ancla se había ido ahora, y tenía la sensación de flotar sin poder hacer nada en un océano de incertidumbre.

Tenían que acceder a la IA a bordo de la nave de Hortat para detenerlo, Xinth había sido muy claro al respecto. Pero ¿qué sucedería si entraban en la nave sin la clave de datos que necesitaban para obtener ese acceso? Hortat no era llamado El Enemigo sin razón. Había visto con sus propios ojos lo que había causado uno de sus agentes y lo que había sido capaz de hacer. El recuerdo del hombre del traje negro provocó un escalofrío de horror que le recorrió la espalda.

—Ahora veo que esta es la posición del monolito de Marte que fue fotografiado por Curiosity en 2005 —dijo Cassidy, sacándola de sus sombríos pensamientos—. Así es que tuvimos una parte de la nave espacial del Constructor debajo de nuestras narices, incluso la vimos, ¿y ni siquiera nos dimos cuenta?

—Así parece —dijo Filio con un resoplido—. Esto es típico de

nosotros los seres humanos. Cuando vemos algo que no encaja en nuestra noción actual de lo que es posible, lo descartamos como algo que sabemos, sin importar cuán improbable sea. ¿Un monolito con bordes perfectamente uniformes y rectos en Marte? Debe ser una roca aleatoria perfectamente simétrica, ¿verdad?

—Como si existiera tal cosa en la realidad.

—Exacto. Hace que la gente tenga miedo de ver algo que no comprenden. Por eso a uno le gusta mentirle a su propio cerebro aceptando una explicación inverosímil proporcionada por su propio sistema de comprensión. Cualquier cosa es mejor que lo desconocido.

—Probablemente tengas razón —asintió Cassidy, y se mantuvo en silencio el resto del camino. Les tomó mucho más tiempo de lo que habían pensado porque la baja gravedad les obligó a ajustar todas sus habilidades motoras para evitar tropezar o perder el equilibrio.

Cuando al fin llegaron frente al monolito, que medía al menos cinco metros de altura y se distinguía claramente de su entorno, especialmente del alto y empinado acantilado del fondo, se demoraron un momento. Miraron la estructura con asombro. El hecho de que ahora viera con sus propios ojos el extraño artefacto que, gracias a su visión, sabía era parte de la nave espacial, la inquietó por un momento. Le parecía estar soñando. Creer que lo imposible era algo real podía funcionar, siempre y cuando estuvieras ocupado buscándolo. Pero una vez que te parabas frente a él, parecía aún más irreal.

De manera similar, en cierto momento durante su formación especializada en cuidados intensivos, había viajado en una ambulancia por primera vez y había visto partes del cuerpo amputadas. Por supuesto, conocía la vista de cadáveres por las clases de anatomía y la televisión, pero ver brazos y piernas mutilados en la calle había sido algo completamente diferente. La había endurecido de alguna manera extraña. Ahora experimentaba un efecto similar, de pie frente a esta cosa negra que no encajaba en su sentido de la realidad.

—Así que esta cosa es la responsable —susurró.

—¿Qué quieres decir?

—Del fracaso de la misión *Mars One*. De la muerte de mis camaradas.

—Aún no lo sabemos con certeza, podría ser que...

—Lo sé —dijo ella sombríamente—. Ahora que la veo, lo sé.

—¿Crees que te acuerdas? —preguntó Cassidy, incrédulo y ansioso.

—No, no directamente, pero yo… Puedo sentirlo.

—Comprendo.

El físico no parecía entenderlo, pero aparentemente decidió no continuar y señaló el objeto. Como si el monolito hubiera reaccionado a su gesto, se partió en mitades que se separaron en su base inferior,

mientras que sus puntas permanecieron conectadas. Luego, bajo las miradas atónitas de Filio y Cassidy, oscilaron, revelando un enorme agujero entre ellas. El foso parecía lleno de una oscuridad impenetrable.

—Esto parece la guarida oculta de un ser llamado El Enemigo —dijo Cassidy con los labios apretados. Dio un paso atrás. Filio estiró su brazo para detenerlo.

—No hay vuelta atrás —dijo, a pesar de su propio instinto urgente de huida que intentaba persuadirla para que hiciera precisamente eso: regresar. Respiró hondo—. Este es el único lugar donde tenemos la oportunidad de encontrar respuestas. Respuestas sobre lo que les pasó a mis camaradas y cómo podemos detenerlo.

—¿Alguna vez pensaste que mantener vivo a Xinth para atraernos aquí podría haber sido el plan del Enemigo desde el principio? —preguntó Cassidy.

Filio negó con la cabeza con decisión.

—Me niego a aceptar esa posibilidad.

Levantó la barbilla en un tranquilizador gesto de desafío y tiró del físico detrás de ella, aunque él aún dudaba.

—También le debemos a nuestra gente hacer lo mejor que podamos, y no lo haremos huyendo para morir por falta de oxígeno en algún lugar cercano.

—Joder —gritó Cassidy—. ¡Detesto que tengas razón!

MARTE, 2039

Filio gritó hasta quedar sin aliento. Jadeó por aire como un pez arrastrado a la orilla y apretó su espalda contra la pared como si pudiera cruzarla por arte de magia para desaparecer. Heinrich había tropezado y caído en un intento de huir y acababa de volver a ponerse de pie.

La criatura que emergió del vapor estaba completamente desnuda. Tenía al menos dos metros y medio de altura, piel de color bronce y músculos bien marcados que se extendían por unos brazos y piernas demasiado largos. Podría haberse convencido de que era un ser humano si no hubiera sido por sus ojos. Tenían forma de almendra, negro carbón, sin mostrar ni iris ni esclerótica. Cuando esos ópalos oscuros la inspeccionaron, se sintió como si alguien le estuviera arrancando el alma del cuerpo.

Como una figura mitológica de la antigua Grecia, este coloso se paró en medio del vapor que salía de su cámara y negó con la cabeza en dirección a Heinrich cuando este intentó escapar de nuevo. En ese preciso momento, una especie de mamparo salió disparado de la pared frente a él y bloqueó el extraño pasaje que parecía un túnel de lava. La luz pulsante que emanaba del fósil en la burbuja ámbar ahora se reflejaba desde ese punto, al igual que el resto de la pared de la cámara.

Heinrich, que casi había chocado con el obstáculo repentino, palpó la superficie de un lado a otro con incredulidad. Se volvió hacia Filio y saltó para pararse a su lado. El gigante los observaba sin moverse excepto por su cabeza, que apenas giraba siguiendo los movimientos de Heinrich.

—¡*Scheisse*, Filio! —gritó el alemán mientras se apretaba contra la pared junto a ella como si cada milímetro de distancia que los separaba del extraterrestre fuera a marcar diferencia.

—¿Qué es eso?

—No lo sé —tartamudeó, tragando saliva.

—¿Es un ser humano? ¿Es un maldito ser humano?

—No lo creo.

—Mierda, ¿cómo salimos de aquí?

—No lo sé —repitió, sin perder de vista al gigante, aún cubierto parcialmente por la burbuja de color ámbar. Una parte de ella quería moverse hacia la izquierda y colocar toda la altura de la burbuja entre

ella y la criatura, pero entonces no sería capaz de mantenerlo a la vista, lo que bien podría asustarla aún más.

«Si es posible estar más asustada» pensó Filio.

Se lamió los labios con nerviosismo mientras miraba frenéticamente a su alrededor en busca de una salida. Cada fibra de su ser clamaba por desaparecer de allí lo antes posible.

—Quédate aquí y vigílalo —susurró por la radio, que aún crepitaba.

—¿Qué? ¿Adónde vas? —chilló Heinrich.

Filio asintió apenas perceptiblemente a un lado.

—Iré a ver si hay otra salida del otro lado.

De inmediato, dio un paso lento hacia la izquierda, con cuidado de no hacer movimientos bruscos. No podía evitar la visión mental del gigante que de repente comenzaba a moverse, así que intentó todo para evitar provocarlo.

Un paso fue suficiente para ver que había un pasadizo similar justo enfrente del ahora cerrado por el que habían venido. Una tenue luz amarilla brillaba en él, revelando paredes ásperas y agrietadas.

—Hay una salida allí —susurró mientras retrocedía al lado de Heinrich. Cuando miró a la criatura alienígena, vio su rostro volverse hacia ella.

Aparentemente, él mismo acababa de ver la salida.

—Sabe lo que pretendemos hacer.

—¿Y qué pretendemos hacer? —preguntó Heinrich, tenso—. ¿No querrás cruzar por allí?

—No veo otra salida. ¿Tú sí?

—¡No, pero esto va cada vez más profundo!

Filio no respondió. En vez de eso, trató de evaluar sus posibilidades de llegar a la salida antes que el gigante, quien continuaba mirándola con esos ópalos negros que eran sus ojos. Sin saber por qué, de repente se sintió como una rata de laboratorio en su jaula. Tal vez serían lo suficientemente rápidos, a pesar de que el alienígena tenía piernas mucho más largas, pero probablemente no. E incluso si lo lograran, ¿qué pasaría si una puerta también bloqueara repentinamente ese pasaje?

—Tenemos que intentarlo —dijo en voz baja, sin siquiera atreverse a parpadear, porque estaba convencida, ese sería el momento en que el alienígena irrumpiría hacia ella.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Sí. ¡Ahora! —dijo Filio con insistencia.

Se apartó de la pared y corrió tan rápido como pudo alrededor de la burbuja ámbar y hacia el pasaje abierto. Entonces, ¡Pum! Había chocado con algo enorme. Sucedió tan violenta y repentinamente que su frente golpeó el borde acolchado de la visera y rebotó, para caer de

espaldas al suelo.

Las estrellas giraban frente a sus ojos como un carrusel de colores centelleantes que se desvanecían demasiado rápido para que ella pudiera interpretar el caleidoscopio danzante de falsos impulsos a lo largo de sus nervios ópticos.

—Qué… —murmuró, aturdida, sacudiendo la cabeza antes de apoyarse en los codos y mirar una pared negra que se veía exactamente como la del lado opuesto.

—Oh, mierda. ¿Heinrich? —No obtuvo respuesta—. ¡Heinrich! —repitió, sintiendo una pesadez de plomo extenderse a lo largo de sus miembros cuando no respondió. Se dio la vuelta lentamente, como si se deslizara por el vacío, y gritó impotente cuando vio la escena detrás de ella.

El gigante desnudo estaba frente a la burbuja ámbar a menos de un metro de distancia. Su piel de color bronce casi se fusionaba con el fondo. Sostenía la cabeza de Heinrich en sus gigantescas manos. Los pies del geofísico colgaban impotentes en el aire, pataleando de vez en cuando como un animal herido de muerte, pero no emitía ningún sonido. Su casco yacía unos pasos detrás de él, con el cuello abierto a la fuerza.

—¡Suéltalo! —gritó tan fuerte como pudo, pero lo único que consiguió fue llenar sus oídos con un rugido ensordecedor. Los sistemas de su traje seguían desconectados, por lo que los altavoces no funcionaban. Como temía, el alienígena no reaccionó, ni siquiera cuando se puso de pie.

—¡Suéltalo! —repitió, a gritos, ignorando el dolor en sus oídos. Sin pensarlo, saltó detrás de la criatura y le asestó un golpe donde se encuentra el riñón derecho en los humanos. Aplicó tanta potencia como pudo.

El alienígena emitió un fuerte rugido y arrojó a Heinrich al suelo antes de darse la vuelta y golpear el pecho de Filio con el dorso de su poderosa mano. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que le estaba pasando, voló contra la pared detrás de ella y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, se encontró en un entorno nuevo y sin casco. Sintió algo redondeado en su espalda, curvándose hacia adentro a lo largo de su columna, y los brazos y piernas estirados hacia atrás. Se sentía como un trozo de papel pegado a una columna de litografía inclinada hacia adelante.

La luz brillaba. Parecía provenir de un techo muy por encima de ella e iluminaba un área circular en el suelo que parecía amenazadora y lejana. Todo a su alrededor yacía en una oscuridad impenetrable. El

aire olía a una combinación de ozono y algún aroma dulce que no pudo identificar.

—Estás despierta —dijo una voz ronca.

Con cierta dificultad, giró la cabeza hacia un lado. Era Heinrich quien colgaba de una especie de rollo de gran tamaño, con los brazos y las piernas pegados a él como piezas de metal a un fuerte imán. Su rostro estaba cubierto de sudor, y dos pequeños tubos salían de la parte superior del rollo a lo largo de su cuello y terminaban en su boca. Eran tan insignificantes como pequeñas cuerdas, apenas más gruesas que el hilo.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí, creo que sí —dijo, cansado, y cerró los ojos, antes de volver a abrirlos con evidente dificultad—. ¿Y tú?

—No siento dolor.

—Bien. Eso es bueno.

—¿Sabes lo que pasó? —preguntó Filio, entrecerrando los ojos en un intento de ver algo en la oscuridad que no fuera la luz que caía verticalmente. No pudo ver nada más. La oscuridad era impenetrable y no se percibía un solo ruido.

—No. Me desperté aquí, hace un tiempo. Estabas inconsciente —explicó Heinrich débilmente—. Siento como si hubiera bebido alcohol durante una semana.

—Te había aprisionado la cabeza y te había levantado —recordó ella, y tembló cuando recordó que el extraterrestre la había golpeado. Su mano había impactado el pecho de lleno, como un martillazo.

—No sé nada más. Solo recuerdo que corrimos hacia el pasaje. — Su cabeza era la única parte del cuerpo que podía mover. Cambió bruscamente de tema y asintió en su dirección—. ¿Qué tienes en la boca?

—No lo sé. Pero tú también lo tienes.

—¿En serio? —Filio trató de girar los ojos hacia abajo, pero no pudo ver nada excepto el borde de su labio superior. Tenía un ligero picor en la garganta.

—Sí. Parece el tubo de una sonda gástrica o algo así, solo que mucho más delgado. Tal vez sea porque ya no tenemos puestos los cascos —sugirió Heinrich.

—¿Puedes mover las manos? —preguntó ella sin ninguna esperanza en particular, por lo que no se sorprendió o decepcionó cuando él negó con la cabeza.

—Espera. He oído algo —susurró Heinrich, y un segundo después, el alienígena entró en el cono de luz frente a ellos. Su cabeza estaba a la altura de la suya, pero había cambiado. Sobre sus ojos de ópalo del tamaño de la palma de una mano, dos placas de metal estaban pegadas a su frente, más o menos donde habrían estado las cejas en

los humanos. Tampoco estaba desnudo, sino que vestía un traje de cuerpo completo hecho de una fibra gris brillante que parecía fluir alrededor de sus contornos como el agua. Parecía como si la prenda estuviera en constante movimiento y lo cubría desde los dedos de los pies hasta la punta de los dedos de sus manos y el cuello.

El extraterrestre dio un paso y miró a cada uno de ellos sin ninguna prisa visible. Luego se volvió hacia Heinrich, manipuló algo en sus manos que ella no podía ver, y luego colocó una pieza de metal sobre su frente como las que usaba él.

—¡Déjalo en paz! —gritó Filio, luchando contra sus grilletes invisibles, pero no podía moverse ni un milímetro. Frustrada, chilló cuando el alienígena se volvió hacia ella—. ¡No te me acerques!

La criatura se acercó con su enorme rostro hasta que pudo ver cada uno de los poros de su nariz chata, que corría en línea hasta la imponente frente. Sus ojos negros parecían devorarla, su mirada era intensa, y a la vez, etérea. Filio buscó alguna emoción humana en ellos, algo que pudiera alcanzar, algo con lo que pudiera establecer una relación, pero no vio nada más que extrañeza y una espeluznante amplitud y profundidad en ellos que hizo que la sangre se le helara en las venas. Sintió que estaba mirando una galaxia entera, siendo tragada por un agujero negro.

—¿Qué vas a hacer con nosotros? —preguntó, molesta por no poder controlar el tic en su labio inferior. Sintió ganas de vaciar su mente en la de él, y el impulso se volvió casi sobrehumano, pero apretó los dientes con furia y se obligó a resistir la mirada del alienígena. Aunque tenía la impresión de que estaba perdiendo algo de sí misma, gruñó como un animal en lugar de ceder a sus impulsos.

Para su sorpresa, el extraterrestre se detuvo justo antes de que pudiera clavarle la pequeña pieza de metal en la frente y dio un paso atrás. En medio del cono de luz, a menos de dos pasos, se detuvo y miró a Heinrich, de cuya boca salía un fino hilo de saliva.

El extraterrestre hizo un movimiento, provocando un escalofrío en el cuerpo del alemán, inclinado hacia abajo y presionado impotente contra el pilar.

—¿Qué le estás haciendo? —gruñó Filio impotente cuando Heinrich abrió los ojos y miró al alienígena.

De repente, un enjambre melodioso de ruidos se deslizó sobre los labios del alienígena. Los clamores crecieron, eran tan resonantes y voluminosos como una orquesta entera.

Heinrich asintió.

—Sí, entiendo —dijo, parpadeando en una secuencia rápida.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? —preguntó ella, y su camarada se volvió hacia ella.

—Él cree que eres muy revoltosa.

—¿Qué? ¿Él?

—Sí. Se llama... Hortat. Así suena —explicó Heinrich con calma, como si estuviera diciendo algo completamente normal y se sorprendiera de que ella lo mirara con tanto desconcierto.

—¿Entendiste lo que acaba de decir?

—Oh, lo que dijo es mucho más. —El geofísico negó con la cabeza y sonrió débilmente—. El dispositivo en mi frente traduce su idioma.

—¿Cómo sabes todo esto? No comprendo. —Filio, completamente estupefacta, miró a Heinrich, luego al alienígena y luego a él de nuevo.

—Pero yo lo entiendo. No quiere hacernos nada.

—¿De qué estás hablando? Me dejó inconsciente cuando…

—Solo después de que lo atacaste.

—¿Qué? ¡Te aprisionó la cabeza y te desmayaste! ¡Trataba de liberarte! —protestó, negando con la cabeza, consternada.

—Lo sé, y agradezco tu valor. Pero no puedes culparlo. ¡Nos trajo aquí para protegernos! —insistió Heinrich, parecía tan extasiado como si estuviera bajo efecto de las drogas.

—¿Para protegernos? —preguntó con un gruñido, luego miró al extraterrestre. Trataba de evitar que el miedo que dormía profundamente dentro de ella venciera su rabia.

—Sí. Estaba tan asustado de vernos en su nave como nosotros de verlo a él.

—¿Eso es lo que acaba de decirte con ese torrente de palabras?

—Fue mucho más de lo que expresó con palabras —respondió pacientemente Heinrich—. Si dejas que te ponga el dispositivo, también podrás entenderlo.

—¡De ninguna manera! —dijo, con firmeza, apretando los dientes con tanta fuerza que le dolió la mandíbula—. ¡Te ha lavado el cerebro con esa cosa! ¡Ya no tienes el control de ti mismo!

—Pero, Filio, soy yo. Sé quién soy, quién eres tú, quién es él, y digo todo esto con perfecta claridad.

—¡No lo sabes! Tal vez hizo algo con tu cerebro usando esa... ¡Cosa!

Heinrich negó con la cabeza y le dedicó una sonrisa cansada pero conciliadora.

—No. Podría habernos matado en cualquier momento si hubiera querido, pero en vez de eso, se aseguró de que pudiéramos respirar y ser alimentados. Las dos mangueras en tu boca se aseguran de eso.

—Puedo respirar muy bien sola, gracias —dijo sin dirigirse a nadie en particular.

—Oh no, no puedes. El contenido de oxígeno en esta nave es aproximadamente el doble que en la Tierra. Eso haría que te desmayaras en unas horas y luego te mataría en algún momento —

explicó pacientemente el alemán.

—¿Por qué sigues atado e indefenso si el tal, eh...?

—Hortat.

—... ¿Si el tal Hortat es tan bien intencionado?

El alienígena hizo un pequeño gesto cuando ella terminó y, como por arte de magia, Heinrich cayó al suelo. No se abrieron hebillas, ni se soltaron grilletes. Solo se deslizó hasta el suelo, pero parecía haberlo esperado y se apoyó en brazos y piernas. Se levantó y se acercó a Filio con extremidades que temblaban visiblemente.

—También te liberará si prometes no volver a atacarlo.

—¿Confías en un extraterrestre solo porque te dijo algo? —preguntó ella, demasiado aturdida como para siquiera sopesar sus palabras.

—Ha estado en su cámara de estasis durante más de sesenta millones de años. Luego se despierta y, de repente, dos extraterrestres con trajes espaciales están parados frente a él. ¿Cómo te habrías sentido?

—¿Cómo me habría sentido?

—Sí. Te habrías asustado, y él también. Luego lo atacaste cuando estaba examinando mi mente.

—¿Examinando tu mente? ¿De qué estás hablando? —A Filio le hubiera gustado sacudirlo hasta que volviera en sí.

—Tiene habilidades que nosotros no tenemos. ¡Ni siquiera puedes imaginar el ser antiguo y poderoso que es, Filio! —Los ojos de Heinrich adquirieron un brillo casi fanático mientras hablaba—. Cuando lo atacaste, se defendió y nos ató aquí para que no pudiéramos ser un peligro para él. Su siguiente paso fue establecer contacto. El pequeño dispositivo que me dio es necesario para eso. ¡Y ahora piensa, Filio! Si estuvieras en su lugar, ¿no habrías dado exactamente los mismos pasos en el mismo orden?

Ella pensó por un momento y expulsó un poderoso gruñido, mitad por frustración, porque habría respondido a esta pregunta con un "sí" y mitad como una forma de aliviar la tensión.

—No me gusta, Heinrich —dijo—. Has cambiado. Tal vez sea esa cosa en tu frente.

Observó el dispositivo. Parecía una etiqueta rectangular hecha de metal ultraplano que, por lo demás, no mostraba contornos ni características, excepto que aparentemente se autoadhería.

—No quieres uno, y él respeta eso. Por eso se retiró. ¿Quieres quedarte colgada, o le prometes que no usarás la violencia contra él? En ese caso, te liberará y eso sería un gran alivio para mí, ¿de acuerdo?

Filio trató de sopesar sus opciones. Atada a este pilar, no podría hacer nada más que esperar y ver qué tenía en mente el alienígena. Si

aceptaba, corría el riesgo de que le lavaran el cerebro, como creía que le había sucedido a su compañero.

Si de verdad le habían lavado el cerebro, una parte de ella trataba de reprenderse, pero la idea de que él había cambiado de opinión en un abrir y cerrar de ojos y de repente había llegado a ver a este alienígena como una especie de santo, le parecía demasiado absurdo.

—Quiero que nos permita hablar con Dimitri y Javier —exigió, y Heinrich frunció el ceño, luego se volvió hacia el alienígena, que aún la miraba sin pestañear. Parecía un padre viendo a sus hijos llegar a algún tipo de acuerdo. No estaba segura de si era el tipo de padre estricto al que uno debería temer, o el tipo bien dispuesto en el que uno puede confiar.

Heinrich se volvió hacia ella después de que el extraterrestre hubo vuelto a producir un torrente de esos sonidos melodiosos y negó con la cabeza con los labios fruncidos.

—Solo después de que nos ganemos su confianza. El riesgo es demasiado alto para él. Quiere saber quiénes somos y cómo llegamos a su nave.

—¿Así que esto es una nave?

—Sí.

—¿Hay más de su clase aquí? —preguntó ella rápidamente.

—Él quiere explicarme y mostrarme todo. La pregunta es si nos acompañarás o prefieres quedarte aquí —dijo Heinrich. Dio un paso hacia ella hasta que tuvo que ladear la cabeza para mirarla a la cara. En voz baja, agregó—: ¡Por favor, Filio! Ven. De todos modos, no hay nada que puedas hacer aquí, y tenemos la oportunidad de hacer el primer contacto con un extraterrestre real aquí y ahora. ¿De verdad quieres empezar con la sospecha y la ira?

—Él nos atacó —insistió, pero su resistencia se debilitaba y sus defensas comenzaron a desmoronarse por el miedo y la desesperación.

—Si hubiera querido matarnos, podría haberlo hecho hace mucho tiempo. Estamos en Marte, no en la Tierra. ¿Qué puede salir mal si practicamos un poco de paz y comprensión y vamos con él?

Filio dudó una última vez, alternando su mirada inquisitiva entre el extraterrestre gigante y Heinrich, quien la miraba casi implorando antes de que ella asintiera vacilante.

—De acuerdo. Lo prometo.

—Muy bien —dijo con alegría.

El alienígena, Hortat, hizo un gesto y, de repente, los brazos y las piernas de Filio quedaron libres. Cayó directamente en brazos de Heinrich.

—Te tengo —le aseguró—. Te tengo.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

Cuando Ágata y Pano contaron fielmente su investigación, Miller no dijo nada durante un rato, les pidió que le mostraran las fotos y luego volvió a guardar silencio. Le dieron este tiempo porque sabían muy bien que ellos mismos lo habrían necesitado.

—Hay mucho para digerir —dijo al fin el director. Se levantó para girar hacia la ventana detrás de él. A estas alturas, el sol había sido tragado por espesas nubes de lluvia, y un deprimente gris impenetrable cubría a Nueva York—. En especial lo de los Hijos de Terra. ¿Se supone que esa pandilla de asesinos tuvo razón todo el tiempo?

—Sé que es difícil de creer, pero sí, eso es lo que parece —dijo Ágata, intercambiando una mirada rápida con Pano, quien se encogió de hombros.

—Al menos explicaría esta farsa absurda que involucra al grupo de ataque de portaaviones, que ahora ha recibido la orden de ir a la Antártida —murmuró Miller, sin darse la vuelta.

—¿Qué quieres decir?

—Justo lo que dije. Esa acción no tiene sentido. Ahora corremos el riesgo de tener problemas reales con China, que estará observando para ver si alguno de nuestros soldados pone un pie en tierra. Si eso sucede, China ya no se detendrá y comenzará a militarizar la Antártida, estableciendo su propia presencia en el continente. La presidenta nunca habría accedido a esto si no hubiera sido sometida a una gran presión.

—O —dijo Ágata—, ella misma fuera un instrumento del Enemigo.

—Cuidado, agente especial —la amonestó, ladeando la cabeza sin darse la vuelta—. Estás pisando terreno peligroso.

—Es una posibilidad que no debemos ignorar. Alguien tiene que decirlo. De lo contrario, todo el asunto penderá sobre nosotros como la espada de Damocles —insistió Ágata con voz firme.

—Podemos verificar los datos guardados del coronel Wilbers, su médico personal, para ver si hubo una infección viral, pero eso es difícil porque esos datos en particular solo son accesibles para el personal de más alto rango.

—Tú eres el Director del CTD. ¡Más autorización es casi imposible!

—En caso de un ataque terrorista, o gran peligro de un ataque inminente basado en evidencia circunstancial apropiada, sí —la

corrigió Miller y volvió a su silla, donde entrelazó sus largos dedos e inhaló con un siseo—. Pero la presidenta lleva en el cargo menos de una semana, por lo que tenemos que acceder a los datos médicos durante su periodo como senadora.

—¿Tiene la autoridad para hacer eso? —preguntó Pano.

—Sí, pero si lo hago, la gente se dará cuenta. Podría decir que estamos realizando una comparación de rutina con nuestras propias bases de datos para crear perfiles de riesgo, pero sería una excusa bastante patética. Cada vez que una solicitud concierne directa o indirectamente a la presidencia, suenan alarmas en algún centro de datos de la capital y se hacen preguntas.

—Pero eso tomaría algún tiempo, ¿no?

—No lo sé, porque hasta ahora he evitado involucrarme en este tipo de solicitudes —dijo Miller, miró brevemente al vacío y luego levantó la vista.

—Sin embargo, una búsqueda extensa que afecte a la totalidad del Senado nos revelará qué miembros aún están bajo la influencia de ese extraterrestre.

—Técnicamente, eso no es...

—No seas tan arrogante —espetó Miller a Pano, luego se dirigió a Ágata.

—Necesitamos saber contra qué equipo estamos jugando y debemos hablar con la presidenta. Si le mostráis lo que me habéis mostrado y contado, hará que retiren la flota antes de que ocurra un desastre.

—Al menos si asumimos que ella no es…

—De todos modos, si lo es, todo será inútil. Pero dado que estaba ligeramente por detrás de Phelps en las encuestas justo antes de las elecciones, el tal Hortat puede haber concentrado su atención en Phelps. Llegar al presidente de los Estados Unidos no es fácil.

—Para El Enemigo, lo es —replicó Ágata—. Estamos hablando de un virus al que no le importa la cantidad de pistolas que tienen sus guardias.

—Pero supongamos que el virus se transmite de persona a persona, que sería el peor de los escenarios. En ese caso, alguien cercano a ella tendría que estar infectado.

—¿Un empleado del servicio secreto en su séquito? —sugirió Pano, pero Miller negó con la cabeza con decisión.

—No. En caso de infección viral, se mantienen alejados de la presidenta durante al menos dos semanas para no correr el riesgo de contagiarla. Si se pierden la próxima rotación, se les releva del servicio durante dos meses. Esto significa que, si un miembro de su equipo principal estuviera infectado, no sería reasignado al servicio hasta ahora como muy pronto.

—Lo que debería obligarnos a darnos prisa —dijo Ágata, deslizándose de un lado a otro en su silla. Una vez más pensó en el hombre del traje negro y en cómo la había examinado con sus fríos ojos. Como en cámara lenta, vio que su boca se movía y daba la orden de pegarse un tiro. Fue seguido por la sensación de tener que mirar su propio cuerpo con impotencia mientras hacía cosas que ella no quería que hiciera. Los gritos inaudibles reverberaban en sus pensamientos, cada vez que imaginaba enfrentarse a un asesino así de nuevo.

—También deberíamos darnos prisa debido a un problema completamente diferente. —Miller hizo un gesto hacia el dispositivo antes de girar la pantalla hacia ellos. Miraron un mapa digital con todo tipo de indicadores y marcadores que mostraban el área al sur del ecuador entre África y Australia, incluida la Antártida.

Ágata necesitó un momento para entender lo que estaba mirando porque el mundo desde la perspectiva del Océano Austral en su centro resultaba muy extraño. Rápidamente encontró la posición de la estación McMurdo, marcada como un punto rojo, y vio otro punto similar parpadeando un poco al noroeste de ella.

Pano pronunció la pregunta que ardía en los labios de Ágata.

—¿Qué estamos mirando?

—Ese es el portaaviones con la escolta que lo acompaña.

—Pero...

—Sí, exacto. Estarán al alcance de sus aviones de combate en veinticuatro horas y al alcance de los cañones de riel de sus destructores en treinta horas. Entonces será el final del Constructor, así como de Karlhammer y su pequeño secreto en el Polo Sur. —Miller giró la pantalla hacia sí y apretó un puño antes de levantar la mano frente a su boca e inflar sus mejillas.

—No entiendo —dijo Ágata, desconcertada.

—Creí que la flota necesitaba días para llegar allá.

—Recientemente salió a la luz que el Pentágono envió al grupo de combate a realizar un ejercicio al sur del Cabo de Buena Esperanza, que no requirió la firma de la presidenta porque una maniobra limitada que no implica el uso de armas no necesita una. Además, Phelps, quien aún actuaba en lugar de la presidenta en ese momento, no parecía haberse opuesto a eso.

—Entonces, él y altos funcionarios del Pentágono están detrás de esto —gruñó Ágata con frustración.

—Sí. Convenientemente, la flota no estaba tan lejos de su área de operación planificada cerca de McMurdo como se pensaba anteriormente.

—¿Eso significa que tenemos veinticuatro horas para que la presidenta aborte la misión? —Pano se dejó caer en su silla y se mesó los cabellos—. Podemos olvidarnos de todo. Solo habrá aceptado esta

misión a regañadientes, tal vez porque esta gente tiene algo contra ella. Además, si habla con estas personas todo el tiempo, es posible que la hayan infectado.

—Se nota que vienes del viejo continente —dijo el director—. Casi todas las reuniones se realizan de forma virtual porque es más seguro.

—Porque alguien tiene todos los datos y no puede ser chantajeado, ¿quieres decir? —La mueca de disgusto de Pano no dejó dudas sobre lo que pensaba del asunto.

—En cualquier caso, es una ventaja —insistió Miller, levantando su terminal de la mesa—. Intentaré concertar una cita. Tengo su número personal.

—¡Espera! —gritó Ágata, y luego sacó su propia terminal—. Te daré el número de Karlhammer. Puede camuflar la señal.

—Puedo hacerlo yo mismo...

—Pero no sabes cuál de los supuestamente chicos buenos está escuchando, ¿verdad? —Miller la miró como si hubiera mordido un limón y luego le hizo un gesto—. ¡Muy bien, dame el número!

Dejó que Ágata se lo enviara y abrió un cajón que ella no podía ver desde su posición. Sacó una red transductora y se la puso en la cabeza. Cuando vio la expresión interrogativa de su rostro, hizo una mueca.

—Reglamento en caso de contacto directo con la presidenta. Leen mis ondas cerebrales antes de que me conecten con ella.

—¿Y está seguro de que la conversación no será escuchada por nadie? —preguntó Pano con incredulidad.

—No. No que yo sepa, y estoy a cargo de todas las medidas antiterroristas en este país. Si me disculpas, tengo que explicarle a la presidenta que algunos marcianos viven en el Polo Sur y otros están propagando virus para sacar provecho de nosotros en aras de una vieja enemistad.

—Eso es exactamente lo que debes decir —dijo Ágata en un murmullo bajo.

Una hora más tarde, los tres se encontraban viajando hacia Washington en el vehículo oficial de Miller. Dado que nadie, excepto los cuatro agentes del Servicio Secreto que se encontraban en las inmediaciones de la presidenta, sabía de la repentina visita, iban sin escolta. Había sido relativamente fácil ir al estacionamiento y salir relativamente desapercibidos, ya que una gran parte de la fuerza laboral aún no estaba de servicio.

Por lo tanto, se encontraron viajando por la interestatal a Washington en silencio. Viajaban en piloto automático, que habían establecido a la máxima velocidad posible mediante un código de

prioridad. También podrían haber conducido manualmente y utilizado el transpondedor para anular todas las normas de tráfico por su cuenta, pero eso habría llamado la atención, el tipo de atención que ahora no podían permitirse.

El software de la tarjeta en la pantalla de visualización frontal en el parabrisas mostraba un tiempo de conducción esperado de 2 horas y 11 minutos, que debería ser exacto. Ágata detestaba correr contra el tiempo porque comprendía cuánto podía prolongarse cada pequeño detalle. Ahora estaban sentados en el espacioso Tesla Model Z, condenados a la inacción, mientras una cuenta regresiva de 24 horas corría en su terminal como granos en un reloj de arena.

Solo que, al final, lo que quedaría no sería un contenedor superior vacío, sino una pirámide destruida, un Xinth muerto, un Luther Karlhammer igualmente muerto y, a la larga, la oportunidad perdida de salvar su especie y su planeta. Aunque no era uno de esos profetas del fin del mundo que predicaban cada vez más la catástrofe de la biosfera que se avecinaba, tampoco era uno de esos tontos ciegos y cínicos que aún se negaban a creer en la amenaza climática, a pesar de las muchas metrópolis costeras que ya estaban encerradas dentro de diques protectores de un metro de altura.

No tenía ninguna duda de que la Fundación Humana había impedido y seguía previniendo cosas peores, y se lo debían a ese Constructor, que ahora yacía en la pirámide de la Antártida. Sin mencionar el hecho de que matar a la primera especie consciente e inteligente que la humanidad había encontrado sería otra terrible mancha en su historia.

«Veinticuatro horas no es tiempo suficiente» pensó con amargura. ¿Qué pasaría si los oficiales en puestos clave cerca de McMurdo ignoraran la orden de la presidenta de abortar? Si es que lograban que Elisabeth Harris lo ordenara.

—¿Qué dijo por teléfono? —preguntó por enésima vez.

Miller parecía tan desinteresado en el tenaz silencio que reinaba en el coche que respondió con la misma paciencia que antes.

—Que ella toma en serio mi solicitud de una reunión de emergencia en interés de la seguridad nacional, y que ustedes dos, y yo, deberíamos venir de inmediato. Tiene una conferencia de prensa en dos horas y media, así que tenemos menos de diez minutos de su tiempo.

—No es mucho tiempo para explicarle a alguien que hay extraterrestres en la Tierra que están librando una guerra entre ellos a nuestra costa —dijo Pano. Estaba sentado en la parte de atrás con las piernas cruzadas sobre el asiento, una imagen ofensiva si se tenían en cuenta los asientos de cuero pecaminosamente caros.

—Ninguna cantidad de tiempo es suficiente para eso, supongo —

coincidió Miller—. Pero lo intentaremos. No hay otra manera.

Una hora más tarde, pasaron por Filadelfia. La ciudad pasó junto a ellos como una colección de casas adosadas grises y una pila central de rascacielos que parecían un cementerio lúgubre. Las zonas de exclusión aérea se habían establecido en la ciudad desde el año pasado y prohibían todos los drones, excepto los de la policía. Esto fue ordenado por un decreto emitido por el gobernador, quien había cedido a la creciente presión pública. Ágata difícilmente podía imaginar que un paisaje urbano tan muerto, sin enjambres oscuros de objetos volando sobre los techos, hubiera sido bastante normal hace 20 años.

Los siguientes 10 kilómetros consistieron en asfalto solar que cargaba automáticamente su Tesla mientras pasaban sobre él. La superficie áspera del material provocó ligeras vibraciones, que se hicieron perceptibles como zumbidos en el silencioso vehículo.

—Hemos llegado a la mitad del camino —dijo Miller, frunciendo el ceño.

Ágata siguió su mirada y vio a través del parabrisas antes de desactivar la pantalla de visualización frontal y ver otro Tesla Model Z negro desviarse frente a ellos. En su matrícula, se podía ver tanto la inscripción "Gobierno de los Estados Unidos" como el escudo de armas de Seguridad Nacional.

—¿Qué es esto? —se preguntó Miller, más enfadado que alarmado. Ágata miró por el espejo retrovisor y vio otro Tesla Z.

—¿Esperaba a alguien? —preguntó Pano, quitando los pies del asiento trasero y deslizando su mano derecha debajo de su chaqueta, donde su pesada Glock colgaba en su funda.

—No.

—¡Mierda! —maldijo Ágata cuando el auto frenó frente a ellos, y el piloto automático reaccionó automáticamente y ajustó su velocidad —. ¡Desactiva el piloto automático!

—No puedo —respondió Miller, golpeando con el puño la pantalla de la consola central, pero no respondió. Allí solo se encendió un triángulo rojo. "Peligro" decía en el centro.

«Qué irónico» pensó Ágata. Sacó su arma reglamentaria.

—No querrá dispararle a nuestra gente, ¿verdad, agente Devenworth? —preguntó el director, dándole una mirada furiosa.

—¿Nuestra gente? ¿Estás seguro de eso? ¿Ya recibiste los datos médicos de los senadores que solicitaste?

—No —admitió Miller, apretando los dientes, antes de gritar repentinamente—: ¡Joder! ¡Abajo!

Su piloto automático frenó tan bruscamente que fueron lanzados contra sus cinturones de seguridad. Entonces se abrieron las puertas de los coches de delante y detrás de ellos, y salieron figuras

enmascaradas y blindaje completo. Sin dudar, apuntaron sus rifles de asalto al coche. Ágata pudo soltar el cinturón y deslizarse hacia abajo cuando comenzaron a disparar. Las balas golpeaban el vidrio blindado como si estuvieran en medio de una tormenta de granizo en toda regla, y estaba oscureciendo con cada segundo.

Irritada, Ágata se quitó las manos de la cabeza y levantó la vista. El parabrisas y la ventana del lado del pasajero estaban picados con salpicaduras negras como si les hubieran disparado con balas de pintura. La película se hacía cada vez más gruesa hasta que apenas pudo ver algo, y cada ventana quedó cubierta de negro.

—¿Qué están haciendo? —gritó Pano desde la parte de atrás. Luego, el ruido ensordecedor dio paso abruptamente a un silencio amenazador.

—Quieren cegarnos —gruñó Miller, señalando el panel de instrumentos, en el que la pantalla parecía vibrar antes de apagarse y el auto comenzó a moverse nuevamente—. Ahora se han apoderado de nuestro piloto automático. ¡Mierda!

—¿Cómo lo hicieron?

—Con un código de prioridad de Seguridad Nacional que es más alto que el mío.

—¿Hay uno?

—Sí. —Miller la miró con un gruñido—. La secretaria tiene uno.

—¡Carajo!

Su Tesla aceleró con tanta fuerza que Ágata fue empujada hacia su asiento y sintió como si un puño invisible le apretara el vientre. Se apresuró a ponerse el cinturón.

—Abre la ventana —intentó con el control de voz, pero era pedir peras al olmo. Frustrada, buscó en su bolsillo y sacó su terminal, pero como esperaba, no tenía conexión—. Supongo que ya no podemos recibir los datos médicos de los senadores.

—Entonces, la Secretaria trabaja para El Enemigo —concluyó Pano sombríamente, pero Miller negó con la cabeza.

—No lo sabemos con certeza.

—Me está jodiendo, ¿verdad?

El rostro del director adquirió una expresión peligrosa, una expresión que ella había visto varias veces antes de que despidiera a un empleado, lo cual estaba acostumbrado a hacer con relativa rapidez.

—¡No me hables así!

—Si solo hay un código de prioridad que anula el suyo y pertenece a la secretaria —dijo Pano, impasible—, esa es la única explicación.

—Sabemos que probablemente fue ella quien ordenó esta respuesta, pero eso no dice nada sobre los antecedentes y las razones de lo que está haciendo, y mucho menos si trabaja para el

extraterrestre —insistió Miller.

Los dos hombres discutieron al respecto durante un rato, pero Ágata intentó no escucharlos. En vez de eso, se concentró en contener el contenido de su estómago. Sin un punto de referencia visual, los constantes cambios de dirección, las curvas y los regulares altibajos, se combinaban en un tormento para sus órganos digestivos, que reaccionaban con la creciente necesidad de vaciarse.

Según su terminal, el viaje duró exactamente 13 minutos. Luego, su automóvil se detuvo con un chirrido de llantas.

—¡Muy bien! —dijo, cargando su pistola. Aparentemente, Pano hizo lo mismo, porque escuchó amartillar su Glock, pero Miller negó con la cabeza.

—No seáis ingenuos. Han calculado este movimiento y os sacarán antes de que podáis gritar "soy inocente".

—Mejor que estar infectado con algún maldito virus alienígena y terminar como un zombi descerebrado —gruñó Pano.

—Tiene razón —le dijo Ágata a Pano, bajando su arma.

—Soltad las armas, las manos en el tablero o en el asiento delantero. —Resonó una voz masculina desde los altavoces de su automóvil—. Tenéis diez segundos. Si no obedecéis, abriremos fuego tan pronto como se abra la puerta.

Ágata obedeció las instrucciones y dejó caer su Beretta en el espacio para los pies antes de poner ambas manos sobre la guantera. Miller hizo lo mismo en el asiento del conductor y apretó los labios.

—Hazlo, Pano. Si hacemos que nos disparen ahora, todo habrá terminado —instó a su compañero, y al fin escuchó un ruido sordo en el suelo y un resoplido de frustración detrás de su asiento.

Menos de un segundo después, las cuatro puertas se abrieron al mismo tiempo y fueron sacados del vehículo bajo los gritos roncos de sus captores.

Unas manos ásperas apresaron a Ágata por los hombros y las piernas y la arrojaron al suelo, donde tosió por el polvo y sintió una rodilla en la parte baja de la espalda. Alguien tiró dolorosamente de sus manos para llevarlas detrás de su espalda y las aseguró con cables antes de que la pusieran de pie brutalmente y tuviera que cerrar los ojos con fuerza debido a una luz cegadora.

—¡De acuerdo, tío! —protestó—. ¡Nos hemos rendido!

En respuesta, recibió un violento golpe en la espalda que le sacó todo el aire de los pulmones. No se cayó, ni siquiera tropezó, porque las fuertes manos que la sujetaban por la parte superior de los brazos no se lo permitieron. Fueron arrastrados a través de un gran salón, o un pasillo muy ancho, era difícil saberlo. Sus ojos seguían cegados por la brillante luz. Luego la colocaron en una silla y le ataron los pies y las manos a ella.

Cuando sus ojos se acostumbraron a ver de nuevo, distinguió una especie de hangar a su alrededor, con techos altos y puntales de metal. Cuatro vehículos gubernamentales estaban aparcados a unos 10 metros de distancia y los encandilaban con sus faros.

Vio a Miller y Pano, también atados a sillas, sentados a su lado. Su compañero sangraba por la nariz y una oreja. Había perdido su vendaje, que ahora yacía en el suelo a unos metros en dirección a los autos.

Iluminados por los reflectores, una docena de hombres con equipo de combate estaban de pie con rifles de asalto, y una figura se les acercó lentamente. Llevaba un abrigo largo color crema y tenía el largo pelo rubio que enmarcaba su arrugado rostro moreno.

Era Silvia Cortez, Secretaria de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América.

FILIO AMOROSA, 2042

Filio se inclinó sobre el oscuro hueco que conducía a la nave de Hortat, buscando una escalera o cualquier cosa que pudieran usar para descender. Pero las paredes eran lisas como el mármol, excepto por algunos arañazos y marcas de quemaduras alrededor del borde superior.

—Maldita sea —murmuró Cassidy y luego la miró—. ¿Cómo se supone que vamos a bajar?

—La gravedad aquí es solo un tercio...

—¡De la Tierra, lo sé! Ya hemos hablado de eso —la interrumpió. Señaló el agujero oscuro—. Sin embargo, son al menos diez metros.

—Si puedo juzgar correctamente, hay mucha arena ahí abajo, y si de alguna manera pudieras bajarme y aguantar hasta que me suelte, entonces son solo ocho metros y… —Filio hizo una pausa.

—¿Qué pasa?

—Acabo de tener un extraño *déja vu* —dijo ella, frunciendo el ceño. Él levantó su muñón—. Oh... pero tenemos que bajar de todos modos. Intentaré frenar la caída con mis brazos y piernas en las paredes. Los guantes deberían soportarlo.

—¿Y si rompes tu traje?

—Probablemente tengas que sacar tus parches, ¿no?

Y antes de que Cassidy pudiera responder, se metió en el agujero y se aferró al borde metálico, abrió las piernas y empujó los pies contra las paredes.

—¡Ve con cuidado!

—Y tú, observa con atención, que eres el siguiente. —Filio evitó agregar, *en caso de que sobreviva sin lesiones*, y se soltó del borde del agujero. La buena noticia fue que pudo frenar su caída y no perdió el control. La mala era que no podía mantener el equilibrio perfecto. Su espalda rebotaba en la pared, lo que provocó que comenzara a manotear.

Gruñendo, trató de ayudarse con las manos, pero se le resbalaban, a pesar de las protuberancias de goma en sus palmas, así que después de unos metros terminó en una especie de posición en cuclillas. Esto colocó sus nalgas en una posición desfavorable como el punto más bajo de su cuerpo. La posición de sus botas ya no creaba ninguna presión útil y lo primero en aterrizar fue su parte trasera. El impacto fue tan doloroso que gritó y de inmediato temió haberse roto algo.

—¿Filio? ¿Estás herida? —preguntó Cassidy ansiosamente por la radio. El frío haz de las luces de su casco se fijó en ella como una luz de escenario no deseada, y ella gimió, rodando hacia un lado, alejándose del montón de arena y de la luz.

Se puso a gatas antes de ponerse de rodillas. Se levantó con cuidado y poco a poco estiró la columna vertebral. Chasqueó un par de veces, pero no sintió dolores agudos, por lo que dedujo que no se había roto nada.

—¿Filio? ¡Filio! —La voz de Cassidy sonaba estridente, y un ruido profundo y rápido que la acompañaba reforzaba esa impresión.

—Sí. No. Quiero decir, no, no estoy herida, creo. Al menos aún puedo caminar.

Dio un paso, retrocedió hacia el haz del foco y, con el rostro distorsionado por el dolor, levantó el pulgar mientras se cubría los ojos con la otra mano.

—¡Es tu turno!

—Joder. Definitivamente caeré hacia adelante por mi gran barriga —se quejó el físico, pero subió a la abertura del pozo sin dudarlo. Sus movimientos parecían bastante inconexos, lo que probablemente se debía a su físico fornido, casi como el de un enano, sumado a la mano que le faltaba.

—Sobre todo trata de no voltearte. Lo mejor es estirar ambos pies hacia atrás contra la pared y empujar hacia adelante con la mano y el codo, para que puedas…

Se oyó un ruido sordo y, de repente, Cassidy yacía junto a sus pies sobre el montón de arena.

—¡Oooh! —gimió.

—Mmm. Supongo que eso también funciona —dijo. El gemido del físico inspiró lástima, lo que hizo que Filio se agachara para ayudarlo. Estaba acostado boca abajo sobre el montón de arena, y sus brazos y piernas estaban abiertos como si alguien lo hubiera aplanado contra el suelo.

—Te ayudaré —le aseguró, girándolo con cuidado sobre su costado. El traje de Cassidy estaba cubierto de arriba a abajo por fino regolito y una fisura cruzaba su visor.

—La veo —dijo, alarmado—. Pero de acuerdo con el sistema de mi traje, la presión y el aire son estables. Aparentemente, no hay fuga.

—Bien. ¿Estás herido?

—No lo sé... No lo creo.

—¿Te duele algo?

Cassidy la miró con las cejas levantadas. *Tienes que estar bromeando*, pensó.

—¿Y bien? ¿Puedes moverte sin ningún dolor agudo o desgarrante? —preguntó ella, manteniendo su cabeza inmóvil en caso

de que su columna cervical estuviera dañada.

Con cuidado, su compañero comenzó a mover la mano izquierda y ambos pies, y luego amplió los movimientos hacia los brazos y las piernas.

—Creo que estoy bien —dijo después de unos momentos. Filio soltó lentamente su casco, se levantó y le ofreció las manos como ayuda. Cassidy, agradecido, las aceptó.

Filio lo puso en pie.

—Ahora ambos nos sentimos como si nos hubiera pateado un caballo. Las mejores circunstancias posibles para explorar la nave espacial de, posiblemente, el ser más malvado que jamás caminara sobre la Tierra —comentó ella con sarcasmo, mirando hacia un pasillo que se inclinaba hacia abajo, tan negro como las sombras que lo llenaban.

—Tienes razón. Parece que todo va cuesta abajo a partir de ahora —dijo Cassidy, señalando el pasaje inclinado—, tanto en sentido literal como metafórico.

—Tal vez debieras haber escondido algunas armas bajo los estúpidos asientos del módulo de transporte —dijo Filio.

Enderezó los hombros antes de dirigirse a las profundidades. Sin previo acuerdo, dirigieron sus cascos, y por lo tanto sus luces, a derecha e izquierda, de modo que las luces se superpusieran ligeramente en el medio e iluminaran la mayor parte posible de las paredes oscuras.

Debido a que se movían poco a poco, las sombras permanecieron estables, ahorrándoles la angustia que podría causar la oscuridad y la estrechez del pasaje, al menos hasta cierto punto, porque ella se sentía todo menos estable. Las cosas empeoraron cuando llegaron a una sección nivelada del pasaje y una nueva sección condujo horizontalmente a la oscuridad.

—¿Porque te paras? —preguntó Cassidy en voz baja, entrecerrando los ojos en una exploración rápida de la oscuridad que los rodeaba.

—¡El túnel de lava! —Extendió una mano y señaló el pasillo. Sus paredes parecían irregulares y porosas, como aquellos túneles de lava en los que habían establecido su base la misión *Mars One*. Al menos eso era lo que parecía en las fotografías.

—No creo que esto sea un túnel de lava.

—Por supuesto no. Pero en la audiencia de la ONU sobre el accidente de nuestra nave, testifiqué que descubrimos el objeto al final de un túnel de lava, en una especie de burbuja ámbar y…

—No me lo digas... te atrajo una luz pulsante —dijo Cassidy en un tono resignado, tragando pesadamente con la mirada clavada al fondo del pasadizo.

Filio levantó a su vez la mirada y ahora ella también la vio: una

cálida luz amarilla en la distancia, que pulsaba alternativamente entre fuerte y débil. En lugar de responder, inhaló temblorosa.

—Joder —gritó Cassidy—. Así es exactamente como encontraste al Enemigo, ¿no es así? Antes de que te permitiera a ti y a tu tripulación volar a la Tierra para estrellarte allí y borrar tu memoria, ¿verdad?

—Sí —susurró ella indignada.

—¿Y qué pasa ahora?

El físico parecía temer la respuesta.

—No lo recuerdo. Recuerdo de las transcripciones de la audiencia que dije algo sobre una burbuja ámbar o algo así, pero nada más —admitió de mala gana, sintiendo que la ira volvía a invadirla. Ira por el hecho de que no podía recordar, aunque sabía que había estado aquí antes. Ira porque no sabía cómo habían muerto sus amigos y camaradas. Nada era más irritante que saber que en algún lugar de su propio cerebro había información almacenada a la que no podía acceder, sin importar cuánto lo intentara.

—Bueno, de todos modos, no hay forma de regresar —dijo al fin Cassidy, e intercambiaron algunas miradas tensas antes de que Filio asintiera y se dirigieran hacia la luz. Parecía atraerla hipnóticamente, y aunque cada parte de ella luchaba por no acercarse, no quedaba otra dirección a donde ir.

—Todo indica que es una trampa —dijo ella, poniendo con cuidado un pie delante del otro como si caminara sobre el hielo quebradizo de un lago congelado.

—Y ya sabemos lo que sucedió la última vez —agregó Cassidy sombríamente.

—Conocemos el resultado, pero no sabemos qué sucedió antes.

—Lo que podría ser aún peor.

—Sí.

—¿Has pensado que podemos estar cometiendo los mismos errores que tú y tus compañeros de tripulación hace tres años?

—¿Errores? —espetó Filio, un poco más fuerte de lo que pretendía. Lo atribuyó al hecho de que se sentía como una caldera de vapor bajo presión que amenazaba con explotar en cualquier momento.

—Lo que quise decir es que posiblemente tomemos las mismas decisiones que conduzcan al mismo resultado —dijo Cassidy en tono de disculpa.

—Con la diferencia de que El Enemigo ya está en la Tierra. Así que no puede estar aquí ahora.

—¿Quién sabe lo que dejó atrás? En cualquier caso, la luz se encendió cuando aparecimos aquí abajo.

—Trataré de comportarme de manera diferente a lo que me dice mi instinto —dijo ella, haciendo una pausa al ver la burbuja ámbar frente a ella como una especie de huevo marrón. Cassidy la miró de

reojo como si tratara de averiguar si estaba bromeando o hablando en serio—. Obviamente, este es el lugar donde encontramos al Enemigo. Pero ¿qué hay en el centro? —preguntó, señalando una sombra en el corazón de la burbuja.

Cassidy volvió a mirar hacia adelante y se inclinó un poco.

—Parece un...

—Un esqueleto.

—Sí —susurró él, mirando hacia atrás como si tratara de ver si alguien los estaba siguiendo. Descubrió numerosos perseguidores en formas de grotescas sombras, a partir de las cuales su cerebro construyó rápidamente fantasmagóricas caras de demonios y depredadores. Dirigió su mirada hacia delante, temblando de cabeza a pies, y luego siguió a Filio, que se había puesto en movimiento.

Cuando solo los separaban unos pocos pasos de la habitación redonda con la burbuja ámbar en su centro, notó que parecía una versión más pequeña de la habitación en la que la Fundación Humana había construido el módulo de transporte. Podría ser una coincidencia, o igual no.

—Es un esqueleto —dijo en voz baja en el micrófono de la radio. Intrigada, miró los largos huesos de los brazos y las piernas, la pelvis ligeramente inclinada y el poderoso cráneo con la prominente cabeza —. Claramente, un Constructor.

—Pero si ese es El Enemigo... ¿Qué trajisteis tú y tus camaradas a la Tierra? —preguntó Cassidy con voz siniestra, cuando un mamparo oscuro cayó repentinamente desde el techo detrás de ellos y los atrapó en la habitación.

Al mismo tiempo, ambos giraron y estiraron sus manos para golpear esta nueva pared, como si desearan que fuera solo una ilusión. Cassidy se estremeció cuando notó su muñón nuevamente, y su esperanza se disolvió de inmediato en maldiciones salvajes; su corazón latía violentamente.

—Esto... no es bueno —comentó sobre su nueva situación. Se volvió hacia la burbuja ámbar. Filio hizo lo mismo y miró al esqueleto, como si de repente pudiera levantarse de su posición fetal y agacharse, listo para saltar en cualquier momento y atacarlos. Pero había algo más que yacía como una sombra en la burbuja.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—¿Qué?

—¡Eso de ahí! —Rodeó la burbuja y se detuvo sorprendida cuando vio un segundo pasillo que conducía a la oscuridad del otro lado.

—Una salida —murmuró Cassidy.

Estaba a punto de correr cuando Filio lo retuvo con una mano extendida sobre su pecho.

—¿Qué?

—Yo también quise correr —respondió ella.

—¿Y bien? Deberíamos hacerlo de inmedia... Ah, te refieres a la otra vez ..., comprendo.

El físico se detuvo y ya no luchó por escapar. Un momento después, saltaron al mismo tiempo cuando se abrió un agujero en el techo sobre la burbuja y un brazo robótico salió disparado. Una larga aguja de un grosor aterrador sobresalía de su extremo y atravesó la burbuja ámbar sin previo aviso. Se dirigió hacia abajo a través del material marrón y perforó el cráneo del fósil antes de que el brazo la extrayera nuevamente.

Más rápido de lo que los ojos de Filio podían seguir el movimiento, la aguja se movió al otro lado de la burbuja. Sin pensarlo, Filio rodeó el huevo de color ámbar y observó cómo el brazo robótico hundía la aguja en un diminuto agujero en el tercio superior de una especie de puerta, una de exactamente tres colocadas a cada lado de la habitación redonda.

—¿Y qué te dice tu instinto ahora? —susurró Cassidy por la radio mientras tiraba de ella ligeramente con la mano sobre su hombro.

Ella cedió de muy buena gana y se retiró con él a la pared opuesta.

—Corre hacia el maldito pasillo y sal de aquí —dijo en confesión, agitando una mano hacia la oscuridad abierta a su izquierda—. Porque todo mi ser se resiste a la idea de quedarme aquí.

—Eso es lo que debemos hacer... —La declaración sonó más como una pregunta de Cassidy, como si aún esperara que ella cambiara de opinión.

—Supongo que sí. —Su lucha por rechazar sus impulsos alimentados por la adrenalina y permanecer aquí le estaba causando a Filio un dolor casi físico. Cada célula de su ser parecía atraída magnéticamente por el pasaje abierto.

—¡Algo está pasando! —gritó Cassidy, y su voz, por lo demás bastante grave, ahora sonaba tan aguda como un silbato.

Como hipnotizada, Filio observó cómo la puerta o cubierta en la que había desaparecido la aguja se levantaba de la pared y un vapor blanco salía del interior detrás de ella. Se extendió por toda la habitación como niebla. Pronto no había nada más que vapor allí, y ni siquiera se podía ver la cubierta.

—Creo que debemos salir ahora —propuso Cassidy.

Filio miró su brazo derecho y notó que él estaba sosteniendo su mano. Una vez más, sintió que había experimentado esto antes, sin poder realmente vincularlo a un recuerdo.

—No —dijo con voz firme, obligándose a sí misma a mirar hacia atrás, al vapor que se disolvía lentamente. Mientras tanto, el brazo robótico aparentemente había desaparecido en el techo, el gris uniforme no delataba ninguna señal de que algo hubiera salido alguna

vez de él.

—¡Un Constructor! —gritó Cassidy, y la mirada de Filio se desvió del techo hacia el vapor, que se había desvanecido muy rápido. En la gran abertura rectangular, apareció el contorno de una figura humanoide. Estaba rodeado por un penetrante resplandor blanco. Su cabeza era mucho más grande de lo que debiera, lo que la llevó a estar de acuerdo con Cassidy a ceder al instinto. Trató de dar otro paso hacia atrás, pero después de unos pocos centímetros chocó con la pared detrás de ella. Estaba tan aterrorizada que una descarga eléctrica de adrenalina fresca se disparó por sus venas.

—¡Espera! —gritó Cassidy. De repente dio un paso adelante.

Filio ya le estaba gritando que se detuviera cuando notó algo extraño. La figura que apenas comenzaba a moverse dentro de la diminuta cámara con forma de ataúd era demasiado pequeña para un Constructor, al menos si todos los Constructores tenían el tamaño de Xinth.

Cuando la figura dio un paso tembloroso hacia adelante, ella y Cassidy retrocedieron al mismo tiempo. Entonces Filio se congeló.

—¿Qué narices...? —comenzó el físico, pero aparentemente le falló el habla a mitad de la frase.

Filio no podía creer lo que estaba viendo. Frotó la visera del casco para limpiarlo y parpadeó hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no había duda de que lo que veían salir de la cámara con forma de ataúd junto a la burbuja ámbar era un hombre con el enorme traje blanco y rojo de la misión *Mars One*. Reconoció las insignias y el casco en forma de V con una visera que siempre había creído, era demasiado pequeña y que tanto había detestado.

Cuando la figura aparentemente perdió el equilibrio y comenzó a caer, Filio, sin pensarlo, corrió hacia adelante y la atrapó. Juntos cayeron de espalda, y ella chocó con su mochila de cerámica contra la burbuja ámbar. Apenas registró el dolor en su espalda. En vez de eso, sintió el peso de la persona que ahora yacía sobre ella.

Filio trató de levantarse.

Cassidy apareció junto a ella y agarró a la figura caída por un brazo para alejarla de ella. Para su sorpresa, el pequeño físico parecía capaz de movilizar una gran cantidad de energía y arrojó al extraño hacia la cámara con una fuerza asombrosa. Se quedó allí, inmóvil.

—¿Estás bien? —preguntó Cassidy enfadado, ayudándola a ponerse de pie.

—Sí... Gracias —susurró, y cerró los ojos con fuerza durante unos segundos para deshacerse de las imágenes de visión doble que la hacían incapaz de reconocer los detalles. Luego ambos se giraron hacia la figura del traje espacial y Filio avanzó un paso.

—¡Espera! —protestó su compañero, pero ella ignoró sus

advertencias y sin prestar atención se arrodilló en el pequeño escalón frente a la cámara, donde la figura colapsada estaba sentada, tendida, como un borracho desmayado al costado de un camino de regreso a casa.

Primero con celeridad y luego vacilante, alcanzó el pecho izquierdo de la figura inconsciente, donde estaba la etiqueta del nombre, bordada. Cuando los delgados guantes de su traje percibieron la sensación familiar de la tela del parche entre sus dedos, se detuvo y cerró los ojos.

—¿Quién es? —preguntó Cassidy por la radio.

En lugar de responder, Filio respiró hondo y levantó la etiqueta con el nombre para poder verla.

—Marks —leyó sin aliento, cayendo hacia atrás como si la hubiera atropellado un autobús.

—¿Marks?

—Heinrich Marks, geofísico de la misión *Mars One* —susurró, y se arrastró hacia atrás a cuatro patas hasta que volvió a chocar con la burbuja ámbar. Miró a su amigo, cuyo visor estaba tan oscuro que no podía reconocer su rostro. No sabía a qué debía temer más: al hecho de que resultara ser un cadáver, un extraterrestre o, de hecho, Heinrich.

—Pero eso es imposible —dijo Cassidy. Luego retiró la figura de la cámara con un gruñido y la dejó en el suelo—. Todos los miembros de la tripulación, excepto tú, murieron en la atmósfera de la Tierra antes de que se estrellara.

—Nunca encontraron sus cuerpos porque se disolvieron en plasma —dijo Filio con voz ronca, ensanchando las fosas nasales como una yegua asustada.

MARTE, 2039

Filio se tambaleaba detrás de Heinrich y el alienígena, con rodillas temblorosas y movimientos inseguros. Deseaba estar tan tranquila y segura como su compañero de tripulación, pero él había perdido la cabeza o le habían lavado el cerebro. En cualquier caso, ya no parecía temer a su "anfitrión" y no mostraba señales de inseguridad.

Lo que más la sorprendía fue la rapidez con la que había sucedido todo. Solo habían pasado unos segundos entre el momento en que el alienígena había pegado la pieza de metal en la frente de Heinrich y el primer discurso emotivo del alemán en nombre del extraterrestre.

—¿A dónde vamos? —siseó a Heinrich, sin apartar la mirada de la espalda del alienígena.

—Hortat nos lleva a su cámara privada.

—¿Por qué?

—Quiere responder a tus preguntas —explicó, sin darse la vuelta. Atravesaron un amplio pasillo donde ella se sintió como una figurita enana en una casa de muñecas demasiado grande para ella, tan altas eran las paredes y los techos. No podía distinguir ninguna puerta y, por lo tanto, quedó aterrorizada cuando la enorme figura musculosa, que caminaba frente a ellos como una roca viva, se detuvo abruptamente. Una puerta rectangular apareció en la pared como si siempre hubiera estado allí.

Hortat se adelantó y Heinrich lo siguió sin dudarlo. Filio se detuvo por un momento y miró a derecha e izquierda por el pasillo, pero solo podía ver unos pocos metros hacia abajo en cualquier dirección, ya que la iluminación, que parecía provenir de todas partes y de ninguna, aparentemente seguía al alienígena y se desvanecía detrás de él.

¿Qué estoy haciendo aquí?, se preguntó, aún sin comprender que todo esto estaba sucediendo en realidad.

La habitación en la que ahora se encontraba tenía la forma de un huevo recostado, excepto que el piso era plano. Cuando entró, habría jurado que las paredes se habían movido para tomar su forma actual, pero sucedió tan rápido que no estaba segura de no haberlo imaginando.

Cuando llegó al centro de la habitación, Hortat se detuvo y cerró los ojos por un momento. El piso cobró vida un segundo después, causando que Filio retrocediera horrorizada. Tres pequeñas columnas se elevaban del material negro sin juntas, como si estuviera compuesto

de algún tipo de líquido muy espeso.

Las tres columnas no tardaron mucho en transformarse, dos de ellas se convirtieron en sillas más pequeñas con respaldos estrechos y la tercera se convirtió en una mucho más grande. Cada silla tenía una sola pata central. Las patas se veían tan frágiles que parecía que inevitablemente se romperían bajo el peso de los asientos. El resto de la habitación permaneció vacío, sin ventanas y sin decoración.

—Siéntate —retumbó la voz del alienígena, y Filio se congeló cuando la voz profunda y vibrante le habló en un alemán fluido y señaló una de las dos sillas más pequeñas. Su pronunciación era un poco extraña porque alargaba las vocales. Sin embargo, excepto esa ligera desviación, hablaba el idioma bastante bien.

—¿Cómo... cómo hiciste eso? —tartamudeó Filio, irritada. Se observó mientras se desplomaba sobre su silla como si todas sus fuerzas la hubieran abandonado.

—Se lo debo a él —respondió Hortat, señalando a su compañero con una de sus garras. Heinrich hizo una reverencia con una sonrisa.

—¿Así de fácil?

—Sí.

Filio negó con la cabeza para ganar algo de tiempo y aceptar el hecho de que el alienígena le estaba hablando en su idioma nativo.

—Yo... No sé qué decir.

—Creo que esto es tan difícil de comprender para mí como para ti —dijo Hortat, moviendo la cabeza en un gesto que ella no entendió y, por lo tanto, interpretó como un asentimiento—. No confías en mí, y lo entiendo. Yo tampoco confío en ti.

—¿No confías en mí? —preguntó, sorprendida.

—No. ¿Por qué debería? Entraste en mi nave y me atacaste. Al mismo tiempo, me salvaste la vida.

—¡Tú atacaste a Heinrich! —Filio olvidó que estaba sentada frente a un coloso color bronce. Luego recordó la habitación con la burbuja de color ámbar y la visión de su camarada indefenso en sus manos.

—Eso no es correcto. Solo estaba... leyendo su mente —dijo Hortat con calma, y el bajo de su voz pareció resonar en ella como un gong.

—¿Y no lo ves como un ataque?

—No.

—¿No crees que alguien más podría ver eso como un ataque?

Hortat la miró con sus ojos negros como si quisiera absorber todo su ser. Luego ladeó la cabeza.

—Entiendo tu punto de vista. Si aceptaras el módulo transversal, podrías entender mucho más rápido.

—¿Te refieres a esa cosa pegada en la frente de Heinrich? —preguntó, negando con la cabeza—. No sé qué le hiciste, pero se está comportando de manera extraña.

—Ciertamente tienes preguntas para mí. Sugiero que las respondamos rápido para que puedas decidir si confías en mí o no.

El extraterrestre cruzó bruscamente las manos sobre su regazo en un gesto casi humano.

—¿Y si elijo no confiar en ti?

—Espero que eso no suceda —fue la respuesta ambigua, y Filio sintió un nudo en la garganta. De pronto, un ambiente amenazador se cernió sobre ellos como un sudario, y se sintió pequeña e indefensa ante el extraterrestre que se alzaba sobre ella como un padre sobre su pequeña hija.

—¿De dónde vienes? —preguntó después de tragar saliva varias veces más. Si estaba en las garras de un extraterrestre, al menos podría tratar de averiguar todo lo posible. Recordaba bien cómo había discutido la paradoja de Fermi con sus camaradas en Darmstadt.

Nunca había ocultado el hecho de que pensaba que el universo era un lugar bastante vacío, sin importar con qué frecuencia otros científicos le mostraran la “ecuación de Drake”. A sus ojos, esa no era una ecuación basada en principios matemáticos, sino un producto de la fantasía, llena de suposiciones y lagunas. Era evidente que se había equivocado y ahora quería saberlo todo.

—Del planeta al que llamas hogar —fue la sorprendente respuesta, y Filio entrecerró los ojos hasta convertirlos en rendijas

—Perdona, ¿de dónde has dicho?

—He dicho que vengo de la Tierra, salí de allí hace unos sesenta y seis millones de años. Aquí en Marte, yo... tuve un accidente.

—¿Eres un ser humano?

—No. Dije que vengo de la Tierra, pero de épocas pasadas. Según mis análisis iniciales, compartimos más del noventa y nueve por ciento de nuestro ADN, pero también compartes alrededor del noventa y ocho por ciento de tu ADN con un cerdo domesticado, por lo que eso no necesariamente significa mucho —dijo Hortat.

La flagrante condescendencia en su declaración hizo que su labio superior se contrajera.

—Entonces, ¿podríamos llamarnos parientes? —posó con una sonrisa forzada.

—Sí.

—Dijiste que te habíamos salvado.

—Descansé en mi cámara de estasis casi todo el tiempo desde que mi nave quedó varada aquí, y el suministro de energía de la vorágine amenazaba con agotarse. Si eso hubiera sucedido, habría muerto a los pocos días.

—¿Qué es una vorágine? —preguntó Filio con curiosidad.

—No lo entenderías —respondió Hortat, haciendo un movimiento desdeñoso con la mano que ella entendió de inmediato.

De nuevo, esa arrogancia, pensó.

Parecía como si fuera parte de su naturaleza esencial, lo que bien podría ser. Optó por ignorar su comportamiento condescendiente y, en cambio, hacer un uso productivo de su tiempo.

—¿Dónde está el resto de tu especie?

—Dado que tu especie no sabe nada de la mía, asumo que no ha regresado.

—¿Regresado?

—Abandonamos la Tierra para colonizar otros sistemas estelares e incluso otras galaxias a través del Espacio Dodecadimensional. Hubo grandes cataclismos climáticos y tectónicos a los que nuestra civilización no habría sobrevivido ilesa. Así que evacuamos el planeta, excepto uno de nosotros que había sido elegido el Guardián del Arca —explicó el alienígena, y su bajo profundo la sacudió como una poderosa ola.

Su aura era tan poderosa que Filio sintió como si una manta húmeda la cubriera. Era un aura de superioridad y poder en cuya esfera de influencia se sentía inferior. No le gustaba la sensación. Una mirada de soslayo a Heinrich le mostró que el geofísico seguía sonriendo satisfecho, como si estuviera meditando.

—¿El Espacio Dodecadimensional? ¿El Arca?

—El Espacio Dodecadimensional no es conocido por vuestra especie. Vosotros conocéis cuatro dimensiones. Tres de ellas se refieren al universo perceptible por vuestros órganos sensoriales y con equivalentes geométricos de altura, longitud y anchura. A la cuarta dimensión os referís como espacio-tiempo. A todas las dimensiones adicionales a estas cuatro las llamáis "hiperespacio".

»Pudimos descifrar ocho dimensiones hiperespaciales que son adecuadas para viajes más rápidos que la luz. Las pruebas iniciales eran prometedoras, pero no podíamos esperar debido a la inminente catástrofe en la Tierra y, con algo de prisa, ... construimos nuestra flota de colonización. Por si acaso fracasábamos, varios miles de embriones fueron congelados en la capital del templo de Antuan, en el corazón de la pirámide Geth. No sé dónde se encuentra después de todos los millones de años de cambios tectónicos, pero seguirá estando allí.

»El sumo sacerdote Xinth se quedó para protegerlos, y de vez en cuando despierta de su estasis para realizar el mantenimiento de las instalaciones. Probablemente lleve ya mucho tiempo muerto. Ha esperado en vano.

Hortat se inclinó ligeramente hacia adelante como un profesor sobre su alumno y Filio instintivamente retrocedió.

El alienígena continuó:

—Nadie sobrevivió al viaje a través del Espacio

Dodecadimensional.

—¿Qué quieres decir? ¿Eres el último de tu especie?

Filio miró a Heinrich, quien, en aparente empatía, había bajado la cabeza y asentía en silencio, como si recordara una experiencia traumática.

—Sí, así es.

Ella quería decir algo, pero volvió a cerrar la boca de manera mecánica. ¿Qué podía decirle a un extraterrestre que era algo así como un antepasado y que le acababa de contar que toda su especie se había extinguido?

—Este Espacio Dodecadimensional —dijo después de un rato, cuando recuperó el habla, y Heinrich se había vuelto inquieto—, ¿qué es exactamente?

—No lo...

—¿Entendería? Eso es asunto mío.

—Por el conocimiento que Heinrich Marks posee, he aprendido que tu especie solo valora las primeras cuatro dimensiones, ignorando por completo los aspectos espirituales y las conexiones metafísicas, porque aún faltan métodos científicos de investigación. Estáis ignorando lo que no entendéis, como si no existiera.

»Es por eso por lo que tú y tus compañeros habéis descartado categóricamente la posibilidad de viajar más rápido que la luz, porque vuestro pensamiento está limitado a las cuatro dimensiones básicas. Las ocho dimensiones adicionales están, en la medida en que pudimos averiguarlo, para servir a la organización de la materia y la energía y sus equivalentes negativos. Detectarlas nos ha abierto el universo.

—¿Te refieres a algo así como campos morfogenéticos? —preguntó Filio sorprendida—. Es solo una pseudociencia.

—Heinrich Marks no estaba familiarizado con este término —dijo Hortat, mirando a su camarada, que se había inclinado y negaba con la cabeza.

—Hubo un científico en la Tierra llamado Sheldrake que postuló que debe haber una especie de campo morfogenético; que hay una red de información sutil que cubre el mundo y que organiza las formas vivas —explicó ella, tratando de recordar el libro que había leído sobre las ideas de Rupert Sheldrake—. Se ha observado que ciertas especies que están separadas espacialmente entre sí, por ejemplo, en diferentes continentes, aprenden las mismas cosas en momentos similares.

»Un ejemplo bien conocido son las poblaciones de monos en África y América del Sur, que aprendieron al mismo tiempo a resolver ciertos acertijos con un palo. Si una comunidad lo aprendía, la otra pronto la seguía sin que se volviera a realizar el experimento.

»Según Rupert Sheldrake, se supone que el campo es global y

organiza el desarrollo de todas las estructuras, ya sean seres vivos, estructuras sociales, físicas, químicas, etc. La epigenética ha hecho que sus teorías vuelvan a ser populares y, de hecho, han sido estudiadas seriamente, especialmente por físicos cuánticos, pero hasta ahora sin resultados.

—Ese humano tenía razón de una manera simple —dijo Hortat. Sacudió un dedo, momento en el que una especie de holograma de la Tierra apareció entre ellos, solo que, en lugar de verse permeable, parecía una enorme bola azul que había surgido de la nada—. Las dimensiones organizativas de la información están en todas partes y forman parte de todo fenómeno perceptible. —La Tierra se volvió permeable y comenzó a fulgurar—. Esta no es una representación exacta, porque estas dimensiones, que Heinrich Marks sin duda llamaría hiperespacio, no pueden representarse según su naturaleza. En cualquier caso, todo ser vivo consciente e inteligente tiene acceso a estas ocho dimensiones generales. Hay un órgano conector.

—El cerebro —dijo Filio de inmediato, y de repente sintió como si estuviera pasando por alto algo.

—Esto es cierto, pero solo durante la duración de su existencia consciente como unidad biológica.

—¿Dices que este hiperespacio es una especie de vida después de la muerte?

—No. Vives como información allí después de tu muerte, pero no tiene nada que ver con tu personalidad o tus recuerdos. Solo la información está incrustada en la estructura como un todo y es imborrable —la corrigió. Abrió la mano.

El globo que flotaba entre ellos explotó de manera tan realista que Filio instintivamente se protegió con sus brazos. Cuando los volvió a bajar, la bola de luz seguía flotando, lo que hizo que ella preguntara:

—¿Y por qué desapareció tu flota?

—No estoy seguro. El viaje en el Espacio Dodecadimensional fue... más peligroso de lo que se pensaba. Lo que experimenté allí fue lo suficientemente perturbador como para no hablar de ello. En cualquier caso, un ser vivo nunca más debe penetrarlo, y es por eso por lo que debes llevarme de regreso a la Tierra.

—¿Llevarte de vuelta a la Tierra? —preguntó Filio, irritada.

Miró a Heinrich, quien ya se había vuelto hacia ella y asentía con fuerza. Sus ojos brillaban.

Como los de un seguidor devoto, pensó. *O los de un loco*.

—Sí. He visto en el cerebro de Heinrich Marks que tienes una nave espacial primitiva que puede llevarme allá.

—Pero ¿por qué? Como has explicado, nuestra especie es demasiado primitiva para penetrar en estas dimensiones en un futuro próximo.

—Geth.

—¿Te refieres a vuestra Arca?

—Sí. Tengo que ir allá y destruir todos los bancos de datos que contengan información sobre el Espacio Dodecadimensional —explicó Hortat, y justo cuando terminó, su cabeza se apartó a un lado como si estuviera mirando algo que ella no podía ver.

—¿Qué pasa?

—Tus camaradas están tratando de demoler el punto de acceso superior con explosivos. No nos queda mucho tiempo. No puedo permitir que causen un daño duradero a esta nave. Debes decidir ahora, Filio Amorosa.

—O me vas a matar, ¿verdad? —preguntó ella, y fue una conclusión neutral e impersonal. En el curso de su conversación, ya se había dado cuenta de su naturaleza. Se sentía como un amo hablando con su perro y rascándolo detrás de una oreja mientras sostenía una jeringa llena de veneno detrás de su espalda para asesinarlo si lo mordía.

—Haré todo lo necesario para asegurar que ningún representante de mi especie o de la tuya vuelva a cometer el error de superar las dimensiones apropiadamente destinadas a ellos. Geth es quizás el lugar más peligroso de toda la Vía Láctea —concluyó Hortat, poniéndose de pie.

Heinrich hizo lo mismo, levantando las manos en un gesto que recordaba a alguien que intenta apaciguar a un animal que gruñe.

—Te ayudaremos —le aseguró al alienígena.

El estómago de Filio comenzó a revolverse de inmediato. Aparentemente, Heinrich sabía algo que ella ignoraba, algo que tenía que ver con su supervivencia inmediata.

—¿Y si planea algo completamente diferente? —le preguntó a su camarada, girando su silla para colocarla entre ella y el gigante, aunque probablemente no sirviera de nada—. Podría contarnos cualquier historia que quisiera para obligarnos a llevarlo a la Tierra. ¿Y luego? ¿Y si tiene planes diferentes una vez que esté allá?

—No es así —dijo Heinrich con certeza, negando con la cabeza con decisión. Se interpuso entre ella y Hortat, que la miraba inmóvil como una estatua. Sus enormes ojos parecían contener una amplitud y profundidad tan inconmensurables que ni siquiera podía imaginar lo que podría estar pasando detrás de ellos.

¿Cómo esperaba comprender sus motivos? Al mismo tiempo, se daba cuenta de que no tenía elección. Él podría matarla en cualquier momento. Después de todo, se encontraba en una especie de sala de transformación que parecía obedecer sus órdenes tácitas. Luego se llevaría a Heinrich, mataría a los demás, o les lavaría el cerebro, y eventualmente regresaría a la Tierra en el *Mars One* y haría lo que

quisiera. *Sea lo que sea*, pensó.

—Está bien, acepto —dijo poco después, asintiendo—. Si podemos proteger a la humanidad de este conocimiento peligroso, debemos hacerlo.

Y te vigilaré, porque en el Mars One sé más que Heinrich, y por lo tanto más que tú, añadió en su pensamiento, esperando que el ser que tenía delante no fuera capaz de leer sus pensamientos de algún modo mágico.

—Bien. Restableceré la conexión de radio —anunció Hortat—. Vuestros cascos están en la otra cámara.

Filio y Heinrich lo siguieron de regreso a la habitación con los dos pilares inclinados a los que habían sido atados, y recuperaron sus cascos.

Hortat hizo un gesto aparentemente condescendiente que parecía expresar permiso para que se los pusieran.

Filio trató de no pensar en su comportamiento mientras se ponía el casco en la cabeza. Cuando el sello se cerró de golpe, se sintió como si estuviera aislada de todo lo que la rodeaba, lo que le dio una ingenua sensación de seguridad.

Respiró hondo.

—Reiniciar —ordenó, y el sistema cobró vida, incluido el enlace de radio.

—Aquí Filio, ¿alguien me escucha? —gritó de inmediato para acallar la estática, sintiendo que las lágrimas resbalaban por sus mejillas cuando Dimitri respondió.

—Joder, ¿eres tú, Filio?

—Por supuesto que sí.

—¡Oh, gracias a Dios! ¡Pensamos que os había pasado algo!

—No, estamos bien —le aseguró, sollozando y tratando de calmar su respiración, que ahora se volvía intermitente, causando que su pecho se agitara. Escuchar la voz de su comandante le devolvió la sensación de realidad, ayudándola a creer que no estaba soñando y que no estaba atrapada en una extraña fantasía. Aparentemente, aún no había perdido la razón, y la voz de Dimitri le proporcionó una conexión con su propia cordura.

—Hemos encontrado algo, Dima —le dijo, luchando por encontrar las palabras—. Hemos encontrado un extraterrestre...

—¿Qué? —la interrumpió tan fuerte que su casco tuvo que reducir el volumen para compensar.

—Es cierto. Es importante que dejes de trabajar en la escotilla de arriba. Y no traigáis armas improvisadas ni nada por el estilo y, sobre todo, no lo ataquéis, ¿de acuerdo?

—¿Qué estás diciendo? ¿Un extraterrestre?

—Sí. —Hortat asintió en su dirección y ella continuó—. Ahora

abrirá la escotilla. Esperad.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

—Director Miller —dijo Silvia Cortez.

Encendió un cigarrillo, el resplandor rojo de la llama hundió las cuencas de sus ojos en profundas sombras y le dio a su rostro un aspecto demoníaco. Dio una calada larga y luego exhaló el humo blanco a través de una estrecha rendija entre sus labios pálidos. —¿Por qué tienes tanta prisa?

—Tengo mis razones —dijo—. ¿Por qué me secuestraste y me ataste?

La secretaria de Seguridad Nacional sonrió y asintió.

—Nunca se pierde la oportunidad de hacer un comentario sarcástico.

—Ese no es un comentario sarcástico —se quejó Miller, mirándola con furia—. Acabas de cometer un crimen.

—Si tú lo dices. —Cortez le hizo un gesto a un hombre con un traje de raya diplomática—. Escanéalos.

—Esta ubicación está protegida de cualquier tipo de señal imaginable, señora. No entra ni sale nada —explicó el hombre. Pero se apresuró a cumplir con su pedido cuando ella lo miró fijamente.

El hombre, flaco y de unos 40 años con las sienes ya canosas, se parecía más a un buen entrenador de fútbol del instituto. Sacó un sensor en forma de barra y comenzó a agitarlo sistemáticamente sobre el cuerpo de Pano. Cuando llegó al bolsillo derecho de su chaqueta, el dispositivo emitió un pitido. Extrajo el pequeño generador de ruido blanco y, como un buscador de perlas que acaba de encontrar una de las codiciadas joyas, levantó el dispositivo entre dos dedos y se lo mostró a la secretaria, quien se lo arrebató de la mano.

Luego continuó con Ágata. Volvió a pitar, cerca de su cadera derecha. Irritada, vio al hombre guardar el detector en el bolsillo antes de usar ambas manos para palpar la tela de su chaqueta. Buscó a tientas hasta que sacó un transmisor que parecía un alfiler de sastre con una cabeza demasiado grande.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó Cortez, negando con la cabeza como una madre decepcionada que acaba de enterarse de que su hijo ha cometido una transgresión muy grave—. Un transmisor direccional. —Hizo una seña a su subordinado, quien le entregó el diminuto dispositivo.

—Oculto en las fibras de su chaqueta, señora.

Ágata miró fijamente la mano de la secretaria que ahora sostenía el transmisor, pero no logró ver el dispositivo. Por el rabillo del ojo, vio que la cabeza de Pano se giraba hacia ella, así que lo miró y negó con la cabeza con perplejidad.

—¿Traes un jodido rastreador? —preguntó Miller a su otro lado.

—No sabía que lo tenía —dijo a la defensiva, meditando si había algo que no recordaba. Por supuesto, cualquiera podría haber escondido el transmisor en su chaqueta mientras estaba en la pirámide; después de todo, había estado tendida en una cama de hospital.

Entonces recordó al mayor Greynert, quien la había empujado de forma tan extraña en el aeródromo cerca de Melbourne cuando pasó el camión cisterna. Recordó la suave presión de su mano izquierda justo por encima de esa cadera, aproximadamente donde el pequeño bolsillo de su chaqueta asomaba por debajo del borde de la chaqueta que había estado usando.

—Que me parta un rayo —susurró en voz baja. Sus pensamientos saltaron al escáner corporal en la terminal privada del aeropuerto JFK a su llegada a Nueva York. Había emitido una alerta en el mismo lugar, pero la seguridad del aeropuerto asumió que había sido causada por el generador de ruido blanco de Pano, que ella llevaba. Su tarjeta de servicio le había permitido continuar sin tener que volver a pasar por el escáner, y el transmisor direccional había pasado desapercibido —. Ese piloto, el mayor Greynert, debió plantarlo —dijo, mirando a Miller, quien la miraba inquisitivamente, y luego a Pano, que parecía perdido en sus pensamientos.

—¿Pero por qué?

—Aparentemente, tu nuevo patrón no confía en ti —dijo la secretaria, dejando caer el transmisor al suelo y aplastándolo con su zapato de tacón alto. Dio otra calada a su cigarrillo.

—Acabas de secuestrar al director del CTD y atacar a dos de mis agentes —interrumpió Miller, en voz baja—. No te saldrás con la tuya.

—Oh, ¿estás seguro, Jenning? —preguntó Cortez con una sonrisa desagradable—. Tengo pruebas de que los dos agentes a los que estás tan ansioso por defender robaron un avión de la Marina estadounidense y secuestraron a los dos pilotos. En mi opinión, ese es un problema bastante grande y que me da todo el derecho de actuar como lo he hecho.

»En lo que a ti concierne, debo asumir complicidad, porque eres su superior inmediato y has supervisado personalmente la investigación. Incluso organizaste su transferencia de Namibia a McMurdo evadiéndome y usando tus conexiones en el Pentágono. Probablemente no necesito recordarte que eso es una violación de las reglas del servicio, ¿verdad?

Con una mirada sombría, el director de CTD, Jenning Miller, la miró fijamente pero no dijo nada.

—Bueno, supongo que lo hemos aclarado. ¿Sargento?

Uno de los soldados con equipo de combate llegó apresuradamente e inclinó levemente su casco sellado en señal de deferencia.

—Asegúrense de que todas las autoridades rodeen esta área. Quiero que todo el personal de la Fundación Humana en el área de Filadelfia sea vigilado. Además, prohíba las operaciones de todas las empresas mercenarias en este distrito. Y tráigame un helicóptero.

—Sí, señora. —El sargento corrió hacia los vehículos.

Cortez le hizo un gesto a sus colegas y ellos también se retiraron para quedarse junto a sus autos. Después de unos momentos, la secretaria se acercó y activó el generador de ruido blanco de Pano.

—Un poco de privacidad, ¿eh?

—¿Tu gente no lo sabe? —preguntó Ágata sorprendida.

—¿No sabe qué?

—Que trabajas para El Enemigo.

—¿Para El Enemigo? —Cortez fingió reír y negó con la cabeza—. ¿Es así como llamas a Hortat? Creo que has estado prestando demasiada atención a la propaganda de los Hijos de Terra.

—Sí, entre otras cosas… y tienen razón.

—Yo no trabajo para nadie. Solo para la seguridad de los Estados Unidos. Lo juré, y cumpliré ese juramento.

Ágata buscó indicios de engaño en el rostro de la mujer mayor, pero no pudo ver nada más que una convicción casi frenética en sus ojos.

—Aparentemente, eso también incluye seguir una agenda propia —dijo Miller, gruñendo.

—Eso incluye —le corrigió Cortez—, la eliminación de un ser manipulador y extremadamente traicionero llamado Xinth, si eso es lo que quieres decir.

Ágata quedó perpleja por un breve momento ante la voluntad de la secretaria de hablar tan libremente sobre Xinth y sus propios motivos.

—No te hagas la sorprendida. Sé que lo encontraste. —Cortez hizo un gesto desdeñoso y encendió otro cigarrillo—. Aún no sé dónde, pero lo sabremos pronto.

—¿Dentro de unas veintidós horas? —preguntó Ágata bruscamente.

—Oh. Así que lo sabes. Aparentemente el director Miller filtró información clasificada. Qué descuidado de su parte —dijo Cortez con un suspiro.

—¿Nos secuestraste solo para una pequeña charla, o quieres algo de nosotros? —La voz de Pano sonaba como papel de lija frotándose.

—Por ambas cosas. —La secretaria exhaló una espesa nube de

humo y apuntó con el cigarro entre dos dedos al Capitano—. En primer lugar, no puedo permitir que incriminéis a la presidenta con vuestras teorías de conspiración.

—¡Estas no son teorías, son hechos! —dijo Ágata suplicante.

Cortez la ignoró.

—En segundo lugar, me diréis el paradero exacto de Xinth.

—Ese nombre no significa nada para nosotros.

—¿Ah, de verdad? —La secretaria se acercó a ella, le separó las piernas y se paró tan cerca de ella que Ágata tuvo que volver la cabeza cuando la cremallera de los pantalones de Cortez le tocó la cara—. Me enteré de que el agente más importante de Hortat te siguió hasta McMurdo y luego desapareció —continuó la mujer, hablando explícitamente a Ágata. Su aliento olía a humo y un aroma fuerte que no podía identificar—. Nadie podría haberlo detenido excepto el mismo Xinth. En su última transmisión, también comentó sobre el hecho de que hay un proyecto secreto de la Fundación Humana en algún lugar tierra adentro cerca del Polo Sur.

—¿De verdad crees que esta estratagema de humillación que estás tratando de aplicarme va a funcionar? —preguntó Ágata con un resoplido de desprecio. Miró a su interrogadora—. Eres directora de departamento no agente de campo. El contacto físico violento y sexualmente degradante solo se recomienda a agentes masculinos en reclusos masculinos. Tal vez deberías investigar.

—¿Así que no te impresiona? —preguntó Cortez, dando un paso atrás antes de levantar una mano y agitarla.

Uno de sus soldados llegó corriendo.

—¿Sí, señora?

—Dispárale a ese sospechoso. —La secretaria señaló a Pano y el soldado sacó su arma reglamentaria.

—¡No! —gritó Ágata cuando el hombre estaba a punto de apretar el gatillo, y Cortez colocó su mano sobre la mano que sujetaba el arma.

—Aparentemente, se requieren los métodos más primitivos para que cooperes.

Ágata miró a Pano, quien tragó saliva y respondió a su mirada con labios temblorosos.

—¡Esa orden es ilegal! —gritó Miller desde su derecha—. Debe desobedecer esa orden, oficial.

—¿Debo matar al tipo? —preguntó el hombre que sostenía el arma. Su rostro estaba oculto detrás de un pasamontañas y un casco. Sus ojos eran pequeños y grises.

—Aún no lo sé —respondió Cortez, volviéndose hacia Ágata nuevamente.

—¿Dónde está Xinth?

—¿Toda tu gente está poseída? —preguntó Ágata, mirando a los hombres que esperaban a una docena de metros junto a los autos mientras trataba de calmar los latidos frenéticos de su corazón.

—¿Poseída? —La secretaria parecía irritada—. ¿De qué estás hablando?

—Del virus de Hortat.

—¿Qué clase de virus?

O la estúpida mujer es la mejor jugadora de póquer del mundo, o no tiene idea, pensó Ágata con frustración.

—¡El virus que Hortat usó para convertirte en su sirviente! —complementó Pano.

La secretaria lo miró como si acabara de volverse loco.

—¿De verdad crees en esas tonterías? Sé de Xinth y de cómo traicionó a Hortat. También sé que Xinth es peligroso y que Hortat es nuestra única salvación de la ruina.

—Oh, ¿y cómo lo sabes? —preguntó Ágata.

—Porque tengo ojos para ver y oídos para oír —respondió la secretaria vagamente. Su voz había adquirido un tono fanático, uno que Ágata había escuchado varias veces durante el interrogatorio de terroristas por motivos religiosos.

—Ella ni siquiera lo sabe —dijo Pano, asombrado—. ¿Sabes siquiera dónde está Hortat? ¿Sabes siquiera sobre los otros poseídos?

—No estoy poseída. Hay personas que saben la verdad y hay quienes eligen ignorarla, como nuestra amada presidenta. —Cortez negó con la cabeza como si estuviera muy frustrada—. Pero no me quedaré de brazos cruzados mientras entrega nuestro país en manos de un extraterrestre y su santurrona organización.

—En serio crees todo eso, ¿no? —preguntó Ágata.

Podía ver que sus posibilidades de mantener una discusión real con la mujer, y mucho menos negociar su liberación, estaban disminuyendo. No se podían hacer compromisos con los locos; es como pedirle peras al olmo.

—Estás tratando de retrasarme —dijo Cortez en un profundo susurro—. No tengo ningún interés en matarte, pero no me queda mucho tiempo. ¡Tengo que saber dónde se esconde Xinth!

—¿Para que puedas instruir a tus compinches de la Marina para que ataquen el lugar correcto? —La voz de Miller estaba cargada de desprecio—. No solo estás traicionando a la presidenta, sino a tu país. ¡Eso es traición, Silvia!

—Nos estoy salvando de la influencia de un extraterrestre asesino —respondió ella—. Cuanto más tiempo tenga para prepararse para nuestro ataque, peor para nosotros. ¡Así que dime ahora mismo dónde se esconde!

Ágata pensó febrilmente en lo que podría hacer. Tiró de sus

esposas y tobillos por enésima vez. Lo único que logró fue que las bridas de plástico de sus ataduras la cortaran más profundo, quemando dolorosamente su carne. Intentó levantarse con su silla, pero aparentemente estaba atornillada al polvoriento suelo.

Indefensa, pensó una y otra vez, y su mente rugía como un oso que se arroja en vano contra las barras de su jaula.

¡Completamente indefensa!

—Sé sensata y dime lo que quiero saber —la presionó Cortez, y luego miró a Pano y a Miller. Ellos le devolvieron la mirada sombría.

Ágata también levantó la vista y vio que la cara de la mujer cambiaba. Se endurecía, y al mismo tiempo mostraba una expresión de arrepentimiento en las comisuras de su boca.

—¡No, no, no! —gritó Ágata cuando entendió, pero ya era demasiado tarde. Cortez le hizo señas a su sargento y este disparó a Miller en la cabeza.

El disparo restalló como un látigo y resonó en las paredes y el techo de chapa ondulada como un mal presagio. Luego siguió un silencio aún más profundo. Ágata quería sollozar o gritar. En vez de eso, solo sintió una pesadez de plomo en el estómago que le impidió cualquier reacción emocional. Miró a su superior, cuyo mentón había caído sobre su pecho. Una fina película de sangre le corría por la frente, pero era bastante pequeña. Cuando su mirada se desvió hacia la parte posterior de su cabeza, se volvió.

—Te odio por obligarme a hacer eso —murmuró la secretaria, y luego le hizo un gesto al sargento para que fuera con Pano. Él obedeció su gesto y ahora sostuvo la pistola en la frente del surtirolés.

El mundo de Ágata comenzó a girar más y más rápido en su cabeza. Vomitó.

—Ahora, ¿dónde se esconde Xinth? ¡Dame las coordenadas!

—No debemos —dijo Pano en voz baja a su lado, y Ágata giró la cabeza en su dirección para mirarlo a los ojos—. Es más importante que nosotros.

—Lo sé —susurró con tristeza—. No eras tan mal compañero.

—Gracias —gruñó, y mostró una sonrisa forzada, aunque ella pudo ver cuánto esfuerzo le costó—. La verdad es que eras insoportable.

Ágata tuvo que reírse involuntariamente por su comentario, y su visión se nubló bajo las lágrimas que corrían por sus mejillas. No sabía cuándo había llorado por última vez. Debió ser en su sexto cumpleaños cuando recibió un panecillo de parte de su ama de casa.

—Hazlo —escuchó decir a la secretaria, y sonó otro disparo.

Un sollozo tan fuerte que temió que le estallaría el pecho se abrió paso a través de su tráquea y salió de su boca como una especie de grito primigenio. No se resistió, no pudo controlar ni siquiera su respiración y todo su cuerpo comenzó a temblar. Un video llenó su

cabeza, reproduciendo la escena de Pano recibiendo un disparo, y casi anhelaba la bala destinada a ella para que todo se detuviera. Todo debía detenerse.

De repente oyó el estampido de otro disparo atravesando el pasillo, luego otro y finalmente un traqueteo. Los gritos estallaron a su alrededor. Los soldados gritaban salvajemente. Luego hubo una detonación que hizo que los oídos de Ágata zumbaran, pero aun así oyó los gritos de dolor de hombres y mujeres moribundos.

Quería abrir los ojos y ver qué había sucedido, pero no podía hacerlo, sus párpados no la obedecían. Sus ojos se negaban a ver el cuerpo de Pano y permanecían tan cerrados que le dolían los músculos faciales.

—¿Ágata?

Le tomó un momento comprender que alguien acababa de susurrar su nombre.

—¿Ágata?

—¿Pa...Pano? —tartamudeó con incredulidad y abrió los ojos. La secretaria yacía inmóvil en el suelo frente a ellos, iluminada por la bombilla parpadeante, al igual que el sargento a su lado. Más atrás, otras figuras sombrías yacían desparramadas alrededor de los vehículos. De entre ellos, figuras enmascaradas que vestían equipos de protección diferente aparecieron.

—¿Estás vivo? —preguntó Ágata con desconcertada incredulidad, luego estalló en una risa llorosa mientras él sonreía, con las fosas nasales dilatadas.

—Creo que sí.

—Me alegro de haber llegado a la fiesta justo a tiempo —intervino una tercera voz. Ágata se dio la vuelta y miró al hombre que se le acercaba desde fuera del brillante reflector. De inmediato lo reconoció. Cualquiera lo hubiera reconocido, esa poderosa figura de piel canela y cráneo calvo. Ese rostro, a la vez carismático y exigente, dominado por una nariz alargada y ligeramente aguileña. Pertenecía a Workai Dalam, el hombre más buscado del planeta y líder de la organización terrorista Hijos de Terra.

—¿Dalam? —preguntó, incrédula, parpadeando para enjugarse las lágrimas.

—Pensé en acceder a una solicitud hecha por mi amigo Luther Karlhammer y vigilaros a ti y a tu socio. —El pakistaní sonrió como si todo fuera una gran broma, lo que inmediatamente enfureció a Ágata.

—Por eso el transmisor —dedujo Pano.

—No sé si debo abrazarte o abofetearte, pero me salvaste la vida, supongo.

—Ni lo digas. —Dalam sacó un cuchillo del cinturón de sus pantalones y fue cortando las ataduras alrededor de sus tobillos, luego

rodeó sus sillas y libderó sus manos.

Cuando Ágata estuvo libre, llevó los brazos al frente y giró los hombros antes de frotarse las muñecas ensangrentadas. El dolor la hizo sisear.

—Vuestra frenética carrera hacia Washington solo podía significar que estabais planeando algo importante, y Luther me aseguró que estáis de nuestro lado —explicó Dalam mientras se colocaba frente a ella nuevamente y guardaba el cuchillo en su vaina.

—No estamos de tu lado —dijo Ágata, negando con la cabeza con decisión—. Tus herramientas son el terrorismo y sembrar el miedo.

Dalam se encogió de hombros, impasible.

—Cada cual tiene sus propios métodos. Entre otras cosas, frustré el complot del Enemigo para enviar a sus agentes a Marte en el *Mars Two*. ¿Tú qué has hecho?

—¿Podemos saltarnos esta pelea infantil, por favor? —pidió Pano mientras se levantaba.

Ágata hizo lo mismo y se miraron durante un largo rato. Sintió ganas de replicar, pero por el rabillo del ojo vio a Dalam y las suprimió. Pano pareció leer sus pensamientos e insinuó una sonrisa.

Al fin se dio la vuelta y miró a la secretaria inerte que yacía a sus pies.

—No veo sangre —dijo.

—Flechas paralizantes tratadas con Neuro-T5 —declaró el terrorista, sonriendo al ver la intriga en sus rostros—. Una secretaria aturdida nos colocará bajo mucha menos presión que una asesinada. Sin embargo, sugeriría que desaparezcamos de aquí. Por cierto, lamento lo de tu director. Hasta donde sabemos, él no era uno de ellos.

Ágata miró el cadáver aún atado de Miller y sintió un profundo pesar en su corazón. Nunca habían sido muy amigos, pero el director siempre había sido honesto y fiable. Que tuviera que morir justo cuando había confiado en ella y la había defendido era una fuente de profunda angustia.

—La policía podrá sacar conclusiones de lo que encuentre aquí, unas que la secretaria no podrá aclarar —dijo ella sombríamente.

—Eso espero —coincidió Dalam, señalando en dirección a las aproximadamente 20 figuras armadas en los vehículos que los esperaban—. Tenemos que irnos. Aparentemente, un helicóptero de Seguridad Nacional está en camino.

Ágata miró a Miller una vez más a modo de disculpa y siguió al alto pakistaní hasta los coches.

Por el camino, Pano la tomó de la mano. En lugar de apartarse instintivamente, ella le devolvió el gesto y le apretó la mano con fuerza.

FILIO AMOROSA, 2042

—¿Lo he matado? —preguntó Cassidy, flexionando nerviosamente su mano mientras cambiaba de una pierna a la otra.

—No, no lo creo —dijo Filio, mirando a su compañero manco, que había retrocedido unos pasos. Parecía deprimido—. Tienes bastante fuerza en ese brazo.

—Yo... Pensé que quería matarte. También creí que era un extraterrestre o algo así.

El físico parecía bastante incómodo. Evitaba su mirada.

—Está bien. No podrías haberlo sabido, y me alegro de que me estés cuidando. Sin embargo, es posible que necesite tu manguito médico.

—Oh, sí, por supuesto —dijo de inmediato, y comenzó a palpar su cuello.

Con cuidado, Filio colocó la cabeza de Heinrich, cubierta por el casco, en el suelo y se levantó para ayudar a Cassidy con el manguito médico.

—Déjalo. O lo dañarás. Tengo que leerlo para saber cuál es tu condición y si podemos quitártelo. Tal vez el perfusor ya no contiene suficiente medicamento.

Seleccionó el dispositivo médico en la pantalla de su casco, se autenticó mediante su voz y recibió los datos.

—Bien, veamos —pensó en voz alta y revisó los datos—. Los analgésicos se han reducido al veinte por ciento. No es de extrañar, con tu dolor. Lorazepam al noventa por ciento. Eso no es asombroso. Tiene una vida media prolongada en la sangre y solo está destinado a combatir el shock. Tu nivel de adrenalina es bajo, lo cual es muy bueno, pero tu nivel de cortisol está por encima de doscientos, a pesar del lorazepam.

—Esa es la hormona del estrés a largo plazo, ¿verdad?

—Correcto. Proteína C reactiva por debajo de los cinco, eso es bueno. No se espera una inflamación aguda por el momento. Plaquetas buenas, leucocitos un poco bajos, pero en el rango normal.

—Entonces, puedes quitarme esta cosa —dijo Cassidy para concluir, señalando el cuerpo inmóvil de Heinrich. Lo habían tendido frente a la cámara de donde había caído—. Creo que él la necesita más que yo. Si empiezo a gritar de nuevo, puedes golpearme en la cabeza y noquearme.

—Muy divertido —resopló ella, correspondiendo a su sonrisa tensa con una negación de cabeza.

—Pero es verdad, así que mejor no perdamos el tiempo.

—Hmm... —Filio miró a Heinrich y se mordió el labio inferior.

—¿Qué?

—¿Será una buena idea?

—¿Qué quieres decir?

—Escucha, todo mi ser me grita que lo despierte de inmediato, pero ¿y si eso no es lo correcto? —preguntó con voz temblorosa. Le costaba un poco de esfuerzo no arrancar de inmediato el manguito del cuello de Cassidy para ponérselo al amigo que había creído muerto durante tres años. Pero una duda lacerante se apoderó de ella, sus garras apresaron sus exuberantes sentimientos sin dejarles posibilidad de escapar.

—Quieres decir, ¿si es una trampa?

—Por supuesto. Estamos aquí en la nave del Constructor Hortat, también llamado El Enemigo. Y, ¿qué es lo primero que sucede cuando nos presentamos? Uno de mis antiguos compañeros de tripulación resucita de entre los muertos. Si eso no es una trampa, no sé qué lo será —explicó, reflexionando por un momento antes de colocarse detrás de Cassidy y usar las dos asas para quitarle el manguito.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, sorprendido.

—Se lo pondré a Heinrich y le haré un análisis de ADN.

—¿Tienes un mapa de ADN en el almacenamiento de tu casco?

—No, no creo que la Fundación Humana tenga uno, pero al menos puedo buscar anomalías si ha cambiado de alguna manera. Tal vez sea solo una ilusión o una especie de maniquí creado por El Enemigo.

—De acuerdo. Creo que tienes razón —acordó Cassidy, asintiendo. Aún sostenía el muñón de su brazo cautelosamente frente a su pecho como un bebé mientras miraba pensativo al astronauta que yacía frente a ellos.

Filio se inclinó junto a Heinrich y lo giró suavemente sobre su costado. A continuación, colocó el manguito médico con el perfusor en la parte inferior de la caja en el puerto de conexión del cuello de su traje y luego se lo puso alrededor del cuello. Afortunadamente, los puertos estándar no habían cambiado en los tres años que habían pasado.

—Iniciar análisis de ADN, sin medicación. Datos vitales y valores sanguíneos —le dijo a la IA, esperando que los primeros datos llegaran después de unos segundos.

—¿Qué ves? —preguntó Cassidy.

—Sus niveles de sangre se ven bien, aunque su presión arterial es un poco baja, como si acabara de despertarse de un sueño. Por lo

demás, todo es normal. Bradicardia leve, pero no es patológica. Es el resultado de su estado físico, al menos el que era antes de que todo esto sucediera. El análisis de ADN aún está en curso.

—¿De verdad crees que no es... él?

—No lo sé —admitió, suspirando—. Deseo tanto que lo sea, aun si apenas puedo pensar en una posible explicación que no sea perturbadora.

—Era tu mejor amigo, ¿no? —Cassidy parecía incómodo con esas palabras.

—Sí. Compartimos lengua materna, cuartos en SETEF y puntos de vista pragmáticos —Filio oscureció un poco su visor porque le daba una sensación de aislamiento, lo que parecía necesario para evitar que derramara lágrimas al pensar en los tiempos previos a la misión *Mars One*.

—Lo siento.

—Oye, no está muerto y tampoco está claro que no sea él, ¿verdad? —siseó con ira repentina.

Cassidy retrocedió como si lo hubiera golpeado.

—No quería sugerir que...

—No hay problema. —Filio le indicó que se hiciera a un lado—. No debí reaccionar tan irritada. Es solo... este lugar.

Hizo un gesto envolvente que incluyó la habitación redonda con la burbuja ámbar, aún dominada por el crepúsculo sombrío que emanaba de su centro.

—Siempre supe que tenía que volver a Marte. Era mucho más que un simple deseo. Era un ardiente anhelo que apenas me dejaba dormir por la noche. Y ahora que lo he conseguido, me doy cuenta de que aquí es exactamente a donde tenía que venir.

—Creo que no lo entiendo —dijo Cassidy, frunciendo el ceño con irritación.

—Puede parecer una locura, pero siento que este lugar exacto me ha estado atrayendo todo el tiempo. Por cierto, me he estado sintiendo así desde que entramos en estas ruinas.

—Mmm.

Filio restauró su visor a la máxima transparencia y miró al físico a la cara.

—Crees que estoy loca, ¿no?

—Bueno —comenzó de mala gana, esquivando su mirada—. No creo que deba descartar algo como la locura. No después de haber viajado a Marte instantáneamente gracias a una máquina diseñada por un extraterrestre, solo para encontrar a uno de tus camaradas. No, no creo que deba albergar dudas sobre lo que veo u oigo.

—Buen punto. Tal vez sea solo una sensación extraña. —Ella hizo un gesto con desdén. Un signo de exclamación apareció en su visor,

parpadeando en verde brillante para llamar su atención, y ella abrió el informe de la IA médica— Mmm...

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Cassidy.

—El informe de ADN está completo. Sin anomalías, excepto por algunos factores de riesgo de enfermedades reumáticas, enfermedad de la glándula tiroides y susceptibilidad a los lipomas. Si fue creado por El Enemigo, es un trabajo impresionante —explicó, luego cerró el informe y se inclinó sobre Heinrich. Su rostro se veía muy tranquilo como si estuviera disfrutando de un sueño relajante.

¿Cuál es tu secreto, Heinrich?, pensó, mirando la pieza de metal en su frente, que al principio creyó era el reflejo de una pequeña fisura en su visor. *¿Qué es esa cosa?*

—Bueno, podemos despertarlo ahora o no. Solo existen estas dos posibilidades, y no tenemos ninguna indicación válida que hable a favor o en contra de alguna de ellas —dijo el físico fornido mientras señalaba a Heinrich con el muñón de su brazo.

—Hay otra posibilidad —dijo ella, señalando con la cabeza hacia el pasillo oscuro al que habían estado tratando de escapar cuando el brazo robótico emergió del techo.

—¿Qué sería...?

—Hay que explorar. Si Heinrich es de hecho parte de una trampa tendida por El Enemigo, es mejor inspeccionar la trampa antes de que la activemos, ¿no crees?

—Si no la hemos activado ya hace un buen rato —dijo sombríamente.

—En ese caso,ya no importaría lo que hagamos —dijo ella, poniéndose de pie.

—Cierto. Entonces vamos.

Tan pronto como llegaron juntos al umbral del pasaje que se adentraba en el interior de la nave, las luces de sus cascos se encendieron y lucharon por disipar la tenaz oscuridad.

—¿Sabes lo que me parece más raro? —preguntó Cassidy mientras estaban allí, vacilando, ninguno de los dos daba el primer paso.

—¿Que desde la entrada solo había un pasaje, y conducía directamente a la cámara donde yace este fósil en la burbuja de ámbar? —preguntó Filio.

Cassidy asintió con vehemencia.

—Sí, y eso no tiene ningún sentido. Nadie construye una nave espacial con un pasaje tan largo y solo una habitación accesible al final. No vi puertas, controles ni nada por el estilo en el camino.

—¿Quieres decir que algo en la nave es extraño, o que no es una nave?

—Ambas cosas, supongo. Para una nave espacial, tal cosa no tiene sentido —dijo Cassidy con certeza.

—Es verdad. Ni siquiera para algún edificio.

—De nuevo tienes razón. Supongo que tendremos que descubrir más —suspiró.

Filio asintió antes de dar el primer paso y, con sus luces tanteando en la oscuridad, se adentró en la nave de Hortat.

El pasaje tenía paredes lisas y se doblaba ligeramente hacia la derecha, por lo que pronto perdieron de vista la luz de la habitación ámbar y se volvieron dependientes de las baterías de los sistemas de sus trajes. No pudieron encontrar ninguna puerta, pasillo o una sola juntura.

—¿No te ha parecido extraño que Xinth no te haya dicho nada sobre cómo funciona el módulo de transporte? —preguntó Filio después de un rato, mientras examinaban minuciosamente las paredes de antracita.

—¿Que si me pareció extraño? Joder, en verdad me molestó. Pero creo que el señor Karlhammer tiene razón.

—¿Razón sobre qué?

—Que el Constructor solo nos transmite tecnologías poco a poco. No somos una especie muy responsable, como se puede ver por el hecho de que hemos usado armas nucleares dos veces. ¿Sabías que, antes de que se lanzaran las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, muchos científicos advirtieron que la explosión de una bomba de fisión nuclear podría provocar una reacción en cadena que encendería la atmósfera de la Tierra y haría que quedara envuelta en llamas? Los que emitieron esas advertencias eran físicos y químicos bien conocidos, no predicadores histéricos del día del juicio final. Sin embargo, fueron ignorados y sus preocupaciones fueron arrojadas por la borda, simplemente para probar esa nueva superarma y enviar una señal al mundo sobre quién era el nuevo poder global indiscutible.

»Esa es mi opinión, y puedo imaginarme a Xinth viendo las cosas de una manera muy similar —susurró Cassidy como si estuviera concentrado en escanear las paredes, aunque ella sabía que era más probable que tuviera miedo de despertar algo indeseable en la oscuridad—. Combustibles fósiles: la gente debió pensar mucho antes sobre el efecto que tenían las emisiones para encontrar nuevas soluciones. Pero el crecimiento económico es más importante que la viabilidad de un ecosistema frágil. Bastante miope, ¿no?

—El progreso no se puede detener. Si algo es posible, lo hacemos.

—Exacto. Somos una especie con insatisfacción crónica, y estamos constantemente impulsados a buscar algo más ambiguo que nos haga felices. La verdad no sabemos qué podría ser. Tal vez un nuevo compartimento de realidad virtual, un coche nuevo, tal vez mejores gafas RA, un viaje a Japón. Y luego, cada vez que hemos obtenido o hemos experimentado esto o aquello, pensamos: “Bueno, ha estado

genial, pero ¿y ahora qué?" El gran Nirvana nunca llega. "*I can get no satisfaction*", Los Rolling Stones ya reconocieron en el siglo pasado esa falta de satisfacción permanente. Gente muy sabia.

—¿No eran drogadictos? —preguntó Filio distraídamente, tocando la pared con una mano. Se imaginó sentir el frío, pero no podría haberlo percibido a través de sus guantes, aunque lo estuviera.

—Sí, y por eso lo sabían. Experimentaron con todas las drogas que querían, consiguieron todas las mujeres que desearon, fueron bendecidos con la celebridad, o maldecidos con ella, según se mire, y crearon obras que durarán toda la eternidad. Si ni siquiera ellos lograron ser completamente felices, debe ser por algo.

—Tienes toda la razón. Si yo fuera Xinth, probablemente no nos habría dejado los planos de un sacacorchos sofisticado. Al final, lo habríamos usado para apuñalar a alguien en el ojo, o nos habría molestado que no pudiéramos ganar dinero con él y lo hubiéramos desechado y contaminado el medio ambiente con él —resopló.

—Solo un poco más de tiempo conmigo en Marte y te convertirás en una verdadera misántropa —se rio Cassidy.

Filio respondió con una sonrisa forzada.

—Estoy empezando a temerlo. Este pasillo parece no tener fin. Según mi podómetro, ya hemos dado más de doscientos pasos.

—Tal vez —dijo el físico, y como no continuó, ella se volvió hacia él y levantó las manos a modo de pregunta.

El visor de Cassidy se oscureció tan pronto como sus luces iluminaron su rostro. En lugar de responder, señaló hacia adelante.

Ella siguió su gesto y, al final de la luz que proyectaban sus cascos, vio una puerta redonda que aparentemente conducía a un nuevo pasillo.

—Oh —fue lo único que consiguió decir.

Después de una breve vacilación, continuaron y al fin entraron en el nuevo pasaje, que parecía actuar como una especie de cruce en T. Desde la derecha, una cálida luz amarilla venía en su dirección y fluyó alrededor de sus piernas como una ola de fotones.

—¡Que me parta un rayo! —maldijo Filio.

—Oye, creo que la expresión es... ¡ME CAGO EN LA PUTA!

Ambos se quedaron allí mirando la burbuja ámbar, en cuyo centro el fósil parecía emitir su propio brillo. Mientras escaneaban visualmente la habitación, vieron a Heinrich a la derecha, acostado exactamente como lo habían dejado.

—Estamos en el mismo pasadizo que seguimos desde la superficie, ¿verdad? —preguntó el físico con incredulidad, sin apenas disimular el mieo en su voz.

—No solo eso. Esa puerta por la que acabamos de pasar no estaba allí cuando llegamos.

—¿Estás segura? ¡Después de todo, estábamos bastante cautivados por ese maldito fósil que teníamos delante!

—Mira las paredes —sugirió Filio, señalando a su vez a la derecha, a la izquierda y arriba.

—Son lisas como el mármol —notó Cassidy, estirando la mano hacia una pared, solo para retirarla como si temiera que tocarla lo quemara—. Sí, ya no parece lava —continuó, dando un paso cauteloso hacia la habitación con la burbuja ámbar.

—Esta nave maldita parece ser una especie de construcción cambiante, y algo está reaccionando constantemente ante nosotros.

—¿Tal vez una especie de IA?

—No sé, pero no me gusta —susurró ella, y luego, siguiendo un impulso, corrió hacia el cuerpo inmóvil de Heinrich.

—¡Oye! —gritó Cassidy en su radio—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Voy a despertarlo!

—¿Qué? Pero no hemos encontrado pruebas de que no sea...

—Exacto —lo interrumpió, y se arrodilló junto a Heinrich—. No tenemos evidencia de nada, y lo único con lo que podemos interactuar es con Heinrich. La alternativa es que, en un futuro no muy lejano, nos quedaremos sin oxígeno y nos asfixiaremos mientras debatimos los pros y los contras.

—¡Mierda! —espetó Cassidy y se pasó la mano y el muñón del brazo por encima del casco como si intentara tirar de su cabello—. Mierda, tienes razón.

Filio seleccionó el manguito médico y le ordenó inyectar un estímulo de dolor. Heinrich se puso de pie de inmediato, como si alguien lo hubiera levantado con hilos invisibles como una marioneta. Ella trastabilló aterrorizada cuando él se volvió en su dirección y miró de un lado a otro entre ella y Cassidy como un animal acorralado. Podía ver sus labios moviéndose detrás de su visor, que ahora estaba claro, como si le estuviera gritando algo.

—No te escucho —señaló ella tocándose la oreja. Luego levantó cuatro dedos—. ¡Canal Cuatro!

—¿Filio? —le gritó Heinrich un momento después, haciéndola estremecer de dolor.

—¿Heinrich? —preguntó con cautela, sin saber si reír o huir para salvar su vida cuando lo escuchó reír felizmente. El geofísico alemán corrió hacia ella y la abrazó antes de que pudiera reaccionar.

—Cielos, me alegro de verte —dijo entre lágrimas, alejándose un poco una vez que la soltó—. ¿Qué clase de traje extraño es ese?

—Pertenece a la Fundación Humana —explicó, como en trance, mientras trataba de ordenar sus sentimientos.

—¿La Fundación Humana? ¿Ahora están volando a Marte?

—Bueno, no exactamente. Solo en cierto modo.

—¡Dios! ¿Qué año es? —preguntó. Luego, miró a Cassidy—. ¿Y quién es ese?

—Este es Cassidy, mi compañero de viaje, y el año es 2042.

—¿Tres años? —Heinrich pareció recibir una bofetada—. *Mein Gott*, no pensé que tomaría tanto tiempo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Heinrich asintió con entusiasmo.

—¿Qué tienes en la frente?

Levantó su dedo índice y señaló el objeto sobre sus cejas.

—¿Eso? Oh, me lo dio Hortat, el dueño de esta nave. Es un extraterrestre... bueno, no, no un completo extraterrestre, porque es de la Tierra, y...

Filio dejó de escucharlo y trastabilló hacia atrás como si el suelo debajo de ella temblara de repente.

—¿Filio? ¿Qué ocurre? ¿Tienes...? —Heinrich no pudo continuar. Aturdida, Filio envió una orden a la IA médica, y Heinrich se derrumbó sin fuerzas en el suelo.

—Joder —exclamó Cassidy, saltando a su lado mientras sus piernas amenazaban con ceder.

—Él es uno de ellos, Cassidy —explicó.

—Yo… eso parece, sí, pero… ¿por qué nos lo dijo con tanta franqueza?

—Tal vez porque sabe que no hay escapatoria para nosotros.

El físico miró a su alrededor y luego se estremeció.

—¿Qué debemos hacer ahora?

—No lo sé —admitió.

Él la sostuvo mientras ella se deslizaba hasta el suelo y se apoyaba en la pared. Junto a ella yacía inconsciente Heinrich, quien parecía volver a dormir plácidamente.

—No lo sé.

MARTE, 2039

No quedaba más de un día para su lanzamiento. Al final resultó que, el encuentro entre Dimitri, Javier, Strickland, Timothy y Hortat sucedió de una manera que ella no esperaba.

Había asumido que Heinrich seguiría siendo el único que voluntariamente permitiría que el alienígena colocara el complemento en su frente. Debió tener sentido para ellos, ya que él se había comportado de manera ansiosa y nerviosa cuando entraron en la nave de Hortat. El miedo puede hacer que las personas sean perceptivas, pero, con la misma frecuencia, puede volverlas imprudentes.

Al final, lo que ocurrió contrastaba con lo que ella había supuesto. Dimitri se había mostrado casi reverente y había parloteado sobre cómo siempre había sabido algo sobre los Constructores. Aparentemente, hubo un arqueólogo llamado Dan Jackson, famoso entre los interesados en su disciplina, que había postulado que una especie de "primer ser humano" había existido hace muchos millones de años.

Como resultado, Dimitri fue asombrosamente cualquier cosa menos cauteloso y aceptó muy rápido la oferta de Hortat, que Filio interpretó más como una demanda, de recibir el complemento. Después de eso, todo empeoró, y Dimitri había comenzado a decirles a los demás que todo era verdad y que podían aprender mucho del Constructor.

Como resultado, Timothy hizo lo mismo, y Strickland y Javier tampoco parecieron tener objeciones. Como no habían entendido, o bien ignorado, sus súplicas discretas de sostener una conversación privada, ella no tuvo forma de influir en ellos, y no se atrevió a expresar su desconfianza frente a Hortat. De lo contrario, la neutralizaría sin piedad. De eso estaba segura.

El resultado fue que los demás comenzaron los preparativos para despegar con la nave espacial, que se alzaba como un rascacielos en el lugar de aterrizaje, asegurada por cuatro enormes cuerdas de acero ancladas profundamente en el suelo marciano. No había pensado que volvería a ver la Tierra tan rápido, y aún tenía problemas para creerlo.

Mientras los demás estaban en los dos róveres, viajando entre la nave espacial y la base, Heinrich se acercó a ella en la sala de control, donde monitoreaba la radio y coordinaba los esfuerzos del equipo. Estaba actualizando las listas de equipos cuando él apareció en la puerta del módulo de conexión.

—Ah, Heinrich —dijo ella, indicándole que entrara—. Acabo de clasificar nuestro equipo y provisiones. Solo necesitamos muy pocas cosas para el vuelo de regreso, comida y agua en particular. Y ahorraremos mucho peso de lanzamiento al almacenar mucho equipo aquí para la próxima misión.

—Eso es muy bueno —dijo él, asintiendo distraídamente.

—¿Qué pasa?

—Me quedaré aquí —dijo Heinrich, con los brazos cruzados frente a su pecho. Cerró los ojos por un momento cuando ella comenzó a protestar.

—¡No puedes hablar en serio! ¡No puedes quedarte en Marte! ¿Estás loco? ¡Tomará al menos dos años para la próxima misión!

—Lo sé, lo sé. El tiempo no importará.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿De qué estás hablando?

—Hortat me ofreció la oportunidad de permanecer en su cámara de estasis. Parece ser bastante fácil de reprogramar, porque nuestro material genético es muy similar, y el soporte vital para mí requiere mucha menos energía que para un Constructor —explicó, y Filio puso los ojos en blanco.

—¿Constructor? Estás empezando a actuar como Dimitri —dijo, resoplando con desprecio.

—Porque ya hay un nombre para ellos. El tal Jackson obviamente tenía razón con sus hipótesis. ¿Por qué deberíamos pretender que no?

—¡Porque es muy descabellado! —siseó ella, mirando con preocupación más allá de Heinrich para asegurarse de que nadie estaba escuchando, a pesar de que podía ver por las cámaras que Hortat y Timothy estaban en el *Mars One* y los demás estaban en los róveres de viaje.

Heinrich dio un paso hacia ella y luego se detuvo cuando ella resopló y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Escucha. El argumento de Hortat tiene sentido.

—¿Cuál es su argumento, hmm? ¿Que quiere reducir nuestras filas antes de subir a bordo con nosotros?

—Sé que no confías en él. Pero no lo demuestres —la instó de una manera que parecía una súplica—. Su argumento es que enviaremos más misiones a Marte, y también se encontrarán con su nave, una vez que hayan investigado nuestros ordenadores en busca de los datos más recientes. Entonces todo se simplificará una vez que, eh, el Ser de la nave...

—¿El Ser de la nave? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Es… algo así como la IA de la nave. Bueno, no así, pero eso es lo más parecido al Ser. ¡Dios! —exclamó y se agarró el pelo corto con frustración—. Ojalá aceptaras el jodido complemento. Así no sería tan difícil de explicar, y lo entenderías.

—¿Qué entendería? Que tendría un nuevo "Amo", ¿no? ¿Un nuevo dios alienígena? ¿Para que diga y haga exactamente lo que él quiere? No, gracias.

—No tiene nada contra nosotros —le aseguró Heinrich, señalando el pasaje al módulo de conexión detrás de él—. Está allá afuera, integrándonos en un esfuerzo común para salvar tanto a la humanidad como a los últimos de su especie. No tenía que hacer eso. Podría habernos matado a todos porque ya había leído mi cerebro. Entonces, ¿por qué nos llevaría con él, incluyéndote a ti, aunque ni siquiera uses el complemento? ¡Eres un riesgo para él!

—Lo permitió para mantener la apariencia del libre albedrío, de modo que luego pudiera usar esa cosa para unir al resto de ustedes a él lo más rápido posible —respondió ella, señalando la brillante pieza de metal en su frente—. Aparentemente, funcionó.

—¡*Verdammte Scheisse*, Filio! —exclamó Heinrich enfadado, y el hecho de que hubiera abandonado el idioma obligatorio de la misión por el alemán le mostró cuán molesto estaba—. ¿Por qué tienes que ser tan miserablemente pesimista y paranoica?

Filio se levantó y dio un paso hacia él hasta que solo unos centímetros los separaron.

—¡Porque ninguno de vosotros lo es, y uno de nosotros debe usar su mente, sin importar cuán desagradable sea! —dijo con un gruñido.

Heinrich suspiró.

—Puedo ver que no podremos hacerte cambiar de opinión. En cualquier caso, me quedo en la cámara de estasis y estaré aquí cuando lleguen los astronautas en la próxima misión, para que un tal malentendido no vuelva a suceder.

—¿Qué malentendido?

—Hay cinco clones más de Hortat en la cámara de estasis.

—¿Él es un clon? —preguntó, desconcertada.

—Sí. El verdadero Hortat se encuentra en la burbuja conservante en el centro de la habitación.

Filio se dejó caer en su silla como si no pudiera permanecer de pie. Esta nueva información hizo que su cabeza diera vueltas, y de repente sintió como si alguien la hubiera desconectado y le hubiera robado toda su energía.

—¿Pero... cómo?

—Creó los clones antes de morir, en caso de que su especie o alguien más lo encontrara aquí y lo salvara.

—Pero si esta burbuja ámbar es una especie de campo de conservación, ¿por qué se ha convertido en un fósil?

—¿Alguna vez has visto un fósil que tenga carne y piel en sus huesos? —preguntó Heinrich, negando con la cabeza—. La burbuja está diseñada para sobrevivir millones de años sin ningún suministro

de energía. Así es como se conserva su ADN. Sin embargo, los clones necesitan energía, razón por la cual la nave ha desactivado cuatro de las cámaras. Su fósil sirve para algo así como una contingencia. Además, solo una muestra de ADN puede activar los clones. Una especie de medida de seguridad.

—¿Medida de seguridad?

—Sí. Solo el Ser de la nave puede iniciar el proceso. La aguja utilizada para extraer y leer el ADN no es replicable.

—¿Por qué no?

Heinrich negó con la cabeza con compasión.

—No lo entenderías.

—¡Basta de esa mierda! —gruñó furiosa—. Empiezas a sonar tan arrogante como ese Hortat, a quien tanto idolatras.

—Disculpa —dijo Heinrich, suspirando. Era imposible juzgar por su expresión facial si se disculpaba en serio, por lo que Filio decidió no comentar al respecto—. Es solo que las impresiones que me causó fueron muy intensas y, la verdad, tengo miedo del Espacio Dodecadimensional.

—¿Pudiste ver lo que experimentó allí?

—Sí. Fue horrible... Difícil de describir.

—¿Qué pasó?

—No debo...

—¡Heinrich! —espetó ella, sosteniendo su dedo índice debajo de su nariz en señal de advertencia—. Es posible que acabes de conocer a un extraterrestre abominable que puede mostrarte cosas maravillosas, pero nos conocemos desde hace más de dos años y he pasado más tiempo contigo que con cualquier otra persona en esta vida. Por favor, no empieces a estimarlo más que a mí.

—Disculpa —dijo de nuevo, y esta vez su expresión parecía sincera —. Él y una parte de la flota que se dirigía a la Nebulosa de Andrómeda pasaron por el espacio mental.

—¿Espacio mental? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—El Espacio Dodecadimensional. Solo se puede viajar por él usando el poder mental de los navegantes, al menos no puedo pensar en una explicación más precisa para ello. Es difícil ponerlo en palabras. En cualquier caso, entraron al Espacio Dodecadimensional y se encontraron en un mar de nada. No había nada medible allí, pero parecía como si hubiera algo presente que eludía sus instrumentos, y que algo no los quería allí. Los combatía como las células inmunitarias atacan a un virus invasor.

—¿Y qué les pasó?

—Había diez naves en su flota. Cuatro se atacaron entre sí y las demás... cambiaron.

Heinrich parecía retorcerse con cada palabra, como si pronunciar

estas impresiones lo incomodara físicamente.

—¿Qué significa eso, cambiaron? —preguntó Filio, investigando.

—Su forma: los Constructores a bordo. Formas extrañas se materializaron en las naves y los volvieron locos o les hicieron cosas. —Heinrich empezó a vacilar y se llevó una mano a la boca—. Hortat fue el único que encontró el camino de regreso al espacio normal. Regresó a la Tierra para advertir a Xinth y establecer una nueva colonia en Alfa Centauri con la última nave disponible. Era un destino lo suficientemente cercano como para que la cantidad de tiempo necesaria para llegar a él con propulsión sublumínica fuera lo suficientemente corta como para asegurar su supervivencia.

—¿Pero?

—Xinth lo desterró. Consideró a Hortat un traidor que había saboteado su flota. Dijo que Hortat tenía que ser responsable de sus muertes porque él fue el único que regresó. Cuando Hortat le obedeció y se fue, una bomba explotó en el módulo de propulsión de la nave en la que lo encontramos, y se estrelló. Ya conoces el resto de la historia —dijo.

Crispaba los puños cada vez que pronunciaba el nombre Xinth.

—Bueno, parece que el tal Xinth tiene un buen argumento, ¿no? ¿Por qué solo sobrevivió uno de todos esos extraterrestres? ¿Por qué sobrevivió él? —preguntó Filio recelosa, bajando un poco la voz como si el alienígena pudiera escucharla en cualquier lugar y en cualquier momento.

—Él no me mostró eso.

—Oh, qué sorpresa. ¿Y dijo por qué no?

—Porque este misterio es demasiado doloroso para ser revivido. Él debe llevar esta carga solo.

—Oh, por supuesto. Muy práctico —dijo con una voz que rebosaba de ironía, y negó con la cabeza ante tanta fe ingenua. Heinrich parecía tan diferente del hombre que conocía. En los años previos a la misión y durante ella, siempre había mantenido una cabeza fría y analítica, era muy insensible y lógico, y no se comportaba como fanático de una banda.

—Entiendo que sospeches, pero no has visto lo que me ha mostrado.

—¿Lo que te ha mostrado? Exacto. ¿No has notado algo?

—Sí, que no puedes entenderlo porque no lo has experimentado —insistió él, y su mirada se turbó, lo que la lastimó.

—¿No se te ha ocurrido que te ha estado usando y solo te ha mostrado lo que se supone que debes ver? Esta abominable cosa en tu frente —acusó con el dedo el complemento metálico brillante, que parecía una pequeña placa, pero él se retiró antes de que pudiera tocarla—, ¡es una maldita tecnología alienígena!

—Esta conversación no tiene sentido mientras nuestras bases fundamentales de conocimiento sean tan diferentes. Es como discutir contigo sobre el sabor de una manzana cuando nunca has tenido una en la mano, y mucho menos la has comido.

—Una lógica muy conveniente —dijo ella, refunfuñando y mirándolo con furia. Tanta estrechez de miras la enfurecía, y su rabia era alimentada por el hecho de que se preocupaba por él y por los demás. También se sentía cada vez más sola y aislada desde que sus camaradas se habían convertido en fervientes partidarios de Hortat. De repente, los años de trabajo conjunto y la vida que compartieron en la misión más importante de la humanidad parecieron no importar. Era tan hiriente como humillante.

—Me hubiera gustado despedirme de ti en buenos términos, Filio —dijo Heinrich después de una breve pausa, mirando al suelo, antes de respirar hondo y asentir en señal de rendición—. A pesar de todo esto, te recordaré como una buena amiga.

—Aparentemente no estamos en tan buenos términos como con tu nuevo amigo extraterrestre, señor Lavado de cerebro —dijo con un gruñido que hizo que el alemán se apartara de ella como si le hubiera dado un puñetazo, antes de que él se retirara por la puerta con una triste mirada final y desapareciera en el módulo de conexión.

Suspiró, ocultó su rostro entre las manos y supo que tarde o temprano se arrepentiría de sus palabras. Pero no había podido encontrar otras. La ira y la frustración consumieron toda racionalidad.

Así que se quedó allí sentada, meditando sobre su ira, que gradualmente se convirtió en consternación y tristeza, no porque lamentara haber sospechado tanto, sino porque aparentemente no había logrado influir en Heinrich para salvarlo de la influencia del extraterrestre. No se había esforzado lo suficiente y se había dejado intimidar por Hortat. Eso era lo que le hacía sentir una pena que seguramente la perseguiría hasta la tumba.

La cual puede presentarse mucho antes de lo que me gustaría, pensó sombríamente.

El resto de los preparativos fue asombrosamente rápido. Su equipo, en especial Dimitri, trabajó duro para no perder el tiempo. O su creencia en las intenciones de Hortat y, por lo tanto, su urgencia, era inquebrantable, o su lavado de cerebro fue tan intenso y fructífero que ya no atendían a sus propios pensamientos. De cualquier manera, no podía dejar de sentir que este Constructor había establecido una pequeña colonia de hormigas que constaba de seis científicos especialmente capacitados y altamente cualificados que se encontraban entre las mejores mentes de su especie. Ahora, como una hormiga reina, se encontraba en su nave espacial donde sus ocupados trabajadores lo atendían y servían como si de un rey se tratara.

Unas horas más tarde estaba sentada con Dimitri detrás del asiento de Timothy, el piloto. Él era oficialmente el piloto, pero ostentaba este título solo porque era el único que estaba lo suficientemente capacitado para volar manualmente e incluso ejecutaba maniobras difíciles en caso de que fallara la IA de la nave. Sin embargo, debido a los múltiples sistemas redundantes a bordo, eso era extremadamente improbable.

Cuando los propulsores se encendieron, sacudiéndola vigorosamente, gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Apenas pudo oscurecer su visor y apagar manualmente el micrófono con una mano temblorosa antes de comenzar a jadear con sollozos desinhibidos. Esperaba que las vibraciones de la nave espacial disfrazaran sus temblores, y si no fuera así, tendría que aceptarlo. Su embalse emocional se rompió con tanta violencia que ninguna fuerza de voluntad habría sido suficiente para controlarla.

La idea irreal de que, en ese momento, Heinrich se dirigía a la nave de Hortat en uno de los rovers para entrar en estasis era demasiado para ella. Se iba a quedar allí, a millones de kilómetros de la Tierra y de cualquier calor humano.

Lo habían dejado solo, ella con horribles palabras de despedida, los demás con aprobación y sin piedad, porque aparentemente estaban tan convencidos como Heinrich de que estaba haciendo lo correcto.

Cuando oscureció fuera de las diminutas ventanas de la cabina, que apuntaban hacia arriba, y el satélite de Marte, Fobos, fue visible como un pequeño punto gris, se dio cuenta de que no había vuelta atrás. Esta situación era real, y ella regresaba a la Tierra, a remolque de un extraterrestre posiblemente peligroso.

—Intentando establecer contacto por radio con el Control de la Misión —dijo, tan pronto como cambiaron a su curso de regreso programado unas horas más tarde, presionando el botón de comunicaciones en su panel de control virtual.

—No se puede ejecutar este comando. Acceso denegado —informó en su oído EDI, la IA de la nave. Filio miró con incredulidad a Dimitri, que estaba relajado a su lado y, aparentemente, inmerso en su propia pantalla RA.

—Oye, Dima.

Sacudió la cabeza brevemente antes de volverse hacia ella.

—¿Mmm?

—¿Me sacaste del sistema?

—No —dijo con sorpresa, aparentemente confundido.

—Solo quería comunicarme por radio con Control de Misión —dijo, señalando su botón deshabilitado, aunque, por supuesto, solo existía en su campo de visión y él no podía verlo.

—Oh, sí. —Dimitri sonrió—. Sí, lo deshabilité para todos después

de consultar a Hortat.

—¿Se puede saber por qué? —preguntó con suspicacia, involuntariamente contuvo la respiración.

—Bueno, ¿por qué crees? ¡Si los llamamos por radio y les decimos que tenemos un extraterrestre a bordo, no nos dejarán aterrizar!

—Sí, porque hay protocolos de cuarentena que de otra manera violaríamos. ¡Hay una buena razón para eso! —dijo ella, sorprendida de que quisiera ignorar las reglas de la misión.

—¡Protocolos de cuarentena! —repitió él, negando con la cabeza —. Esto es mucho más importante que cualquier protocolo, Filio. Se trata de salvar a toda una especie para que no repita un error que ha acabado con el resto.

—No tenemos certeza. Así como no sabemos que Hortat nos esté diciendo la verdad.

—No es malvado —insistió Dimitri—. Ciertamente no.

—De acuerdo —aceptó ella, tratando de ser paciente, aunque hubiera preferido gritarle con desenfreno hasta que le sangraran los oídos. —Te creo. ¿ok?

—Sí —dijo el ruso feliz y sonrió.

—¿Y si lleva patógenos inofensivos para él que puedan causar una extinción masiva en humanos? Lo mismo sucedió con los incas y los aztecas cuando los conquistadores españoles cruzaron el Atlántico. Ni siquiera es necesario que tenga la intención de causar nuestra destrucción —argumentó.

—¡No te preocupes! Hortat es más inteligente de lo que podemos imaginar, y ciertamente ya ha previsto ese escenario y lo ha juzgado seguro.

—¿Y estás dispuesto a apostar el destino de la humanidad basado solo en esa suposición? —preguntó ella, atónita. Se hundió en su sillón con frustración.

Él asintió con decisión.

—¡No puedes hablar en serio!

—¿Por qué no? ¿No confías en él? —Dimitri la miró con suspicacia y entrecerró los ojos de tal manera que ella apenas pudo verles el blanco.

—Sí. Supongo que tienes razón —mintió, encogiéndose de hombros—. Estoy un poco decaída por lo de Heinrich y todo eso.

Dimitri se relajó de inmediato y amigablemente le dio unas palmaditas en el antebrazo.

—Lo entiendo. Lo superaremos. ¡Juntos!

—Sí, gracias.

¡Fantástico!, pensó.

Filio comenzó a pensar en lo que podría hacer, ahora que sus amigos aparentemente habían perdido todosvla cabeza y se habían

convertido en ciegos seguidores de un extraterrestre que quería ir a la Tierra con desesperación.

Por la razón que fuera.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

Tres furgonetas de reparto blancas estaban aparcadas frente al almacén donde Cortez los había llevado. Dalam los condujo al vehículo del medio, donde se acomodaron en bancos con seis miembros de los Hijos de Terra. Los hombres y mujeres, todos con ojos amenazadores, se quitaron los pasamontañas y los miraron con recelo a ella y a Pano. Algunos lanzaban miradas tan hostiles que temió que pudieran apuntarle con sus rifles de dardos.

—Aparentemente somos muy populares entre ellos —murmuró Pano con sarcasmo.

Ágata no respondió. Había visto a menudo caras como las de estos terroristas y sabía cuándo era mejor no arriesgarse a echar leña al fuego.

El viaje duró unos 15 minutos, durante los cuales notó que su terminal había sido bloqueada. Al cabo de un rato, la puerta trasera se abrió de nuevo y ella y Pano se encontraron en una rampa de estacionamiento subterráneo abandonado.

Workai Dalam estaba frente a una vieja puerta de metal entre dos pilares de hormigón y les hacía señas.

—¡Venid!

Ágata atravesó la vieja puerta, que parecía más bien una reliquia de hierro oxidado, y entró en un largo pasillo con luces parpadeantes y olor a moho húmedo y tierra.

—Id hasta la parte de atrás —instruyó Dalam.

Al comentar sobre la atmósfera opresiva, Pano dijo detrás de ella:

—Esto me alarmaría si no nos hubieras rescatado.

—Como terrorista, no puedes elegir una suite en un momento en que los baños públicos son los únicos lugares que no tienen cámaras de vigilancia —respondió Dalam.

Al final del pasillo había una pequeña habitación cuadrada con otra puerta. En ese espacio tan confinado había una mesa de aluminio con cuatro sillas plegables, cuatro armarios llenos de rifles, pistolas y granadas, y un escritorio con gafas RA y una pantalla.

—¡Qué elegancia! —dijo Ágata con sarcasmo.

—Tomad asiento —les pidió Dalam, señalando las dos sillas libres entre ellos y la mesa. Los rodeó para sentarse al otro lado.

—Bueno —dijo ella tan pronto como todos tomaron asiento y cruzaron las manos sobre la fría mesa. Cuando notó que sus dedos aún

temblaban, los ocultó debajo de la mesa—. ¿Por qué estamos hablando en un escondite subterráneo?

—Bueno, si conoces un lugar mejor donde Seguridad Nacional no pueda pillarnos —respondió Dalam, abriendo las manos en un gesto de invitación—, soy todo oídos.

—¡Me estabas rastreando!

—Por suerte para ti, creo. ¿Mmm?

—¿Cuánto tiempo has estado siguiéndonos?

—Desde que salisteis de la pirámide. Hasta cierto punto —declaró tranquilamente el líder terrorista.

Ágata intercambió una mirada apresurada con Pano.

—¿Sabes sobre ella?

—El mayor Greynert me informó. No solo es un piloto de B12, sino también miembro de una célula muy activa de los Hijos de Terra —explicó Dalam con cierta satisfacción.

—¿Qué otra cosa sabes sobre el escondite de Karlhammer? —preguntó Ágata.

—Lo suficiente como para asignar una cantidad importante de mis recursos para protegeros. Somos una organización que mira el panorama general, y desde las sombras arrancamos las malas hierbas que siembra el Enemigo: no ganaríamos nada con contribuir a una confrontación con los Estados Unidos en la Antártida. Luther y sus ejércitos privados tendrán que encargarse de eso. —Dalam hizo una pausa y les guiñó un ojo—. Así que, aposté todas mis fichas por ti y por el Capitano Hofer.

—¿Por qué?

—¿Estás bromeando? Encontrasteis la pirámide, probablemente el lugar más secreto de este planeta, y lo hicisteis en un período de tiempo bastante corto, según veo.

—Tuvimos algo de ayuda —dijo Ágata.

Dalam asintió.

—Te refieres al hombre del traje negro, que estaba en el avión con vosotros. —Hizo una pausa y asintió—. Sí, es verdad. Sin embargo, habéis hecho un buen trabajo y demostrasteis ser muy resistentes. Y no traicionasteis a nadie, ni siquiera con una pistola en la cabeza.

—Tuvimos suerte. —Ágata agitó la mano con desdén.

—Eres demasiado modesta. El mayor Greynert me dijo que incluso pudisteis sabotear el campo de interferencia que se suponía debía mantener al Enemigo alejado de la pirámide. ¿Cómo lo hicisteis?

—Desenterramos un transmisor a unos kilómetros de la montaña —dijo Pano, señalando su oído que aún funcionaba, el cual contenía el audífono anticuado. Ágata trató de impedir que hablara, dándole una patada en el pie, pero él no se dio cuenta o lo descartó como un accidente—. Una vieja pieza de tecnología nos salvó el trasero. Qué

ironía...

—Así es a veces. También usamos mensajeros a pie para nuestros mensajes más importantes.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Ágata con impaciencia.

—Queríais reuniros con la presidenta, ¿no? —Dalam observó a ambos atentamente mientras se miraban el uno al otro—. Escuchad, estoy de vuestro lado. Debemos detener al Enemigo, cueste lo que cueste.

—Ya no importa —dijo Ágata—. Aunque tuviéramos una cita con la presidenta, nuestro acceso a ella murió junto con Miller.

—¿Estás segura? —preguntó Dalam pensativo y sacó su terminal. Hizo algunas entradas rápidas y giró el disco transparente del tamaño de un folleto para que mirara hacia ella. El dispositivo se oscureció y reprodujo un video. Se vio sentada entre Miller, que ya estaba muerto, y Pano en el salón donde los había llevado Cortez. La luz parpadeó levemente, pero se podía identificar fácilmente a la secretaria, así como al sargento que había estado presionando su arma en la cabeza de Pano. La grabación también había capturado la señal con la mano que le hizo Cortez. Luego, ella y el soldado colapsaron repentinamente en el suelo y estalló un tiroteo.

Dalam volvió a guardar la terminal en el bolsillo y esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Esto podría ser suficiente para convencer a la presidenta, ¿no crees?

—Podría funcionar —admitió de mala gana, conmocionada al ver a Miller, muerto a su lado, y al comprender lo cerca que había estado Pano de compartir el mismo destino.

—Pero querrá saber quién nos salvó —argumentó Pano, y la sonrisa de Dalam se desvaneció.

—Lo sé. Para que podáis comunicaros con la presidenta, me rendiré a vosotros. Soy el hombre más buscado del planeta y, junto con el video de evidencia, sin duda aceptará reunirse con vosotros.

—Te llevarán a Guantánamo o a algún sitio parecido, y nunca volverás a ver la luz del día —dijo Ágata con incredulidad.

Despreciaba al terrorista por sus métodos, a pesar de que compartían sus fines, y sentía cierto respeto por él porque había dedicado su vida a la humanidad, quizás de una manera peligrosa, pero había estado luchando durante años por una verdad que nadie había reconocido excepto sus fanáticos seguidores. El hecho de que estuviera dispuesto a sacrificarse voluntariamente por su causa le parecía totalmente congruente, sin embargo, estaba sorprendida por este acto de autosacrificio total de su parte.

—Soy consciente de ello. Desde la existencia más temprana de los Hijos de Terra, me he esforzado por asegurar que nuestra organización

esté descentralizada y no basada en un culto a la personalidad. Lo único que importa es que mantengamos nuestra libertad como especie, en lugar de caer bajo el control de un extraterrestre. Si es necesario que pague el precio para lograr este objetivo, entonces lo haré con total convicción —dijo Dalam con voz firme y sin vacilación en sus ojos—. Aquí están las llaves de un coche. Es el mismo modelo de Tesla en el que conducíais. En el auto, hay esposas y grilletes, un saco negro que podéis poner sobre mi cabeza y el terminal de Miller, que robamos del coche de la secretaria.

Su compañero puso un llavero con el logotipo de Tesla sobre la mesa, deslizó una mano debajo de su chaqueta de cuero y sacó una Glock de la funda de su cadera, que luego arrojó al suelo.

Ágata miró a Pano, quien asintió en silencio y se inclinó para coger el llavero.

—Vamos.

Se levantaron y siguieron a Dalam por el corredor mohoso y maloliente hasta el estacionamiento abandonado, donde estaba aparcado el largo SUV eléctrico. Pano rodeó el capó y se puso al volante. Ágata abrió la puerta del pasajero y encontró el saco, las esposas y los grilletes en el asiento, como había descrito Dalam. Antes de asegurar el acero alrededor de sus muñecas, se detuvo y miró al pakistaní a la cara.

—¿Estás seguro de que esto es lo mejor para ti?

—¿Para mí? Ciertamente no. Pero es la mejor manera de evitar que una flota de oficiales de la Marina poseídos por El Enemigo destruya nuestro futuro. Eso me basta.

Dalam asintió y ella cerró las esposas con algo de pesar. Lo ayudó a sentarse en el asiento trasero, le esposó los tobillos y usó una cadena corta para sujetar las esposas de sus muñecas a las de los tobillos.

—Lo siento —murmuró Ágata.

Luego cerró la puerta, recogió el saco, se subió al asiento del pasajero delantero y se abrochó el cinturón. Cerró la puerta con un suspiro.

Pano condujo dos pisos arriba hasta una salida llena de periódicos viejos y basura. Mientras regresaban a la lluvia de la costa este, Ágata miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaban en un área industrial abandonada, una de las muchas víctimas de la digitalización y la automatización.

Mientras los viejos almacenes y refinerías pasaban a toda prisa por delante de ellos, cogió el terminal de Miller con cierta renuencia y dijo:

—Llama a la presidenta Elisabeth Harris.

Cuando escuchó el tono de llamada, se volvió hacia Dalam y le hizo un gesto con la mano. Él buscó torpemente en el bolsillo de su

chaqueta, sacó su propia terminal y le envió el archivo de video justo cuando ella recibió una señal de conexión.

Escuchó una voz femenina, una que solo había conocido de la televisión.

—Miller, ¿has llegado al punto de encuentro? —Elisabeth Harris sonaba un poco más cálida por teléfono.

—Habla la agente especial Ágata Devenworth —dijo Ágata después de aclararse la garganta.

—¿Devenworth? ¿Dónde está Miller? Este número...

—Disculpe, señora presidenta, el director Miller fue asesinado cuando…

—¿Asesinado?

—Le envío un archivo de video porque ciertamente no me creería si le contara lo que sucedió —dijo Ágata, y luego envió el video que había recibido de Dalam.

Siguió una pausa, luego un sonido que podría haber sido un suspiro enérgico o un jadeo de miedo.

—¿Silvia? —preguntó Harris.

—Sí. Debe reunirse con nosotros según lo planeado, señora presidenta —dijo Ágata con urgencia—. Es una cuestión de seguridad nacional.

—Escuche, agente Devenworth. Haré que mis analistas de datos revisen el archivo de video para verificar su autenticidad e investigaré este asunto. Esto tendrá consecuencias, pero no puedo…

—Señora —la interrumpió Ágata—. Si le entrego a Workai Dalam, ¿aceptaría una reunión personal?

—¿Workai Dalam? ¿De qué está hablando, agente?

Ágata cambió a modo vídeo, sostuvo el terminal entre los dos asientos delanteros y apuntó al líder terrorista, quien hizo una mueca malhumorada y sacudió los grilletes.

—Ven a la Puerta Oeste. Uno de mis hombres os registrará allí y luego os dará acceso. Cuando lleguéis al ala oeste, cuatro de mis hombres del servicio secreto os acompañarán —dijo Harris, y luego colgó.

—¿Aceptó? —preguntó Pano tenso y exhaló con alivio cuando ella asintió.

—Parece que veremos a la presidenta.

—Siempre quise conocerla —murmuró Workai Dalam detrás de ellos.

—Tienes valor. —Pano negó con la cabeza—. ¿Cómo lo haces?

—Si, como yo, hubieras visto un gigante de bronce en las profundidades del Océano Índico y lo hubieras visto hacer que tus buzos cortaran sus propias mangueras de oxígeno, harías cualquier cosa para detenerlo.

—¿De verdad encontraste los restos del Enemigo? —preguntó Ágata, asombrada. Siempre creí que era solo un mito.

—Sí —respondió de inmediato.

—¿Cómo lograste evitar que te matara? He.… experimentado las habilidades de su agente.

—Estaba cerca de los globos de emergencia en ese momento, y uno de ellos debió bloquear su visión —dijo Dalam con voz tensa—. Esos globos se pueden inflar con un cartucho de oxígeno para un ascenso de emergencia, lo cual hice.

—Pero ¿cómo te diste cuenta de que El Enemigo se ha estado infiltrando en gobiernos y autoridades?

—Por la creciente hostilidad hacia la Fundación Humana. Hasta el 39, en principio, solo había partidarios, y muchos fondos estatales para la ayuda al desarrollo se asignaban a la fundación de Luther porque los expertos en políticas sabían que era eficiente. Entonces, de repente, se produjo un cambio, y en varios parlamentos del mundo se formaron grupos que se opusieron con vehemencia a la Fundación Humana, aunque no hubo escándalos que explicaran sus críticas.

»A esto se sumó la especulación generalizada de que Luther constantemente conjuraba novedosas tecnologías milagrosas, como conejos de un sombrero. Es cierto que ningún logro individual fue tan increíble como para creer que era incapaz de hacerlo, pero, aun así, la velocidad a la que producía nuevos inventos los tenía pasmados. Entonces, pensé para mis adentros que, si un extraterrestre vagaba por la Tierra, tal vez había más de ellos.

—¿Fue tan fácil? —preguntó Pano mientras su automóvil viraba hacia la interestatal a Washington y se fusionaba con el tráfico uniforme que se movía en esa dirección.

—Bueno —dijo Dalam—, había un poco más. Supongo que los torturadores de la CIA me sacarán todo a la fuerza.

—No tendrán que hacerlo, porque estás cooperando por tu propia voluntad —dijo Ágata, pero el hombre detrás de ella se rio.

—Me alegra que puedas ver a tu gente a través de lentes color de rosa —dijo—. Me pondrán en una celda oscura solo porque creen que mi historia es una completa mentira o porque también están poseídos por El Enemigo y se alegrarían muchísimo si ocurriera un accidente durante el interrogatorio. Mi viaje terminará en Washington y espero que ambos lo aprovechéis al máximo para que mi sacrificio no sea en vano.

—Tienes mi palabra —le aseguró Ágata.

—Y la mía —agregó Pano.

—Bien. Entonces asegurémonos de que la presidenta mantenga a sus sabuesos alejados de la Antártida. Mi arresto debería darle suficiente impulso político para silenciar a los senadores que rodean a

Roger Danes.

—Pero ¿y si todos los oficiales de la flota están poseídos por El Enemigo?

—No lo creo. Según nuestras estimaciones, quizás el diez por ciento de los empleados del sector público están infectados.

—¿Y si un agente como el hombre del traje negro ha logrado infiltrarse en la flota? —preguntó Ágata.

—Entonces probablemente tengamos un problema que no podamos resolver desde aquí —admitió Dalam. En el espejo retrovisor, podía ver su rostro sombrío, que yacía en su mayor parte en las sombras—. Pero el respaldo de la presidenta será útil de una forma u otra.

FILIO AMOROSA, 2042

Filio y Cassidy miraban la forma inerte de Heinrich como si fuera una bomba que podría explotar en cualquier momento.

—Joder. ¿De verdad dijo Hortat? Ese es el nombre del Enemigo, ¿no?

—Sí. —Filio se había mareado, lo que la obligó a apoyarse en el panel de una cámara de estasis que estaba justo al lado de la de Heinrich, para no caer. Su cabeza daba vueltas como un carrusel que iba cada vez más rápido, lo que le dificultaba ver los detalles.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? Nuestro mayor problema no ha cambiado.

—No lo sé —confesó, sobre todo para sí misma, y aflojó los hombros. Sentía que las ideas se le habían agotado.

—¡Mierda! ¡Agáchate! —gritó Cassidy, y Filio levantó la vista justo a tiempo para ver que el brazo robótico había reaparecido en el techo y estaba hundiendo su larguísima aguja en la burbuja ámbar.

—Está sucediendo de nuevo —dijo ella con voz estridente, metiendo las manos temblorosas en el bolsillo trasero izquierdo, donde guardaba el fragmento de cerámica del escudo térmico del *Mars One*. Se humedeció los labios con tensión y observó el brazo robótico de tres articulaciones y la aguja, que estaba resurgiendo de la burbuja. Luego saltó mecánica y precisamente hacia el pequeño agujero, que estaba ubicado a un brazo de distancia en la cubierta de la cámara de estasis en la que estaba apoyada.

Tan rápido como pudo, metió la pieza de cerámica en la abertura del tamaño de una aguja de tejer, justo cuando la aguja robótica hizo contacto con ella. Apuñaló la obstrucción de cerámica tres o cuatro veces en rápida sucesión, como un pájaro que intenta romper una nuez con el pico, y luego se retiró hacia el techo.

Cuando el brazo hubo desaparecido, Filio exhaló aliviada y extendió la mano para coger el pequeño tubo de espuma programable para reparación de trajes que le tendía Cassidy.

—Buena idea —dijo, presionando el tubo con dos dedos para esparcir una fina película alrededor del fragmento de cerámica.

—Puede que aún haya alguien en la cámara —sugirió Cassidy, mirando con cierta incomodidad los paneles de las cuatro cámaras restantes—. ¿Tal vez tus otros compañeros de tripulación están en el resto de ellas?

—Estoy tratando de no pensar en esa posibilidad. Pero el brazo robótico no ha hecho ningún intento en ninguna de las otras cámaras. Es extraño.

—¿Crees que esta sea la única que contiene a alguien, o algo?

—Basada en lo que ha sucedido hasta ahora, supongo que sí —dijo, asintiendo.

—Pero si el interior de esta nave puede cambiar de forma, ¿por qué no cambia el punto de punción de la aguja a otro lugar? —preguntó Cassidy, mirando hacia el techo, como si eso pudiera suceder en cualquier momento.

—Quizás estas cámaras son entidades estáticas. Si es algo como estasis o un dispositivo médico, sería imprudente o incluso imposible cambiar su forma, ya que existe una necesidad estática de espacio y de cuidado.

—Mmm. Podría ser. ¿Y ahora qué?

—[Habla conmigo] —respondió una voz andrógina que parecía hablar directamente en la cabeza de Filio. Sonaba profunda y precisa, sin altibajos, y no provenía de su radio. La voz en realidad sonaba dentro de ella, como si fuera la suya propia.

—¿Quien está hablando? —preguntó, alejándose de la cubierta de la cámara mientras miraba alrededor con sospecha. Nada había cambiado. El fósil aún emitía ondas pulsantes de luz, las cámaras estaban cerradas excepto la de Heinrich, él seguía tirado en el suelo, y la abertura en el techo aún estaba cerrada.

—[Soy la nave.]

—¿La nave? —preguntó, atónita, sin comprender.

—Oye, ¿con quién estás hablando? —preguntó Cassidy, mirándola con el ceño fruncido.

—[Yo soy la nave] —repitió la voz en su cabeza.

—¿Eres algo así como una inteligencia artificial?

—¿A quién le estás hablando? —preguntó Cassidy mientras daba un paso hacia ella y se esforzaba para llamar su atención.

—No lo sé. A la nave, obviamente.

—¿La nave?

—¿No escuchas la voz?

—¿Qué voz?

—[Fui creada] —respondió la voz.

—¿Por quién? —preguntó ella.

—¿Qué?

—No estoy hablando contigo —le dijo a Cassidy, silenciándolo con un gesto de impaciencia.

— [Fui creada por Xinth.]

—¿Por Xinth? ¿No es esta la nave de Hortat?

—[Eso es correcto. Obedezco los deseos de Hortat, pero tu

pregunta era, ¿quién me creó?] —respondió la voz.

—¿Controlas esta nave? —preguntó Filio, buscando instintivamente alguna fuente física que pudiera asignar a la voz para aliviar la sensación de que estaba perdiendo la cabeza.

—Filio, me estás asustando. ¿De qué cosas estás hablando? ¿Estás escuchando voces? —Cassidy parecía tenso y retrocedió.

—La nave me está hablando y...

—[Yo controlo esta nave, sí.]

—¿Nos trajiste aquí?

—[Sí.]

—¿Por qué?

—[Porque esas fueron mis instrucciones.]

—¿Tus instrucciones? ¿Quién te dio esas instrucciones? ¿Hortat?

Filio le hizo un gesto a Cassidy para que permaneciera en silencio cuando vio que estaba a punto de abrir la boca.

—[Así es.]

—¿Cuáles son esas instrucciones?

—[Se supone que debo dirigir las formas de vida conscientes que entran en la nave al conservatorio.]

—¿Y luego? —preguntó Filio insistentemente.

—[Entonces debo tomar una decisión. Si clasifico estas formas de vida como hostiles o peligrosas, debo asegurarme de que abandonen la nave o eliminarlas para evitar el peligro. Si las clasifico como pacíficas, debo despertar a uno de los clones de Hortat.]

—¿Uno de los clones de Hortat? Esto significa que estas cámaras —dijo Filio, señalando las cubiertas con los pequeños puntos de perforación para la aguja del robot—, ¿contienen clones del Enemigo?

—[No, no del Enemigo, sino de Hortat] —la corrigió la voz con calma.

—Mierda. Hortat está en las otras cámaras —le dijo a Cassidy, quien la miraba como si fuera una curiosidad de la feria.

—¿Cómo lo sabes? ¿La voz siniestra te lo dijo? —preguntó, resoplando y negando con la cabeza—. Tal vez todo ha sido demasiado, lo entiendo. ¿Qué tal si te pones el manguito médico y te revisas? Heinrich no lo necesita en este momento.

—No tengo tiempo para eso ahora —dijo ella con desdén, y miró hacia el techo porque de alguna manera le parecía que la voz venía de allí—. ¿Qué estaba haciendo Heinrich en una de estas cámaras?

—[Después de que tú y Heinrich Marks encontraran esta nave hace unos tres años y le suministraran energía, pude salvar a dos de los clones de Hortat y desperté a uno. Obviamente no eras hostil, no traías armas y eras física y mentalmente inferior a él. Por lo tanto, no representabas ningún peligro. Tus colegas Ellen Strickland, Dimitri Vlachenko, Javier Camarro y Timothy Knowles se pusieron en

contacto con Hortat usando complementos y lo ayudaron en su misión de regresar a la Tierra.]

—¿Mi tripulación llevó al Enemigo a la Tierra? —preguntó Filio con horror, retrocediendo de mala gana.

—[Tu tripulación intentó llevar a Hortat a la Tierra] —la corrigió la voz con paciencia.

—¡Eso es una mentira! —gritó Filio.

—[Yo no miento. Se me ha ordenado darte respuestas honestas a todas las preguntas, siempre que dichas respuestas no supongan una amenaza para Hortat, esta nave o su especie] —la corrigió la voz.

—Obedeces a Hortat. Así que, ¿te ordenó que me dieras respuestas? —la recriminó Filio.

—[Eso es correcto.]

—Entonces, ¿él sabía que iba a venir?

—¿Quién lo sabía? Filio, ¿quién lo sabía? —preguntó Cassidy para llamar su atención. Cuando ella trató de alejarlo nuevamente, él la agarró por el hombro con la mano y tiró de ella, de modo que tuviera que mirarlo a la cara—. Estoy empezando a preocuparme de que hayas perdido la razón. ¿Con quién estás hablando, maldita sea?

—¡Con la estúpida nave! —le gritó, y sintió que una avalancha de tensión sepultaba a su compañero, quien comenzó a parpadear irritado—. ¡Y ahora deja de molestarme, carajo, para que pueda averiguar qué narices está pasando aquí!

—[Detecto violencia en ti, Filio Amorosa.]

—¡No me digas! —refunfuñó.

—¿Qué?

—¡No tú! —dijo Filio con un gruñido de frustración y se liberó del agarre de Cassidy antes de comenzar de nuevo—. ¿Hortat sabía que iba a venir?

—[Sí. Sembró en ti el deseo de volver aquí.]

—¡No! ¡Quería volver para averiguar qué le pasó a mi tripulación... mis amigos! —dijo Filio con vehemente insistencia.

—[Sí, puedo ver que eso es lo que piensas. Sin embargo, es un concepto erróneo, no más que una estrategia de tu sistema neuronal para dar una explicación a una anomalía.]

—¿Una anomalía? ¿Qué quieres decir?

—[Una anomalía relativa al Micrófago Veintiuno. Con él, Hortat plantó este deseo en ti. Me lo enseñó cuando ya estabas de camino a la Tierra.]

—¿Micrófago? ¿Te refieres a esos microorganismos que la Fundación Humana ha desarrollado y ahora está usando como tratamientos médicos?

—[Algo parecido. El Micrófago Veintiuno fue desarrollado por Hortat. Lo llevó a la Tierra.]

—¿Qué hace este micrófago?

—[Se adhiere a las proteínas y las cambia de acuerdo con sus instrucciones.]

—Como un virus —dijo Filio.

—[Esa es una buena comparación] —convino la nave.

—¿Y ayudé a llevar a Hortat y a ese micrófago a la Tierra? ¡No lo creo!

—[No. Fuiste la única de tu equipo que se negó a ayudar a Hortat. También rechazaste el complemento.]

—Pero volé con ellos y no les impedí que lo hicieran.

—[Eso es correcto, sí.]

—¿Por qué no? ¿Por qué no los detuve? ¿Y por qué Hortat me dejó subir a bordo si no quería ayudarlo?

—[No tengo una respuesta para esa pregunta.]

—¿No tienes una, o no quieres dármela? —exigió Filio, furiosa.

He estado aquí antes, pensó frenéticamente, tratando de acostumbrarse a la posibilidad de haber sabido todo, aunque nada de esto le parecía familiar en lo más mínimo. No podía recordarlo, sin importar cuánto lo intentara.

—[Puedo liberarte de la pérdida de memoria que te ha causado el micrófago.]

—¿Que puedes hacer qué? —preguntó Filio con incredulidad, y de repente sintió un hormigueo de excitación extendiéndose por todo su cuerpo.

—[El micrófago ha bloqueado las zonas del cerebro que almacenaron los recuerdos de tu estancia en Marte y del vuelo de regreso. Puedo revertir este efecto al emplear una nueva infusión del Micrófago Veintiuno con las instrucciones apropiadas. Entonces recordarás todo.]

—Yo… —Filio tragó saliva.

No había nada en el mundo que deseara más que eso. El impulso de llenar los vacíos de memoria que la habían atormentado tan terriblemente durante años y habían destruido su vida y la vida de otras personas, era inmensamente poderoso. Aunque sabía que no debía ser así. Si el plan de Hortat era que ella regresara, entonces todo esto era parte de su plan, y ella caería en su juego.

Pero una voz suave en la parte posterior de su cabeza reforzó ese deseo posiblemente falaz al susurrarle que algo real, algo que le pertenecía solo a ella, lo aprobaba todo. No entendía el cómo ni el por qué, pero entendía el impulso y no tenía con qué combatirlo. Era tan imposible como que un trozo de madera flotara río arriba contra la corriente de un río embravecido.

—Está bien.

—[Sigue el pasillo. Crearé una abertura a la izquierda que te

llevará a una habitación donde podemos realizar el procedimiento.]

—¿Qué está bien? —la interrumpió Cassidy otra vez y se interpuso en su camino mientras ella pasaba junto a él—. ¡Háblame, Filio! ¿Qué quieres decir con eso?

—¡La nave puede restaurar mis recuerdos! —dijo, tan impaciente que hubiera preferido correr para no perder más tiempo.

—Bien, supongamos que no creo que hayas perdido el juicio. ¿Tus recuerdos? ¿Cómo? ¿Y por qué?

—Hortat bloqueó mis recuerdos, pero le dijo a su nave que los liberara si regresaba aquí —explicó Filio como si no hablara de nada especial.

—¿Hortat? ¿El Enemigo? Aunque creyera todo esto, solo estarías haciendo exactamente lo que él quería. ¿Crees que es una buena idea?

—No me importa —vociferó, e incluso consideró atacar a Cassidy para que ya no pudiera interponerse entre ella y su objetivo. Apenas pudo disuadirse de ello, aunque le resultó difícil.

En vez de eso, se volvió hacia la voz.

—Háblale para que no crea que me he vuelto loca, ¿de acuerdo?

Filio miró al físico e hizo un gesto de impaciencia como diciendo, "¿lo ves?", pero él solo negó con la cabeza.

—No hay voz, Filio.

Parecía angustiado cuando las palabras salieron de su boca y sonaron en su casco.

—Oye, ¿por qué no hablas con él?

—[Porque esa no es una de mis instrucciones. Solo debo hablar contigo. Y con Heinrich Marks, pero lo has... incapacitado. Hablar contigo era una medida de emergencia si no podía hablar con Heinrich Marks.]

—Solo me habla a mí —le dijo Filio a Cassidy, empujándolo.

—Por supuesto, qué práctico. ¡La voz solo te habla a ti!

Filio lo ignoró y siguió adelante, pero justo cuando estaba a punto de empezar a correr, algo golpeó sus piernas y la hizo caer. Cuando aterrizó en el suelo, una profunda fisura cruzó su visor. Se había caído justo al lado de Heinrich y lo miraba aturdida a la cara, que parecía tan pacífica y tranquila.

Cassidy saltó sobre su espalda, agarró su brazo izquierdo y lo torció detrás de su espalda.

—¡Déjame! —gritó con furia, y comenzó a retorcerse como una anguila.

—No puedo permitir que hagas algo estúpido —dijo el físico en tono de disculpa, pero sin aflojar su control—. No estás en tus cabales, Filio. Has caído bajo la influencia de este lugar o del Enemigo, y me lo agradecerás después.

—¡No entiendes! —gritó ella, fuera de sí por miedo a no saber lo

que su cerebro le había ocultado durante tanto tiempo.

—Creo que soy el único de nosotros que aún entiende —rebatió, separando sus piernas con los pies para que ella apenas pudiera hacer palanca para ponerse de espaldas.

Actuando por reflejo, agarró el cuello de Heinrich con la mano derecha libre y aflojó el manguito médico, luego giró la cadera con una especie de grito primitivo y, utilizando el pie derecho liberado, se arrojó sobre Cassidy.

Antes de que su chillido de sorpresa llenara su casco, apretó el manguito en el conector de su cuello y le gritó a la IA médica:

—¡Sedación completa!

El físico se quedó dormido al instante y, mientras caía a un lado, Filio lo atrapó para que su visor ya maltrecho no se rompiera.

—Lo siento —murmuró, y pasó por encima de su cuerpo inerte, que ahora yacía junto al de Heinrich.

Buscó cualquier rastro de conciencia culpable, pero no pudo encontrarlo en ninguna parte, con respecto a Cassidy. Aunque entendía su reacción y podría haber actuado de manera similar en su lugar, no podía permitir que le impidiera encontrar sus respuestas. ¿Era eso egoísta y miope? Tal vez sí, si fuera honesta, pero no iba a sofocarse lentamente en este lugar. De todos modos, si era una trampa en la que habían tropezado sin darse cuenta, ya era demasiado tarde. Estaban rodeados por una nave que podía cambiar la forma de su interior como mejor le pareciera. No tenían armas, y mucho menos herramientas, y sí un suministro limitado de oxígeno.

—[Solo sigue el pasillo y luego ve a la izquierda] —dijo la voz que hablaba en su cabeza.

Filio miró hacia arriba y vio la abertura oscura que se llenó de una luz cálida como si el sol acabara de salir. Sin dudarlo, echó a correr y escuchó el eco de sus propias botas como una especie de repiqueteo que vibraba en su casco. En el portal entre la cámara de conservación y el pasillo, se detuvo de nuevo y miró a Heinrich y Cassidy. Yacían allí como dos muertos, muertos de los que ella era responsable.

—Lo siento —murmuró de nuevo. Siguió corriendo hasta que, después de unos metros, apareció una abertura en la pared a su izquierda. El material de color antracita se separó como un líquido magnético, y allí estaba, un pasillo como si siempre hubiera estado allí.

Cuando Filio entró, vio dos pilares largos que crecían oblicuamente hacia arriba desde un rincón oscuro. Se detuvo. No podía ver ninguna pared, ni siquiera un techo, porque solo había un rayo de luz que brillaba desde arriba sobre el suelo, iluminando un área circular. La luz era suficiente para hacer visibles los dos pilares inclinados.

—[Colócate frente al pilar izquierdo.]

Filio hizo lo que le dijo y se acomodó para ponerse de espaldas al pilar y poder ver la luz que sus sentimientos ahora percibían como una nueva fuente de la voz.

De repente, su cuerpo comenzó a vibrar, y fue atraída hacia arriba y hacia atrás hasta que quedó pegada al pilar como una piel de animal estirada. Tenía los brazos y las piernas doblados hacia atrás y la cabeza inclinada hacia abajo.

—Oye, ¿qué está pasando?

—[Esta parte no es muy agradable. Pero terminará muy rápido.]

Filio sintió como si algo le estuviera haciendo cosquillas en el cuello, luego algo penetró en su traje y serpenteó a lo largo de su cuello, como un gusano viscoso. Gruñó y apretó los dientes, como lo había hecho tantas veces, y solo gritó cuando dos formas parecidas a gusanos entraron a sus fosas nasales. Sentía como si algo estuviera perforando la parte posterior de su cavidad nasal y dentro de su cerebro. Luego todo terminó de repente y los gusanos se retiraron.

Filio jadeó y abrió los ojos.

—[¿Cómo te sientes?] —dijo la voz en su cabeza.

—Lo recuerdo —susurró Filio y comenzó a llorar lágrimas silenciosas cuando las imágenes y los sentimientos regresaron y se insertaron en su mente como piezas perdidas de un rompecabezas—. Lo recuerdo todo.

MARTE, 2039

El viaje de regreso había durado cuatro meses cuando al fin pasaron junto a la Luna. El disco blanco mate no parecía mucho más grande que una pelota de béisbol en la ventana, y apenas podía distinguirse entre las estrellas circundantes. La visión despertó en Filio un profundo anhelo de hogar que nunca antes había sentido. Quería acurrucarse en el regazo de alguien, o algo parecido, y llorar, para luego dormir durante una semana.

Sin embargo, había sacrificado todo en su vida por su avance social y profesional. Quería ser la número uno, lograr sus objetivos más apremiantes y, gracias a su fuerza de voluntad y perseverancia, había ascendido como un cohete, aunque con sus gases de escape quemara todo lo que podría haberse interpuesto en el camino: amistades, relaciones, costumbres, rituales, pertenencia, todo lo que podía hacer que una persona se sintiera feliz y segura.

Se había sentido muy mal cuando, dos semanas después del despegue, tuvo una fiebre muy alta y ni siquiera tuvo la oportunidad de disfrutar de la compañía de sus compañeros de tripulación, la quisieran o no. Durante dos noches su enfermedad había sido tan virulenta que ya no pudo distinguir sus sueños febriles de la realidad. En algún momento, aparentemente alguien le había puesto un manguito médico. Los medicamentos que recibió entonces la pusieron en el camino de la recuperación después de que las drogas más ligeras no hubieran funcionado.

Nunca había sido más consciente del dilema que planteaban sus opciones de vida que en los últimos cuatro meses. Durante el proceso de selección, no había tenido tiempo de pensar en nada de eso, porque solo había vivido para pasar sus pruebas. Durante su formación, sus pensamientos se dedicaron exclusivamente a perfeccionar su trabajo y demostrar su valor como parte de su equipo.

Luego, durante el vuelo de ida, y en Marte mismo, hubo tanto trabajo, y estaba tan excitada, que los estados de ánimo depresivos que estaba experimentando ahora no tuvieron oportunidad de manifestarse. Además, la cohesión del equipo la había animado y, por primera vez en mucho, mucho tiempo, había disfrutado de verdaderas amistades con sus semejantes. Paradójicamente, necesitó volar hasta Marte para lograr algo común para la mayoría de las personas en la Tierra.

Suspiró en el asiento del primer oficial y quiso cerrar los ojos por un momento cuando una alarma resonó en la nave.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó en voz alta, inclinándose hacia Timothy.

Ambos estaban de guardia y se suponía que despertarían a los demás en aproximadamente una hora. Sin embargo, estaba segura de que ya estaban despiertos. La maniobra de frenado ya había comenzado, lo que provocaba cierta microgravedad, algo que ella encontraba desagradable. Al mismo tiempo, era consciente de que entrar en la atmósfera de la Tierra le causaría un malestar mucho más severo que las leves náuseas que sentía ahora.

—Hay algunos daños en uno de los sellos de cerámica. Aparentemente, un conducto de nitrógeno explotó, lo que hizo estallar los pernos del sello como balas de un arma —explicó Timothy, que desconectó la alarma—. Parece que Javier tendrá que salir y repararlo. Esto retrasará un poco nuestro regreso.

—Más horas durante las cuales tendremos que ignorar las repetidas transmisiones del Control de la Misión y casi todos los satélites que no estén dirigidos hacia la Tierra —suspiró, invocando los datos vitales de Javier en su tableta, una medida práctica que estaba autorizada a realizar en cualquier momento como médica de a bordo.

A juzgar por su ritmo cardíaco, la alarma en sí misma no había podido despertarlo, probablemente debido a las altas dosis de analgésicos antiinflamatorios que circulaban en su torrente sanguíneo. Ella le había recetado este medicamento porque había estado sufriendo síntomas de resfriado durante varios días. Aunque parecía estar recuperándose, no estaba en condiciones que le permitieran realizar actividad extravehicular.

—Podemos olvidarnos de Javier. Tiene suficiente ibuprofeno en la sangre como para dormir durante todo el reingreso —dijo, suspirando. Sabía lo que eso significaba.

—Parece, entonces, que es tu día de suerte —dijo Timothy, volviéndose hacia ella. Se encogió de hombros con una sonrisa—. Que te diviertas allá afuera.

—Gracias —murmuró con sarcasmo, con una expresión de angustia. La verdad, estaba completamente de acuerdo con el hecho de que ella, como ingeniera, era superada solo por el ingeniero de mantenimiento cuando se trataba de operaciones de reparación en el vacío. Había estado esperando esa oportunidad durante las últimas cuatro semanas mientras los demás apenas le hablaban.

Estaban demasiado ocupados escuchando a Hortat, quien les hablaba a menudo en su extraño lenguaje y aparentemente les había contado sus planes para encontrar la pirámide Geth. Sus antiguos amigos y compañeros de trabajo, a quienes ya no reconocía, seguían

siendo amables con ella, aunque les molestaba que siguiera rechazando el complemento.

Las cosas empeoraron notablemente cuando, un día después de despegar de Marte, se puso en contacto con el Centro de Control secundario en Viena para informarles del descubrimiento de un objeto. Strickland la había pillado e inmediatamente cortó la conexión. A partir de ese momento, a Filio no se le había permitido tomar un turno de guardia sola, y había quedado más aislada que nunca.

Sabía que lo único que le había salvado la vida era que no había proporcionado ningún detalle en la transmisión, ya que no había sido más específica que "un objeto". Desde entonces se había convertido en una completa extraña, y los demás se lo recordaban en cada oportunidad. Parecía que el extraterrestre tenía prioridad sobre una amiga con la que habían entrenado, vivido y trabajado durante años, y ella tuvo que aprender a sobrellevarlo.

El problema fue que en algún momento ya no pudo encontrar nada con lo que distraerse. Ya había revisado toda la biblioteca de la nave, incluidos todos los audiolibros y películas, mientras los demás buscaban en las bases de datos y consideraban el posible paradero de esta ominosa pirámide llamada Geth, supuestamente oculta en algún lugar de la Tierra y de alguna manera no descubierta durante millones de años.

Ella pensaba que era ridículo, pero el resto de sus compañeros de tripulación no parecían interesados en ningún otro tema. En ese momento, estuvo completamente convencida de que no estaba equivocada al creer que todos habían perdido la cabeza... por un extraterrestre.

A partir de entonces, se había comportado con calma, evitando cualquier confrontación y concentrándose en evitar a los demás tanto como fuera posible. No quería arriesgarse a que alguien la viera como un peligro y posiblemente considerara la necesidad de eliminarla como una amenaza para su nueva y sagrada misión.

—Dile a Dima cuál es el problema y que voy de camino a la esclusa de aire —dijo al fin, flotando fuera de su asiento y saliendo de la cabina hacia el corredor central. Se movió hábilmente a lo largo de los asideros y dejó que su cuerpo flotara como un pez más allá de los paneles y las matrices de control.

Giró a la izquierda hacia la esclusa de aire y entró en la cámara que conducía a ella, que albergaba los trajes espaciales. Allí dejó que el marco de asistencia automatizado la ayudara a entrar en los componentes de plástico y carbono bastante toscos. El traje espacial motorizado de máxima movilidad, o MMSS, no estaba a la altura del nombre. Si bien eran mucho más fáciles de usar que los antiguos trajes

de la NASA y la ESA, su movilidad aún era limitada.

Sin embargo, para compensar eso, tenían mezclas de gas frío más avanzadas para las boquillas de maniobra, lo que las hacía mucho más móviles que en los trajes antiguos. Además, los servomotores en todos los elementos de las articulaciones, incluidos los dedos, aseguraban que no tuviera calambres después de la primera hora, una aflicción que los astronautas de las décadas pasadas sufrían regularmente cuando los viajes espaciales aún vivían de la tecnología desarrollada en los años 60 y 70.

Justo antes de que los brazos robóticos del marco le pusieran el casco, Dimitri entró flotando en la habitación. Con la sudadera roja del Consorcio Espacial Internacional y un par de pantalones de chándal grises, parecía como si acabara de despertarse.

—¿Timothy creyó que había un problema con las baldosas de cerámica? —preguntó cansado, reprimiendo un bostezo.

—Sí, en el escudo térmico.

—Tonterías. —El ruso la escrutó—. ¿No debería salir Javier?

—En este momento, tiene más ibuprofeno en el torrente sanguíneo que hemoglobina —dijo, ajustando su capucha.

—Hmm —dijo Dimitri, parecía menos que emocionado.

—¿Qué pasa? ¿Ni siquiera confías en que tu "mano derecha" apriete algunos tornillos? —Filio le guiñó un ojo en broma. Formuló la pregunta muy en serio, pero él no tenía por qué saberlo.

—No, no. —Negó con la cabeza—. Está bien. Solo asegúrate de que tus cámaras tengan conexión y que el contacto por radio sea estable en todo momento.

—Sí, sí —prometió, insinuando un saludo militar antes de que los brazos robóticos colocaran el casco en el anillo de contacto alrededor de su cuello y lo sellaran.

—¡Listo! —Buena suerte —gritó él.

Ella levantó un pulgar antes de entrar en la esclusa, que de inmediato se cerró detrás de ella.

—Lista para la actividad extravehicular —anunció por radio, señalando con el pulgar hacia la cámara para confirmar. Timothy estaba monitoreando la operación en el otro extremo. De repente, sus sensores de audio dejaron de transmitir ruido.

—Buena suerte, Filio —dijo el piloto por radio en un tono neutral, y la esclusa exterior se abrió silenciosamente. La negrura esperaba afuera.

La operación duró casi dos horas y fue muy agotadora porque tenía que asegurarse constantemente de que las cámaras de su casco no estuvieran grabando procedimientos críticos. Después de caminar hacia el área dañada con sus botas magnéticas, vio los cuatro agujeros en las baldosas de cerámica en la proa y una especie de bulto, donde

la presión creada por la tubería rota había sido más fuerte.

Tendrían que dejar el abultamiento porque no se podía reparar sin dañar aún más el material cerámico. Pero había que cerrar los agujeros donde previamente se habían colocado los pernos cerámicos ultrarresistentes. Esos puntos débiles, por diminutos que fueran, eran suficientes para que el calor por fricción del reingreso a la atmósfera de la Tierra convirtiera la nave en brillantes fragmentos de meteorito.

Y eso era precisamente lo que ella tenía en mente.

Cogió su pistola neumática y cambió el cargador con tornillos de cerámica de alta densidad por un cargador con pernos de plástico duro, usados para reparar el interior de las cabinas. Apenas tenían resistencia al calor y no pesaban casi nada.

Al entrar en la atmósfera, se derretirían en pocos segundos. Lo difícil era que tenía que hacer el intercambio sin mirar, porque las cámaras de su casco la habrían grabado y delatado. Perdió un cargador, pero se las arregló con el cargador de reemplazo, y dado que ambos tipos de pernos eran grises y tenían una longitud estándar, nadie notaría la diferencia en la cámara.

Lo único que le preocupaba era cuando disparaba. La pistola calentaba los pernos de cerámica a temperaturas extremas para que se fusionaran directamente con las superficies de las baldosas. Esto era necesario para no crear ninguna superficie que estuviera sujeta a fricción adicional. Sin embargo, si hubiera hecho lo mismo con los pernos de plástico, se habrían derretido inmediatamente.

Así que ajustó la configuración de la pistola y sacudía la cabeza cada vez que la activaba como si estuviera tratando de quitarse el sudor de los ojos. El engaño funcionó porque los pernos normales solo se habrían quemado una fracción de segundo antes de perder inmediatamente su calor en el frío vacío del espacio.

Cuando terminó, Filio informó el éxito por radio y le solicitaron que entrara.

De vuelta en la esclusa de aire, inhaló profundamente aliviada, solo para congelarse cuando vio al Constructor de pie en el vestuario. El corazón le dio un vuelco, como si alguien le acabara de decir que padecía una enfermedad incurable.

Después de un primer momento de asombro, se recompuso y se forzó a exhalar de manera controlada, antes de que la luz de la esclusa interior cambiara de rojo a verde y presionara el botón "abrir".

—Has tenido éxito, según he oído —gruñó Hortat mientras comenzaba a ayudarla a quitarse el traje con sus manos del tamaño de un plato.

—Sí. He colocado nuevos pernos en el revestimiento de cerámica —respondió, procurando evitar hacer contacto visual con él, actuaba muy ocupada y cuidando meticulosamente cada hebilla y sello.

—Desafortunadamente, ya no los pegan —dijo, y ella lo miró sorprendida.

—Parece que has hecho tus deberes.

—Soy curioso por naturaleza —dijo él con ambigüedad, y sus ojos se encontraron por un instante en un breve pero intenso intercambio de observación y análisis mutuos.

—Los antiguos transbordadores espaciales trabajaban con adhesivos que sujetaban fibras de silicato sinterizado a la carcasa de aluminio. Se eligió esta solución debido al alto coeficiente de expansión del aluminio. En resumen, la presión, las fluctuaciones extremas de temperatura y los niveles de sonido fueron la razón de tal enfoque —dijo Filio, hablando hasta por los codos para no pensar en la posibilidad de que Hortat la hubiera visto—. Sin embargo, las nuevas nanofibras y compuestos cerámicos con sensores inteligentes han llevado a…

Hizo una pausa cuando Hortat la detuvo con una mano levantada.

—Sé que, como ingeniera, encuentra estos temas muy emocionantes —dijo, sin aclarar si él mismo los encontraba interesantes.

—Sin embargo, vine para averiguar si te has recuperado bien.

—¿Te refieres a mi fiebre? —preguntó ella, atónita.

—Eso es correcto.

—Estoy bien. Probablemente solo fue la gripe. —Se encogió de hombros y se quitó la capucha sudorosa de la cabeza para quedar vestida solo con sus prendas funcionales, lo que de repente la hizo sentir algo indefensa. Miró a Hortat, que la superaba en casi un metro y tenía que agacharse en la habitación compacta—. ¿Por qué?

—Solo me preguntaba si hubo recaídas o síntomas evidentes, porque me preocupa el riesgo de infección a bordo. Después de todo, Javier también ha enfermado.

—Oh, eso es solo un resfriado —dijo con desdén, girándose hacia la pasarela del corredor central. Hortat no parecía querer molestarla más, por lo que salió flotando, impulsada por su mirada penetrante que le provocó una sensación de cosquilleo en la nuca.

Cuando dobló la esquina y se dirigió hacia el puente, se detuvo brevemente y respiró con rapidez al ritmo de los latidos frenéticos de su corazón.

¿Sabrá lo que hice? se preguntó. Sus pensamientos se arremolinaban en su cabeza como un torbellino de miedos, aprensiones y consecuencias que arrasaban con todo lo demás. Con miembros temblorosos, miró hacia la escotilla redonda que conducía al puente, donde podía ver el respaldo de la silla de Timothy. De pie junto a él con ropa de entrenamiento y los pies pegados al suelo, Dimitri parecía estar inmerso en una conversación con el piloto.

Se mordió el labio inferior, miró hacia atrás, a la entrada de la esclusa de aire, de la que Hortat aún no había salido, y luego al fondo del pasillo. Allí estaba el compartimiento de la tripulación que contenía los asientos presurizados diseñados para la entrada atmosférica porque, a diferencia de la cabina, tenían suspensiones de cardán para contrarrestar los cambios en la dirección de la aceleración. Detrás estaba el módulo de transporte que contenía las numerosas muestras de Marte, y en el que había introducido de contrabando una caja de muestras de la nave de Hortat.

Sin embargo, estaba interesada en el módulo aún antes de eso.

—¿No estás bien? —le preguntó una voz grave y profunda, y ella se estremeció involuntariamente. Era Hortat quien había salido flotando de la esclusa como un coloso mítico hecho de bronce, y cuyos enormes ojos negros parecían brillar a través de ella como rayos X.

—La actividad fue muy agotadora —dijo con total honestidad—. Voy a refrescarme un momento.

—Comprendo.

Miró al alienígena por un momento, luego asintió y se empujó de la pared para flotar oblicuamente hacia su compartimiento para dormir, que contenía una celda húmeda.

—Se ve bien. EDI ya no informa ningún problema —dijo Timothy por radio.

Ella acababa de cerrar la puerta con llave y estaba apoyando la espalda en ella.

—Bien. Voy a asearme y luego descansaré un poco. ¿Cuánto tiempo antes de volver a entrar? —respondió por radio, después de reducir su frecuencia respiratoria a un nivel que le permitía hablar sin que le temblara la voz.

—Noventa minutos.

—Entendido.

Filio se apartó de la fría escotilla y se deslizó hacia su celda húmeda. Se desvistió, retiró su ropa que flotaba por el aire y la metió en uno de los pequeños compartimentos de almacenamiento que estaban ubicados a la altura de la cabeza. La microgravedad aseguraba que todos los objetos fueran conducidos en la dirección del frenado, pero con tanta lentitud que la inercia podía sentirse en lugar de verse. Tomaría varios segundos para que los pantalones de su uniforme "cayeran" en la pared.

De pie, desnuda en su diminuta celda húmeda, un lugar no diseñado para claustrofóbicos, enganchó su pie derecho en una anilla en el suelo y se frotó con las esferas de agua que pasaban frente a ella.

Tenía que atrapar el agua flotante con relativa rapidez y apenas tenía tiempo para relajarse. Sin embargo, después de unos minutos, se sintió lo suficientemente limpia como para ponerse el traje presurizado.

Para cuando se lo puso, habían pasado casi 30 minutos. Normalmente, los miembros de la tripulación se ayudaban unos a otros a entrar en los monstruos naranjas, construidos para protegerse contra las enormes fuerzas G en el reingreso, especialmente durante las maniobras finales de frenado. Pero ni siquiera pensó en pedírselo a uno de sus compañeros de tripulación. Tal vez, alguien la habría ayudado, pero entonces el tema de conversación habría girado inevitablemente sobre el complemento y se habría visto inundada de reproches y negaciones. Decidió que podía prescindir de ello.

Cuando al fin subió la cremallera corta en su cuello, notó que la mano le temblaba violentamente. La apretó varias veces y la sujetó con la otra antes de mirar su cronómetro sobre la puerta. Contaba los 30 minutos que aún le quedaban para llegar al compartimiento de la tripulación. De acuerdo con el protocolo de la misión, debían estar en sus asientos presurizados media hora antes del reingreso.

—¿EDI?

—¿Sí, Filio? —respondió la IA de la nave en sus tapones para los oídos. La voz femenina sonaba tanto maternal como profesional.

—¿Dónde se encuentran actualmente los miembros de la tripulación?

—Timothy está en la cabina con Dimitri. Javier está en sus aposentos. Ellen también. Heinrich no está a bordo.

—Gracias. ¿Y el Constructor?

—La criatura llamada Hortat se encuentra en el módulo de transporte.

—¿En el módulo de transporte? —preguntó con sorpresa, y un hormigueo se extendió por toda su piel como si estuviera cubierta por una miríada de diminutas hormigas.

¡Las muestras! pensó alarmada.

—Sí.

—Gracias, EDI.

—Un placer, Filio.

Se apoyó en el mamparo delantero y usó una unidad de control montada en la pared para impulsarse hacia abajo hasta sentarse en el suelo de la cabina, a esperar. Su mirada permaneció enfocada en el reloj y se perdió en sus reflexiones sobre su regreso a la Tierra con un cargamento que en realidad no deberían traer consigo. Con Hortat a bordo, ciertamente tenían el hallazgo más importante y emocionante en la historia humana.

Pero estaban violando una gran cantidad de regulaciones, en especial al mantener el silencio de la radio e ignorar las normas de

cuarentena y las leyes relacionadas con organismos extraños, leyes que ella consideraba extremadamente sensatas, especialmente porque no confiaba ni lo más mínimo en Hortat. Tal vez estaba volviéndose paranoica, tal vez lo habría entendido todo si hubiera aceptado ese jodido complemento. Sin embargo, todo su ser se resistía a aceptarlo.

—¿Filio? Llegó el momento. —La voz de Timothy por la radio la sacó de sus cavilaciones y la sobresaltó.

—Sí... Voy para allá.

Luchó por levantarse, empujándose del suelo y deslizándose hacia arriba. La atracción de la gravedad hacia la proa se había vuelto más fuerte, por lo que la maniobra de frenado ya había pasado a la fase final. Cuando estuvo lista, fue a la escotilla y la abrió con solo presionar un botón. De acuerdo con el protocolo, normalmente habría revisado todas las tapas, cajones e interruptores en busca de pestillos de seguridad cerrados, pero al saber que la nave no sobreviviría al reingreso, no se molestó.

En lugar de eso, se puso el casco y esperó el símbolo verde en la pantalla de su visor, antes de salir al pasillo y girar a la derecha. Frente a ella, Javier se impulsaba a lo largo de los asideros hacia el compartimento trasero de la tripulación. Los asientos presurizados estaban dispuestos en círculo. Hortat ya estaba asegurado en el que antes había pertenecido a Heinrich.

El extraterrestre parecía un adulto atado al asiento de un niño. Su traje gris, que parecía estar en constante movimiento sobre su piel, fluía como el mercurio sobre su rostro y lo envolvía por completo. Filio no pudo detectar una visera ni ningún componente sólido.

Al llegar a su asiento, que junto con el de Strickland era el más cercano, se abrochó el cinturón con fuerza y miró a Dimitri y Strickland. Parecían estar inmersos en una conversación privada por radio. Sus labios se movían incesantemente detrás de sus visores transparentes y se miraban. La situación le dio a Filio la impresión de estar sorda porque sus sensores de audio apenas captaron nada excepto los ruidos subliminales de la nave mientras los dos continuaban hablando entre ellos.

Su mirada se desvió hacia Javier, quien estaba sentado a su izquierda, luchando con sus cinturones y que aún no parecía estar completamente alerta. Las altas dosis de analgésicos que ella le había dado por lo general no estaban permitidas durante una maniobra tan peligrosa como la entrada a la atmósfera, pero no quería correr el riesgo de que lo consideraran lo suficientemente apto para el trabajo extravehicular. Eso la habría frustrado, y ella no podía ni quería arriesgarse. No importaba si estaba o no plenamente consciente de lo que iba a pasar; al contrario, probablemente era mejor así.

Miró a Timothy. Estaba junto a ella con los ojos cerrados, los

pulgares metidos en el cinturón y la cabeza apoyada en el respaldo. Parecía tranquilo y completamente relajado.

Y pronto estará muerto, pensó ella con algo de tristeza.

La conciencia de que estaba a punto de asesinar a toda su tripulación, personas a las que había acogido en su corazón durante los últimos años, acechaba en la parte posterior de su cabeza y luchaba por apoderarse de sus pensamientos conscientes. Pero Filio estaba en modo resolución de problemas, lo que le permitió aislar esa zona de su cerebro como si la metiera en una celda de prisión y la asegurara con un candado enorme. Ese candado se construyó con determinación y la convicción de que estas personas ya no eran los amigos que ella había llegado a conocer y amar. Al menos se había convencido de eso, repitiéndoselo como un mantra día y noche, para evitar perder la razón y gritar de desesperación.

—Treinta minutos para la reentrada —anunció Timothy en el canal de radio del grupo. Uno por uno, cada miembro de la tripulación levantó el pulgar en su dirección. El único que no lo hizo fue Hortat. Cuando Filio lo miró, se asustó porque el rostro sin forma y velado del alienígena aparentemente la encaraba.

«¿Me habré delatado?» reflexionó febrilmente. «¿Fue capaz de leer mis pensamientos? ¿Tenía la capacidad tecnológica para observar mi trabajo y ver lo que estaba haciendo? ¡Pero en ese caso habría detenido la maniobra de reingreso mucho antes!»

—Veinticinco minutos —dijo Timothy por radio.

La mirada del extraterrestre, que ni siquiera podía ver, la puso tan tensa que sintió estar a punto de explotar. Los pensamientos en su cabeza jugaban con su raciocinio como luces de emergencia, dando la advertencia de que había sido descubierta.

—¡Mierda! —dijo Filio por radio, siguiendo un impulso—. ¡Olvidé asegurar la caja de herramientas después de volver!

—No es tan malo. Quédate sentada —respondió Dimitri frente a ella.

—Aún hay suficiente tiempo, solo tomará un minuto como máximo —dijo Filio, mientras comenzaba a desabrocharse—. No querremos arriesgarnos a que el aumento de las fuerzas G envíe el material a un conducto de nitrógeno.

—Muy bien. —El ruso asintió con su casco y le indicó que podía ir —. Pero date prisa.

—¡Por supuesto! —dijo ella en tanto se liberaba

Mientras se deslizaba hacia la escotilla del compartimiento y tiraba de la manija para abrirla, creyó sentir los ojos de Hortat en su cuello.

Aunque solo tomó un segundo abrir la escotilla de metal, pareció durar una eternidad. Solo después de deslizarse a través del módulo de conexión con sus dos cápsulas de emergencia, se sintió capaz de

respirar. No volvería al compartimento de la tripulación. Aunque había hecho las paces con su muerte, a la que daba la bienvenida y prefería a lo que había experimentado y a lo que aún podría experimentar, no podía soportarlo más. La idea de mirar a los ojos incautos de sus antiguos amigos mientras enfilaban hacia una muerte atroz sobre la Tierra, era demasiado.

Con lágrimas en los ojos, abandonó el módulo de conexión y llegó a la siguiente sección del pasaje, donde se encontraba la esclusa de aire. Rápidamente se deslizó dentro y abrió el gancho de bloqueo del panel con bisagras que contenía la caja de herramientas. Por supuesto, no se había olvidado de bloquear el panel, pero si alguien más encendía la señal de la cámara en ese compartimento, debía ver el panel sin asegurar. A menos que alguien ya hubiera accedido al canal correspondiente y la hubiera observado. En ese caso, esa persona podría comenzar a preguntarse qué estaba pasando, o podría pensar que sus nervios la habían hecho imaginar que aún no estaba asegurada.

Apoyó su casco en el panel, inhaló y exhaló profundamente para reprimir unas ganas abrumadoras de llorar, que se acumulaban en su vientre como un tsunami. Luego abrió el panel y sacó la pistola neumática, que había recargado con otro cargador que contenía pernos de cerámica antes de regresar del exterior, en caso de que alguien se hubiera molestado en revisarla.

No saldrás de esta, le dijo una voz interior fatalista, pero Filio la ignoró con los dientes apretados y sostuvo la pistola con más fuerza. Rápidamente cerró el panel y evitó mirar las diminutas lentes de la cámara en el techo mientras se deslizaba hacia el pasillo y giraba a la izquierda. Se impulsó a través de la escotilla abierta hacia el módulo de conexión que contenía las dos cápsulas de emergencia y se congeló.

En el otro extremo, a menos de tres metros frente a la escotilla del compartimiento de la tripulación, vio a Hortat. Como un gigante hecho de sombras grises, estaba de pie con su extraño traje y la miraba fijamente.

¡Mierda!, gimió para sí misma, y apretó su herramienta con tanta fuerza que sus nudillos comenzaron a doler y su antebrazo a vibrar.

—¿Has asegurado la caja de herramientas? —preguntó Hortat, su voz profunda sonaba como el trueno de una tormenta que estaba demasiado cerca. Parecía venir de todas partes, pero también de la nada, y su rostro uniforme y sin contornos le parecía la máscara de un monstruo.

—Eh, sí.

Por un momento hubo un silencio opresivo, luego su radio crepitó y escuchó la voz de Dimitri en su casco.

—¿Qué está pasando? ¡Vuelve a tu asiento!

Filio miraba fijamente al extraterrestre gigante, quien estaba tan cerca de ella y casi tocaba el techo con la cabeza. Con un breve movimiento ocular y con mucho cuidado de no girar la cabeza, miró hacia la cápsula de emergencia izquierda. Su abertura transparente parecía una burbuja ovalada, en la que se habían colocado símbolos de protocolo en letras rojas. Llevó su pie izquierdo hacia un lado hasta que su bota llegó al borde del pasillo.

La cabeza de Hortat se volvió hacia la cápsula que acababa de mirar en secreto, y luego ambos reaccionaron casi simultáneamente. El Constructor hizo un movimiento brusco hacia la entrada de la cápsula mientras ella se impulsaba con el pie y volaba hacia la cápsula del lado derecho, que sabía era idéntica a la de la izquierda. Como resultado, salieron disparados en direcciones opuestas. Ella levantó la pistola neumática y disparó seis tiros rápidos en sucesión. Apuntó lo mejor que pudo a una línea horizontal imaginaria sobre la línea roja en la pared de la cabina, que marcaba las líneas eléctricas detrás de ella.

Todos los pernos cerámicos dieron en el blanco y perforaron la pared compuesta. El retroceso de la herramienta lanzó violentamente su brazo derecho hacia atrás y comenzó a dar vueltas en la microgravedad. Dejó caer el arma. Con su mano ahora libre, pudo agarrarse al borde de la abertura de la cápsula de emergencia. Gruñó, pulsó el botón rojo de arriba con la mano izquierda y la escotilla transparente siseó.

Luchando con sus músculos rebeldes, se incorporó y se volvió para ver el nitrógeno líquido escapar de los agujeros en el conducto de refrigeración. El líquido transparente y burbujeante estaba siendo arrastrado en largos hilos hacia la pared en dirección a la proa, rodeado por una esfera de vapor que flotaba en todas direcciones. Tanto la escotilla del compartimiento de la tripulación como la de las secciones delanteras de la nave ya se habían cerrado herméticamente.

—Contaminación atmosférica detectada —informó EDI con ecuanimidad por los altavoces.

—Módulo de conexión sellado. Se han iniciado medidas de emergencia.

—Cierra, cierra, cierra —le gritó al botón en forma de hongo en el interior de la cápsula de emergencia recubierta, golpeándolo como si se hubiera vuelto loca.

Hortat, cuya inercia lo había llevado al lado opuesto del pasaje, se apartó de él una vez que llegó allí y salió disparado hacia ella como un antiguo gigante. Ella estaba en el interior de la cápsula parecida a un ataúd, atrapada, y no podía hacer nada más que mirarlo horrorizada.

Justo cuando temía que estaba a punto de aplastarla con su peso,

la escotilla se cerró de golpe y el Constructor se estrelló contra el cristal de zafiro con un estruendo.

El corazón le dio un vuelco, comprendió que lo había logrado y pudo exhalar con alivio.

—Expulsión de la cápsula de evacuación en diez minutos —le anunció EDI a través de un canal privado.

—¿Diez minutos? —gritó horrorizada, mirando al Constructor, quien la miraba desde el otro lado del cristal. Aparentemente, su casco había cedido, y ella podía ver su rostro, que parecía terriblemente impávido.

—Correcto. Una expulsión es la única posibilidad para tu supervivencia, ya que tuve que bloquear el módulo de conexión de acuerdo con el plan de emergencia. Tu violación de las pautas de la misión, la comisión de sabotaje crítico, en este caso, se ha registrado en la caja negra de esta cápsula. Por lo tanto, debes prepararte para los procedimientos legales en caso de un rescate. —La IA de la nave explicaba con calma su posible destino—. La eyección de la cápsula ocurrirá a una altitud de noventa y cuatro kilómetros cuando la burbuja de plasma alrededor de la nave se haya disuelto.

—No, no, no —interrumpió a la IA—. ¡Tienes que expulsarme antes!

—Desafortunadamente, eso no es posible. He sido programada para dar la máxima prioridad a la supervivencia de los miembros de la tripulación.

Hortat miraba a Filio y ella se ponía cada vez más nerviosa.

—Saboteé la carcasa exterior —dijo al fin—. Cuando la nave vuelva a entrar en la atmósfera, el plasma se infiltrará en el escudo térmico y la destruirá.

—Esa es otra violación de...

—Sí, sí, lo sé, pero no hay otra manera —instó a EDI. La cápsula le daba la oportunidad de contarle al consorcio espacial sobre su hallazgo y las medidas que no había esperado tomar previamente. Solo podrían activarse en caso de problemas críticos, no en el caso de un reingreso normal, por lo que no había pensado en esta solución. Contaminar la atmósfera en el módulo de conexión no se le había ocurrido.

—Tus comentarios han sido almacenados en la caja negra. Tengo que señalarte que la eyección en la atmósfera superior reduce las posibilidades de supervivencia a alrededor del doce por ciento —explicó EDI con su sonora voz de ordenador.

—¡No me importa! ¿No puedes estar tan obsesionada con el protocolo cuando los demás traen un maldito organismo extraterrestre a bordo?

—No. El comandante Dimitri Vlachenko ordenó una excepción

usando su anulación de prioridad.

—Estupendo.

A través del cristal de zafiro, Filio vio a Hortat tocarse la oreja derecha de bronce con un dedo extendido y luego levantar cuatro de sus enormes dedos.

—¡Mierda! —maldijo ella y vaciló brevemente, antes de decirle a su casco—: Canal cuatro.

—¿Por qué haces esto, Filio Amorosa? —preguntó Hortat con una voz tan profunda que sus palabras casi se confundían. Como siempre, la forma en que enfatizaba las sílabas era algo extraña, como si sus oraciones se basaran en algo extraño que ella no podía entender.

Las palabras fluyeron de ella sin pensar. No se molestó en disimular la ira y la frustración.

—Le has hecho algo a mis amigos y quieres llegar a la Tierra, aunque sabes que nunca lo hubiéramos permitido sin tomar precauciones.

—Lo sé —dijo, ladeando la cabeza—. Por eso no puedo arriesgarme a que me detengan. Tengo que encontrar la Pirámide Geth y a Xinth, y no creo que tenga mucho tiempo.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué clase de charla es esa?

—Cuando regresé del Espacio Dodecadimensional, quise destruir todos los documentos sobre su existencia y evitar que nuestra tecnología cruzara, pero Xinth me lo impidió y me encerró en una cámara de estasis antes de enviarme a Marte en mi nave y hacer arreglos para que se estrellara allá. Esperaba que partes de las flotas que se enviaron regresaran para informar, por lo que quería que pareciera un accidente.

—¿Por qué debería creerte? —preguntó Filio con recelo—. Si lo que haces es ético, ¿por qué el lavado de cerebro?

—¿Te refieres al complemento, supongo?

—¡Sí, joder!

—No es un dispositivo para lavar el cerebro, como sugieres. Solo permite un intercambio de información basado en la cuántica que es mucho más sustancial que algo tan primitivo como comprimir aire con las cuerdas vocales. —Hortat le impidió responder levantando la mano —. Admito que he ejercido toda la influencia que he podido sobre tus camaradas humanos, y también admito que puedo hacer cosas mucho más inmorales cuando este en la Tierra, pero es lo mejor para nuestras dos especies.

—Por supuesto —resopló ella—. Algunas personas enfermas en nuestra historia han hecho la misma afirmación varias veces, solo para exterminar a naciones enteras.

—Tengo que disuadir a Xinth de enviar al resto de mi especie al Espacio Dodecadimensional si no lo ha hecho ya hace mucho tiempo.

Todo lo demás es secundario.

—Eso no sucederá.

—Has saboteado la nave.

Hortat asintió tanto que su amplia barbilla casi tocó su pecho en forma de barril. Pequeños cristales de hielo se habían formado en su brillante piel de bronce y se estaban extendiendo lentamente. Detrás de él, el nitrógeno líquido aún fluía por los seis agujeros adyacentes y el vapor se había esparcido como niebla. El Constructor parpadeó un par de veces, pero volvió a mirar a Filio.

—Sí —dijo ella mientras sentía lágrimas calientes resbalar por sus mejillas.

—Me lo esperaba —dijo él. Sus ojos adquirieron una expresión preocupada si es que interpretaba esos extraños ojos negros en forma de plato.

—¿Por qué no me mataste de inmediato?

Hortat parpadeó varias veces. O estaba irritado o la disminución del contenido de oxígeno en el módulo de conexión hizo que se volviera más insistente.

—¿Matarte?

—Sí.

—Porque es inmoral. No confías en mí, sí, pero esa no es razón para matarte como precaución. Es inmoral.

Ahora fue el turno de Filio de mirar con asombro. ¿Estaba jugando a juegos mentales con ella? ¿O era posible que lo dijera en serio? Después de todo, él debía saber que moriría en unos minutos.

Ella miró el indicador de tiempo en la pantalla de su casco. Otros dos minutos y EDI expulsaría y sellaría su cápsula.

—Yo... No sé qué decir —admitió, tratando de restablecer el orden en su confusa cabeza. Fracasó—. He hecho lo necesario para proteger a mi especie.

—Lo entiendo —dijo Hortat, asintiendo—. Lamento no haber podido ganarme tu confianza. Pero debo recordarte que te he infectado con algo que llamo Micrófago Veintiuno.

—¿Qué? —preguntó, totalmente perpleja.

—Es un microorganismo desarrollado por mí, conectado al Espacio Dodecadimensional y que puede recibir y transmitir información a través del espacio cuántico.

—¿Qué? —repitió, negando con la cabeza—. ¿Por qué siempre se tiene que usar la palabra cuántica para probar todo lo que no se puede entender?

El alienígena hizo un nuevo intento.

—¿Recuerdas tu fiebre?

Filio entrecerró los ojos.

—Tu cuerpo resistió al micrófago, pero ahora está en todas partes

de tu organismo. Te protegerá y asegurará que sobrevivas mientras no te quemes en el plasma. No te preocupes —agregó, levantando ambas manos para apaciguarla—. Saldrá de tu cuerpo y te hará olvidar todo lo que ha pasado desde que nos conocimos. Le ordené que lo haga.

—¿Qué?

—El micrófago transporta mi información mental, por medio de un...

Filio volvió a mirar el reloj. Cuarenta segundos.

—¿Me infectaste con un virus alienígena? —lo interrumpió, mirando hacia abajo con incredulidad como si algo pudiera saltar sobre ella en cualquier momento.

—Era mi seguro de que mi misión no fallaría si intentabas algo como esto —Hortat frunció su ancha boca con tristeza—. Lamento lo que tuvo que pasar, y lamento lo que podría pasar, pero no tenía otra opción. No podía dejar mi especie en manos de Xinth y su ceguera.

—No, no, no —tartamudeó, y comenzó a presionar el botón de la escotilla, pero por supuesto no pasó nada. No podía abandonar la nave bajo ninguna circunstancia.

«Tengo que quemarme con ellos, tengo que hacerlo» pensó con pánico.

—El micrófago borrará tus recuerdos para protegerte y te implantará un profundo deseo de regresar a Marte. Asegúrate de hacerlo. Si regresas a mi nave (y considerando tu fuerte voluntad y tu capacidad para soportar el sufrimiento, asumo que lo harás), sabrás qué hacer. Espero que nuestro próximo encuentro tome un rumbo más amistoso y que me prestes tu oído y tu corazón, Filio Amorosa.

Apenas pronunció su nombre, dos enormes puertas blindadas compuestas de cerámica se cerraron, separándolos para siempre.

Gritando y sollozando, fue aprisionada por las correas mientras la cápsula de evacuación aceleraba alejándose del *Mars One*. El mundo a su alrededor chilló, se tambaleó y vibró cuando la cápsula y la nave espacial quedaron rodeadas de plasma caliente y atravesaron África Occidental como meteoritos resplandecientes. A 25 veces la velocidad del sonido, dibujaron líneas brillantes en el cielo que eran visibles aún desde la sabana.

Unos segundos más tarde, el escudo térmico marciano se agrietó cuando la placa que había manipulado se liberó y 1.600 grados de plasma caliente devoraron las capas de enfriamiento y la cubierta de aluminio como un depredador hambriento. Dos segundos después, la primera nave espacial tripulada que viajó a Marte explotó en pedazos, pasó sobre la costa este de África como brillante estrella fugaz y descendió al Océano Índico. En medio del infierno, la cápsula de evacuación de Filio retumbó y cayó tras ella, como un punto brillante más entre muchos.

Había perdido el conocimiento hacía mucho tiempo, por lo que no vio a su tripulación ni al Constructor llamado Hortat desintegrarse en grupos invisibles de moléculas despedazadas.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

Cuando llegaron a la Puerta Oeste de la Casa Blanca en Washington, fueron detenidos por cuatro policías con uniformes azules y gorras de béisbol negras. Una barrera les bloqueaba el paso y un quinto policía en la caseta de vigilancia del paso de peatones los miraba con recelo. Tan pronto como se detuvieron frente a la barrera, cuatro gruesos bolardos se levantaron del suelo, dos delante y dos detrás de su automóvil, atrapándolos. Dos drones armados flotaban frente a ellos, con sus ametralladoras ligeras apuntando en su dirección.

Uno de los oficiales se acercó por el lado del conductor y le indicó con un dedo a Pano que bajara la ventana.

—Papeles —dijo el joven con voz áspera, levantando con impaciencia un pequeño escáner de mano.

—¿Tenemos papeles? —preguntó Pano en dirección a Ágata.

Ella negó con la cabeza en silencio.

—Mmm. —El italiano se volvió hacia el policía—. Nos esperan.

—¡Ajá! Y yo estoy esperando a ver vuestro permiso —respondió el hombre, impasible.

—Desafortunadamente...

—Aquí W-22, tengo un automóvil no autorizado en Delta — interrumpió el policía y sacó su arma. Hizo una señal a alguien para que retirara los bolardos traseros. Luego, dirigiéndose a Pano, vociferó —: ¡Retrocede ahora!

—Pero...

—¡De inmediato!

Ágata apretó los dientes y sacaba su terminal cuando dos mujeres con trajes de raya diplomática y gafas de sol salieron del parque verde más allá de la barrera y llamaron a los oficiales. Se encontraron frente al capó del coche y hablaron brevemente hasta que el policía asintió y le hizo una señal a su colega en la caseta de vigilancia.

Los bolardos que tenían delante desaparecieron en el suelo, la barrera fue levantada y las mujeres del Servicio Secreto les indicaron que pasaran.

—Bien, hemos llegado hasta aquí —comentó Pano mientras conducía el automóvil por el camino pavimentado que atravesaba el parque.

—En cualquier caso, nos las arreglamos para quedar atrapados dentro de uno de los lugares más seguros de la Tierra —dijo Ágata,

más malhumorada de lo que pretendía. El ala oeste de la Casa Blanca ya estaba a la vista. El edificio, que relucía como el marfil en el clima gris lluvioso, al principio solo brillaba a través de las hojas de un tamarindo gigante.

El camino rodeaba el árbol y luego conducía directamente a la pequeña entrada lateral. Allí, dos agentes masculinos y dos femeninos del Servicio Secreto esperaban en una amplia escalera de mármol. Parecían halcones vigilantes que podrían abalanzarse sobre ellos en cualquier momento si se les daba la más mínima justificación para hacerlo.

Cuando Pano detuvo el vehículo paralelo a los escalones y apagó el motor, una de las agentes rodeó el vehículo, ordenó a Ágata y Pano que salieran del auto y se apoderó del llavero. Subió al asiento del conductor. Los dos agentes masculinos abrieron la puerta trasera y sacaron bruscamente a Dalam y lo pusieron de pie.

La agente restante se plantó frente a Ágata como un depredador.

—¿Eres la agente especial Devenworth? —El cabello rojizo de la agente estaba trenzado en un moño apretado y sin complicaciones que hacía juego con su expresión.

—Sí.

—Debo verificar tu identidad.

La agente sostuvo un sensor en forma de barra frente a la boca de Ágata, y ella sopló sobre él. Le tomó dos segundos al dispositivo emitir un pitido. Repitió el mismo procedimiento con Pano mientras el automóvil se alejaba.

—Tendré que confiscar tu arma mientras dure la reunión —le dijo. Él le entregó su Glock con un encogimiento de hombros. La agente se volvió hacia Ágata—: Ya que eres parte de CTD, puedes llevar la tuya.

Luego les hicieron señas para que subieran las escaleras, mientras Dalam, aún encadenado, traqueteaba detrás de ellos. Pasaron por una puerta pintada de blanco con ventanas de vidrio blindado y luego se detuvieron en una pequeña habitación decorada al estilo colonial tardío. En la habitación había pesados muebles de madera, las paredes estaban adornadas con elaborados relieves y pinturas al óleo de generales de la Guerra de la Independencia. La combinación le daba al espacio, por lo demás bastante modesto, una especie de seriedad histórica que invocaba respeto.

—Tomad asiento. La presidenta estará con ustedes en breve —dijo escuetamente la agente, haciendo un gesto hacia la puerta, su vidrio a prueba de balas se oscureció hasta no permitir el paso de la luz. Los puntos del techo con luz tenue cobraron vida y le dieron a la habitación una sensación adicional de calidez, una calidez que el personal del Servicio Secreto arruinó de inmediato cuando dos de ellos tomaron posiciones a la derecha y a la izquierda de la pesada puerta

de roble y la mujer se paró frente a la puerta de cristal con los brazos cruzados.

Ágata y Pano, como dos alumnos que esperan ver al director de la escuela, se sentaron en un sofá con adornos dorados que ofrecía mucho más estilo que comodidad. Dalam, por otro lado, se sentó en un sillón orejero de respaldo alto cerca de la mujer seria y vigilante. Su traje pantalón planchado le quedaba perfecto y al mismo tiempo parecía deformado en varios lugares. Ágata supuso que llevaba un chaleco antibalas debajo.

La puerta de madera oscura se abrió y la presidenta Elisabeth Harris entró luciendo toda su personalidad. Era una mujer atractiva de poco más de 60 años, con un rostro que aparentaba menos edad. El cabello oscuro hasta los hombros enmarcaba su rostro color canela, revelando tanto vigor como una mente aguda. Su boca parecía severa, pero sus ojos irradiaban cierta dulzura que suavizaba esta impresión. Llevaba un traje pantalón que apenas se distinguía del que usaba la agente que estaba frente a la otra puerta, salvo el pin de la solapa.

—¡Agente Devenworth! —Harris estrechó la mano de Ágata.

—Señora presidenta.

—¿Y usted es el agente Hofer? —La Presidenta también le ofreció la mano a Pano. El italiano la cogió apresuradamente y pareció avergonzado por primera vez.

—Eh, sí, señora. Capitano Pano Hofer de Europol. Gracias por permitirnos esta reunión.

—Tomad asiento —los instó Harris, y su aura de autoridad natural los hizo sentarse antes de que pudieran siquiera pensar. La propia Harris se sentó en la única silla que quedaba, que, irónicamente, parecía mucho menos suntuosa que los muebles que ocupaban Ágata, Pano e incluso Workai Dalam. La presidenta aún no se había dignado mirar a este último.

—Quiero ser honesta con ustedes. Estoy muy preocupada por lo que me habéis enviado. Jenning era un miembro muy fiable y respetado del liderazgo de mi aparato de seguridad, al igual que Silvia —Harris señaló a Dalam sin mirarlo—. ¿Él os liberó?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Esta habitación está protegida de los ojos y oídos de los demás? —preguntó Ágata vacilante.

Harris asintió a su guardaespaldas, quien luego buscó en su bolsillo y activó un generador de ruido blanco.

—Probablemente los hayas visto con bastante frecuencia últimamente.

—Pues sí —dijo Ágata, inspirando profundamente. Señaló a Dalam, que estaba sentado en su sillón flanqueado por los dos poderosos

agentes, con el rostro perfectamente tranquilo—. Comprendo que no le gustará, pero sería mejor si él le cuenta todo.

La expresión de la presidenta se endureció, pero luego se volvió hacia el terrorista y cruzó las manos sobre su regazo.

—Tienes diez minutos antes de que vayas a un lugar donde te harán muchas, muchas más preguntas desagradables.

—Me he puesto deliberadamente en tus manos, así que no hay motivo para amenazarme —explicó Dalam con calma, juntando las yemas de los dedos en un triángulo como si él fuera el centro de atención de la habitación—. Sé muy bien en lo que me metí.

—¿Estás seguro? Tienes a tantas personas en tu conciencia que no debes esperar un acuerdo, no importa lo que me digas. Espero que estés al tanto de eso —dijo Harris con fría precisión.

—Oh, señora presidenta, soy muy consciente de eso.

Algo en la voz de Dalam hizo que Ágata prestara mucha atención. Aún sonaba un poco urgente, como si no tuviera tiempo que perder, pero su situación no parecía haber debilitado su confianza en sí mismo en lo más mínimo. Por el contrario, parecía aún más sereno que antes, y algo en sus ojos inquietos hizo que se le erizara el vello de la nuca.

—Vosotros —dijo Dalam, señalando con ambos pulgares detrás de él, a cada uno de los hombres del Servicio Secreto, antes de señalar en dirección a la agente frente a la puerta de vidrio oscurecido—, asegurad vuestras armas y no mováis un dedo hasta que ordene lo contrario.

Ágata sintió que la sangre se le helaba. Su respiración quedó atrapada en su garganta y, antes de que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, estaba de pie y su arma apuntaba al terrorista.

—¡Detente! —ordenó él, y ella volvió a sentir esa compulsión, ese deseo irresistible de obedecer a ese hombre, como si controlara cada una de sus fibras musculares. Su mano comenzó a temblar mientras intentaba, con los dientes apretados, doblar el dedo alrededor del gatillo.

—¡Tú! No te muevas —le dijo Dalam a Pano, quien también se había levantado de un salto y ahora permanecía paralizado en una incómoda posición.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —exigió Harris—. Joona, Phil, Mike. Sacad a este imbécil de aquí y entregadlo al Ministerio del Interior.

Los tres agentes permanecieron inmóviles, ni siquiera parpadearon.

La presidenta se puso de pie enfadada.

—¿Me habéis oído?

—Sí, pero —dijo Dalam, sin apartar la mirada de Ágata y el arma que sostenía frente a él—, me obedecen a mí. Siéntese de nuevo, señora presidenta.

Harris lo hizo. Sus ojos se agrandaron y el miedo nubló su mirada.

—Guarda el arma y siéntate —instruyó a Ágata, quien de inmediato guardó su pistola y volvió a sentarse—. Tú también, Capitano, y pórtate bien. Aquí nadie quiere hacer algo que pueda dañarme o llamar la atención. Señora presidenta, dígale a su personal de seguridad en el pasillo que no quiere que la molesten hasta que ordene lo contrario.

—¿Trabajas para El Enemigo? —preguntó Ágata, atónita, sin saber qué la escandalizaba más, si haber sido engañada con tanta facilidad o experimentar esa pérdida de control nuevamente. Cada célula de su cuerpo gritaba de frustración y resistía la compulsión de obedecer, aunque su ser se rebelara. Nada era como debía ser.

—No, Agente Devenworth. No trabajo para El Enemigo. Soy El Enemigo —dijo Dalam, cruzando las manos sobre su regazo, antes de volverse hacia la agente que estaba de pie frente a la puerta de vidrio, con el rostro de piedra como una estatua—. Joona, sé tan amable de liberarme de estas cadenas.

La rubia se le acercó, sacó un transmisor electrónico y lo acercó a la superficie de contacto entre las esposas.

—Abrir. Agente que autoriza: Joona Bryne.

Se escuchó un clic y las cadenas cayeron al suelo. Repitió el mismo procedimiento con los grilletes de sus tobillos y, después de un asentimiento de Dalam, se retiró a su posición anterior.

—Tú eres... ¿El Enemigo? —Ágata inhaló mientras Harris decía algo que no llegaba a su conciencia. En vez de eso, la agente se concentró en tratar de entretejer los pensamientos que giraban en su mente en un patrón coherente.

—El Enemigo... sí, siempre hace falta algún título pegadizo para que la gente crea en algo. Pero prefiero mi propio nombre: Hortat.

—Pero...

—¿Pero no me veo como un ancestro lejano de tu especie? —Dalam sonrió—. Soy el producto de una tecnología que desarrollé y que llamo Micrófago Veintiuno. Apenas hay diferencia entre mí y mi ser real, por así decirlo. Excepto que mi ser real es una colección de huesos en una burbuja de conservación en Marte. Muy descabellado. ¿Sabías que fue Filio Amorosa quien me asesinó en el vuelo a la Tierra, junto con los miembros de su tripulación?

—Estás mintiendo —dijo Pano, como un perro gruñón.

—¿Por qué debería mentirte? —Dalam parecía irritado. Como Pano no respondió, ladeó la cabeza y escudriñó al italiano—. Lograste eliminar a mi agente porque eres sordo de un oído y sacrificaste el otro. Muy inteligente.

—¡Tu agente era un animal de sangre fría!

—Sí, eso es verdad. —Dalam asintió y miró al suelo por un

momento antes de suspirar y levantar la vista—. No estoy orgulloso de haberlo reclutado, pero fue muy eficiente y el huésped perfecto para mi micrófago. No puedo darme el lujo de fallar y, una vez más, confiar demasiado en tu especie.

—¿Confiar? —resopló Ágata enfadada—. ¡Tiene que ser una broma!

—No acostumbro a bromear, no. Toda la tripulación del *Mars One* me apoyó en mi plan para eliminar a Xinth y salvar a los últimos sobrevivientes de mi especie, y también para salvar a tu especie de la extinción, todos excepto Filio Amorosa. Se aseguró de que la nave espacial se quemara al volver a entrar, con todos a bordo. Yo tenía otros planes y quería convencer a los líderes de tu especie para que me ayudaran porque todos vosotros estáis en peligro. Sin embargo, las acciones de la señorita Amorosa me han mostrado la ingenuidad de esos planes. Creía saber quiénes eran mis amigos. Luego Xinth se deshizo de mí en Marte como si fuera basura.

—¿Alguien puede decirme qué narices está pasando aquí? —preguntó la presidenta, mirando entre Ágata y Dalam, confundida.

—Él es un Constructor, una especie que habitó la tierra muchos millones de años antes que nosotros, y que estaba cientos de años por delante de nosotros en cuanto a tecnología —explicó Ágata, sin apartar los ojos del huésped humano de Hortat.

—*Miles* de años por delante —la corrigió, pero Ágata ignoró la interrupción.

—Hay un último superviviente de su especie. Se encuentra en una pirámide en la Antártida que el desaparecido Dan Jackson descubrió en 2018. Su nombre es Xinth, y ha proporcionado a Luther Karlhammer las innovaciones tecnológicas para salvar nuestro clima y luchar contra la pobreza y el hambre. Proyecto Herencia es el nombre del proyecto secreto dirigido por la Fundación Humana, que lo protege en el Polo Sur como una madre a su bebé.

—¿Xinth te dijo que era el último de su especie? —Dalam fingió reír—. Es un mentiroso admirable. La pirámide es un arca para mi especie, que construimos en caso de que nuestro éxodo a la Vía Láctea se fuera al traste.

—¿Un arca? ¿Constructores? —Elisabeth Harris parecía un ciervo mirando fijamente los faros de un camión, incapaz de moverse.

—Hay diez mil embriones de mi especie, ocultos en cámaras de estasis en lo profundo del segmento inferior de la Pirámide Geth. Pero Xinth no quiere colocarlos en las incubadoras. En vez de ello, quiere enviarlos a su muerte. —Dalam se inclinó y apretó los puños—. Debido a que mi agente no alcanzó su objetivo, gracias a ti —señaló a Pano, que observaba al líder terrorista con una mirada furiosa—, ahora me veo obligado a tomar medidas más drásticas. Traté de

eliminar a Xinth sin mucho alboroto, pero tuviste que frustrar mis planes.

—¿Por qué tú? —preguntó Ágata, quien aún estaba tratando febrilmente de encontrarle sentido a lo que estaba escuchando.

—¿Por qué yo?

—Sí. ¿Por qué Workai Dalam? ¿Por qué toda esta farsa terrorista?

—Eso es fácil. —Dalam agitó la mano con desdén—. Sabía que el público en general descarta la verdad como una teoría de la conspiración y una tontería si no encaja en su narrativa actual. ¿Qué podría ser mejor camuflaje que una persona que advierte al mundo de un extraterrestre siniestro y manipulador? Nadie esperaría que esa persona fuera el extraterrestre; la gente esperaría que lo combatiera.

—¿Narrativa actual? —preguntó Harris—. ¿De qué estás hablando?

—¿Sabes qué hizo que el *Homo Sapiens* se convirtiera en el gobernante de la Tierra y de todos los demás seres vivos? Tu especie no tiene la velocidad de un león, no tiene una forma de comunicación sofisticada de las ballenas, no es tan fuerte como los osos y es mucho menos robusta que casi cualquier animal. Su fuerza radica en la capacidad de cooperar en grandes grupos. Los chimpancés pueden hacer lo mismo, pero rara vez forman grupos de más de 50 y luchan contra cualquier otro grupo de su propia especie.

»Sin embargo, los humanos, y esto también fue cierto en gran medida para mi especie, ya que somos algo así como vuestros antepasados, se organizan en naciones, imperios y pueblos enteros. Esto se debe a que tienen la capacidad de creer en la ficción, en efecto, narrativas para las que no hay evidencia empírica.

»Por ejemplo, creen en el valor del dinero porque todo el mundo cree en él, aunque solo sea papel sin valor. Creen en una nación porque alguien les ha dicho que son estadounidenses, alemanes o japoneses, y hay una bandera bonita y una canción rara que los hace miembros de estos grupos de personas. Pueden creer en Alá y que los cerdos y los perros son pecaminosos, pero que se puede comer bovinos y pollo. O, creen en la narrativa hindú y piensan que el ganado es sagrado y no debe ser ingerido bajo ninguna circunstancia. Los adeptos de la historia cristiana creen que Jesucristo era el Hijo de Dios, un Dios del que no hay pruebas imparciales. En vez de eso, señalan un libro en el que la gente escribió historias orales hace 2000 años. Están dispuestos a creer cosas para las que no existe una correspondencia lógica.

»Todo eso es lo que hace a los humanos tan fuertes y, al mismo tiempo, tan vulnerables. La narrativa de que hay un extraterrestre que se está infiltrando en los gobiernos fue lo suficientemente atractiva para muchas personas que ya creían que su gobierno tenía la culpa de todo. Se precipitaron a unirse a mí sin sospechar nada. Después de

todo, ¿quién traicionaría a su propia especie?

—Y luego —murmuró Ágata—, utilizando a la secretaria Cortez, te aseguraste de que Miller nos pusiera tras la pista de Jackson, así que investigamos lo que le sucedió para tu beneficio. —Se sentía como una niña estúpida a la que habían manipulado todo el tiempo—. Encontramos a Xinth para ti y tu agente, y cuando no pudo completar con éxito tu sucio encargo, recurriste a un segundo plan: llegar a la presidenta por medio de nosotros nuevamente. La secretaria nos secuestra, tú nos salvas y así ganas nuestra confianza y acceso a la presidenta Harris.

—Para empezar, ¿cómo conseguiste el cuerpo de Dalam? —preguntó Pano—. Debí saber que nos estabas mintiendo. Nos dijiste que Hortat había obligado a tus dos compañeros de buceo a cortarse las mangueras de oxígeno. ¡Pero no podrías haberlos oído bajo el agua!

—Qué descuidado de mi parte. Hay mucho en juego: si fueras la última persona que pudiera salvar a tu especie, lo entenderías. Antes de mi muerte, inyecté el Micrófago Veintiuno en el cuerpo de Filio Amorosa como una especie de medida de seguridad. Dalam fue quien la sacó de la cápsula de rescate durante una inmersión. Fue entonces cuando el micrófago se apoderó de su cuerpo.

El cuerpo humano de Hortat levantó las manos y suspiró.

—Sé que estáis tratando de ganar tiempo para que alguien me detenga. Después de todo, todas las películas exitosas de Hollywood funcionan así, ¿no? El malvado oponente traiciona innecesariamente su plan y luego es detenido porque los caballeros andantes ahora saben lo que está planeando. —Dalam negó con la cabeza con tristeza —. Desafortunadamente, eso no va a suceder. Todos ustedes —miró a todos en la habitación uno por uno—, me ayudarán a eliminar a Xinth por todos los medios a su disposición. No revelarán mi verdadera identidad a nadie y no intentarán evitar que tenga éxito. No puedo inyectaros el micrófago porque el tiempo de incubación y ajuste sería demasiado largo, pero todos ustedes me ayudarán de todos modos.

Ágata sintió que algo cambiaba en ella. Casi podía sentir físicamente la red de comandos entrelazándose con su mente y fusionándose con sus neuronas. El deseo de destruir a Xinth era abrumador, y la idea de engañar a Hortat era tan absurda como la idea de que el cielo podía ser rojo.

—Presidenta, le dirás a los chinos que vas a efectuar un ataque militar contra un laboratorio de investigación secreto de la Fundación Humana en la Antártida —le dijo Dalam a Harris.

—Lo haré —dijo de inmediato, inclinando la cabeza antes de levantar un dedo—. Pero no lo aceptarán.

—Lo harán, porque a cambio ofrecerás reconocer las áreas

marítimas en disputa en el Mar de China Meridional como territorio chino y no permitir más patrullas de la Armada en esa zona marítima.

Harris abrió mucho los ojos, pero asintió rápidamente.

—Bien. A continuación, harás arreglos para que un jet supersónico de la Fuerza Aérea nos lleve a la agente Devenworth, al Capitano Hofer y a mí al portaaviones USS Barack Obama. Debe llevarnos allá antes de que comience el combate. También me proporcionarás tu mejor equipo Seal. Todos estos arreglos deben completarse en un máximo de dos horas.

Dalam pareció satisfecho cuando Harris asintió de nuevo.

Al fin, se volvió hacia Ágata y Pano.

—Me mostraréis la ubicación precisa del campo de interferencia que Xinth construyó para mantenerme alejado de Geth.

—Por supuesto —le aseguraron Ágata y Pano.

FILIO AMOROSA, 2042

Filio cayó al suelo cuando el Ser de la nave la liberó del pilar. Encogida sobre sus manos y rodillas, inhaló y exhaló ferozmente mientras su mente intentaba acostumbrarse a la avalancha de recuerdos que la habían invadido.

Todo parecía consistir en un mosaico de impresiones y sentimientos, que llenaban un agujero en su corazón para abrir otro. Con la respiración entrecortada, miró al suelo frente a su visor y trató de resistir el impulso de hiperventilar.

—Yo los maté. Los maté a todos —sollozó, repitiendo la frase como un mantra que dejaba profundas cicatrices.

—[Sí] —confirmó el Ser. La voz andrógina ahora sonaba un poco más suave que antes, casi como un ser humano.

—Creí que tenía que hacerlo. Pensé que no había otra opción... Estaba tan segura de que les habían lavado el cerebro. Y por esa convicción los dejé morir.

Filio se echó hacia atrás para sentarse sobre sus pantorrillas y trató de llevar sus manos a su rostro para bloquear el mundo, pero sus dedos rebotaron ineficazmente en su visor roto. Llena de rabia, agarró su casco y trató de quitárselo. Lo único que logró fue alimentar su ira porque sus manos resbalaron de él. Gritó de frustración, tan fuerte que le zumbaron los oídos y luchó con la cerradura.

—[No debes hacer eso, Filio.]

—¡No puedo respirar! —carraspeó, buscando a tientas los broches —. ¡Abrir sello! —Un símbolo rojo de advertencia se encendió. Ella lo veía difuso—. ¡Abrir!

El casco permaneció sellado. Filio dejó de luchar y se dejó caer a un lado, rodó en posición fetal y lloró en silencio. La última conversación con Hortat se repetía en su cabeza una y otra vez, y esa expresión de una especie de decepción por la traición se mantuvo obstinadamente en sus pensamientos. Sentía como si ella lo hubiera lastimado tanto que murió de repente.

Estaba tan convencida de sus temores de que él fuera hostil a la humanidad que ni siquiera había considerado la posibilidad de que pudiera haber dicho la verdad. Por supuesto, aún no sabía si había sido honesto con ella o si todas sus acciones habían sido parte de algún plan pérfido. Sin embargo, una cosa estaba clara. Ella solo había aceptado una verdad posible: la peor.

A pesar de todas las afirmaciones de sus compañeros de tripulación, se había negado a creer en ninguno de ellos y, en cambio, afirmó, en su inimaginable arrogancia, que ellos, incluido el antiguo alienígena, que todos estaban equivocados, mientras que ella era la única que entendía lo que estaba pasando. ¡Qué presunción!

La verdad, no había entendido nada. Los acontecimientos la habían tomado por sorpresa. La salida de su dilema obviamente había sido su obstinada insistencia en creer en la, posiblemente, mala intención del extraterrestre para evitar enfrentar el hecho de que no sabía lo suficiente como para tomar una decisión informada.

No había podido llegar a ninguna conclusión con diligencia o con un análisis racional de las opciones. Se había mentido a sí misma al tratar de convencerse de que su suposición era la única posible. Su pensamiento en ese momento era que, sin importar qué, tenía que continuar como hasta ahora, aunque no podía haber más "hasta ahora" cuando se enfrentó por última vez a Hortat.

Los rostros de Dimitri, Strickland, Timothy y Javier pasaron por sus pensamientos como imágenes descoloridas pegadas en las páginas de un viejo álbum de fotos. Apenas podía recordar los detalles, y se odiaba por eso. Lo único que le quedaba eran impresiones inexactas, y eso le parecía una segunda traición.

—Los maté a todos. Así como así —susurró ella, y cada palabra penetró su corazón como una estocada.

—[Eso no es correcto.]

—Los asesiné. Yo los asesiné —continuó Filio, sin salir de su postura, su cabeza se movía rítmicamente de un lado a otro, provocando un chirrido cuando su casco raspaba el piso—. También hice que él se convirtiera en El Enemigo, ¿verdad? Yo lo convertí en lo que es.

—[¿Te refieres a Hortat? Nació hace mucho tiempo...]

—¡No, no, no! ¡Fui yo! Lo traicioné, le hice desconfiar de la humanidad y por eso tomó el camino que eligió. El primer contacto con mi especie terminó con su traición y muerte —susurró Filio sobre el sonido chirriante.

—[Esa es una presunción que está lógicamente justificada] —aceptó el Ser de la nave—. [Sin embargo, es incorrecto que hayas matado a toda tu tripulación.]

—¿Qué? —preguntó sin convicción.

Las palabras pronunciadas por la voz etérica penetraban en su mente gradualmente, como si tuviera que descifrar y traducir cada una.

—[Heinrich Marks. Sigue vivo.]

—¡Heinrich! —Filio se irguió sobre sus rodillas temblorosas. Cada pequeño movimiento le hacía sentir como si alguien hubiera vertido

plomo en sus extremidades.

—[Sí. Es el verdadero Heinrich. Lo recuerdas. Quizás deberías hablar con él.]

—¿Le hice daño? ¿Y Cassidy?

—[Sus signos vitales son estables. Si aludes a su estado mental, no puedo darte una información definitiva, porque no tengo suficientes datos sobre el comportamiento humano, y ninguno de ellos está consciente por ahora.]

—Iré con ellos —decidió Filio, trastabillando hacia una abertura que acababa de formarse en la oscuridad. Una vez en el pasillo, se apoyó en la pared por un momento. Sus piernas aún temblaban y parecía como si en cualquier momento fueran a ceder bajo su peso. Siguió hacia la derecha y luchó hasta que vio a Heinrich y Cassidy acostados pacíficamente uno al lado del otro—. Ya voy —prometió, sollozando, y estableció contacto con el manguito médico, que estaba sujeto al cuello del físico manco. Apenas notó una sensación de alivio después de que el dispositivo le envió sus datos médicos—. Cancelar sedación. Despertar al paciente.

Cassidy no se sobresaltó, ni siquiera se movió. En vez de eso, solo abrió los ojos.

Filio se arrodilló junto a él, lo agarró por los hombros y juntó su visor al de él hasta que sus rostros estuvieron muy cerca.

—Lo siento mucho, Cassidy.

—Yo... Tú... —Su compañero hizo una pausa y cerró los ojos como si tuviera que recordar dónde estaba—. Lo hiciste, ¿no?

—Sí, y ahora recuerdo. Lo recuerdo todo, Cassidy. ¡Podemos despertar a Heinrich! —le aseguró, sus palabras salían en tropel.

—Espera, espera —rogó Cassidy, sujetando su brazo con fuerza. El recuerdo de su lucha cuerpo a cuerpo volvió a su mente—. Dime lo que pasó.

Lo hizo. Le contó sobre su descubrimiento de Hortat, su partida, su traición y, sobre todo, su conversación con Hortat justo antes de que la cápsula de evacuación fuera expulsada. Cuando terminó, Cassidy respiró hondo.

—¡Pffff! —resopló, y permitió que ella lo ayudara hasta que ambos se sentaron frente a frente—. Ahora estoy exactamente en la misma posición que tú hace tres años. Solo tengo tu palabra de que no te han lavado el cerebro y que todo esto es cierto.

—Sí —asintió Filio con amargura—. Lo sé.

—Esto es lo que pienso. Según mi indicador de oxígeno, ahora tenemos setenta minutos de aire respirable. No perderé ese tiempo en sospechas y sombrías premoniciones. Tengas razón o no, moriremos aquí. La clave de datos de Xinth se perdió y hemos destruido este extremo del módulo de transporte. Así que, ya no podremos hacer más

daño, creo.

—Gracias.

—¿Y él? —Cassidy señaló a Heinrich tendido junto a ellos.

—Lo despertaremos.

—¿Y luego?

—No lo sé —admitió Filio mientras su mirada se perdía en el visor de Heinrich.

—Bueno. Quizá pueda ayudarnos. Hortat no lo habrá puesto en esa cámara de estasis sin ningún motivo. Tendremos que averiguar si nos gusta o no esa razón. ¿Filio?

—Si, lo siento. —Volvió a la realidad y le indicó a Cassidy que se diera la vuelta para poder quitarle el manguito médico del cuello. Cuando hubo retirado la caja con el anillo flexible y el campo del perfusor estuvo sellado, asintió al físico, quien luego giró a Heinrich de lado con la mano que le quedaba.

Filio puso el manguito a su camarada y lo activó. Su estado también era estable, aunque había sufrido una conmoción cerebral leve.

—Despiértalo —ordenó a la IA médica. Con la ayuda de Cassidy, arrastró a Heinrich hacia la tapa de la cámara a su derecha y lo inclinó hacia atrás para que se recostara en ella.

Allí se sentó, mientras sus párpados comenzaban a temblar, y finalmente abrió los ojos.

—¿Filio? —preguntó con voz ronca como si pronunciar su nombre le causara dolor.

—Sí, Heinrich —respondió, sorbiendo—, soy yo.

—¿Quién es ese?

—¿Ese? —Miró a Cassidy—. Mi compañero. Hemos venido aquí para… para corregir aquello en lo que me equivoqué la vez pasada.

Heinrich sonrió con cansancio.

—¿Te refieres a cuando me golpeaste hasta dejarme inconsciente?

—Eso fue mi culpa —admitió Cassidy, levantando el muñón de su brazo como si fuera a entregar un mensaje.

—Como sigo vivo, supongo que no querías matarme.

—¡No! —le aseguró Filio de inmediato—. ¡Recuerdo todo, Heinrich!

—¿Qué quieres decir con que recuerdas? ¿Qué tipo de traje extraño llevas puesto? —El alemán la miró con irritación, como si la viera por primera vez—. ¿Es el logo de la Fundación Humana?

—Sí. Yo... han pasado tres años desde que partimos de Marte.

—¿Tres años? —Heinrich agrandó los ojos—. ¿De verdad?

—Sí.

—¿Qué pasó? ¿Por qué os tomó tanto tiempo enviar una nueva misión? La próxima oportunidad de lanzamiento habría ocurrido en

dos años. Un momento. Entonces, ¿es 2042? Las constelaciones no son adecuadas para una misión a Marte en 2042. El sol ahora debe estar entre nosotros y la Tierra.

—Sí, así es. Es muy complicado, Heinrich. —Filio pensó febrilmente en cómo podría explicarle todo sin perder un tiempo valioso. Se habían necesitado casi 40 minutos de su preciado aire respirable para explicarle todo a Cassidy, y poner al día a Heinrich sería mucho más complicado—. No tengo mucho tiempo porque me estoy quedando sin aire respirable y casi no hay atmósfera en esta nave.

—Pero la hay —aseguró Heinrich, sonriendo—. Solo que el contenido de oxígeno es demasiado alto para nosotros.

—No. Aparentemente, muchas cosas han cambiado desde que estuvimos aquí la última vez. El contenido de oxígeno ahora ha descendido a menos del cinco por ciento y el contenido de nitrógeno se ha duplicado. ¿Cuánto aire te queda?

—Mis tanques están llenos. El Ser de la nave se ha encargado de eso.

—¿El Ser de la nave? ¿Qué es eso? —preguntó Cassidy. Su confusión era evidente.

—Es la aproximación más cercana a cómo se refiere la nave a sí misma en su totalidad —explicó Heinrich—. Abarca más que solo los sistemas técnicos o el banco de datos. Se considera a sí misma como una entidad.

—¿Y también puedes escuchar al, eh, Ser de la nave? —preguntó Cassidy.

—Por supuesto —dijo Heinrich, asintiendo—. ¿Tú no?

—No.

—Entonces Hortat no te concedió acceso. ¡Debemos despertarlo!

—¿Hortat?

—Sí, debemos despertarlo —repitió Heinrich, acariciando con una mano la tapa de la cámara de estasis detrás de él e indicando el orificio de inyección que Filio había sellado con la pieza de cerámica.

—¿Otro clon?

—El último clon —la corrigió con algo de pesar.

—No sé si es buena idea —dijo Cassidy—. Después de todo, lo mataste la última vez.

—¿Lo mataste? —preguntó Heinrich mientras abría los ojos con horror—. ¿Qué quiere decir?

—Es... complicado. ¿Puede recordar todo?

—No, es un clon nuevo. Obtiene toda la información directamente de su ADN, que la nave extrae de su fósil. Dado que los Constructores lograron almacenar recuerdos en su ADN, recordará todo hasta el momento en que murió su cuerpo real.

—Joder —maldijo Filio. No había tiempo suficiente, y cuanto menos tiempo tuviera para explicárselo todo a Hortat, más probable era que no la tomara en serio o la matara.

—Pero puede acceder a los recuerdos —dijo Heinrich, pulsando su visor con un dedo, justo encima del complemento que llevaba puesto.

Filio se quedó mirando el brillante objeto metálico como si fuera a saltar sobre ella en cualquier momento.

—No lo sé.

—Ojalá pudiera mostrarte lo que hace —suspiró el geofísico con tristeza.

—Filio —Cassidy la agarró por el hombro hasta que ella miró su expresión gentil—, si puedo permitirme darle el beneficio de la duda, tú también puedes.

Después de una breve vacilación, asintió y respiró hondo.

—Está bien, lo despertaremos. Solo necesito quitar el sello.

—Usa mi cuchillo —sugirió Heinrich, señalando el pequeño cuchillo en su cinturón. Estaba metido en una vaina reluciente que parecía estar perfectamente sujeta a su traje. Su gesto fue parco como si le costara mucho esfuerzo.

Filio sacó el cuchillo y se levantó con las rodillas temblorosas. Encendió las luces de su casco para distinguir mejor la espuma programable endurecida y comenzó a raspar el material flexible y extremadamente resistente con la punta del cuchillo.

Después de unos cinco minutos, había aflojado la mitad superior de la espuma, que ahora parecía una pieza plana de goma, lo suficiente como para encajar la hoja en diagonal y sacarla.

—[Iniciando el proceso de inyección] —informó de inmediato el Ser de la nave, y el brazo robótico salió del techo, insertó la aguja en la burbuja ámbar y perforó el cráneo del fósil. Luego la aguja salió disparada y se zambulló tan rápido en el agujero entre los dedos de Filio que ella trastabilló, asustada.

Cassidy ayudó a Heinrich a levantarse y, con un poco de esfuerzo, Filio se acercó a ellos. Los tres ahora estaban de espaldas a la burbuja de conservación y miraban la cubierta rectangular de la cámara de estasis. Filio escuchó un silbido silencioso, y de alguna parte llegó el rugido de un servomotor. Luego, la cubierta se movió un centímetro y un denso vapor salió disparado de la abertura en todas las direcciones.

—Eh, ¿nave? Puedes comunicarte con Hortat, ¿no? —preguntó Filio, sintiendo el sudor en las manos. En vista de su último encuentro con el Constructor, la invadió una sensación de malestar al pensar en enfrentarlo de nuevo. Él no entendería su idioma, y cuando trató de pensar cómo se sentiría ella si se despertara como un clon después de más de 60.000.000 de años solo para ser confrontada por tres pequeños alienígenas, no podía imaginar que estaría muy complacida.

—[Eso es correcto.]

—Entonces también puedes explicarle quiénes somos, ¿verdad?

—[Lo haré, Filio Amorosa. El clon ahora está despierto.]

La tapa de la cámara de estasis se deslizó hacia un lado y ahora cubría a medias la cámara abierta de Heinrich. Por un momento, miraron el denso vapor como si estuvieran bajo un hechizo hasta que una silueta oscura emergió y pisó el suelo con una poderosa zancada.

Al unísono, Filio, Cassidy y Heinrich echaron la cabeza hacia atrás para mirar el rostro del gigante de bronce desnudo, que los miraba con sus ojos negros. Sus labios parecían estar en constante movimiento o retorciéndose tanto que parecía como si estuviera murmurando algo para sí mismo. Los miró uno por uno, deteniéndose brevemente en el muñón del brazo de Cassidy y el complemento sobre los ojos de Heinrich.

Después de unos segundos, volvió a mirar a Filio, y su mirada le provocó una descarga eléctrica. De inmediato se sintió como una niñita frente a un padre estricto, justo antes de ser castigada por alguna tontería.

—[Hortat pide que lo sigas] —le indicó el Ser de la nave.

—¿A dónde?

—[Pide que lo sigas] —repitió.

Filio tragó saliva antes de asentir y seguir al poderoso Constructor, quien parecía llenar la habitación cuando entró en el pasaje por el que ella acababa de llegar. Su espalda era ancha y estaba dominada por músculos marcados que parecían el relieve topográfico de un paisaje montañoso. La piel que se extendía sobre ella como un caramelo brillante era tan suave y fina como la seda, como si no tuviera poros ni impurezas. Su andar oscilante, que parecía tan fluido como el de un gato teniendo en cuenta la masa de su cuerpo, era delicado y opulento.

Aunque podía recordar su apariencia y su porte, ver a Hortat aquí y ahora la impactó como algo completamente nuevo después de todo lo que había experimentado desde entonces. No sabía cómo evaluar a este antiguo ser. Por un lado, estaba el recuerdo de su miedo y su ira hacia él. Por el otro, estaba esa mirada comprensiva y arrepentida que había visto en la cápsula de evacuación una vez que él se dio cuenta de que su muerte, a manos de ella, era inminente. No había odio en sus ojos, ni siquiera ira, al menos hasta donde podía interpretar.

Maté a este ser, pensó con amargura, y al mismo tiempo tenía dudas de haber pasado al otro extremo y estar confiando demasiado en Hortat.

Después de algunos pasos por el pasillo, volteó y su mirada se posó en Heinrich y Cassidy, quienes estaban de pie frente a las dos cápsulas de estasis abiertas, viéndolos, antes de que desaparecieran de la vista.

Frente a una abertura redonda en la pared de la derecha, Hortat se detuvo y señaló la habitación oscura, iluminada solo por una tenue luz roja. Filio entró después de una vacilación apenas perceptible y esperó en el medio hasta que él llegó y dirigió sus ojos, que eran grandes como mangos, hacia ella. Poco después, las paredes de color antracita se movieron y formaron una burbuja alargada en forma de pelota de fútbol. Dos pilares brotaron del suelo y formaron suaves depresiones y altísimos respaldos en la parte superior, uno grande y el otro mucho más pequeño.

Filio entendió y se sentó en el asiento más pequeño mientras Hortat se sentaba en el otro.

Un nuevo pilar se levantó y creció hasta su mano extendida, que apoyó sobre él como si fuera un bastón. Luego, el pilar volvió a desaparecer y Hortat giró el puño, lo abrió y reveló dos cajas. Una era tan grande como la mano de Filio, la otra mucho más pequeña. El Constructor sostuvo la más grande frente a su pecho, y de repente se transformó en un líquido denso, que se extendió rápidamente por su cuerpo, hasta que estuvo cubierto desde los pies hasta el cuello por una estructura gris brillante que ella había visto en él antes.

Volvió a fijar su mirada en ella durante un largo rato, hasta que ella se sintió incómoda y se revolvió en su cómodo asiento.

Hortat emitió un sonido que pareció reverberar en sus huesos y abrió la caja más pequeña con una destreza asombrosa. Con su mano libre, sacó de ella el mismo complemento que habían usado Heinrich y sus antiguos compañeros de tripulación.

Filio hubiera preferido salir corriendo al recordar lo mucho que se había preocupado por este pedazo de metal y lo que podría significar. ¿Qué pasaría tan pronto como lo aceptara? ¿Sería capaz de controlarla como ese asesino psicópata en la Tierra que intentó matar a Xinth? Después de todo, fue Hortat quien instruyó al asesino. *No, no Hortat*, se corrigió, sino su Micrófago Veintiuno.

El Constructor vaciló mientras estudiaba su rostro, que parecía un campo de batalla para una serie de sentimientos contradictorios que luchaban por la supremacía de cada músculo individual hasta que al fin asintió.

Respiró pesadamente con las fosas nasales dilatadas y vio que los dedos que sostenían el reluciente complemento se acercaban más y más.

—Abrir visor —ordenó al sistema de su casco, y cuando emitió un símbolo de advertencia rojo con un pitido desagradable, agregó con impaciencia—: Anular. Liberación de emergencia uno-uno-dos-siete.

Su visor se dobló hacia arriba y la mano de Hortat se abalanzó como si estuviera tratando de sacar un pez del agua. Percibió una sensación de frío en la frente y sintió como si se estuviera inflando

como un globo mientras contenía la respiración.

Luego, la mano de Hortat desapareció y el visor se cerró. Cuando apareció el símbolo verde en la pantalla, respiró profundamente. Su mirada se deslizó hacia Hortat y el complemento cobró vida.

—¡Dios mío!

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

Ágata se sentó en la estrecha cabina del jet supersónico de las Fuerza Aérea y miró por la ventana. Debajo de ella, las interminables bandas nubosas sobre el Atlántico sur se movían tan rápido que sintió como si estuviera montada en una bala. En principio, era técnicamente cierto, lo que no aliviaba la sensación de náuseas en su estómago.

Se había sentido helada y exhausta desde que despegó de la Base de la Fuerza Aérea de Bolling, cerca de Washington, D.C. Era como si se estuviera disolviendo, una gota de agua dispersándose en el océano. La compulsión de Hortat parecía haberse infiltrado en cada célula nerviosa, haciendo lo que quería en su cuerpo.

Ahora estaba sentada con él y Pano, este último miraba hacia el espacio, con el rostro pálido y los ojos ojerosos, en una pequeña cabina en asientos incómodos mientras volaban a cometer una traición de la que se arrepentiría todos los días que le quedaran... si sobrevivía. La parte de ella que seguía libre esperaba en secreto que murieran al tratar de entrar a la pirámide.

El instinto de supervivencia era un factor fijo en el cableado evolutivo de todos los seres vivos, pero ¿y si ya no supiera lo que esta voluntad de supervivencia estaba destinada a preservar? Si su mente ya no le pertenecía y algo más controlaba su cuerpo, ¿quién moriría? ¿Qué quedaba de ella, condenada a verse a sí misma cometiendo actos que su verdadero yo nunca haría?

Dalam se volvió hacia ella y dijo:

—Sé lo que estás pensando. —Estaba sentado en el asiento frente a ella. Su respaldo era del mismo gris militar que las paredes, las cuales estaban provistas de numerosos ganchos y compartimentos, lo que recordaba un poco a un modelo de Lego.

—No lo creo, porque entonces sabrías que no deseo hablar contigo. —Ágata volvió a mirar por la ventana para evitar su mirada y observó que el alerón en el extremo del ala se balanceaba hacia arriba y hacia abajo en la corriente en chorro.

—Podría ordenarte que me hablaras.

—Eso te vendría bien —asintió con sarcasmo.

—Crees que soy una criatura malvada, ¿no? —preguntó Dalam. No... preguntó Hortat.

—Sí, eso es lo que pienso.

—Al padre de tu país, George Washington, lo reverencias como un

héroe, un ícono de la libertad, ¿no es así?

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó Ágata, mirándolo con desdén.

—Durante su vida, George Washington tuvo hasta trescientos noventa esclavos africanos que tenían que trabajar para él y su plantación. ¿Considerarías eso como típico de una buena persona hoy en día? —Los ojos de Dalam se posaron inquisitivamente en su rostro, aparentemente tratando de capturar cada una de sus emociones como con una gran red.

—Dejó claro en su testamento que todos deberían ser liberados después de su muerte. Incluso creó un fondo para asegurarse de que estuvieran bien económicamente —dijo ella, desviando la mirada—. No necesito lecciones de historia de un extraterrestre.

—Puede ser, pero George Washington estaba muy feliz de utilizar a sus esclavos mientras estaba vivo. Solo les permitió irse después de su muerte, cuando ya no los necesitaba.

—Déjame adivinar, ahora estás justificando el mantenernos a nosotros y a muchas otras personas como tus esclavos, ¿verdad? —Ágata miró hacia atrás, negó con la cabeza con disgusto y se volvió deliberadamente para mirar de nuevo por la ventana.

—También te liberaré cuando termine. Te lo prometo.

—¿Sabes lo que nos estás haciendo? —Su cabeza se sacudió en dirección a Dalam y pudo sentir la ira ardiendo en la parte posterior de su cabeza como una aguja caliente.

—Sí —respondió con una mirada ausente—. Y no estoy orgulloso de ello. Pero usaré cualquier herramienta necesaria para detener a Xinth. Cualquiera. Tú y tu compañero estáis entre las mejores que he encontrado.

—¡Qué halagador! —Le clavó una mirada de odio.

—Treinta minutos para repostar —dijo el piloto a través de los altavoces. A pesar de su pronunciación clara, apenas podía entenderlo por el ruido de las turbinas.

—Debemos prepararnos —anunció Dalam.

—¿Para qué?

—Después de que el avión cisterna nos reabastezca de combustible, tendremos cuatro o cinco horas de vuelo para llegar al Barack Obama. Debemos idear un plan sobre cómo podemos entrar en Geth sin que nos maten. El arca no es solo una antigua roca. Está repleta de tecnologías que protegen la instalación en situaciones como esta. Me ayudarás a encontrar la mejor manera.

—Sí, lo haré —le aseguró. No fue ella misma quien respondió, pero al mismo tiempo lo era, un sentimiento que la confundió y la horrorizó profundamente.

Después de repostar, de lo que apenas se dieron cuenta excepto por la sombra proyectada sobre sus alas por el enorme avión cisterna que tenían delante, giraron sus asientos el uno hacia el otro y empezaron a planificar. Se pusieron gafas RA y miraron la proyección virtual de la pirámide entre ellos, que giraba lentamente alrededor de su propio eje. Un programa de ordenador había creado la simulación basada en sus tres memorias combinadas y las dimensiones aproximadas conocidas.

—Solo hay una entrada que conozcamos —explicó Pano, señalando con el dedo un punto en la base de la estructura gigantesca, que luego comenzó a parpadear en rojo—. No es más grande que una puerta doble, tal vez de dos por tres metros. Desde allí, una especie de ascensor conduce en diagonal hacia abajo. La mayor parte de lo que vimos se encuentra a bastante profundidad bajo el hielo.

—Esa es la zona de estar y de trabajo —coincidió Dalam, asintiendo—. Debajo hay áreas mórficas que sirven como espacios de almacenamiento en tiempos de estasis, hasta donde yo sé.

—¿Hasta donde sabes? —preguntó Ágata.

—Sí. Yo era un genetista y no un miembro del sacerdocio.

—¿Sacerdocio?

—Así es como llamamos a nuestros trabajadores culturales. Sacerdocio es el término más aproximado. Xinth es miembro y es responsable de la preservación y el desarrollo de nuestra cultura. Por eso se le encomendó la administración de nuestra descendencia.

—Esos descendientes —dijo Pano, señalando vagamente hacia la proyección de la pirámide entre ellos—. ¿Dónde están alojados?

—En los pisos superiores, creo. —Dalam negó con la cabeza con desdén—. Pero eso es irrelevante para nuestra tarea.

—Comprendo. Has estado allí antes, ¿no?

—No. A mi regreso del Espacio Dodecadimensional, Xinth al parecer deliberadamente, no se reunió conmigo en Geth, sino en otro continente que no conocéis. Había once de ellos en esa época. Así que, conozco muy poco sobre este lugar, y lo poco que sé proviene de los datos disponibles públicamente en el momento de la construcción del arca —explicó Dalam—. Pero estoy seguro de que la entrada que habéis visto no es la única.

—Si hay otra, no sabemos nada al respecto. —Pano miró a Ágata, quien asintió lentamente.

—Pero —dijo ella—, podríamos preguntarle a Karlhammer.

—¿Karlhammer? —preguntó Pano, confundido.

—Sí. No tiene idea de que ahora estamos trabajando con Hortat. Primero, pensamos en una buena tapadera y esperamos a que el grupo

de ataque del portaaviones Barack Obama comience su asalto. Luego le decimos que tenemos información importante y que nos diga por dónde podemos colarnos a través de otra entrada —explicó en la oscuridad que rodeaba la proyección virtual, como si la cabina del avión a su alrededor no existiera en ese momento.

—Y asignamos a los soldados a la entrada normal como principal punto de ataque —agregó Pano.

—Vale la pena intentarlo. Lo único que nos falta es una historia convincente que explique por qué hemos regresado y tenemos tanta prisa. Eso generará preguntas.

Ágata reflexionó y repasó varios escenarios que pasaron por su mente como una presentación de diapositivas. Una vez más, estaba profundamente inmersa en su modo de investigación capaz de bloquear el mundo que la rodeaba y se limitaba a los hechos principales provenientes de sus hallazgos anteriores. Todo se disponía por sí solo, un hecho tras otro, formando una posible cadena causal, y volvía a desmoronarse si a ella no le parecía bien. Así fue durante bastante tiempo, mientras Pano y Dalam hablaban en voz baja sin que ella captara el más mínimo detalle de su conversación.

—Ya sé —dijo al fin, inclinándose hacia adelante.

Pano y Hortat en su cuerpo huésped se volvieron hacia ella sorprendidos y la miraron con intriga.

—Decimos la verdad.

—¿Perdona? ¿Qué? —preguntó Pano, desconcertado, mientras Dalam la miraba con cierto desdén, como si temiera que su coerción hubiera perdido su poder sobre ella.

—Muy simple, si todas las demás explicaciones parecen demasiado inverosímiles, cíñete a la verdad. De todos modos, la verdad suele ser demasiado absurda para que alguien la niegue, y básicamente todos la reconocen tan pronto como la escuchan. Le decimos que Workai Dalam es, de hecho, Hortat, y luego cambiamos los hechos. Le decimos a Karlhammer que le tendimos una trampa a Dalam, "Hortat", con la ayuda de Miller y la secretaria Cortez, y que ahora queremos entregárselo a él y a Xinth.

»Que nos equipamos y al equipo Seal que nos acompaña con audífonos insonorizados y le llevamos a nuestro prisionero. Xinth y Karlhammer asumirán que Hortat puede detener el ataque de los Estados Unidos con su Micrófago Veintiuno o con otra cosa. Así que difícilmente podrán rechazarnos cuando les digamos que lo tenemos en nuestro poder.

—Una jugada arriesgada —dijo Dalam, frotándose los labios con una mano—. Una jugada "muy" arriesgada. No podré continuar dándote órdenes a ti ni a los soldados que nos acompañan.

—Cualquier otra cosa sería demasiado sospechosa —dijo Ágata—.

En cualquier caso, debemos asumir que todos en la pirámide tienen esos auriculares.

—¿Cómo funcionan las órdenes? —preguntó Pano abruptamente.

—Es algo que aprendí durante mi estancia en el Espacio Dodecadimensional —explicó Dalam, su rostro mostraba una gran tensión.

—¿Espacio Dodecadimensional?

—Estructuras de realidad de dimensiones superiores. Puede que conozcas este concepto como hiperespacio. —Dalam respiró hondo e hizo un gesto de impaciencia, como si el tema le resultara desagradable, lo que explicaría las líneas de tensión alrededor de su boca—. En cualquier caso, los cambios temporales en las estructuras neurales de la...

—¿Víctima? —Ágata trató de ayudarlo, y Dalam hizo una mueca de amargura.

—... de la persona afectada se logran mediante efectos cuánticos dirigidos de tal manera que reaccionan a los estímulos auditivos de un patrón de lenguaje particular.

—Tu voz —concluyó Pano, asintiendo al comprender.

—Sí.

—¿Por qué no creaste cientos de agentes como ese hombre del traje negro?

—No es tan fácil y no era mi deseo. Si fueras la única persona con una bomba atómica, ¿a cuántas personas más le confiarías otra? —Dalam enderezó su postura—. No importa ahora. Continúa, agente Devenworth. ¿Tienes un plan?

—Cuanto más cerca estemos de la verdad, menos podremos enredarnos en contradicciones —continuó ella—. Esa es una regla básica que uno aprende en la universidad. Con las pistas que hemos obtenido de los datos médicos de los senadores, ahora también podemos demostrar que, según nuestra teoría de la infección, no hay evidencia de que la presidenta Harris esté infectada con el micrófago. La teoría del corto período de incubación como característica de la infección por micrófagos es correcta, ¿no?

—Sí —dijo Dalam.

Esa admisión pareció causarle cierta incomodidad.

—Bueno, entonces Xinth tendrá otra razón para creernos.

—¿Y cuando estemos dentro? —preguntó Pano, mirando a Dalam —. ¿Entonces qué?

—Entonces convenceremos a Xinth de que coopere o lo mataremos.

—¿Y los embriones?

—¡Nada debe pasarles!

—Pero ¿y tu ataque a gran escala con la flota?

—El micrófago está programado para que los afectados tengan que encontrar a Geth a cualquier precio, neutralizar a Xinth sin importar las circunstancias y proteger la pirámide sin tener en cuenta sus propias pérdidas —explicó Dalam.

—¿Programado? —Ágata frunció el ceño, sorprendida—. ¿Entonces no tienes un control permanente sobre los infectados?

—No.

—Eso significa que ya no puedes ejercer ninguna influencia sobre los oficiales de la flota.

—Pero puedo, a través de la presidenta Harris —dijo Dalam—. Es por eso por lo que os necesitaba a ambos, para tener acceso a ella, lo cual casi no consigo. —Señaló con el dedo índice a la pirámide que rotaba entre ellos—. El ataque se limitará a proteger del bombardeo aéreo a las fuerzas terrestres que avanzan. Con todo ese fuego, será difícil entrar ileso.

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó Ágata.

—No.

—Muy bien. Entonces debemos llamar a Karlhammer ahora. Si esperamos demasiado, se preguntará sobre la velocidad con la que podemos llegar a la pirámide.

Dalam la observó por un momento, luego desapareció detrás de su asiento. Cuando reapareció, le tendió un teléfono satelital.

—No querrás engañarme —le inculcó una vez más, casi hipnóticamente—. Todo lo que haces y quieres es para el éxito de nuestra misión: eliminar a Xinth. No harás nada para poner en peligro esta misión.

—Por supuesto que no —dijo ella con una convicción que sintió tan pronto como sus palabras llegaron a sus oídos.

—Bien. —Con un golpecito de revés, él le hizo un gesto para que continuara.

Ágata marcó el número secreto que Karlhammer le había confiado, mientras se odiaba cada vez que oprimía un botón. Al mismo tiempo, sentía un profundo deseo de hacer la llamada telefónica para al fin lograr un objetivo que no era suyo.

—Agente Devenworth —respondió el sudafricano después de un corto tiempo. En el fondo, escuchó gritos parecidos a una sierra eléctrica.

—Sí, tengo buenas noticias.

—¿Tu misión ha tenido éxito? —preguntó Karlhammer esperanzado.

—Sí. Tenemos al Enemigo bajo nuestra custodia.

—¿Qué? ¡Espero que no estés bromeando!

—Nunca bromeo —dijo.

—¿Cómo lo hicisteis?

Su voz ahora denotó un rastro de incredulidad cuando la euforia inicial se retiró lentamente de sus cuerdas vocales como la niebla matutina bajo el sol directo.

—Con algún costo. Perdimos al director Miller, así como a la secretaria de Seguridad Nacional y todo su equipo de seguridad.

—¡Joder! ¿Tú y Hofer estáis bien?

—Sí. Le pusimos una trampa. De hecho, El Enemigo es Workai Dalam —dijo, haciendo una pausa para permitir que su frase surtiera pleno efecto en Karlhammer.

—¿Qué?

—El Enemigo es Workai Dalam. Ha sido él todo este tiempo. Tiene sentido que nadie sospeche que la única persona que estaba advirtiendo al mundo sobre El Enemigo sea, de hecho, ese mismo enemigo.

—¡Pero eso es imposible!

—¿Porque trabajaba contigo? Esa es más bien una razón más por la que su identidad de camuflaje fue muy bien elegida —respondió Ágata.

—¿Y cómo lo atrapasteis?

—Él nos atrapó. Íbamos de camino con el director Miller a una reunión secreta con la presidenta Harris cuando la secretaria de Seguridad Nacional nos interceptó y nos secuestró. Ella era una agente del Enemigo y aparentemente quería saber qué íbamos a hacer. El Enemigo luego nos liberó y prometió que permitiría ser arrestado si le daban cinco minutos con la presidenta y podía contarle sobre la amenaza que representaba… El Enemigo.

Ágata se tomó un breve descanso y se detuvo porque deseó no haber hecho lo que salía de sus labios.

—En ese momento decidimos aceptar eso, y también lo hizo la presidenta. Pero comencé a sospechar porque me di cuenta de que su propuesta era demasiado perfecta. Su camuflaje era excelente, el transmisor que nos había plantado se había quedado con nosotros en circunstancias demasiado afortunadas para creerlo, y su deseo de hablar directamente con la presidenta parecía peligroso. En nuestra investigación descubrimos que puede tomar control sobre las personas con un tipo de virus que tiene un período de incubación extremadamente corto e implanta ciertos comandos o deseos.

»No podíamos arriesgarnos a que nos hubiera tendido una trampa perfecta, y de camino a la Casa Blanca, le envié un mensaje en secreto a la presidenta de que ella y sus guardias de seguridad debían usar auriculares insonorizados. Así, pudimos arrestarlo.

—Es demasiada información para asimilar —respondió Karlhammer, y Ágata podía escucharlo respirar a pesar del ruido en la línea—. Espera un momento.

Siguió un chirrido, como si alguien frotara un trozo de tela sobre el micrófono en el otro extremo, y luego escuchó una voz apagada que no pudo entender. Aparentemente estaba cubriendo su micrófono con una mano.

—Creo que está hablando con Xinth —le susurró a Dalam, quien solo asintió en silencio y no le permitió quedar fuera de su línea de visión. Pasaron unos minutos y Ágata miró la pequeña pantalla debajo del auricular varias veces para asegurarse de que seguían conectados. La línea al fin crepitó de nuevo y Karlhammer regresó.

—Traelo, agente Devenworth. Estaremos preparados.

Aliviada, exhaló por la nariz y asintió a Dalam y Pano.

—Muy bien —respondió Ágata—. La presidenta ha puesto a nuestra disposición un equipo de Navy SEAL que también ha sido informado de todo. También me ha autorizado a darte su número privado. Creo que está enlazado con la flota bajo el mando del almirante Taggert, que se dirige hacia ustedes.

—Ella no tiene control sobre los oficiales porque están corrompidos por El Enemigo, ¿verdad? —preguntó Karlhammer con algo de amargura—. Esto se va a poner muy feo. ¿Cuándo llegarás?

—En unas diez horas —dijo sin dudarlo.

—Eso es rápido. Muy bien. Si tenemos suerte, llegarás antes que la Marina, pero lo veo difícil. Si no logras llegar antes de que se arme la de Dios, comunícate conmigo y me aseguraré de que podáis entrar por un acceso secreto.

Ágata escuchó un clic en la línea y presionó el botón rojo antes de asentir a Pano y Dalam.

—Mordió el anzuelo.

—Buen trabajo, agente Devenworth —dijo el pakistaní, sonriendo satisfecho—. Muy buen trabajo.

—Sí —asintió con amargura. Era una especie de breve triunfo por parte de un remanente de su yo aprisionado que no había sido suprimido por completo. Al mismo tiempo, seguía desesperada por cumplir sus órdenes con lo mejor de su conocimiento y conciencia.

Dalam se puso serio.

—Bueno. Aterrizaremos en el Barack Obama en unas horas, y luego abordaremos un helicóptero de transporte donde nuestro equipo de escolta de los Navy SEAL ya está esperando.

—Pero tenemos que insistir en que los marines en tierra suban a bordo después de que aterricemos, nos traigan auriculares insonorizados y grilletes, y algo para que te cubramos la cabeza —exigió Pano, señalando vagamente con una mano hacia arriba—. Karlhammer tiene ojos y oídos en todas partes. Ya tendrá la zona vigilada, si no desde la órbita, lo que supongo, al menos mediante drones espías cerca de la flota. Así que tenemos que actuar desde el

momento en que desembarquemos. De lo contrario, nos arriesgaremos a ser descubiertos de inmediato. Se nos ha dado la autoridad apropiada y debemos hacer uso de ella.

—Tienes razón. —asintió Ágata—. Yo me encargo de ello.

Presionó un botón en su reposabrazos y después de un breve tono de espera, escuchó la voz del copiloto.

—¿Sí, señora?

—Conéctame con el Barack Obama —dijo, cerrando los ojos por un momento. Iba a hacerlo, en verdad lo iba a hacer, y no había nada que pudiera evitarlo, porque Hortat la obligaba a querer hacerlo de esa manera.

FILIO AMOROSA, 2042

El contacto fue establecido suavemente, como si alguien arrastrara un pañuelo de seda fina sobre su piel, con la diferencia de que estaba tocando su mente. Luego esa sensación desapareció tan rápido que Filio no estuvo segura de si solo la había imaginado.

—Estos recuerdos —dijo Hortat, y la sonoridad de sus palabras la envolvió como una ola—, son…

—¿Perturbadores? —Ella trató de ayudarlo y asintió—. Lamento si yo...

—Hiciste lo que tenías que hacer al creer que estabas salvando a tu especie —la interrumpió el Constructor, haciendo un gesto fluido con su mano derecha que pareció tejer fibras invisibles—. Probablemente lo entiendo mejor que nadie.

—¿Porque hiciste lo que tenías que hacer por la misma razón?

—Sí.

—Ese micrófago tuyo... ¿ha creado una especie de clon?

—Algo por el estilo. Creó mis recuerdos y, por lo tanto, mi personalidad, incluida una imagen neuronal —explicó Hortat, y su boca se abría y cerraba como un pez que hubieran sacado del agua. Filio aún se sentía pequeña frente al gigante de bronce.

—¿Cómo?

—Es complicado. Quienquiera que te haya rescatado habrá sido infectado con el micrófago. Habrá tardado varios meses en crear la imagen programada.

—No sé quién me rescató. Alguien se aseguró de recostarme sobre un trozo de madera y un equipo de búsqueda me encontró —explicó Filio, y la aparente sencillez de su conversación era tan surrealista que le parecía estar en un sueño. En su memoria, la cápsula de evacuación acababa de ser expulsada del *Mars One*, y aún veía el rostro de Hortat en su mente mientras la comprensión de sus asesinatos aumentaba. Ahora estaba sentada frente a él —no, su clon—, y le hablaba como si nada hubiera pasado.

—Aquel es el que ahora lleva mi imagen neural en él.

—¿Y ese alguien ahora eres tú?

—Sí y no. Esa imagen mía es producto de mi personalidad y mis recuerdos, con la diferencia de que esta persona ha sido infectada con el micrófago, que programé de tal manera que no pueda permitir que nada se interponga entre él y el objetivo —explicó Hortat.

—Entiendo. —Filio tragó saliva—. En la Tierra, una guerra está a punto de comenzar alrededor de la pirámide. Tienes que prevenirlo.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Te mostraré —dijo él, extendiendo una de sus enormes manos. Cada dedo era casi tan grueso como su muñeca. Mientras ella miraba fijamente su palma, la tela de su traje fluía por su cuello y sobre su boca, formando una especie de máscara sobre su nariz.

—Debes abrir tu traje. De lo contrario, no funcionará. La nave ha hecho que el aire de esta habitación sea respirable para ti. No temas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó en una insurrección final de su antigua desconfianza, de la que no podía despojarse por completo.

—Te mostraré por qué no podemos detener a mi imagen.

—¿Una visión?

—Un recuerdo —la corrigió con calma.

—Xinth también me mostró uno de estos recuerdos. ¿Cómo sé que no me mostrarás algo ficticio?

—No funciona así. Xinth te ha mostrado la verdad, pero quizás solo en los apartados que le convienen. El intercambio se produce entre las imágenes sutiles de nuestros recuerdos. Puedo mostrártelo o no. Es tu decisión.

Hortat retrajo la mano unos centímetros mientras la miraba atentamente con sus ojos negros.

—¿Por qué quieres mostrármelo?

—Debemos trabajar unidos para garantizar que no ocurra ninguna catástrofe.

Filio frunció el ceño, confundida. Trató de entender lo que él quería decir, y no pudo evitar temer que todas sus preguntas solo terminaran generando nuevas. Este ser al que se enfrentaba ahora era mucho más antiguo, más sabio, y estaba dotado del conocimiento de una cultura tan superior a la de la humanidad que debía sentir como si estuviera tratando de explicarle el mundo a una hormiga.

Ella miró por última vez su indicador de aire, que ahora mostraba 60 minutos, y abrió su casco. El sello se liberó con un siseo. Colocó el casco en su regazo y luego se quitó los guantes. Había un ligero olor a ozono, pero por lo demás el aire era claro y respirable.

Hortat la miró con una expresión implacable, y solo cuando ella alargó la mano para coger la de él, su poderosa frente se inclinó un poco.

El toque era cálido y áspero al mismo tiempo. El recuerdo comenzó de inmediato. No hubo transición, ni viaje, ni luz al final del túnel. De repente estaba mirando a través de los ojos de Hortat.

Hortat, 66.120.377 a.C.

—¿Cómo se ve? —le preguntó Hortat al navegante mientras miraba la infinidad de estrellas a través del revestimiento transparente frente al puente. La vista lo asustaba tal como lo había hecho en sus últimos vuelos a los planetas exteriores del sistema solar. Detestaba el universo y su hostilidad hacia la vida. No tenía nada que ofrecer a un biotecnólogo como él excepto decadencia y muerte.

Cuando era niño, tenía miedo de mirar las estrellas con el telescopio de su padre. Mientras otros descendían a la contemplación filosófica ante su vista, a él lo carcomía el miedo de que la enorme nada que había allí afuera lo tragara como el océano a un grano de arena. Negó con la cabeza y se concentró en su entorno para deshacerse de pensamientos tan desagradables.

El navegante estaba en medio de los tres tanques sellados desplegados en la pequeña sala blindada. El fluido conductor sináptico en el que yacía su cuerpo proporcionaba el control directo del espejo cuántico, que les ayudaría a navegar por el Espacio Dodecadimensional. En el mismo líquido espeso yacía el controlador, quien supervisaba los sistemas internos de la nave al insertar su mente en sus circuitos e interconexiones. También estaba el astronavegador, quien se ocupaba de los nodos de energía y las redes de superconductores de la nave.

Hortat se sentía extrañamente solo allí arriba, en el centro organizativo de su nave colonial, ya que no había señales de actividad o vida excepto por los tres tanques-sarcófago. Las paredes eran lisas y ocultaban todos los aparatos y tuberías tras su brillo color antracita. Los tanques ni siquiera tenían ventanas a través de las cuales pudiera ver las caras de sus tres operadores de tecnología.

—Veo la malla frente a mí. —Escuchó la voz del navegante a través de implantes de audio en su cabeza—. Es... hermosa.

—¿Cuál es su apariencia?

—No tiene apariencia, solo un eco de existencia, similar a una ola que tiene su propia forma, pero es solo una expresión del todo. Puedo oír el canto del Espacio Dodecadimensional, Hortat.

—¿Canto?

—Está vivo. Aunque no como nosotros lo definiríamos. No tiene forma, no tiene voluntad y, sin embargo, está vivo a su manera —dijo el navegante, extasiado, y la imagen mental de un suspiro penetró en la mente de Hortat—. Deberías ir a tus aposentos ahora. Hemos recibido la autorización del mando de la flota y pronto haremos la transición. Con tu permiso.

—Permiso concedido —dijo Hortat con melancolía, pensando en la Tierra que había pasado por estribor hacía apenas unos momentos. Finalmente, se dio la vuelta y atravesó una vía de acceso que se había

abierto y entró en el corredor de conexión central, donde se encontró con Mirnu, su *Mammaria*. Tenía la barbilla estrecha de una nacida en el sur y la piel mate color caramelo del continente Tangir. Cada vez que veía a su mejor amiga, se preguntaba por qué no le había pedido unión.

Mirnu estaba terminando una conversación con Xornir, uno de sus principales tejedores mecánicos, y se volvió hacia Hortat cuando se acercó.

—Hortat —dijo mientras revelaba su placer con una amplia sonrisa en sus labios oscuros. Sus ojos eran un poco más pequeños y oblicuos que los de él, aunque no tan toscos y sin forma—. ¿He oído bien, que ya estamos listos?

—Sí, lo estamos. El navegador está listo para la transición. —Hortat la asió por los brazos con ambas manos y la miró a los ojos—. Cuando estemos en el Espacio Dodecadimensional, visítame en el laboratorio, ¿de acuerdo?

Mirnu frunció el ceño y arrugó la frente, pero luego asintió sin preguntar el motivo.

—Gracias. Que la sabiduría de los ancestros nos acompañe —dijo agradecido, dejando que sus manos se deslizaran hacia las de ella para apretarlas brevemente antes de dar un paso atrás y dirigirse a sus aposentos. La puerta estaba a menos de veinte pasos a la derecha.

Para ser una nave colonial, la suya parecía muy pequeña a primera vista, aunque transportaba a más de 10.000 colonos en cámaras de estasis y más de 50.000 embriones en tubos criogénicos. Pero las enormes cubiertas que los alojaban estaban todas en el vientre de la nave, no en el vértice superior, donde él y la tripulación, compuesta por 50 hombres y mujeres, trabajaban para asegurarse de que sus cargas llegaran a salvo a su destino. Su zona de viviendas y trabajo abarcaba unos pocos cientos de metros cuadrados y parecía una protuberancia en la parte trasera de un gigantesco *Monnbat* en la sección transversal de la nave.

Al llegar a su cámara, fue directamente a su ataúd de sueño, se acostó en él y esperó hasta que la tapa lo cubrió y la luz del sello parpadeó en verde. Luego activó la inyección de suero.

El suero era un componente central del vuelo cuántico. Aseguraba que toda la tripulación, excepto el navegante, el astronavegador y el controlador que permanecían en el puente durante la transición, viajaran en un coma sin sueños. El principio le había sido explicado de tal manera que comparaba el espacio de dimensiones superiores con la superficie de un lago en calma, y que cada pensamiento y emoción creaba ondas en esta superficie que dificultaban que el navegante las cruzara con seguridad hasta la otra orilla.

Así que los tecnólogos habían hecho arreglos para que toda la

tripulación entrara en coma.

Hortat sintió el pequeño pinchazo en el costado de su cuello, más como una sensación de cosquilleo que como un dolor desagradable. Contó de diez hacia atrás pero no llegó al número seis.

Cuando despertó, la tapa de su ataúd de sueño ya estaba abierta y lo primero que vio fue el techo color antracita de sus aposentos. Estaba coloreado en los mismos tonos de transición negros y grises que la mayoría de las instalaciones de este tipo. Los tonos calmaron sus ojos, reflejaban la luz esférica de los manipuladores de fotones de una manera que apenas era perceptible.

—Conéctame con el navegante —ordenó Hortat al Ser de la nave mientras se levantaba de su ataúd. Antes de que sus pies tocaran el suelo, su traje de seguridad se había posado alrededor de cada dedo y sellado del todo. Sintió un ligero temblor e inhaló y exhaló varias veces.

—[Estás conectado] —le dijo la nave.

—¿Cuál es el estado? —preguntó de inmediato.

—Es hermoso —respondió el navegante en su mente, y los sentimientos resonantes en la conexión parecían bulliciosos y exultantes—. No entendíamos nada de nada.

—¿De qué estás hablando? ¡No te entiendo! ¿Fue exitosa la transición?

—Sí, Líder, lo fue.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó Hortat cuando el navegante estaba a punto de cortar la conexión.

—¿Tiempo?

—¡Sí, tiempo! —Hortat sintió que perdía la paciencia. Nunca había sido capaz de tolerar la charla esotérica de las personas etéreas. Como miembro de la casta de investigadores, no tenía ningún interés en los conceptos místicos de los dotados mentales, pero ese comportamiento ahora parecía más fuera de lugar que de costumbre.

—Meses, años, milenios, ¿qué papel desempeñan? Aquí no hay tiempo.

—Iré al puente —refunfuñó Hortat, poniendo fin a la conexión. Tan pronto como cruzó el borde de su ataúd, este retrocedió hacia la pared como si nunca hubiera estado allí. Alguien golpeó la puerta.

—Entra —dijo con su acento local, y la entrada al pasaje se abrió —. ¡Un asidero! —gritó de pánico Hortat mientras miraba hacia un vacío abierto en lugar del pasillo de conexión. La nave obedeció de inmediato y formó una barra de sujeción en el suelo. La agarró con ambas manos para protegerse de la atracción de la atmósfera que se escapaba, solo para darse cuenta de que nada de eso estaba sucediendo.

—¿Qué? ¡Por los Ancianos...! —Tragó saliva y con cautela soltó la

manija sin apartar la mirada de la puerta abierta.

—[No entiendo tu conducta] —dijo la nave.

—¿Sellaste la fisura con un campo de fuerza?

—[Sigo sin entender. ¿La fisura?]

—¡La que está frente a mis ojos! —gritó con impaciencia, señalando con la mano extendida las estrellas, que no estaban ni a cuatro pasos de distancia.

—[Lo siento, Hortat, no puedo detectar una fisura. Según mis datos, la nave está completamente intacta.]

—¡Imposible! ¡La veo!

—[Una fisura en el casco es muy poco probable, pero aun si ese fuera el caso, habría una pérdida de atmósfera.]

—Lo sé, pero... —Hortat se detuvo y trató de controlar su miedo. Con cuidado puso un pie delante del otro y cerró los ojos varias veces entre cada zancada. Cuando estuvo a solo un paso del vacío, no sintió frío ni su respiración se vio afectada. Apretó los ojos y contuvo la respiración antes de dar un paso y entrar en el pasillo de conexión.

Irritado, se dio la vuelta y miró sus aposentos, como si la puerta nunca se hubiera visto diferente.

—¿Una ilusión? —preguntó, parpadeando un par de veces antes de permitir que el Ser de la nave cerrara la puerta.

La voz detrás de él se entrometió tan abruptamente que se estremeció.

—¿Qué clase de ilusión?

Vio a Mirnu parada allí, mirándolo atentamente.

—Yo... Acabo de ver una especie de ilusión, como si hubiéramos tenido un fallo en el casco.

—¿Un fallo en el casco, aquí en el pasaje? Pero si no corre a lo largo del casco, está a más de diez *dekas* de aquí —dijo, encogiéndose de orejas en un gesto de asombro. ¿Todo está bien?

—No lo sé. Me someteré a un análisis médico —dijo distraídamente.

—¿Ahora? —Mirnu agrandó los ojos.

—No. Ahora tengo que ir al puente. Nuestro navegante es...

—¿Extraño? —Hizo un gesto como si fuera obvio—. Ya lo sabíamos.

—Sí, pero algo le sucede, actúa más raro de lo habitual.

—¿Crees que la transición le ha hecho algo?

—No lo sé —admitió, señalando hacia el puente, que estaba a unos veinte pasos al final del corredor—. Averigüémoslo.

—¿Podemos hablar antes de irnos? —preguntó Mirnu, girando su mano derecha con sus largos y esbeltos dedos dos veces alrededor de su propia muñeca: un gesto de petición urgente.

Hortat frunció el ceño, pero asintió. Miró brevemente a la puerta

de sus aposentos y luego, después de que un escalofrío le recorriera la espalda como agua helada, señaló la entrada de su laboratorio justo enfrente.

Cuando estuvieron en la larga sala ovalada, ordenó al Ser de la nave que transformara las áreas de trabajo. Mesas, máquinas y celdas de germinación aparecieron unos momentos después, y de repente parecían haberse reducido en tamaño. Una parte de él se relajó cuando vio que todo seguía exactamente como lo había dejado.

—¿Qué tienes en mente, Mirnu? —preguntó, parándose de tal manera que bloqueaba la vista de su módulo de análisis.

—No tuvimos tiempo de hablar en privado antes de partir, pero necesito saberlo —dijo, visiblemente incómoda—. Tu investigación, ¿la trajiste?

Hortat sintió que se le ensanchaban las fosas nasales. Había querido mantenerla al margen de ella, aunque sabía que Mirnu era demasiado inteligente como para no cuestionar por qué había pedido un comando. Su rango como miembro de la casta investigadora le habría permitido una transición mucho más cómoda en una cámara de estasis. Casi nadie sentía el deseo de viajar entre dimensiones en un estado de existencia completamente desconocido. Sin embargo, para él, las cosas eran muy diferentes.

—Sí —suspiró, levantando las manos a la defensiva cuando su boca emitió un gruñido de enfado y ella dio un paso hacia él—. ¡Mi investigación puede ser ilegítima en la Tierra, pero no en el espacio de doce dimensiones!

—¡El Consejo te lo ha prohibido!

—Sí, en todas partes donde nos hayamos asentado —citó la redacción del Consejo—. ¡Pero no nos hemos asentado en el espacio!

—¿Quieres enfrascarte en una batalla etimológica con el Consejo? —preguntó Mirnu, atónita y negando con la cabeza—. ¡Eso no interesaría lo más mínimo a sus miembros! ¡Te dirían que esta nave es una parte muy importante del espacio que hemos colonizado porque estamos a bordo en todas partes! ¡Y, además, también es incorrecto!

—¿Qué es incorrecto?

—Lo sabes muy bien: tu Micrófago Veintiuno.

Hortat arrugó la nariz de dolor y retrocedió un paso tambaleándose como si le hubiera asestado un golpe. Tenía la esperanza de que al menos Mirnu estaría de su lado tan pronto como los grilletes de su tierra natal ya no les impidieran decir lo que pensaban. Pero aparentemente, ni siquiera ella lo entendía.

—Mirnu —dijo con fuerza, suplicante—. El Micrófago Veintiuno es la clave para el siguiente paso en nuestra evolución. Imagínate lo que podríamos lograr si nuestros descendientes heredaran todo el conocimiento que poseía su generación anterior. A través de su ADN,

sin ninguna limitación. No más *dekas* gastados en academias para adquirir conocimientos laboriosamente. Todo lo que sepa en el momento de la procreación, mi hijo también lo sabrá tan pronto como nazca.

—Es incorrecto —insistió ella, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Le arrebatas su desarrollo, su curiosidad, su libertad.

—¿Qué libertad? —murmuró, con desdén—. ¿La libertad de cometer errores al repetir los de los padres? ¿La libertad de no decidir? ¿La libertad de desperdiciar el tiempo limitado que ofrece la vida?

—Sí. ¿Y las consecuencias secundarias? ¿Qué sucede si tu ADN no acepta los cambios y se daña? Cualquier intervención en la evolución es peligrosa y, como biotecnólogo, deberías saberlo mejor que nadie.

—¡También, lo sé! Pero he probado y perfeccionado el método varias veces en simulaciones hasta que los riesgos de mutaciones espontáneas cayeron por debajo de cero-coma-cero-cero-cero-tres.

—¿Y qué hay de los peligros? —preguntó Mirnu.

Un chasquido atravesó la nave y Hortat se sobresaltó, pero ella le agarró la cara y lo obligó a volver la mirada hacia ella.

—¿Qué hay de los peligros?

—Acabo de decir que los riesgos para... —comenzó distraídamente, mientras trataba de escuchar si el chasquido regresaba cuando ella exigió su atención.

—No me refiero a eso. Tú o quienquiera que use el micrófago puede programarlo como desee para cambiarlo todo. Por ejemplo, la química cerebral para hacer que otros sean dóciles.

—¿De verdad me crees capaz de algo así? —preguntó con honesto horror, y olvidó el extraño sonido.

—Solo quiero decir que... —Mirnu suspiró y se alejó de él con una expresión deprimida—. Lamento si yo...

El chasquido volvió a oírse. Parecía un sonido metálico sordo que parecía moverse de izquierda a derecha.

—¿Qué es eso? —preguntó, mirando al techo con preocupación.

—[Una de las tuberías de helio-3 ha estallado] —informó la nave con calma.

—¿Qué? ¿Cómo?

—[El prospector Targun ha destruido uno de los clips magnéticos que rodean la red de tuberías de suministro.]

—¿Targun ha qué? —preguntó Hortat, horrorizado, mirando a Mirnu, quien se había vuelto hacia él y negaba con la cabeza, confundida.

—[Este no es el único caso de comportamiento destructivo, Hortat] —dijo la nave, y proporcionó a su mente una descripción general de las grabaciones completadas con imagen y sonido. Sus rodillas se

convirtieron en mantequilla.

Un miembro de la tripulación estaba en su habitación y se llevaba las manos a los oídos, gritando como si estuviera atormentado por algún sonido que nadie más podía oír. Otro yacía en su ataúd de sueño, con las arterias de la muñeca cercenadas. Otro más corría por el pasillo de conexión con una barra de plasma con la que parecía estar apuñalando algo invisible.

—Por los Ancianos —susurró Mirnu, llevándose una mano a la boca. Sus párpados temblaban como las alas de una mariposa *Aartan*.

—¡Astronavegador! —gritó Hortat, y el Ser de la nave estableció la conexión—. ¿Estamos siendo atacados?

—No, Líder —informó la voz etérea desde el puente. Dado que la mente del astronavegador había sido completamente absorbida por los sistemas de la nave, se trataba de una proyección espiritual que no tenía relación directa con el presente, algo que siempre inquietaba a Hortat—. Pero nuestras naves escolta están bajo ataque.

—¿Por quién? —preguntó Hortat con horror.

De inmediato se dirigió hacia la apertura del corredor de conexión. Poco antes de alcanzarla, resbaló hasta detenerse cuando las siguientes palabras del astronavegador cayeron sobre él como una lluvia de bombas.

—Por sus compañeros, Líder. Se están disparando unos a otros. —El astronavegador sonaba bastante tranquilo, perdido en sus pensamientos, lo que hacía que lo que acababa de decir pareciera aún más extraño.

—¡Envíame las imágenes al laboratorio!

—No, Líder, estamos del otro lado —dijo el astronavegador, completamente embelesado—. No hay nada que ver aquí, nada que registrar. Al menos no con nuestros sentidos.

—¿Cómo sabes que se están atacando entre ellos?

—Lo siento. Ellos lo sienten.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

—Son todo. Todo lo que hemos creado. Nuestros desechos etéreos en el espacio cuántico, Líder.

Una risita mental invadió a Hortat, y lanzó una mirada de asombro a Mirnu, quien parecía completamente perpleja.

—¿Tenemos datos de sensores? —le preguntó al Ser de la nave.

—[No, Hortat] —respondió disculpándose—. [Pero hasta hace poco tuve contacto con las cuatrocientas cuarenta naves hermanas a través de los túneles cuánticos. Ahora solo tengo contacto con tres.]

—¿Qué está pasando aquí?

—[No lo sé. Lo lamento.]

—No, no lo hagas —dijo Mirnu de repente. Hortat se volvió y le lanzó una mirada inquisitiva. Ella se había retirado unos pasos para

coger una pipeta de folículo de una de las mesas de experimentos y la sostenía en su dirección como una daga.

—¿Mirnu? ¿Qué estás haciendo?

—¡No puedo permitir que actives el micrófago! —gritó amenazadoramente, su mano temblaba de agitación.

—¿De qué estás hablando? No haré nada.

—¡Entonces quita tu mano de la mesa!

Hortat miró a derecha e izquierda. La mesa de al lado estaba al menos a dos brazos de distancia. *También se está volviendo loca*, pensó aterrado, y como no sabía qué más hacer, cruzó las manos frente a su estómago.

—Eso es sal ígnea, ¿no? —preguntó ella, señalando con la cabeza los frascos con el líquido rojo que él había preparado para las incubadoras, pero sin perderlo de vista.

—¡No haré nada, Mirnu, contrólate!

—Ni un paso más. Quieres volvernos dóciles con tu virus prohibido. No... —Hizo una pausa y sus ojos se abrieron como si hubiera visto un fantasma. Las siguientes palabras que susurró fueron casi inaudibles y conmocionaron a Hortat—. Ya lo has hecho. Por eso todo el mundo se está volviendo loco. Es una reacción a tu micrófago... Ese fue tu plan desde el principio.

—No —le aseguró, suplicante, y dio un paso hacia ella. Quería apaciguarla de alguna manera, pero su reacción fue la equivocada, y lo notó demasiado tarde.

—¡Cuarentena de emergencia! —gritó Hortat, y el Ser de la nave reaccionó justo cuando Mirnu estrellaba la pipeta de folículo en los viales que contenían la sal ígnea. Un brillo plateado envolvió a su novia cuando comenzó la evaporación, y ella estalló con un sonido repugnante.

Hortat cayó impotente sobre manos y rodillas, vomitando.

—[Ya no hay ningún peligro] —dijo el Ser de la nave—. [Ya no tengo contacto con las otras naves coloniales, y el controlador está en proceso de iniciar la secuencia de autodestrucción.]

—¿Secuencia de autodestrucción? —gimió Hortat, limpiándose la boca y luchando por ponerse de pie. Su visión era borrosa. Gruesas lágrimas humedecían sus ojos, pero no tenía que ver algo para saber lo que había que hacer—. Cuando lo ordene, elimina todas las autorizaciones de la tripulación. Da prioridad al suministro de energía de las cámaras de estasis y los criotubos. ¡Regresaremos!

—[Lo siento, Hortat. La sección de la colonia ha sido aislada de la red de superconductores.]

—¿Qué?

—[El astronavegador sobrecargó todos los nodos de energía a las secciones de la colonia.]

—¿Están todos muertos?

—[Sí.]

Hortat retrocedió tambaleándose y tropezó con una mesa antes de que sus extremidades perdieran la fuerza para caer en el suelo y cubrirse la cara con las manos. Se sentó allí, inhalando y exhalando con dificultad hasta que sintió que recuperaba sus fuerzas. Crispó los puños y se recuperó. No iba a rendirse, no ahora.

—Debo volver a la Tierra —dijo con firmeza, enjugándose las lágrimas de los ojos y apretando los labios—. Xinth debe saber esto.

—[No sé si eso es posible. Algo parece estar afectándonos aquí y no lo entendemos.]

—Oh, yo lo entiendo —respondió Hortat sombríamente—. Aquí no hay seres vivos, pero hay algo más. Los trovadores cuánticos siempre se refirieron a ello como las dimensiones espirituales. El astronavegador mencionó nuestros desechos etéreos. Mirnu temía que el micrófago pudiera destruir el libre albedrío, yo temo el vacío del espacio. Lo que sea que pase aquí materializa nuestros miedos. —Hizo una pausa y luego negó con la cabeza—. No. No creo que lo haga. Puede que materialice nuestros pensamientos, y si afectó a los demás solo en la medida en que me afectó a mí, sus pensamientos se llenaron de miedo a lo desconocido y a la naturaleza de una misión que no nos dejaba alternativas.

Hortat fue a la pantalla morfológica e hizo algunas entradas. Le dio al micrófago una sola orden, luego abrió el contenedor con la inscripción “21” con un simple impulso mental y dio un paso a la izquierda para poder sostener su rostro directamente sobre él. No sintió cómo sucedió, pero sintió como si fuera a perder el conocimiento.

—Cierra... el laboratorio... no dejes entrar a nadie... Evacua la atmósfera en todas las zonas… —respiró con voz debilitada. Su campo de visión se hacía cada vez más pequeño—. Desconecta el puente de la red... Desconecta el módulo de mando de la sección de colonia... Apaga los nodos de energía...

Hortat escuchó un desconcertante ruido de fondo cuando se despertó. Con un sonido que era mitad suspiro y mitad gemido, luchó por levantarse de la incómoda postura en la que aparentemente se había derrumbado. Si el Ser de la nave hubiera transformado el interior a su disposición anterior, probablemente se habría caído tan mal que habría resultado gravemente herido.

—¿Cuánto tiempo estuve...

—[Un *pendum*] —respondió el Ser de la nave, y su voz tranquila y

equilibrada envió una ola de alivio al cuerpo de Hortat.

—[Reprogramaste el micrófago.]

—Sí.

—[¿De qué manera?]

—Le dije que apagara las zonas de mi cerebro que producen miedo —respondió Hortat—. Así que, si tengo la intención de hacer algo que ponga en peligro la vida, espero que me lo indiques.

—[Por supuesto.]

—¿Funcionó todo?

—[Sí. Ordené que el módulo de comando fuera separado de la nave principal y apagué los nodos de energía del espejo cuántico. Como resultado, parece que hemos vuelto a caer automáticamente en el espacio normal.]

Así que eso es todo. El estruendo que escuché provenía del motor sublumínico.

—¿Eso significa que hemos regresado?

—[Sí.]

—¿Has podido ponerte en contacto con otros retornados? —preguntó Hortat esperanzado, pero el Ser de la nave respondió con una negativa—. Pero ¿cómo es posible? Si desactivar el espejo cuántico es suficiente para devolvernos al espacio normal, al menos algunas naves deben haberlo logrado.

—[Creo que le debemos esta circunstancia al navegante que nos realineó antes de que se activaran los motores sublumínicos.]

—¿Pensé que le habías cortado el acceso?

—[Lo hice. El realineamiento se hizo poco antes.]

—Entonces, el navegador nos empujó hacia la salida y solo tuvimos que abrir la puerta. —Hortat se aferró al panel de control y bajó la cabeza cuando un ataque de debilidad se apoderó de él. El micrófago aún estaba en proceso de anidar dentro de él.

—[Eso parece.]

—¿Hay alguna señal de vida a bordo además de mí?

—[Lo siento... No.]

Hortat crispó los puños y resistió el impulso de hacer pedazos la mesa.

—¿Hay algo más que deba saber?

—[Estamos en el plano orbital de Goldan y llegaremos a la Tierra en un día. Además, el navegador dejó un mensaje que, lamentablemente, no está completo.]

—¿Y hasta ahora lo dices?

—[No está completo] —repitió el Ser de la nave, irritado.

—¿Por qué no?

—[Porque, en obediencia a tu orden, corté el suministro de energía a su tanque sináptico, junto con todo el puente.]

Hortat reprimió una maldición y ordenó al Ser de la nave que reprodujera el mensaje.

—Líder —sonó la voz entusiasta del navegante en el laboratorio. Nada en él parecía indicar que algo terrible estaba sucediendo—. Somos incapaces de cruzar este mar. Debemos dar marcha atrás y nunca volver. Somos una anomalía en este lugar, un lugar que no tolera las anomalías. Tenemos que apagar todos los nodos de energía y...

La voz fantasmal terminó abruptamente.

—Establece una conexión con Geth, tengo que hablar con Xinth de inmediato.

—[Por supuesto.]

FILIO AMOROSA, 2042

—No entiendo nada —dijo Filio, mientras los recuerdos de Hortat se desvanecían. Era extraño verlo de pie frente a ella, después de haber percibido todo desde el interior de su cuerpo. Todo había sido tan real, como si ella misma hubiera sido un Constructor, como si se hubiera convertido en Hortat.

—Ni siquiera yo entiendo lo que pasó. —La voz de Hortat retumbó en la habitación y sus ojos delataban su tristeza.

—No me refiero a eso. —Filio negó con la cabeza vigorosamente—. En la visión que Xinth me mostró, me dijo que no solo él y todos los embriones se quedaron en Geth, sino también muchos de vosotros, los Constructores, aquellos que no querían buscar la salvación en el Espacio Dodecadimensional. Y también me dijo que habías vuelto para persuadirlo de que fuera allí.

—No está equivocado, aunque presentó la verdad de manera diferente a como yo lo hubiera hecho —admitió Hortat, diciéndole con una mano levantada que lo dejara terminar de hablar cuando ella parecía a punto de interrumpir—. Cuando nos reunimos, habían pasado más de setenta mil años, y el virus que originalmente nos permitió usar la nueva tecnología del espejo cuántico se había propagado rápidamente.

—¿Qué tipo de virus? Xinth habló de eso en la visión.

—No lo sabemos. Muchos pensaron que era un virus que se escapó de los laboratorios operados por mi casta y que inicialmente estaba destinado a uso médico. Pero que yo sepa, eso no era cierto. Creo que fue más bien un capricho de la naturaleza lo que limitó nuestra expansión en la Tierra.

»Éramos una especie cada vez más pequeña, mucho menos que los humanos de hoy, pero teníamos dominio sobre la Tierra e interferíamos con la naturaleza dondequiera que nos atraía. Sin embargo, la naturaleza siempre parece encontrar un equilibrio. En cualquier caso, no encontramos la forma de vencer al virus, y cada vez más de nosotros moríamos a causa de él. Las naves coloniales eran nuestra última esperanza, ya que no podíamos detener su propagación. Cuando regresé, Xinth era el último de nosotros, aparte de los embriones en el arca.

—¿Por qué no fueron afectados él y el arca?

—Ambos han sido sellados herméticamente. No entra ni sale nada,

ni el más mínimo microorganismo.

—¿Y el virus? ¿Qué le pasó? —preguntó Filio, cuya cabeza daba vueltas al pensar en un virus que podía doblegar incluso a una civilización poderosa como la de los Constructores.

—Cuando regresé, no estaba allí, ni ninguno de los otros de mi especie que se habían quedado con Xinth —explicó Hortat, tomando varias pausas breves para respirar—. Él me dijo que habían volado a las estaciones de investigación en el sistema solar, con la intención de establecerse allí, pero aparentemente no sobrevivieron mucho tiempo sin los suministros que una Tierra en funcionamiento podría proporcionar. El aire y el agua son difíciles de conseguir.

—Eso es horrible —dijo Filio, mirando al suelo. Cuando volvió a levantar la vista, el Constructor la miraba distraídamente—. Pero aún no entiendo por qué le aconsejaste a Xinth que regresara al Espacio Dodecadimensional.

—El virus había desaparecido, quizás porque no había más huéspedes, posiblemente por cambios climáticos naturales. Luego, el planeta pasó por una larga era de hielo, y nos fue imposible comenzar a reconstruir nuestra especie con los embriones porque nuestros robots de granja no podrían haber producido nada.

Por lo tanto, le aconsejé que usara mi micrófago para liberarlo de su miedo y adquirir la habilidad de los navegantes para comunicarse con el espejo cuántico. Xinth obviamente me entendió mal. Yo quería realizar experimentos utilizando la información que el Ser de la nave había recopilado durante nuestra transición para mejorar y hacer que la tecnología fuera más segura. —Hortat parecía descontento con sus propias palabras y negó con su poderosa cabeza—. Eso fue bastante ingenuo de mi parte.

—Querías usar el micrófago en los embriones, ¿verdad? —preguntó Filio, ladeando la cabeza. Ella pensó por un momento, pero no pudo encontrar una mejor explicación porque, al ser ella misma científica, probablemente habría hecho lo mismo.

—Sí. Quería incubar los embriones por etapas, cultivarlos y dejar que trabajaran en el espejo cuántico y los datos. Con el Micrófago Veintiuno, podrían haber producido descendientes que podrían heredar genéticamente su conocimiento y avanzar en la investigación. Cada nueva generación se habría vuelto mucho más poderosa intelectualmente que la generación anterior, y estaba seguro de que podríamos resolver el problema de esta manera —dijo Hortat.

—Pero Xinth no estuvo de acuerdo.

—Correcto. Obviamente pensó que mis propuestas eran meras pretensiones, y creyó que mi verdadera intención era difundir mi micrófago para tomar el control. Después de todo, como sumo sacerdote, él era parte del Consejo que había condenado y prohibido

mi investigación. Pero no lo entendí hasta que fue demasiado tarde. Xinth sugirió que llevara la mitad de los embriones a Goldan, a Marte, y realizara allí mis experimentos. Así Geth y nuestra herencia como civilización permanecerían seguros.

—¿Por qué Xinth no viajó a Marte? El planeta era fructífero en ese momento, ¿no?

—No, Marte había sido dañado por la radiación y ya había perdido gran parte de su atmósfera. Para nosotros, era un mundo moribundo —dijo Hortat, tensando los hombros antes de mirarla a los ojos—. Acepté su oferta y me di cuenta demasiado tarde de que no llevaba los embriones a bordo, y que el Ser de la nave no me obedecía. Cuando comprendí su traición antes de aterrizar en Marte, ya era demasiado tarde. Desactivé el Ser de la nave al destruir físicamente su núcleo de memoria, pero el dispositivo explosivo ya había detonado y destruido el módulo de propulsión de mi nave, la última que quedaba de nuestra especie. Xinth me dejó un mensaje de que esperaría las señales de la flota y me pediría cuentas tan pronto como se reuniera con el Consejo.

»Xinth creía que las otras naves habían llegado a sus destinos y que sus señales tardarían milenios, o incluso millones de años, en llegar a él debido a las grandes distancias involucradas. Sus sospechas lo llevaron a creer que yo nunca había estado en el Espacio Dodecadimensional, sino que había tratado de engañarlo y hacer de la Tierra mi campo de pruebas para el micrófago mientras todos aquellos que podrían habérmelo impedido viajaban lejos por la galaxia.

—Desde su punto de vista, es perfectamente comprensible, ¿no? —preguntó Filio con cautela, temiendo haberlo enfurecido cuando vio su mirada repentina, pero Hortat solo asintió débilmente.

—Sí —admitió—. Sin embargo, no supe convencerlo de lo contrario.

—¿Por qué crees que quiere ir al Espacio Dodecadimensional ahora? ¿Qué ha variado que le ha hecho cambiar de opinión radicalmente?

—El tiempo. Han pasado más de sesenta millones de ciclos solares y aún no ha recibido ninguna señal. Está proporcionando tecnología a tu gente para que podáis sobrevivir este siglo y lo ayudéis a incubar los embriones. Mientras seáis útiles, os usará como una colonia de hormigas y eventualmente hará lugar para los adultos de mi especie.

—Pero esto es pura especulación —lo contradijo Filio con cautela —. Si hay que creer a los antiguos astronautas, él ha actuado como una mano amiga durante milenios.

—Oh, no, Filio Amorosa. —Hortat se inclinó hacia ella y ella retrocedió instintivamente—. Xinth en mi idioma significa Guardián de los Videntes. Los Videntes somos nosotros, los que llamáis los Constructores. Rechazó mi micrófago en su intervención en el Consejo,

argumentando que permitiría que los microorganismos tomaran el poder sobre la Tierra en secreto, en el peor de los casos, sobre la voluntad de cualquier Vidente, y que debía haber una sola especie que gobernara la Tierra.

—Los Videntes, supongo.

—Sí. Él os considera nada más que primates con una relación enfermiza con nuestro planeta.

—Pero estas no son pruebas concluyentes —dijo Filio, negando con la cabeza. Se sentía como si la hubieran arrastrado en medio de una pelea entre dos alienígenas, cada uno de ellos buscando la supremacía.

—Si necesitas pruebas, le enviaremos un mensaje —sugirió Hortat.

—¿Quieres decir, desde aquí?

—Sí. Desde vuestra antigua base. Podemos contactar a Geth desde allí a través de los satélites ¿o no?

—No, el Consorcio Espacial Internacional opera... —discrepó Filio, solo para interrumpirse y levantó la vista cuando recordó los registros satelitales que había visto en la pirámide—. Karlhammer hackeó los satélites. Así que, él mismo recibirá la señal. Sí, tienes razón. —De repente, se detuvo—. Pero ¿qué tipo de mensaje debemos enviarle?

—Tengo una idea que nos mostrará rápidamente lo que pretende Xinth —dijo Hortat pensativo, levantándose de su silla.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

El aterrizaje en el USS Barack Obama resultó mucho más difícil de lo que esperaban. Su avión militar supersónico luchó contra violentas ráfagas de tormenta que azotaban el Océano Antártico con olas de cinco metros. Como estaba completamente oscuro, solo podían ver las franjas de luz parpadeantes de adelante hacia atrás en la plataforma de aterrizaje frente a ellos. Afortunadamente, el monstruoso portaaviones era tan enorme y desplazaba un volumen de agua tan grande que la altura del oleaje apenas se notó y el piloto pudo hacer descender su avión de manera segura. Sin embargo, el frenado fue bastante violento y fueron lanzados con fuerza contra sus cinturones de seguridad.

Después de haber rodado hasta su posición de aparcamiento, un escuadrón de soldados con esposas, grilletes y auriculares insonorizados subió a bordo. Pusieron un saco negro sobre la cabeza de Dalam antes de colocarle los auriculares, y también tuvieron mucho cuidado de que sus grilletes estuvieran asegurados. Ágata y Pano cogieron un par de auriculares cada uno y siguieron a los soldados que escoltaban a Dalam bajo la lluvia. La tormenta convertía cada gota de agua en una bala que le estallaba en la cara y le daba un mordisco de frío abrasador.

Asediados por la turbulencia de los motores de los aviones de combate que se ponían en marcha y el traqueteo de los rotores, y con las cabezas acurrucadas en los hombros encorvados, corrieron hacia un helicóptero oscuro. Seis soldados armados con rifles de asalto sobre el pecho estaban de pie frente a él. Tenían la apariencia de las fuerzas especiales ataviados con el exoesqueleto más avanzado. Sus rostros eran irreconocibles debajo de sus cascos completos y visores reflectantes; todo indicaba que eran el equipo de escolta de los Navy SEAL.

Ágata miró la enorme torreta del Obama al pasar. Se mantenía estoica frente a la tormenta, y pensó en los dos reactores nucleares escondidos en el corazón de la fortaleza flotante. Creía que de alguna manera hacía mal en traer una encarnación de tecnología tan poderosa y peligrosa cerca del único continente virtualmente intacto que quedaba en la Tierra.

—¡Vamos, Ágata! —le gritó Pano.

Su cabeza estaba agazapada entre sus hombros, y entrecerraba los

ojos a causa de la lluvia mientras le indicaba que subiera al helicóptero. Los SEAL la ayudaron a entrar en la pequeña y utilitaria cabina interior, que albergaba solo dos bancos paralelos iluminados por luces rojas de batalla. Se sentó en el banco que miraba hacia adelante y se deslizó hacia la derecha. Se apretó contra la puerta corredera cerrada a su lado cuando Pano entró y se sentó junto a ella. Dalam, guiado por un Navy SEAL, lo siguió y ocupó el resto de ese banco. Otros tres soldados de élite saltaron y ocuparon el otro lado, mientras que los dos restantes se sentaron en la cubierta.

El SEAL en el centro del banco opuesto golpeteó su casco con un dedo y luego levantó tres dedos. Ella y Pano asintieron al mismo tiempo y usaron sus terminales para seleccionar el canal de radio correspondiente. Ahora podían recibir transmisiones a través de sus auriculares insonorizados y también transmitir utilizando los micrófonos desplegables que descansaban firmemente sobre sus mejillas.

El líder del equipo SEAL se presentó.

—Soy el teniente Andrew Danatouth.

Era extraño escucharlo en sus oídos mientras él, al igual que sus camaradas, se sentaba inmóvil a un brazo de distancia frente a ella.

—El tiempo de vuelo hasta el punto de entrega será de unas cuatro horas. El vuelo podría ser un poco difícil, y con eso, no me refiero a esta tormenta.

—El ataque ya ha comenzado.

—Sí, señora, y los primeros informes no dejan ninguna duda de que los mercenarios B12 están dando una buena pelea. Han traído a los Ases Negros hasta donde hemos podido determinar.

—¿Eso debería significar algo para mí, teniente? —preguntó Ágata cuando vio por el rabillo del ojo que la puerta se había cerrado. El helicóptero comenzó a tambalearse al despegar.

—Son las brigadas de élite de B12, señora. Son reclutados exclusivamente entre veteranos de las fuerzas especiales internacionales y tienen el mejor equipo que el dinero puede comprar. Es probable que su salario combinado le cueste una fortuna a la Fundación Humana —explicó el soldado.

—¿Podrían causarnos problemas?

—Sí, señora, pero somos Navy SEAL, completaremos la misión.

Ágata podía ver al chico sonriendo a través de su casco, su voz mostraba seguridad. Ella solo esperaba que su confianza viniera de la experiencia y no de la imprudencia juvenil.

—¿Me permite una pregunta, señora?

Ágata levantó la vista con asombro y miró el casco negro que se parecía un poco a la máscara de Darth Vader a la luz roja de la cabina. Al fin, asintió.

—¿Quién es este prisionero para el que se supone que debemos organizar una entrega secreta en medio de una batalla?

—Desafortunadamente, no puedo decírselo teniente. Lo único importante es que lo protejáis a toda costa. ¿Entendido?

—Entendido, señora. —El SEAL se recostó en la pared de la cabina —. Las unidades del frente bombardearon la zona que marcó frente a la pirámide. ¿Puedo preguntar por qué disparamos a la nada sobre el hielo?

—Es complicado —mintió, recordando la ubicación del campo de interferencia, que había enviado al comando de la flota después de estimar su distancia a la pirámide.

A través de sus auriculares insonorizados, Ágata ni siquiera escuchaba el trueno de los rotores mientras se deslizaban por el costado del portaaviones de casi 400 metros y las violentas ráfagas de la tormenta los empujaban abruptamente de un lado a otro. Sintió una repentina oleada de náuseas y se agarró a un montante con ambas manos para no ser arrojada contra la puerta.

A través de la ventana, podía ver los barcos de escolta surcando las olas a la luz pálida de las luces de navegación de la flota. Aparecían como oscuras siluetas alargadas con colas de espuma blanca, y parecían arrastrarse sobre el agua como escarabajos acorazados. Eran unos 20 barcos los que rodeaban al Barack Obama como un capullo. Junto a ellos, vio las luces intermitentes de otros dos helicópteros y los densos y parpadeantes velos de lluvia que los separaban.

Sin embargo, pronto solo quedó el infinito negro del océano, que se convirtió en el interminable gris de los desechos congelados después de unos diez minutos. Todo debajo de ellos estaba tan oscuro que casi no distinguió la costa mientras volaban sobre ella. Era solo una franja pálida de un gris ligeramente más claro tragada por las olas.

—¿Nerviosa? —preguntó Pano, mirándola. Estaban tan cerca el uno del otro que se tocaban desde las rodillas hasta los hombros. Ella estaba feliz de disfrutar de la calidez adicional y el consuelo que le brindaba su cercanía.

—No lo sé —admitió, dejó que sus hombros se relajaran un poco y luego soltó su mano izquierda del montante—. Me siento tan agotada. Es como si esta...

—Como si esta lucha interna entre lo que soy y lo que quiero, aunque sea en contra de mi voluntad, me estuviera carcomiendo —la ayudó a terminar.

Ella asintió con amargura.

—Exacto. Estoy buscando alguna razón por la que no deba odiarme por ser tan estúpida como para caer en su trampa. Pero luego me preocupo por asegurarme de que nada le pase a Dalam —explicó,

mirando al Enemigo, quien estaba inmóvil, con el saco negro en la cabeza y los auriculares encima. Quería odiarlo, pero no podía. No, no era cierto. Podía, pero no podía convertir ese odio en acción, porque no "quería".

—Bueno, nos las apañaremos —le aseguró Pano con una sonrisa fiel que generaba algo parecido a la calidez, una calidez que se filtraba hacia un lugar en ella que creía impenetrable.

—Sí —murmuró, y siguiendo un impulso, apoyó la cabeza en su hombro. El viento había amainado y no los zarandeaba con tanta violencia como durante la última media hora, así que se permitió un breve descanso. Al principio, pareció como si Pano se hubiera puesto rígido, pero luego su hombro se relajó y ella sintió que sus dedos se deslizaban entre los de ella.

Reflexionó brevemente si tendría algún problema con que los soldados los vieran cogidos de la mano y lo consideraran una señal de debilidad, pero estaba demasiado cansada y confundida para preocuparse por eso. Así que se permitió entregarse al momento, sin saber cuánto duraría.

Algún tiempo después, Ágata vio los primeros destellos de luz en el horizonte. Al principio, solo había uno, por lo que creyó que era una tormenta eléctrica distante que rugía en la oscuridad del Polo Sur, pero luego la cantidad de destellos se hizo más frecuente. Algunos de ellos brillaron cerca del suelo, mientras que otros aparecieron en altitudes mucho más altas.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Pano con cautela por la radio. No se había dado cuenta de que había quitado la cabeza de su hombro para poder ver mejor.

—Creo que estoy viendo lo que enfrentaremos.

—¿Es muy malo?

—Parece una guerra —dijo ella, al notar movimientos en las profundidades. No volaban muy alto, solo unos cientos de metros sobre la capa de hielo, por lo que rápidamente pudo distinguir lo que había llamado su atención: soldados y tanques. A lo largo de su ruta de vuelo, una larga columna de transporte y tanques de batalla avanzaba hacia el tumulto de explosiones y estelas de cohetes en la distancia. Como una cadena de escarabajos, algunos más grandes y otros más pequeños, iluminados de vez en cuando por el rojo parpadeo de las luces de navegación de su helicóptero.

Poco después, un escuadrón de helicópteros de combate pasó junto a ellos, disparando salvas de cohetes cuyas brillantes colas se alejaron a gran velocidad.

—Dios mío —respiró en su micrófono, negando con la cabeza—. Nunca pensé experimentar algo como esto fuera de la realidad virtual.

—¿Es más sorprendente que la idea de que algún día estarías

hablando con antiguos ancestros alienígenas que han infectado partes de la humanidad con un virus misterioso?

Ágata le dirigió una mirada que no dejó dudas sobre lo que pensaba del comentario.

—Treinta minutos —anunció el teniente en el canal de radio del grupo, haciendo un movimiento circular con la mano enguantada que no estaba apoyada en la gruesa carabina que colgaba frente a su pecho —. Volaremos a nivel del suelo para evadir el radar de corto alcance. Sujétense. Si deseáis revisar vuestro equipo, debéis hacerlo ahora.

Ágata tiró de los sellos de su chaleco blindado, que llevaba debajo de una chaqueta con las siglas del "CTD". Sacó su Beretta y la arrojó hacia arriba, atrapándola cerca de la parte posterior del cerrojo con una mano y, sin usar la otra, ajustó la corredera a la recámara. Continuando con el mismo patrón de movimiento, dejó que la pesada pistola regresara a su funda.

—Buen truco —comentó Pano sobre su pequeña hazaña con una ceja levantada.

Ágata se encogió de hombros.

—Durante mi prueba de tiro, se me cayó la pistola. Desde ese incidente, me aseguré de poder manejarla mejor que un malabarista a sus mazas.

—Esperemos que no la necesites.

—Solo la necesitaré una vez: para eliminar a Xinth —dijo con firmeza, ayudándolo a revisar el ajuste de su chaleco, lo cual no fue fácil ya que estaba encajado entre ella y Dalam.

Poco después, su helicóptero se desplomó y ella tuvo que sujetar a Pano con la mano izquierda y a la red de seguridad sobre la puerta con la derecha. El piloto realizó algunas maniobras mientras brillantes líneas pasaban a su lado y convertían la noche fuera de la ventana en una confusión salvaje de explosiones cercanas y distantes y balas trazadoras. No podía ver ningún fogonazo, por lo que supuso que la batalla terrestre se estaba librando con supresores, pero podía ver soldados en sus exoesqueletos que parecían hombres de palo grises corriendo sobre el hielo interminable, hacia la pirámide.

Un tono estridente en sus auriculares indicó que había recibido un mensaje, y sacó su terminal con el brazo aún enganchado en la red de retención.

—Karlhammer nos ha enviado las coordenadas de una entrada secreta y nos ha excluido de la cuadrícula de objetivos de sus tropas. Debemos seguir el curso. De lo contrario, nos derribarán —dijo por radio, señalando con la cabeza al teniente Danatouth.

Este levantó un pulgar.

—Se lo comunicaré al piloto.

Para Ágata, el tiempo de vuelo hasta la entrada pareció una

eternidad. Cuanto más se acercaban a la pirámide, más densa se hacía la maraña de drones que disparaban, aviones de combate y los cientos de misiles tierra-aire que perseguían a sus objetivos y, aquí y allá, convertían a humanos y equipos en nubes de escombros. La tormenta de luces se había vuelto tan extrema que parecía como si estuviera sentada frente a un estroboscopio.

Entonces, apareció la gigantesca silueta de la pirámide. Se elevaba miles de metros hacia el cielo polar. En varios lugares alrededor del centro de la poderosa estructura, brillantes lanzas de luz surcaban a intervalos regulares, cortando el cielo en dos y engendrando explosiones que destellaban en medio de la nada. Ella no creía que este tipo de defensa pudiera ser obra de la Fundación Humana.

—¡Esperad! —El piloto al fin llamó por radio, y menos de dos segundos después frenó tan fuerte que Ágata contuvo la respiración y aumentó la presión sobre Pano y la red de retención.

Apenas se dio cuenta de que habían aterrizado cuando la puerta de su lado se abrió y casi le arrancan el brazo.

—¡Fuera, fuera, fuera! —gritó el teniente, y él y su equipo salieron tan rápido que ella apenas tuvo tiempo de parpadear. Aseguraron un amplio semicírculo frente al helicóptero y luego el teniente Danatouth le hizo una señal.

—Vamos —suspiró Ágata. Ella y Pano sostuvieron a Dalam entre ellos y lo condujeron al hielo que estaba siendo azotado por los rotores. El frío le quemaba brutalmente la cara, como si alguien le estuviera clavando miles de pequeñas agujas en la frente, la nariz y las mejillas. Se recompuso y mantuvo la cabeza abajo para protegerse un poco de los cristales de hielo.

Cuando pasaron junto a los SEAL, cuyos trajes de camuflaje eran casi indistinguibles del gris del hielo circundante, sacó la terminal de su bolsillo con la mano libre y alineó su navegación para que apuntara directamente al punto marcado en la base de la pirámide. Luego le hizo una señal a Pano y comenzaron a correr, arrastrando a Dalam. Sin embargo, sus cadenas retrasaban su avance, y ella tuvo que luchar contra el impulso de correr lo más rápido que podía.

En realidad, cubrieron los veinte metros hasta la pared de piedra negra muy rápido, a pesar de que le temblaban las rodillas.

No pasó nada cuando llegaron allí. No apareció ninguna apertura, ninguna entrada.

—Hmm —dijo, lanzando una mirada sospechosa a Pano—. Debería estar aquí.

—¿Escribió algo más? ¿Olvidamos algo?

Ágata negó con la cabeza y miró a su alrededor apresuradamente. Los SEAL se quedaron a unos metros de distancia y formaron una barrera a su alrededor, aunque en este lado de la pirámide todo

parecía estar tranquilo.

—Algo está pasando —dijo por radio el teniente.

No podía distinguirlo entre los miembros de su equipo con uniformes idénticos, y se volvió hacia la pared, que se alzaba áspera y desgastada ante ellos como si dividiera el mundo en dos mitades.

Y, como por arte de magia, apareció un pasadizo que era lo suficientemente alto y ancho para dejarlos pasar. Desde el interior, una luz tenue llegó a sus ojos. Miró hacia adentro y vio un camino inclinado que conducía a las profundidades.

—Se ve bien —dijo, quería entrar de inmediato con Pano y Dalam cuando una mano en su hombro la detuvo. Era uno de los SEAL, que se alzaba detrás de ella como una sombra viviente.

—Debe dejar que dos de nosotros vayamos delante. Es mejor ir a lo seguro —dijo una voz femenina por la radio, pero Ágata negó con la cabeza.

—Creo que es mejor si ven rostros familiares, no soldados con el mismo atuendo que sus camaradas que han comenzado una guerra.

El SEAL volvió la cabeza hacia una de las otras sombras, luego asintió y le cedió el paso.

—Yo entraré primero —dijo ella, deslizándose dentro de la pirámide antes de que Pano pudiera protestar. Los demás la siguieron de cerca.

El pasaje conducía en diagonal hacia abajo unos cien metros, y la luz, que no tenía una fuente visible, era suficiente como para distinguir los contornos del piso y las paredes y no tropezar con sus propios pies.

El aire se volvió mucho más cálido en el fondo. Terminaron en una pequeña habitación de unos cinco por cinco metros. Estaba vacía y sus paredes eran lisas como el mármol y negras como el basalto. Enfrente había un pasadizo abierto que conducía a un corredor transversal en el que esperaba una figura oscura. Siguiendo un impulso, Ágata miró a Dalam para asegurarse de que aún tenía la mordaza en la boca y luego se quitó los auriculares.

—Repito una última vez, permaneced donde estáis para que podamos escanearos. Dejad vuestras armas en el suelo —exigió una voz profunda. Procedía de la figura.

Ágata llevó el micrófono del auricular a su boca.

—Debemos deponer nuestras armas y dejarnos escanear.

—Preferiría no… —comenzó el teniente.

Ágata se volvió hacia el SEAL y negó con la cabeza.

—Era de esperar. Después de todo, tus camaradas están atacando esta instalación. Haz lo que te piden.

Los soldados obedecieron su orden con vacilación y bajaron sus carabinas. Estaba segura de que los hombres y mujeres de las fuerzas

especiales aún tendrían armas escondidas con ellos, pero no las sacarían hasta que fueran escaneados y se les pidiera que lo hicieran. Ella y Pano sacaron sus armas de servicio y las colocaron con cuidado delante de ellos antes de volver a coger a Dalam por los codos y esperar.

—Agentes Devenworth y Hofer, por favor, dad un paso adelante con el prisionero —les instó la voz a continuación, y ellos lo hicieron de buena gana. Luego, un dispositivo que parecía una barra sensora salió de un agujero en el techo que no habían visto antes.

Un destello de luz atravesó la penumbra de la habitación y Ágata volteó confundida, solo para sobresaltarse de horror. Cada uno de los seis SEAL que los habían acompañado había sido cortado en dos por encima de sus caderas y ahora yacían retorciéndose en el suelo. El hedor de la carne carbonizada llenaba el aire, y Ágata apenas pudo evitar las arcadas.

—¿Por qué carajo hiciste eso? —gritó horrorizada a la silueta en el pasillo. En ese instante, dio un paso hacia la luz. Era Cho Wayan, el asistente personal de Karlhammer, quien estaba allí con su traje a medida y la miraba con una expresión severa.

—Lo siento, pero no podemos darnos el lujo de correr más riesgos. No podemos verificar con suficiente rapidez si estos soldados también fueron corrompidos por El Enemigo —dijo el indonesio. Ágata no identificó señales de arrepentimiento en su voz. Él señaló a Dalam.

—¿Este es el prisionero?

Ágata tragó saliva.

—Sí.

—Muy bien. Seguidme.

Wayan dio media vuelta y desapareció en el pasillo.

Ella miró a Pano. Este se encogió de hombros, malhumorado y los tres se apresuraron a alcanzar al asistente de Karlhammer.

En la habitación contigua los esperaban cuatro guardias de seguridad con metralletas y uniformes negros. Notó que el pasaje por el que habían venido ya no era visible. En su lugar había un muro macizo, como si nada más hubiera estado allí.

Los guardias de seguridad, hombres de expresiones severas, flanquearon al prisionero.

—Allá abajo —dijo Wayan, señalando la pared de la izquierda, en la que apareció otro pasaje. Como no hizo ningún intento de continuar, Ágata y Pano pasaron junto a él, seguidos de cerca por los guardias y Dalam.

Ya habían estado en la habitación de al lado. Era la cámara privada de Xinth. El Constructor se encontraba en una silla de gran tamaño hecha de un material oscuro que parecía en parte líquido, en parte sólido y parecía haber crecido del suelo. Iba envuelto en un traje

gris, que le sobresalía del pecho, y los inspeccionaba detenidamente con sus enormes ojos negros almendrados. Junto a él estaba Luther Karlhammer, sentado en una silla de ruedas. Su cabeza estaba enclaustrada en un caparazón de plástico duro bajo el cual destellaban luces de colores, y detrás de ellos había dos guardaespaldas con trajes blindados y portando armas de fuego rápido.

La caja de vidrio en el centro aún estaba donde la había visto por última vez, excepto que le faltaba el frente. También faltaba la puerta blindada del pequeño pasaje que conducía a una de las grandes cavernas de trabajo. Ágata podía oír el fuerte rugido y el silbido de las máquinas en esa dirección.

Karlhammer los recibió con una sonrisa.

—Agente Devenworth, Capitano Hofer. —Luego les hizo señas para que avanzaran—. Esto es a lo que llamo éxito.

Ágata le estrechó la mano, al igual que Pano, antes de darse la vuelta y señalar a Dalam, que estaba algo desplomado entre los cuatro guardias de seguridad. La abertura del pasaje por el que habían venido acababa de cerrarse herméticamente. Irónicamente, Dalam parecía un extraterrestre con el saco negro sobre la cabeza, los toscos auriculares encima y la mordaza del tamaño de una pelota de tenis, que hacía que el saco le abultara la boca. La cadena que conectaba las esposas y los grilletes de los pies tintineó cuando se movió emitiendo un tono incomprensible.

—Así es como yo lo llamaría —dijo ella.

—Lamento que tuviéramos que comportarnos con... contundencia con vuestros compañeros de la Marina —dijo Karlhammer en tono de disculpa, mientras Xinth, de pie junto a él y con el aspecto de una mítica estatua, miraba fijamente al prisionero—. Espero que la presidenta lo entienda. Su palabra es importante para mí, porque me has convencido de que no se ha contagiado. Sin embargo, después de todo lo que ha sucedido, no podemos fiarnos.

—Entiendo —le aseguró Ágata, aunque cada vez estaba más inquieta. Hacía todo lo posible por no mirar constantemente al Constructor, para no delatarse. El impulso de matarlo era casi sobrehumano, como si hubiera estado entretejido en todos sus nervios y fibras musculares, lo que bien podría ser. Pero tenía que esperar que surgiera una oportunidad. Aparentemente, Karlhammer y Xinth fueron mucho más cautelosos de lo que esperaba, aunque nunca esperó que fuera fácil. Así que solo tenía que estar lista para el momento adecuado.

—Lo lograste muy rápido, agente especial —proclamó Karlhammer, mirando a Xinth, quien ladeó la cabeza sin apartar la mirada de Dalam—. Lamento que también te hayamos desarmado. No queremos parecer desagradecidos, pero la seguridad de Xinth es

nuestra máxima prioridad.

Ágata asintió e inspeccionó el traje gris del Constructor, cuya superficie parecía estar en constante movimiento. *¿Quizás algún tipo de blindaje?* reflexionó.

—Lo entiendo muy bien. ¿Por qué no le has disparado?

Karlhammer levantó la vista con sorpresa y luego asintió.

—Xinth tiene algunas preguntas para él con respecto a los infectados. Si este es a quien Hortat infiltró con su micrófago, sabe demasiado como para matarlo.

—Pero, ¿cómo vas a interrogarlo cuando cada una de sus palabras podría ser una orden que tanto tú como yo tendríamos que obedecer? —preguntó, sin siquiera tratar de desterrar el miedo de su voz.

—Eso no volverá a suceder. Ahora que Xinth sabe con quién y con qué se enfrenta, ha podido tomar las precauciones adecuadas. Es inmune a sus ataques y nosotros conservaremos nuestros auriculares.

—¿Inmune? ¿Cómo?

—No me lo ha dicho.

—Señor —dijo Cho Wayan, saliendo de detrás de los guardias con el ceño fruncido—, tengo una llamada para usted.

—Ahora no, Cho.

—Es de uno de los satélites de la ESA que hackeamos en la órbita de Marte.

—¿Qué? —preguntó Karlhammer, haciendo una mueca—. Haz la conexión.

El sudafricano sacó una terminal y se la acercó a la oreja. Después de unos segundos, sus ojos se abrieron como platos. Solo estaba escuchando, sin embargo, sus expresiones faciales parecían pasar por todas las manifestaciones de las que eran capaces los músculos del rostro. Al fin, solo miró al vacío y luego le entregó la terminal a Xinth.

—Es Hortat.

El Constructor no mostró emoción, pero después de una breve vacilación cogió el dispositivo, que casi desapareció en su enorme mano.

—¿Hortat? —preguntó Ágata en un susurro, y se inclinó hacia Karlhammer, cuyo rostro se había vuelto de un blanco fantasmal—. Sí —respondió con voz áspera, asintiendo distraídamente—. Filio Amorosa está con él en Marte. Parece que su misión tuvo éxito, pero no de la manera que esperábamos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Pano, mirando de un lado a otro entre Dalam y el director de la Fundación Humana.

—No lo sé. Aparentemente, no mató a Hortat y no accedió a la IA de su nave. —Apretó los puños—. Ella cree que él debe hablar con Xinth para resolver este conflicto. Probablemente El Enemigo la puso bajo su control. Joder.

Ágata miró a Xinth, quien masculló algo en su lengua y luego volvió a escuchar. Eso se repitió varias veces. La habitación estaba en completo silencio, excepto por el ocasional rugido atronador de la boca del Constructor. Los guardias de seguridad que estaban cerca de Dalam miraban al frente, el terrorista no se movía y Karlhammer parecía inmerso en sus propios pensamientos.

Le tomó mucho tiempo a Xinth devolver la terminal a Karlhammer y soltar un profundo suspiro.

—Hortat procura una solución pacífica —dijo el Constructor sin un marcado acento: solo estiraba las sílabas y movía la cabeza en un movimiento oscilante, un gesto que Ágata no pudo interpretar.

—¿Una solución pacífica? ¿Después de todo lo que ha pasado?

Karlhammer negó con la cabeza sin comprender.

—Sí. Tenía sus razones, creo.

—¿Confías en él?

—No, pero él tampoco tiene motivos para confiar en mí —respondió Xinth en voz alta mientras se levantaba de su extraña silla —. Ambos teníamos nuestras razones para hacer lo que hicimos, y podemos compartir una responsabilidad mayor que nuestra enemistad personal.

—¿Es así de simple? —preguntó Ágata con sorpresa, acompañando al Constructor mientras se acercaba a Dalam y los guardias.

El bajo penetrante de Xinth inundó la habitación.

—Nada de esto es simple. Tendré que pensarlo. Hay mucho en juego y Hortat se está muriendo, por lo que no tiene mucho sentido que persiga un fin obstinado.

Ágata miró a Pano, quien seguía de pie junto a la silla de ruedas de Karlhammer, y apenas asintió.

—¿Se está muriendo? —preguntó ella. Caminaba a su lado hasta que llegaron frente a los hombres de seguridad y Dalam. Xinth miró al hombre encapuchado como si estuviera perdido en sus pensamientos e hizo un gesto con su mano derecha.

—Sí.

—¿Él dijo eso?

—Sí.

—¡No puedes confiar en sus palabras! —dijo Ágata, negando con la cabeza con decisión.

—He hablado con la nave en la que está. Tanto su oxígeno como su suministro de energía son insuficientes para revivirlo. No con la tecnología humana.

Ágata se puso al lado de uno de los guardias de seguridad, todos los cuales mantenían sus ojos en Dalam, con sus ametralladoras apuntando hacia él, para poder mirar a Xinth a la cara.

—Ha estado jugando durante casi tres años, y quién sabe cuántas

personas se han infectado con su virus. ¿Cómo pretende deshacer eso?

En lugar de responder, el Constructor miró a Cho Wayan.

—¿Recibiste un paquete de datos?

—Eh, sí —dijo, mirando una pequeña tableta—. Es enorme.

—Los datos de investigación sobre el Micrófago Veintiuno. —Xinth suspiró, luego volvió a mirar a Dalam cuando un estruendo resonó en la dirección de Karlhammer.

Los guardias apuntaron sus armas hacia el ruido. Hubo un disparo y Xinth también se dio la vuelta. Sin embargo, Ágata no perdió el tiempo en ver qué estaba pasando. Asió la mano del hombre uniformado por detrás, le dio una patada en el hueco detrás de la rodilla, dirigió la ametralladora con la otra mano hacia la cabeza del Constructor y apretó el dedo del hombre que estaba puesto sobre el gatillo.

La descarga impactó la parte posterior de la cabeza de Xinth, que se disolvió en una nube roja.

Los gritos estallaron cuando algo cambió repentinamente en Ágata, y se derrumbó, gritando.

—Mátalo —gritó con desesperación, que la impelía como una fuerza de la naturaleza a cumplir las órdenes del Enemigo. Señaló donde sospechaba que estaba Dalam.

Vio figuras arremolinándose en su campo de visión. Entonces, algo pesado aterrizó sobre ella, aplastándola. Voces, desvaídas y confusas como si estuvieran bajo el agua, llegaron a sus oídos.

Alguien gritó de dolor, un rugido penetrante. Creyó reconocer la voz de Pano, luchó con todas sus fuerzas para levantar la vista y al fin lo vio acostado junto a la silla de ruedas de Karlhammer en un charco de sangre que se extendía ante sus ojos. Los dos guardaespaldas blindados se pararon de manera protectora frente al director de la Fundación Humana, quien miraba fijamente con una cara pálida, y apuntaron sus armas a su compañero moribundo.

—Oh, no —dijo ella. Alguien le gritaba, exigiéndole algo o maldiciéndola. Fuera lo que fuera, no podía entenderlo. Todo sonaba amortiguado, como si tuviera los oídos tapados. Unas manos ásperas la pusieron de pie y la empujaron hacia un lado.

La gente entró corriendo y se amontonó alrededor del cuerpo de Xinth. Cho Wayan estaba de pie junto a él, boquiabierto.

—¿Qué he hecho? —se lamentó Ágata—. ¿Qué he hecho?

FILIO AMOROSA, 2042

Hortat se alejó de la diminuta barra que había crecido desde la pared para extenderse en su dirección, y que ahora se retraía en la pared. Filio estaba sentada detrás de él con Cassidy y Heinrich y levantó la vista cuando Hortat se volvió hacia ellos.

—Creo que al menos reconoce mi gesto y que tenemos la oportunidad de resolver nuestro conflicto por el bien de nuestras especies.

—¿Qué gesto? —preguntó Cassidy.

—Le envié mis datos de investigación sobre el Micrófago Veintiuno, bueno, la parte que se ocupa de la manipulación de la programación tejida —explicó el Constructor.

—Pero con eso, puede acabar con las actividades de… todos aquellos a los que has infectado, ¿verdad? —Heinrich sonaba horrorizado.

—Debes evitar que lleve a tu especie al Espacio Dodecadimensional…

—Lo sé, Heinrich —lo interrumpió Hortat, levantando con calma una de sus manos en forma de garra—. Si buscas la cooperación, debes hacer concesiones, y estas traen riesgos. Siempre que tenemos que estar de acuerdo en algo, se requiere confianza en un punto determinado sin ninguna garantía.

—¿Y confías en él? —preguntó Filio.

—No. Pero él tampoco confía en mí. Sin embargo, nada es posible sin concesiones. Y me estoy muriendo.

—¿Qué? —espetaron Filio y Heinrich al mismo tiempo.

—El suministro de oxígeno de mi nave es suficiente para seis meses más a un nivel respirable para mí si limito la atmósfera a mis habitaciones. Si vuestra especie envía una misión de rescate, tardará alrededor de un año y medio en llegar hasta aquí, un año hasta que las órbitas de Marte y la Tierra se acerquen y cuatro meses o más para el vuelo, siempre que acuerden enviar una misión con la suficiente rapidez. Sin embargo, si reduzco el contenido de oxígeno de la atmósfera para que podáis respirar, el aire durará aún más y sobreviviréis.

—No, no puedes hacer eso —tartamudeó Heinrich, saltando de su silla.

—Pero puedo y debo hacerlo, Heinrich Marks.

—¿Y si vuelves a entrar en estasis?

Hortat negó con su gran cabeza color bronce y sus párpados se cerraron por un momento.

—No, el proceso consume mucha energía. Lo he decidido. Xinth se hará cargo de los embriones y no volverá a desarrollar ni usar el espejo cuántico. Eliminará todos los datos de investigación al respecto.

—¿Eso es lo que te dijo? —El resoplido de Heinrich mostró lo que pensaba al respecto.

—Sí —insistió Hortat.

—¿Cómo lo sabes?

—Me conectó con el Ser de Geth cuando hablábamos. Estos seres están construidos de tal manera que no pueden mentir a los miembros de mi especie.

—Pero él manipuló al Ser de tu nave de tal manera que no identificó el sabotaje que causó tu accidente —dijo Filio.

—Lo excluyó del área de conducción saboteada mientras colocaba la carga explosiva. Pero hay algo más. Él ha cumplido su parte de nuestro acuerdo, y yo la mía. Ahora no hay nada que pueda hacer excepto confiar en que cumplirá con el resto. —Sus labios oscuros hicieron una mueca—. Aunque no estaría mal algo de protección.

Filio frunció el ceño.

—Te daré una muestra de mi Micrófago Veintiuno con el ADN de este cuerpo clonado. Si pones esta muestra en el sistema de reproducción automática para los embriones en Geth, recibirán todos mis recuerdos. —Hortat hizo una pausa—. Creo que eso sería bueno para mi especie y su viabilidad.

—Lo haré —dijo Filio con firmeza, después de mirar en las infinitas profundidades de los ojos del Constructor. Creía que era lo correcto, en especial después de lo que ella había sentido en los recuerdos de él y de lo que él había hecho ahora.

—Gracias.

Heinrich se irguió frente a ella, airado.

—¡No puedes dejarlo morir!

Justo cuando Filio estaba a punto de responder del mismo modo, sintió la mano de Hortat en su hombro. La mano lo rodeaba como si fuera una pequeña pelota de tenis y ella se detuvo.

—Ella está haciendo lo correcto. Me he extraviado en mi ira hacia Xinth y mi preocupación por el legado de mi especie —dijo, explicando con la calma de una persona que ha hecho las paces con su destino—. Eso, y mis sentimientos de culpa, por haber sido el único sobreviviente de mi especie porque violé la ley, me llevaron a actuar despiadadamente contra la única otra persona viva de mi especie. Tuve mi oportunidad. Ahora les toca a otros hacerlo mejor. Xinth ha elegido cooperar con vosotros, y eso es bueno porque no podrá hacer

crecer los embriones sin vosotros, los humanos. Con mis recuerdos, sabrán lo que en verdad importa y no repetirán mis errores.

—Creo que tengo una idea de cómo podemos hacerlo —dijo Cassidy, levantando la mano como un estudiante tímido. Cuando se volvieron hacia él, respiró hondo—. Necesitamos que las Naciones Unidas participen. Esto también evitará que Xinth lo haga solo. Tiene muchas razones para no confiar en nosotros, los seres humanos.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó Filio con una mezcla de curiosidad y escepticismo.

—Las imágenes dicen más que mil palabras, ¿no?

EPÍLOGO: FILIO, 2043

Filio subió a la plataforma entre fuertes aplausos. Le recordaba al escenario de un teatro de ópera ostentoso en Viena o Praga. De camino al atril con sus micrófonos y *teleprompters*, evitó deliberadamente mirar a la multitud de espectadores que seguían cada paso que daba. Nunca le había gustado hablar frente a una gran audiencia, y hoy no era una excepción.

Cuando llegó al atril, miró el pequeño estante frente a ella donde estaba colocado el pequeño botón, con el que podía activar su texto en los *teleprompters*. Pensó un momento y decidió no presionarlo. En vez de eso, miró a la multitud de 93 jefes de estado y de gobierno que asistían a la sesión especial de la ONU y respiró hondo.

—Voy a dirigirme a todos ustedes desde mi corazón. Me han persuadido para que hable aquí hoy. —Comenzó su discurso sin recordar ni una sola línea de su texto preparado—. Soy una científica. No una política. Sin embargo, todo cambió para mí después de estar en Marte, y solo pude regresar porque fui salvada por un ser que no tenía motivos para confiar en mí. Tal vez tuve que aprender mi humanidad de alguien que no es un ser humano.

»También me gustaría agradecer al orador anterior, Luther Karlhammer, quien, con sus propios fondos, pagó la misión para salvarme a mí y a mis dos camaradas cuando la comunidad internacional no logró ponerse de acuerdo sobre el financiamiento conjunto. No guardo resentimiento por ello porque soy consciente de que no conocían el alcance de esa misión. Sin embargo, ahora, después del discurso del señor Karlhammer, solo tengo una petición: que paguen su franqueza y transparencia con algo similar. Sus revelaciones pueden sonar increíbles, y pude ver por la reacción a sus palabras que tienen muchas preguntas. Sin embargo, no podemos darnos el lujo de retrasar lo que debe decidirse aquí hoy, ya que ya no se trata solo de lo bueno y lo malo de nuestra especie.

Los murmullos se extendieron entre los líderes de Estado, y ella se tomó un breve descanso para recuperar el aliento. Los rostros de los poderosos en el pleno yacían en la penumbra, aclarados solo por la iluminación del escenario y se asemejaban a cabezas en una pintura al óleo.

—Luther Karlhammer y yo, como representantes especiales de la Fundación Humana, somos conscientes de que no podemos contar con

su buena voluntad, así que espero que se la concedan al próximo orador —continuó Filio mientras le hacía señas a su guardaespaldas, quien esperaba junto con la comitiva del Canciller en una de las dos entradas detrás del podio.

Cuando la puerta se abrió, ella se apartó y abandonó el cono de luz que iluminaba el área detrás del atril, para no desviar la atención.

Xinth tuvo que agachar la cabeza cuando entró en la cámara a través de las puertas dobles que dos guardias de seguridad mantenían abiertas y se detuvo con las manos cruzadas frente a él. El gigante de bronce vestía una extraña tela gris, sostenida en la cadera por una faja flotante. Mientras los jefes de estado estallaban en conversaciones y, a veces, gritos, miró con calma de izquierda a derecha y finalmente a Filio, quien asintió.

Avanzó majestuosamente, cruzó el podio, unos músculos pétreos que exudaban tal magnetismo que Filio hubiera preferido estar justo a su lado, solo por estar cerca de él. Era asombroso que este efecto durara aún como ilusión. Cuando reflexionó en lo superior que era la tecnología de los Constructores a la de ellos, casi se marea. Era un aura difícil de describir lo que lo rodeaba, que transmitía sabiduría y una profundidad conmovedora que emanaba de sus enormes ojos negros, que ahora estaban dirigidos a la audiencia de líderes de Estado mientras cogía el atril con sus gigantescas garras.

El recinto quedó en completo silencio.

La voz del Constructor retumbó, y las consonantes marcadas de su pulido inglés inundaron a la audiencia con sus graves.

—Honorables representantes de la humanidad, hoy me presento ante ustedes como representante de una especie moribunda y pido asilo para mis hijos. —Esta vez todo quedó en silencio. Ni siquiera se oía el ruido de las chaquetas—. No tomo este paso a la ligera, ya que mi especie ya habitaba este planeta cuando la humanidad aún era el susurro de un futuro lejano. Todo lo que dijo Luther Karlhammer era verdad, y no quiero malgastar su precioso tiempo repitiendo sus palabras. En vez de eso, quiero contales una historia.

»Hace apenas un año, creía que su especie no merecía ser considerada nuestra descendencia. Solo tuve que mirar cuán fragmentados y divididos están, y cómo su religión de crecimiento ilimitado está destruyendo nuestro planeta. Sé por la historia de mi pueblo que el camino a la supervivencia se encuentra en la cooperación con la naturaleza, no en el dominio sobre ella. Sin embargo, cometí el error de buscar el control sobre ustedes y su futuro. Irónicamente, alguien de mi especie me ha demostrado más o menos conscientemente que ese camino es contraproducente. Pero escuchen ustedes mismos.

La ilusión de Xinth, provocada por un pequeño dispositivo en el

bolsillo de Filio, terminó de pronunciar las palabras que ella y Karlhammer habían escrito y dio un paso atrás. Los reflectores del techo lo siguieron y levantó otra mano antes de decir sus últimas palabras:

—Estaré aquí y no os decepcionaré.

Luego fue rodeado por un brillante parpadeo y se disolvió en una nube de fotones.

Gritos de asombro y murmullos se extendieron cuando un holoproyector se elevó del suelo del podio. Una parte de ella estaba avergonzada por este mal uso de la tecnología de los Constructores, pero ella y Karlhammer habían acordado que era mejor si los jefes de Estado creían que un poderoso alienígena podía aparecer en cualquier momento.

El principio de un Dios benéfico, que también tenía el poder de castigar, estaba demasiado arraigado en la humanidad como para ignorar los beneficios de este tipo de creencias. Se sintió aliviada de que hubiera funcionado, a pesar de los mecanismos de defensa electrónica que empleaba la sala para bloquear todos los hologramas y campos electromagnéticos que no provenían del interior de la sala y que no habían sido aprobados previamente por los funcionarios de seguridad. Aparentemente, el dispositivo de Xinth funcionaba mediante una tecnología diferente.

Un momento después, el rostro de Hortat apareció con un tamaño de cinco metros en diagonal, y Filio sintió un nudo en la garganta al recordar haberlo visto grabar las siguientes palabras en su propia nave.

—Mi nombre es Hortat, y si están viendo este mensaje, ya estoy muerto. Tal vez, a estas alturas, ya sabrán la verdad sobre mi especie, que pudo disfrutar de la fertilidad de la Tierra mucho antes que ustedes. No quiero desperdiciar mi último aliento hablando de mí y de los de mi especie, ciertamente habrán oído hablar de nosotros en forma suficiente, o pronto lo harán. Mis pensamientos en el pasado estaban demasiado preocupados por lo mejor y lo peor de mi especie, y eso me llevó a perder de vista lo que en verdad importa. No se trata solo del objetivo, sino de cómo se logra.

»Probablemente ya sepan que diez mil embriones congelados de mi especie están esperando ver la luz del día y llevar la antorcha de nuestra cultura. Perdimos nuestra herencia hace mucho, mucho tiempo, y hoy les pido a ustedes, los nuevos dueños de este mundo, que nos den una segunda oportunidad. Les aseguro que nuestras similitudes beneficiarán tanto a la Tierra como a nuestras especies. Gracias a algunos de sus congéneres, tuve la oportunidad de acceder a los bancos de datos de sus científicos y observé con asombro el proceso de “evolución” que ha experimentado su especie, uno que es

muy similar al nuestro.

»Hace más de dos millones y medio de años, las primeras criaturas parecidas a los humanos deambularon por el mundo en busca de alimento. No vagaban como nómadas, sino que habitaban las estepas y los bosques en grupos más pequeños y comunidades tribales. A partir de estos, surgió el *Homo Sapiens* de hoy, hace unos 150.000 años en el este de África. Además de ellos, había al menos otros cinco géneros humanos, incluidos los neandertales, que probablemente fueron suplantados por el *Homo Sapiens*, aunque aún les deben hasta el cinco por ciento de su herencia genética.

Hortat hizo una pausa y miró algo que no formaba parte del registro holográfico y respiró hondo como si tuviera problemas para obtener suficiente aire.

—Los neandertales eran mucho más fuertes y resistentes que el nuevo *Homo Sapiens* y, sin embargo, se extinguieron. La razón de esto es también la razón por la que el *Homo Sapiens* domina el mundo de hoy. A diferencia de su pariente algo más tosco, los *Sapiens* podían cooperar entre sí en grupos mucho más grandes. En la batalla homínido contra homínido, el neandertal pudo haber tenido ventajas. Sin embargo, el *Homo Sapiens* fue más inventivo y optó por unirse en grandes grupos para implementar estos inventos.

»Al igual que el *Homo Erectus*, también dominaron el fuego y pudieron expandir masivamente su alimento disponible al calentar la comida. Los tubérculos que alguna vez fueron imposibles de digerir, como las patatas y ciertas carnes, entonces lo fueron. Así, fue posible consumir más con menos esfuerzo. Y esto, a su vez, permitió que el cerebro, que utiliza más del 25 por ciento del consumo de energía de un *Homo Sapiens*, creciera bastante. Pero este fue solo un puente para los humanos de hoy.

»El proceso más asombroso comenzó hace solo unos setenta mil años con la revolución cognitiva. Los idiomas se desarrollaron y permitieron transmitir conocimientos a la siguiente generación, tanto verbalmente como más tarde por escrito. Al final de esta revolución, las primeras culturas humanas se desarrollaron con la creación de arte, mitos, religiones, valores, normas y otros productos de su imaginación. Todo esto los colocó por encima de todos los demás seres vivos en el éxito evolutivo.

»Sus ancestros más cercanos, los chimpancés, también vivían como seres sociales en grupos definidos de 50 a 100 miembros y también reconocían diferentes jerarquías, al igual que los neandertales. Pero luchaban con otros grupos y tenían hábitats limitados. Sin embargo, el ser humano de hoy fue capaz de crear mitos comunes y sistemas de creencias a través de su capacidad de imaginar, y esto condujo a la creación de comunidades mucho más grandes.

»Miles de personas pudieron creer en la divinidad de un faraón y utilizar esta ficción compartida para construir maravillas como las pirámides, que costaron miles de vidas. Desde un punto de vista evolutivo, los humanos no eran ni tan rápidos como un león, ni tan fuertes como un oso, ni tan robustos como un gorila. Por el contrario, siempre han sido más susceptibles a las enfermedades, al calor o al frío que la mayoría de los demás seres vivos.

El Constructor volvió a hacer una pausa, lo que dio tiempo a que sus palabras se combinaran como resina en una masa pegajosa que quedaba fijada en la mente de los poderosos en el plenario.

—Pero esta revolución cognitiva, con la posibilidad de compartir ficciones que la gente inventó y tradujo en creencias firmes, llevó a los humanos a desarrollar la herramienta más poderosa que existe hasta el día de hoy: poder cooperar entre sí en grandes comunidades. Puede que ni siquiera conozcan a su vecino de la puerta de al lado, pero comparten la creencia de que pertenecen a la misma comunidad y nación y que pueden trabajar juntos en ello.

»A diferencia de los chimpancés, ustedes pueden regular el comportamiento social de grupos mucho más grandes. Como resultado, los *Homo Sapiens* han dominado el ecosistema como cazadores-recolectores desde entonces, pero también han sido responsables de la mayor de las extinciones. Ningún animal podía competir con la sofisticación humana.

»Hace unos diez mil años hubo una revolución agrícola. Fue una consecuencia de la densidad de población cada vez mayor que resultó del éxito evolutivo, así como de la compulsión por asentarse. Se podría alimentar a más personas cooperando para cultivar pastos silvestres como el trigo, y domesticando animales y haciendo que los alimentos estuvieran disponibles en un solo lugar. El inconveniente era un trabajo físico mucho más duro, ya que los humanos no estaban acostumbrados a trabajar durante diez o doce horas en un campo, sino que habían vagado por los bosques cercanos durante unas pocas horas al día para recolectar nueces, bayas y raíces, y para cazar animales.

»La dieta se volvió menos variada y equilibrada, y las enfermedades aumentaron. Además, los grupos sociales más grandes y la competencia dentro de ellos crearon una fuerte necesidad de prosperidad y estatus. Debido a las fluctuaciones climáticas estacionales, los alimentos debían almacenarse para proveer a la gran población en la necesidad, y así surgió el concepto de posesión, que a su vez despertó la envidia y la codicia.

»Los primeros señores y las élites se crearon para controlar a los campesinos y protegerlos o robarles. Consolidaron su dominio acumulando riquezas y explotando las ficciones ya mencionadas en las que la gente podía creer. Inventaron monarquías y dioses que

legitimaron estas monarquías.

»Un solo rey difícilmente habría podido oponerse al noventa por ciento de los humanos que eran campesinos en ese momento, excepto por la posibilidad de hacerles creer en una verdad compartida.

»Se desarrollaron sistemas numéricos y de escritura para regular los derechos de propiedad y hacer más controlables y manejables las redes sociales. En los siguientes milenios, las grandes comunidades se hicieron cada vez más grandes, conquistándose y devorándose unas a otras. Las culturas de los vencidos se incorporaron a la cultura de los vencedores.

»Los primeros órdenes mundiales fueron creados por conquistadores, mercaderes y profetas, es decir, imperios, dinero y religiones mundiales. El dinero unió a la humanidad en la creencia compartida en el valor de las monedas estampadas, usando metales preciosos sin valor para el uso diario, y luego el papel impreso. El dinero hizo que el comercio fuera mucho más eficiente y aceptado en todas partes.

»Durante las Cruzadas, ni a los cristianos ni a los musulmanes les importaba qué monedas confiscaban. Los cruzados usaban el oro islámico con tanta gratitud como los califas y sultanes valoraban las monedas con símbolos cristianos. Las religiones inventaron órdenes sobrehumanos y sistemas de valores compartidos, y unieron a la humanidad a través de una base moral en la que creer.

»Hace unos quinientos años, tuvo lugar la revolución científica. En la región de la Europa actual, el *Homo Sapiens* reconoció que, a través de la investigación sistemática de la naturaleza y sus leyes, se podrían desarrollar tecnologías que conducirían a más riqueza y poder. Los chinos inventaron la pólvora unos seiscientos años antes que los europeos, pero la usaron solo para fuegos artificiales. Los europeos continuaron explorando el potencial de la ciencia, y pronto los primeros cañones rodaron por todo el mundo.

»La revolución científica fue impulsada tanto por el imperialismo como por el capitalismo, los siguientes grandes sistemas de creencias que buscaban un crecimiento constante. Surgieron los primeros mercados financieros, basados en la confianza de que la cantidad de bienes producidos —y su consumo— continuaría creciendo. Ambos sistemas invirtieron en ciencia para ser más eficientes y lograr un crecimiento aún mayor. La expectativa de vida aumentó dramáticamente, al igual que la eficiencia general del *Homo Sapiens*.

»Sin embargo, estos desarrollos también aseguraron que los animales, en especial cerdos, pollos y ganado, estuvieran sujetos al mismo principio de eficiencia. La cría y matanza industrial de animales convirtió a los seres vivos en bienes industriales, que debían someterse a las importantes redes cooperativas de la humanidad. En

2042, había unas setenta veces más animales domesticados que humanos en el planeta. Esto podría medirse como un éxito evolutivo porque son capaces de vivir en gran número y transmitir sus genes, pero lo han logrado no en libertad, sino porque los humanos guían su evolución.

»La alianza del capitalismo y la ciencia ha permitido que la población humana aumente de quinientos millones a más de once mil millones en los últimos quinientos años. Al igual que la capacidad humana para la cooperación general, tanto el capitalismo como la ciencia han hecho una gran contribución positiva al desarrollo humano. Por primera vez en la historia, el capitalismo ha creado un excedente de bienes y prácticamente ha eliminado los períodos de escasez permanente. La ciencia ha asegurado una esperanza de vida más larga, formas modernas de comunicación y una comprensión de la naturaleza.

»También creó una comunidad humana en crecimiento. Hoy, el mundo entero está virtualmente unido por su creencia compartida en el dinero y la ciencia. Pero el progreso y el crecimiento también han llevado a una destrucción sin precedentes del medio ambiente, que ha tenido que dar paso a las necesidades de una humanidad en constante crecimiento.

»Las comunidades sociales fuertes como la familia también tuvieron que ceder terreno. Han sido reemplazadas por comunidades inventadas del individuo, como naciones, clubes de fanáticos o comunidades religiosas. Ningún desarrollo es bueno o malo en sí mismo, ni el capitalismo ni la ciencia, ni las religiones ni el principio del crecimiento.

»La pregunta siempre es: ¿qué saldrá de todo esto? Al descubrir el potencial energético en un núcleo atómico, la ciencia creó la bomba atómica, pero también proporcionó el período de paz global más duradero y según la estadística, el más importante. Por encima de todo está la capacidad de la humanidad para unirse en una cooperación masiva. Esta es su cualidad más singular.

»Es su fuerza, su capital, su oportunidad de un futuro aún mejor y, como con todos los talentos, se trata de guiar esta cualidad por caminos importantes para la supervivencia de su especie, porque se puede abusar de cada talento. Solo les pido que observen el carácter fundamental de su especie como un todo, desde su creación hasta el día de hoy, y que recuerden la única razón que la ha impulsado al frente de la evolución.

Hortat emitió un traqueteo, que era algo así como un suspiro para un Constructor, antes de continuar.

—Enfrentarse a una segunda especie consciente e inteligente en su planeta ahora ha llevado, por primera vez, a un cambio en el *status*

quo global. Mi especie ha experimentado un desarrollo muy similar a la de ustedes, y compartimos su capacidad de colaborar en la creación de creencias y culturas compartidas. Por eso estoy seguro de que, al final de esta larga historia, incluidos todos los peligros que trajo consigo, podemos decir en retrospectiva que podemos combinar estas habilidades de cooperación para aprender unos de otros y no cometer errores que el otro ya ha cometido.

»Un desplazamiento como el que sufrieron los neandertales a manos del *Homo Sapiens* no tiene por qué repetirse. Creemos algo en común, algo nuevo; mostremos a la evolución que hemos entendido la ventaja crítica que ofrece la cooperación y que la implementaremos conscientemente, juntos. Hoy tenemos la oportunidad de hacerlo.

El holograma, que los jefes de Estado del G7 ya habían visto y aprobado, terminó. La cámara quedó en silencio. Filio recordó a Hortat y su sabia astucia con una mezcla de alegría y tristeza. Aún podía recordarse mientras insertaba el pequeño tubo que contenía el Micrófago Veintiuno cuando recorrió las incubadoras en la Pirámide Geth. La tarea no había resultado fácil. Aunque había descrito meticulosamente el lugar exacto para introducir el micrófago, el propio Hortat nunca había estado allí y solo sabía que en alguna parte tenía que haber un campo de interfaz apropiado.

Cuando ella volvió al atril, no podía dejar de sonreír. Las palabras de Hortat habían sido tan tranquilas y sabias y, al mismo tiempo, se había asegurado de transmitir su mensaje subyacente. Era precisamente este principio el que ella y Karlhammer continuarían, a partir de ahora.

—Damas y caballeros —entonó después de aclararse la garganta en silencio y dejar que su mirada vagara sobre los jefes de Estado—. Tenemos mucho que discutir. Hortat y Xinth no solo nos han honrado con su presencia y sus palabras, también nos han dado la oportunidad de compartir su herencia tecnológica y social. Sin embargo, tal oportunidad está sujeta a ciertas condiciones...

EPÍLOGO: ÁGATA, 2050

Ágata se sentó en la terraza del chalé en los Alpes de Tirol del Sur y miró el impresionante panorama de los Dolomitas. El sol poniente bañaba las características únicas de las escarpadas laderas de las montañas, creando un resplandor rojo que las hacía parecer como si fueran calentadas desde el interior.

—¡Oye!

Ágata giró la cabeza y le dedicó a Pano una cálida sonrisa mientras él permanecía de pie junto a la puerta de cristal abierta entre ella y la sala de estar con una copa de vino en cada mano.

—Oye, tú.

—Te apetece celebrar el final del día —dijo, entregándole un vino tinto con olor afrutado, antes de sentarse a su lado en la mecedora para contemplar el espectáculo natural a la distancia.

—¿Estamos celebrando algo en particular?

—Lo que tú quieras.

—¿Tal vez los últimos siete años? —aventuró ella, sonriendo.

—Sí, puedo brindar por ellos.

—No me parece que haya razón para celebrar.

—¿Por qué?

—Bueno, durante un tiempo estuve muy preocupada por que Karlhammer te disparara o te entregara a las autoridades después de... ya sabes. —Ágata hizo un gesto y tomó un sorbo de su copa llena—. No podía hacer nada. Era más importante para él proteger sus secretos y confrontar al público, solo después de haber arreglado todo con Amorosa.

—No creo que sea solo un oportunista. Después de todo, fue capaz de reconocer y comprender nuestra situación particular.

—Es por eso por lo que nos quería fuera de escena lo antes posible, ¿hmm? —preguntó ella, negando con la cabeza.

—Eso es lo que querías, ¿no?

—Ajá.

—¿Crees que fue correcto informar solo a la presidenta? —preguntó Pano, pensativo.

Sus ojos brillaban sombríamente, reflejando el resplandor del vino tinto en la tenue luz del atardecer.

—¿Te refieres a que solo la informamos a ella sobre la muerte de Xinth?

Las imágenes del Constructor muerto aparecieron en su mente y sintió un tirón desagradable en el estómago. Estaba agradecida de que ya no se sintiera tan mal.

Pano asintió.

—Sí, fue lo correcto —respondió ella—. Así es como descubrimos que la compulsión desapareció tan pronto como se ejecutó el comando programado o ya no se podía ejecutar.

—Pero no informamos a todas las demás personas infectadas —dijo él.

—Ya lo hemos discutido suficientes veces. ¿Qué debía hacer Harris? ¿Un discurso nacional en realidad virtual? "Oh, por cierto, el extraterrestre a quien todos queríais matar ahora está muerto. Podéis calmaros". A pesar de que la gente en Washington ha decidido lo contrario.

—Decidieron usar nuestra técnica de investigación para que el FBI persiguiera y encarcelara a todos los infectados —resopló Pano.

—Sí, y extraer el micrófago de Xinth de mi cuerpo para estudiarlo con el propósito de fabricar un antídoto. Aparentemente, el micrófago que me curó después de mi herida de bala era un desarrollo aún más reciente que el que Karlhammer había incluido en su lotería en el mismo año. Como escuché recientemente de la presidenta, los primeros resultados han sido prometedores.

Pano cambió de tema repentinamente.

—Este lugar es hermoso, ¿no?

Era una declaración y una pregunta esperanzadora al mismo tiempo.

—Sí. Me gusta la tranquilidad —respondió ella con ambigüedad.

Él cogió su mano entre las suyas y le dio un suave apretón.

—Ya no renunciaremos a eso —le aseguró.

No, no lo haremos, pensó ella.

El recuerdo del control coercitivo de Dalam que condujo al asesinato de Xinth aún la lastimaba después de todos estos años, pero había aprendido a aceptar que el control era una ilusión, y tal vez la fantasía no era tan mala; de lo contrario, es posible que nunca hubiera renunciado a su independencia por una relación con Pano. Miró su pierna derecha, que terminaba en una prótesis de metal anticuada debajo de sus pantalones hasta la rodilla. Las personas que eran aún más obstinadas que ella siempre la habían fascinado.

—El nuevo gobierno de la ONU prestó juramento hoy. ¿Has visto las noticias? —preguntó él en voz baja, tomando un sorbo de su copa.

—Sí, las vi. Es difícil creer que la perspectiva de maravillosos avances tecnológicos fue lo único que unificó al mundo bajo una sola bandera.

—¡Y en solo siete años! —agregó Pano, negando con la cabeza.

Ágata pensó en los grandes edificios abovedados de Siberia que la comunidad mundial había construido para los descendientes de Xinth y Hortat. La primera tanda de embriones ya había crecido allí y vivían bajo las cuatro cúpulas en atmósferas selladas. Eran cuidados y criados tanto por el Ser Geth como por el personal de contacto seleccionado por la ONU y la Fundación Humana, algo que de alguna manera no podía imaginar.

Había funcionado hasta ahora, y al mundo parecía gustarle jugar a la matrona de una civilización de Constructores recién establecida, en particular porque a cambio, recibía constantemente nuevas tecnologías lanzadas por el consejo asesor de la Fundación Humana designado por las Naciones Unidas. No creía que Karlhammer y Amorosa hubieran renunciado por completo a las riendas, pero cualquiera que fuera su agenda, parecía funcionar y nadie lo cuestionaba.

—¿Has visto la transmisión en vivo de Ganímedes, la luna de Júpiter? —preguntó Pano después de un largo silencio agradable—. La primera bandera de la ONU más allá de Marte y la Tierra fue izada por Heinrich Marks.

Ágata asintió al silencioso susurro de la brisa que les proporcionaba el aire fresco de la montaña.

—Sí, también he visto eso. Dado que a menudo hay buenas noticias, en realidad es divertido verlas. —Hizo una pausa y apoyó la cabeza en su hombro—. También soy vieja, así que miro las noticias con frecuencia, ¿o ya lo olvidaste?

—¿Crees que todo saldrá bien? —preguntó él con nostalgia, haciendo girar la copa de vino en su mano libre.

—No lo sé —admitió, mirando la puesta de sol detrás de la cima de la montaña. Sus últimos rayos no parecían pálidos ni moribundos, sino poderosos y alegres—. Pero creo que juntos hemos logrado uno de los mejores comienzos posibles para hacer frente a lo que es, en efecto, el proyecto del siglo. Además, no puedo evitar la sensación de que la tal Amorosa tenía una idea precisa de cuáles eran sus objetivos cuando regresara y qué camino quería tomar. Claramente es de aquellos a quienes no les gusta confiar en el azar, y parece bastante optimista en todas sus entrevistas.

—¿Has pensado en la oferta que te hizo el CTD?

Ágata recordó la carta del nuevo gobernante de los Estados Unidos, que ahora era una especie de estado federal de la ONU, e hizo una mueca mientras contemplaba el crepúsculo.

—No, quiero decir, sí, lo he pensado y mi respuesta será: "No". No contribuimos en nada a la solución del caso más importante de nuestras carreras, excepto matar al objetivo que se suponía que debíamos proteger, ya fuera bajo coacción o no. Creo que será mejor

que no nos involucremos en problemas futuros para no empeorarlos.

Ágata reemplazó su expresión sombría por una sonriente, lo que encontró muy fácil después de haber pasado mucho tiempo consigo misma y con un terapeuta en los últimos años.

—Hablábamos de celebrar el final del día. Creo que ahora nos lo merecemos, y de todos modos no soportaría trabajar con un compañero como tú.

—¿Qué tal si me "soportas" dentro? —preguntó en broma, y ella escanció el vino de un trago.

Así trocaron el inicio de la oscuridad por la cálida luz de su chimenea y el candente consuelo de su unión.

Y PARA TERMINAR

Espero que te haya gustado la historia de Xinth y Hortat. El libro 3 estará disponible en agosto. Cada nueva historia es también un trayecto a lo desconocido para mí, y los viajes son más divertidos si puedes experimentarlos con otros. Con esto en mente, te agradezco por compartir la aventura. Si te gustó este libro, sería maravilloso si te tomaras el tiempo de dejar una breve reseña en Amazon. Esta es la mejor manera de apoyarme como autor independiente.

¿Notaste algún error o inconsistencia en la trama? ¿Te gustaría contactarme con críticas o comentarios, positivos o negativos? ¡Estaré encantado de responder a todos los correos! Por favor, escríbeme a joshua@joshuatcalvert.com

Atentamente
Joshua T. Calvert

Abril 2023, La Palma

ÍNDICE DE PERSONAJES

Alberto (Angulo Camacho): Cazador de tesoros e ingeniero en el *Ocean's Bitch*.
Alhy, Romain: Capitán del *Ocean's Bitch*.
Aluwi, Tombatu: Agente del servicio de inteligencia sudafricano.
Amorosa, Filio: Miembro y única sobreviviente de la primera misión a Marte, *Mars One*, y miembro de la tripulación del *Ocean's Bitch*.
Bateman, Jonathan: Operador de la Fundación Humana, destacado en la pirámide en la Antártida.
Bergensen, Tomás: Cazador de tesoros en el *Ocean's Bitch*.
Bordotta, Marcello: Miembro de la misión *Mars Two*, xenobiólogo.
Brewster, Hannah: Asistente del laboratorio forense del CTD.
Brown, Bárbara: Esposa de Bob Brown.
Brown, Bob: Senador republicano de los Estados Unidos.
Brown, Fred: Capitán de las fuerzas de seguridad en la pirámide antártica.
Burton, Audrey: Miembro de la misión *Mars Two*, ingeniera.
Camarro, Javier: Ingeniero de mantenimiento de la misión *Mars One*. Supuestamente falleció en el accidente de 2040.
Cortez, Silvia: Secretaria de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América.
Dalam, Workai: Legendario cazador de tesoros, desaparecido.
Danatouth, Andrew: Teniente de la Marina de los Estados Unidos, miembro de los SEAL de la Marina.
Danes, Roger: Senador de los Estados Unidos, miembro del Partido Republicano. Un crítico acérrimo de la Fundación Humana.
Degeunes, Liza: Secretaria de Jenning Miller.
Devenworth, Ágata: Agente especial de la División Antiterrorismo (CTD), ciudadana de los Estados Unidos.
Dong Won, Jackie: Piloto al servicio de la Fundación Humana.
Dornwald, Mikwart: "El Hombre del traje negro".
Enemigo, El: Entidad alienígena hipotetizada por la organización terrorista Hijos de Terra que mueve en secreto los hilos de los asuntos mundiales, y que se ha infiltrado en instituciones nacionales en todo el mundo.
Engels, Jakob: Guardaespaldas contratado por Filio Amorosa.
Gould, Peter: Exdirector financiero de la Fundación Humana.
Greulich, Alexander: Canciller de la República Federal de Alemania.
Greynert, Markus: Mayor en las Fuerzas de Seguridad de la Brigada

Antártica de la Fundación Humana.
Harris, Elisabeth: Presidenta de los Estados Unidos.
Hofer, Pano: Oficial de la policía italiana con el rango de Capitán (Capitano), adscrito a Europol. Originario de Tirol del Sur.
Hortat: Capitán y Constructor que se convirtió en El Enemigo.
Hue Tao Xing: Miembro de la misión *Mars Two*, médica.
Jackson, Dan: Profesor de Arqueología, Antropología y Lingüística.
Johnson, Betty: Secretaria de Jenning Miller.
Jones, Hugh: Director de SETEF (Instalación de Entrenamiento y Evaluación de Exploración Espacial) en Nevada.
Kalashnikov, Tatyana: Miembro de la misión *Mars Two*, química.
Karlhammer, Luther: Ingeniero, inventor y tecnócrata sudafricano, director de la Fundación Humana.
Knowles, Timothy: Piloto de la misión *Mars One*. Supuestamente falleció en el accidente del *Mars One* en 2040.
Longchamps, Michel: Comandante de la misión *Mars Two*.
Marcello (Bonimba): Recepcionista del albergue Cape House Green en Ciudad del Cabo.
Marks, Heinrich: Geofísico en la primera misión a Marte, *Mars One*. Supuestamente falleció en el accidente de 2040.
Matthews, Sasha: Agente del CTD.
Meinhard, Geronnimus, Dr.: Físico en la pirámide antártica.
Miller, Jenning: Director de la División Antiterrorismo (CTD).
Mombatu, Mitchu: Secretario General de las Naciones Unidas.
Moosbech, Petr: Agente del servicio de inteligencia sudafricano.
Morhaine, Cassidy, Dr.: Líder de prueba del Nivel T en la pirámide antártica y copiloto del módulo de transporte. Físico y Químico.
Morris, Laura: Asistente de Hugh Jones, Director de SETEF.
Nikitu, Mayuka: Enviado japonés a las Naciones Unidas.
Patchuvi, Mitra: Arqueólogo indio y profesor de la Universidad de Delhi.
Phelps, Montgomery: Presidente de los Estados Unidos de América.
Pickert, Dana: Estudiante en la Universidad de Múnich, LMU.
Putram, Revi: Miembro de la misión *Mars Two*, botánico.
Richter, Nicole: Ex miembro de *Mars Two*, retirada de la misión.
Rietenbach, Manfred: Director General de la ESA (Agencia Espacial Europea).
Ross, James: Doctor en Arqueología, asistente del Profesor Patchuvi.
Sarandon, Jane: Cazadora de tesoros y primera oficial del *Ocean's Bitch*.
Shapiro, Warren: Subdirector del CTD (División Antiterrorismo).
Shoke, Solly: Ex recepcionista del albergue Cape House Green en Ciudad del Cabo.
Spärling, Regina: Secretaria del Director General de la ESA, Manfred

Rietenbach.
Strickland, Ellen, Dra.: Jefa de investigación de la misión *Mars One*, presuntamente muerta en el accidente de 2040.
Sue Tse: Teniente en las Fuerzas de Seguridad de la Brigada Antártica de la Fundación Humana.
Treuwald, Markus: Mercenario de la compañía B12.
Vlachenko, Dimitri: "Dima", Comandante de la primera misión a Marte, *Mars One*. Supuestamente falleció en el accidente de 2040.
Wayan, Cho: Asistente de Luther Karlhammer.
Wittman, James: Miembro de la misión *Mars Two*, geofísico.
Xinth: Constructor.

GLOSARIO

Adrenalina: Hormona liberada en respuesta al estrés, responsable de la respuesta de "lucha o huida", también conocida como epinefrina.
Aliento Terrestre Uno: Sistema de "alfombras" de algas construidas por la Fundación Humana y ubicadas en el Océano Pacífico para filtrar el CO2 de la atmósfera y convertirlo en oxígeno.
Aliento Terrestre Dos: Sistema de "alfombras" de algas construidas por la Fundación Humana y ubicadas en el Océano Atlántico para filtrar el CO2 de la atmósfera y convertirlo en oxígeno.
Analgésico: Supresor del dolor.
Análisis de fluorescencia de rayos X: Un método de análisis de materiales basado en la fluorescencia de rayos X. Es uno de los métodos más utilizados para el análisis cualitativo y cuantitativo de la composición elemental de una muestra.
Andesita: Roca volcánica.
Arnés RA: Exoesqueleto que, en combinación con la Realidad Aumentada, se puede utilizar para realizar un trabajo en un objeto de forma remota a través de un robot que recibe las señales del arnés.
Ases Negros: Brigadas de élite del grupo mercenario B12.
B12: Compañía de mercenarios con sede en Unterhaching, Alemania.
Barredora: Enorme barco autónomo que barre los océanos del mundo para recolectar desechos plásticos, que luego descompone en dióxido de carbono e hidrógeno.
Basalto: Forma de roca volcánica ígnea.
Batería Chin-Feng: Batería de misiles de defensa aérea china.
Batería de radionúclidos (también generador termoeléctrico de radioisótopos = **RTG):** Convierte la energía térmica de la descomposición espontánea del núcleo de un radionúclido en energía eléctrica.
BCD: Dispositivo de Control de Flotabilidad. Compensador de flotabilidad portátil, es decir, un chaleco que un buzo puede inflar o desinflar con gas flotante con solo tocar un botón.
Bio Suit: ver **MMSS.**
BND: Bundesnachrichtendienst, el servicio de inteligencia exterior alemán.
C-2 Moonhopper: Helicóptero de negocios de la línea de lujo de Northrop Grumman.
C-220 Albatross: Avión militar de transporte turbohélice diseñado para carga pesada o para mover grandes contingentes de tropas.

Cape House Green: Albergue en Ciudad del Cabo, Sudáfrica.
Cápsula de emergencia: Cápsula de rescate en una nave espacial.
Cápsula de evacuación: Ver **Cápsula de emergencia.**
Chatarrero: Término que denota a un cazador de tesoros que busca restos del *Mars One* en el Océano Índico.
Compartimento RV: Un espacio distinto con gafas RV, traje RV con sensores de retroalimentación y una cinta de correr multidimensional para sumergir completamente a una persona en la realidad virtual.
Conector universal: La arquitectura de interfaz universal que reemplazó al sistema USB.
Cortador de fisión: Hoja monoligada hecha de una sola capa molecular, capaz de cortar los materiales más duros.
Cortisol: Hormona liberada en respuesta a la ansiedad/estrés, afecta la presión arterial, el metabolismo y otras funciones corporales. Los niveles altos y prolongados son dañinos.
CTD: División Antiterrorismo. Unidad de inteligencia bajo la autoridad del Departamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos.
Desertec: Proyecto solar en el noroeste del Sáhara operado en colaboración entre la UE y los estados del Magreb.
Detector de muones: Sistema detector que utiliza rayos cósmicos para detectar y localizar cavidades subterráneas.
Dron naval: Vehículo de transporte autónomo que recolecta automáticamente las algas de los barcos barredores y las agrega a las alfombras de algas en el Pacífico y el Atlántico.
EDI: IA de la nave en la misión *Mars One*.
ESA: Agencia Espacial Europea.
Espectrometría de masas con acelerador: Técnica utilizada para fechar fósiles y hallazgos arqueológicos mediante un acelerador de partículas.
Espuma programable: Espuma nanónica, utilizada para sellar orificios (especialmente en trajes espaciales), se endurece automáticamente, pero permanece flexible.
Estado Mayor Conjunto: Jefes de Estado Mayor Militar de los cuatro servicios armados de los Estados Unidos (Ejército, Armada, Fuerza Aérea e Infantería de Marina).
Furiosos Cincuenta: Región de la Corriente Circumpolar Antártica (Viento del oeste) entre 50 y 60° S de latitud. Caracterizado por tormentas violentas.
Gafas de datos: Gafas de realidad aumentada con auriculares y un área visual completamente cerrada.
Gafas RA: Gafas de Realidad Aumentada.
G-8: Gulfstream VIII, un jet de negocios producido por Gulfstream Aerospace.

Génesis Solar: Proyecto de la Fundación Humana en su fase de planificación para utilizar gigantescas velas solares en órbita cercana a la Tierra con el fin de suministrar energía limpia al planeta.
Gloucester: Barco chatarrero registrado en Gran Bretaña.
GMC E-Falcon: SUV eléctrico fabricado por el fabricante de automóviles GMC de los Estados Unidos.
Hijos de Terra: Una organización terrorista cuyos objetivos incluyen advertir a la humanidad contra una presencia alienígena conocida como El Enemigo, que afirman, ha tomado el control de las potencias mundiales.
Iridio: Elemento químico, metal precioso, perteneciente al grupo del platino. Conocido por ser el elemento más resistente a la corrosión.
Jet: Dispositivo portátil con un sistema de hélice que utilizan los buzos para moverse más rápido en el agua.
Leucocitos: Glóbulos blancos, esenciales para el sistema inmunológico humano.
Maglock: Sistema de bloqueo que utiliza imanes polarizados para cerrar y abrir.
Maglocksmith: Dispositivo que se utiliza para forzar cerraduras magnéticas.
McMurdo: Estación de investigación antártica operada por primera vez por los Estados Unidos (y más tarde por la Fundación Humana).
Manguito médico: Dispositivo médico autónomo que puede controlar de forma independiente los análisis y la infusión de medicamentos.
Micrófago: Células inmunitarias que pueden absorber y transportar sustancias extrañas (por ejemplo, bacterias). También pueden envolver y devorar objetos extraños.
MMR 3: Misión de Reconocimiento de Marte 3. La tercera misión robótica a Marte enviada para preparar el aterrizaje de la tripulación humana.
MMSS: Traje Espacial de Máxima Movilidad. Traje espacial flexible que funciona mediante presión de contacto.
Montaña Pirámide: Una montaña en forma de pirámide de 2.800 metros de altura en la Antártida.
Nanónico: Se utiliza para describir sustancias a nivel nano fabricadas por nanomáquinas.
NASA: Administración Nacional de la Aeronáutica y del Espacio, la agencia espacial de los Estados Unidos de América.
Neuro T5: Líquido neurotóxico que seda fuertemente a sus víctimas.
Ocean's Bitch: Antiguo barco chatarrero bajo el mando de Romain Alhy.
Okamalé: Barco perteneciente a la Guardia Costera de las Islas Maldivas.
Paleoceno: Época geológica de la Tierra que comenzó hace unos 66

millones de años y finalizó hace unos 56 millones de años.
Paleógeno: Una época geológica de la Tierra, que dura desde hace aproximadamente 66 millones de años hasta el comienzo del Neógeno hace aproximadamente 23,03 millones de años.
Parche de sellado: Parche autoadhesivo para sellar grietas y desgarros en trajes espaciales. Se puede utilizar para cubrir heridas.
Perfusor: Dispositivo para el transporte de sustancias entre dos membranas sin aguja de inyección. Uso médico.
Perfusor de membrana: Ver **Perfusor.**
Pleistoceno: Época geológica de la Tierra que comenzó hace alrededor de 2.588 millones de años y finalizó hace unos 12.000 años con el amanecer de la era moderna.
Polímero: Materiales hechos de macromoléculas encadenadas.
Proteína C reactiva: Factor sanguíneo inflamatorio; los niveles altos indican inflamación por infección, lesión o algunos tipos de padecimientos.
Proyecto Agujero Azul: Proyecto de investigación que explora el misterioso "agujero azul" en la Antártida, el lugar donde la capa de hielo antártica exhibió el fenómeno de derretimiento de adentro hacia afuera.
Proyecto Globo: Proyecto de la Fundación Humana para usar microondas para transmitir energía desde sistemas de energía solar ubicados en el espacio hacia la Tierra.
Proyecto Herencia: Un proyecto ultrasecreto de la Fundación Humana.
Proyecto Océano Limpio: Proyecto de la Fundación Humana diseñado para eliminar los desechos plásticos de los océanos.
Reactor FHR: Reactor de alta temperatura enfriado con sal de fluoruro. Un nuevo concepto de reactor de sal líquida (nuclear) que combina elementos combustibles de grafito esférico, sal líquida como refrigerante, sistemas de seguridad consistentes en reactores rápidos enfriados por sodio y el proceso de circuito Brayton.
Red transductora: Una malla de electrodos que se puede usar en la cabeza y que mide e interpreta las ondas cerebrales para producir la salida del habla a través de un sistema informático.
Regolito: Capa de recubrimiento de material suelto sobre un material fuente subyacente, que se formó en planetas rocosos del sistema solar como resultado de varios procesos geológicos.
Rifle de dardos: Rifle que dispara flechas aturdidoras.
Robots de limpieza: Robots autónomos que realizan procesos de limpieza tanto en interiores como en exteriores.
Roskosmos: Agencia Espacial de la Federación Rusa.
Rotor Flettner: Cilindro giratorio expuesto a un flujo de aire que genera una fuerza propulsora perpendicular al flujo de aire utilizando

el efecto Magnus. Es la base de un sistema de propulsión de cero emisiones patentado y utilizado por primera vez como sistema de propulsión de naves por Anton Flettner.
RTG: Ver **Batería de radionúclidos.**
Rugientes Cuarenta: Región de la corriente circumpolar antártica (Viento del oeste) entre los 40° y los 50° de latitud sur. Caracterizado por tormentas violentas.
Rutenio: Un platino metálico de color blanco plateado, duro y quebradizo.
Servicio Nacional de Inteligencia: El servicio de inteligencia nacional de Sudáfrica.
SETEF: Instalación de Entrenamiento y Evaluación de Exploración Espacial. Centro de entrenamiento de astronautas ubicado al norte de Reno, Nevada, en Estados Unidos.
Sharkskin: Traje de neopreno ceñido que se usa para proteger a los buzos de lesiones menores.
Sistema de control de tráfico: Red de carreteras controlada por IA conectada a satélites GPS para controlar vehículos autónomos.
Software de conducción autónoma: Inteligencia artificial responsable del control y la seguridad de un vehículo, y capaz de actuar de forma autónoma.
Sueño Espacial: Lotería operada por la Fundación Humana que promete al ganador un lugar en una futura misión a Marte.
Terrícola: Nombre coloquial de un partidario de la Fundación Humana y participante en el sistema de lotería.
Tomografía de muones: Un método para obtener imágenes tridimensionales de objetos de gran volumen utilizando muones que se encuentran en los rayos cósmicos.
Traje Space Walker: Traje espacial de plástico para Marte, desarrollado por la Fundación Humana.
Tratado Antártico: Acuerdo internacional que establece que la Antártida deshabitada entre los 60 y los 90° S quedará reservada exclusivamente para uso pacífico y específicamente para la investigación científica.
Trombocitos: Las células sanguíneas más pequeñas, responsables de la coagulación de la sangre.
TSA: Administración de Seguridad en el Transporte. La agencia federal estadounidense encargada de la seguridad del sector del transporte.
USS Barack Obama: Portaaviones clase Gerald R. Ford de los Estados Unidos.
Volkswagen E: El coche eléctrico más vendido del mundo.

Constructores:

Antuan: Templo capital de los Constructores.
Astronavegador: Operador de una nave espacial de los Constructores. Responsable de los nodos de energía y los sistemas de propulsión, así como de todos los sistemas externos activos.
Ataúd de sueño: Cabina para dormir de los Constructores, equipada con todos los sistemas de soporte vital.
Barra de plasma: Soplete de soldadura.
Controlador: Operador en una nave espacial de los Constructores. Responsable del interior de la nave.
Espejo cuántico: Portal capaz de transportar a una realidad alternativa.
Deka: Unidad de tiempo de los Constructores.
Folículo: Medio de reacción inflamatoria para procesos de incubación.
Geth: Nombre de los Constructores para la pirámide en la Antártida.
Goldan: Marte.
Mammaria: Casta muy respetada de Constructores que cuida de la descendencia.
Manipuladores de fotones: Fuentes de luz de los Constructores, que consisten en manipuladores electromagnéticos artificiales y no tienen una fuente físicamente visible.
Mariposa Aartan: Mariposa primigenia en la época de los Constructores.
Monnbat: Mamífero gigante parecido a una ballena que dominó los océanos en la era de los Constructores.
Navegante: Operador en una nave espacial de los Constructores.
Pendum: Unidad de tiempo de los Constructores.
Tangir: Continente del sur de hace 66 millones a.C.
Tecnólogo: Investigador Constructor.
Tejedor mecánico: Ingeniero de los Constructores.
Trovador cuántico: Investigador cuántico de los Constructores.